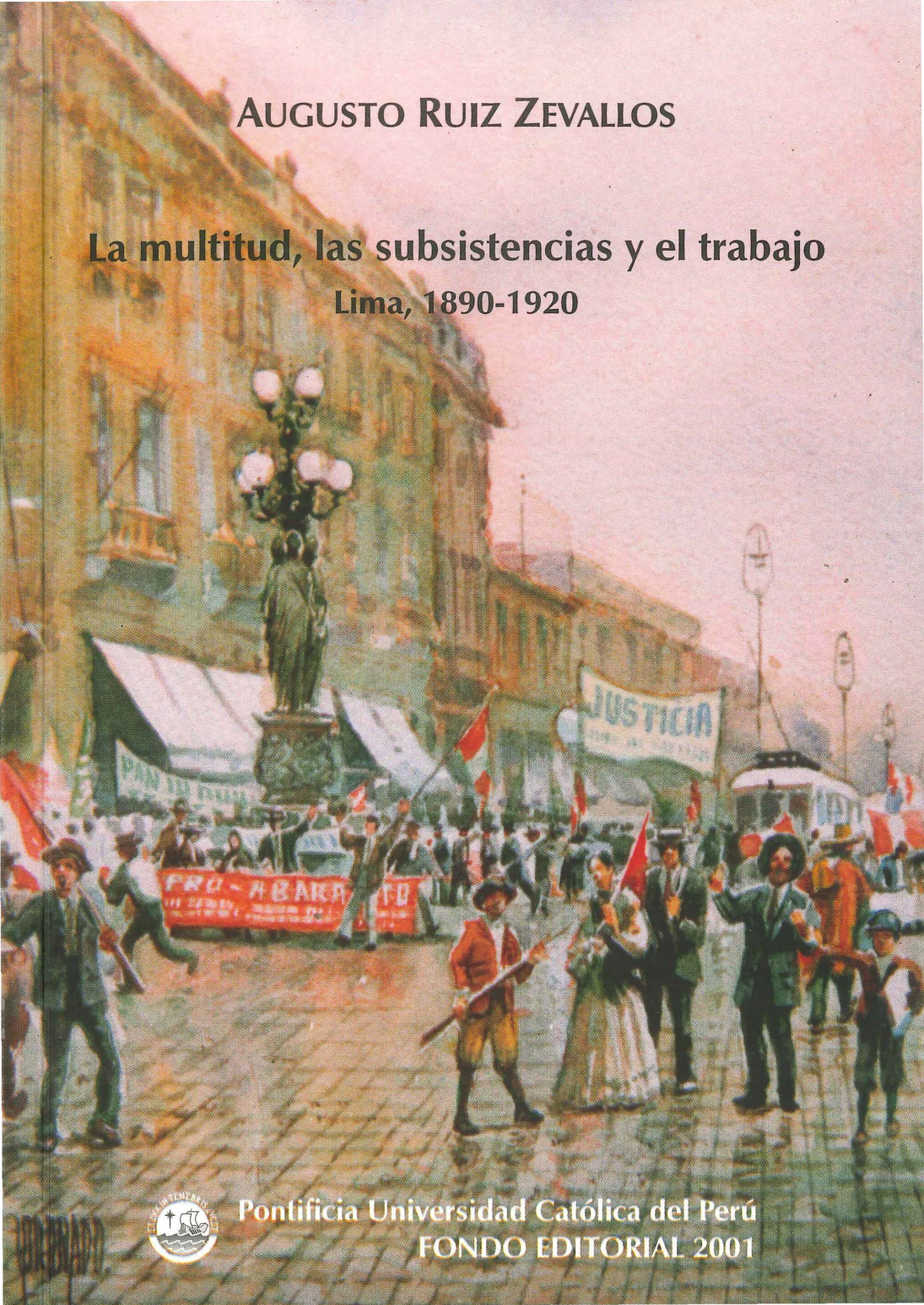


AUGUSTO RUIZ ZEVALLOS

La multitud, las subsistencias y el trabajo

Lima, 1890-1920



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2001

Augusto Ruiz Zevallos se graduó como Magister en Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú, luego de concluir estudios en San Marcos y en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Ha seguido el doctorado en Bordeaux 3, Francia. Se ha desempeñado como docente en la Universidad Nacional Federico Villarreal -donde actualmente dicta los cursos de Historia Comparada y Pensamiento Político Peruano- y recientemente, entre setiembre de 1999 y julio del 2000, en la Universidad Michel de Montaigne, en Francia. Colabora en la página de opinión del diario *El Peruano*.

Dentro de sus obras se encuentran los libros *Psiquiatras y Locos, Perú, 1850-1930* (Lima: 1994); *Lima, nuevos estudios de historia y arqueología* (Lima:1987); y *Buscando un Centro* (Lima: 1988).

Ha recibido diversos premios y distinciones. Actualmente es director de la revista *Buengobierno*.

LA MULTITUD, LAS SUBSISTENCIAS Y EL TRABAJO

LIMA DE 1890 A 1920

**LA MULTITUD, LAS SUBSISTENCIAS Y
EL TRABAJO**
LIMA DE 1890 A 1920

AUGUSTO RUIZ ZEVALLOS



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2001

Primera edición: mayo de 2001

La multitud, las subsistencias y el trabajo. Lima de 1890 a 1920

Copyright 2001 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel.

Telefax: 460-0872. Teléfonos 460-2870, 460-2291, anexos 220 y 356.

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501362001 - 1683

Derechos Reservados

ISBN: 9972-42-397-2

Impreso en Perú - Printed in Peru

ÍNDICE

Dedicatoria	11
Agradecimientos	13
Abreviaturas	15
Introducción	17
Primera Parte: Una sociedad en transición	23
I. Modernización y capitalismo en el Perú de 1890 a 1920	25
II. El escenario urbano y los grupos sociales	37
III. Conflictos urbanos en una sociedad en transición	49
Segunda Parte: Hacia el control del mercado de trabajo	59
IV. Panorama laboral limeño	61
V. Foráneos y nativos en el mercado laboral	79
VI. La multitud y las máquinas	95
VII. Los motines de mayo de 1909	103
Tercera Parte: La multitud y las subsistencias	123
VIII. Política de abastecimiento urbano	125
IX. Cultivos alimenticios en Lima de principios del siglo XX	133
X. Dieta popular en Lima de principios del siglo XX	141
XI. Mayo de 1919: La lucha por las subsistencias	151

Cuarta Parte: Economía, sociedad y revuelta popular urbana a principios de siglo	165
XII. Fluctuaciones económicas, modelos tradicionales y lo no racional	167
XIII. Modernización versus revuelta popular	201
Reflexiones Finales	211
Anexos	217
Bibliografía y Fuentes	231

Índice de Cuadros

1. Población según sectores de trabajo en Lima	62
2. Panaderos y artesanos afectados por el maquinismo en Lima (Ciudad y Provincia)	66
3. Talleres y fábricas en la ciudad de Lima	67
4. Artesanos no afectados por el maquinismo en Lima	68
5. Talleres de artesanos no afectados por el maquinismo en Lima	69
6. Población extranjera y profesiones	88
7. Peruanos y extranjeros adscritos al sector comercio	89
8. Peruanos y extranjeros adscritos al sector industria y artes manuales (Lima 1908)	90
9. Chinos e italianos propietarios de establecimientos distribuidores de acuerdo a especialidad (Lima 1910)	91
10. Población y ganado beneficiado	142
11. Consumo per capita de carne	144

12. Consumo de vegetales y pescado	145
13. Productos alimenticios. Precios al por menor 1913-1920	152
14. Compañía recaudadora de impuestos rentas fiscales	171
15. Establecimientos de artesanos que piden rebaja de la contribución de patentes (1919)	172

Índice de Anexos

1. Trabajadores por taller en Lima	219
2. Cultivos en los valles de Lima: 1903-1907	219
3. Cultivos en los valles de Lima: 1913-1917	221
4. Cultivos en los valles de Lima: 1918-1922	223
5. Sueldos y salarios en Lima	225
6. Precios de los alimentos en Lima 1913-1920	229

Índice de Gráficos

1. Bolsa de trabajo (Lima, marzo-abril de 1916)	73
2. Cultivos alimenticios y cultivos para la exportación (Lima, 1903/7 - 1918/22)	136
3. Ganado (vacuno y lanar) beneficiado y aumento de la población	143
4. Índices de recaudaciones de patentes y de inflación 1913-1919	174
5. Índices de precios de alimentos 1919-1924	207

Dedico este libro a mis padres,
con mucho amor

RECONOCIMIENTOS

La mayor parte de las investigaciones que sustentan este libro se expusieron por primera vez en mi tesis de Maestría en Historia, «La multitud, las subsistencias y el mercado de trabajo. Modernización y conflicto en Lima de 1890 a 1920» (PUCP, 1993). Con el paso del tiempo y como suele sucederle a muchos historiadores, nuevos temas llamaron mi atención. Pero a comienzos de 1999, varias circunstancias (participación en coloquios, conferencias y en publicaciones colectivas) hicieron que me remitiera nuevamente al tema. Fue así que surgió la necesidad de investigar aspectos importantes como la política de abastos y los cultivos alimenticios en los valles próximos a Lima, que aquí se incluyen en los capítulos VIII y IX (con el mismo criterio es que se incluye como capítulo X el artículo sobre la dieta popular en Lima, publicado en *Historica*, volumen XVI, diciembre de 1992). Así, este libro de alguna manera resulta de una suma coherente de objetivos, anunciados ahora en la introducción y analizados en las reflexiones finales. En esta historia del libro debo hacer público mi reconocimiento a varias personas e instituciones. En primer lugar, por sus valiosísimos consejos quiero agradecer al Padre Jeffrey Klaiber S. J., siempre dispuesto a asesorarme y a apoyarme en este y otros proyectos. También quiero agradecer al Consejo de Ciencia y Tecnología por financiar mis estudios de maestría y apoyar económicamente las investigaciones que fueron base para esta publicación. Un reconocimiento para mis alumnos de la Universidad Nacional Federico Villarreal porque el diálogo que entablo con ellos es una invaluable fuente de inspiración. A la Universidad Michel de Montaigne, porque durante el año académico 1999-2000 me brindó inmejorables condiciones de trabajo que posibilitaron iniciar algunos proyectos y culminar con la redacción final de este libro. Quiero agradecer en particular al doctor Jean Michel Desvois y a través suyo a los colegas franceses y latinoamericanos de

Bordeaux 3 Y para finalizar, a todas las personas que en algún momento estuvieron al tanto de esta investigación y la apoyaron: Franklin Pease, Scarlett O'Phelan Godoy, Felipe Portocarrero, Leonardo Yaya, María Enma Mannarelli, Carlos Aguirre, Carlos Villanueva, Sandra Florián, Germán Peralta, Luis Lázaro Llantoy, Carlos Flores Soria, David Parker, Charles Walker, Gina Brigneti y Daniel Parodi.

ABREVIATURAS

AGN	Archivo General de la Nación
AHML	Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima
BN	Biblioteca Nacional
JDL	Junta Departamental de Lima
CCL	Cámara de Comercio de Lima

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de un escenario —la ciudad de Lima y sus valles próximos entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX— y de unos actores sociales. Aquí se presentan obreros fabriles y simples jornaleros, maestros de taller y modernos industriales, agricultores de pan llevar y agroexportadores, amas de casa y comerciantes minoristas —italianos, chinos y peruanos— y por último, partidos oligarcas y masas amotinadas que buscan influir en las políticas del Estado. El énfasis ha sido puesto en el estudio de las clases populares nativas y en sus identidades más significativas —la de trabajador y la de consumidor—, en momentos en que protagonizaron revueltas en respuesta al desempleo y a la carestía de los alimentos.

Anteriormente se había investigado sobre las clases populares en ese mismo período y habría que empezar por mencionar la tradición de estudios de «historia del movimiento obrero», que evidenció una marcada tendencia a focalizar las luchas sindicales, y las ideologías sistemáticas que las acompañaron, lo que no hizo posible conocer a las clases trabajadoras *en cuanto tales*. Aunque hubo excepciones notables (no para el caso de Lima: por ejemplo el libro de Alberto Flores Galindo sobre los mineros de Cerro de Pasco), en general, la historia del movimiento obrero consagró poca atención a los sentimientos y aspiraciones de hombres y mujeres comunes y corrientes. Además otras formas de resistencia, como las revueltas urbanas, permanecieron en el limbo del olvido o en todo caso fueron incorporadas a la secuencial historia de los paros generales. En muchos casos se trató de una aproximación teleológica que supone «metas históricas» a los agentes sociales y busca una raíz doctrinaria para explicar los acontecimientos. Así por ejemplo se evalúa el «paro general» de mayo de 1919 por lo que habría sido si sus dirigentes no hubiesen tenido una concepción «obrerista», debido a la cual, «se hicieron visibles los límites de esta propuesta al no haber sabido matrimoniar la lucha económica y la cuestión del poder» (Cardoso 1990:216).

El resultado de esta manera de entender la historia ha sido la construcción de una imagen ideal —lo que la clase obrera *debía haber sido*— en desmedro de la historia real: lo que la clase obrera en efecto ha sido (Paramio 1989).

Pero en los años 80, otros estudiosos habían manifestado interés en los aspectos más cotidianos de la vida de esas clases; algunas veces de manera individual, en otras centralizando esfuerzos. Este fue el caso del proyecto Lima Obrera, que puso «especial énfasis en la reconstrucción de la vida cotidiana de los sectores populares urbanos, concentrándose sobre todo en los aspectos menos formales, menos institucionales de esa vida» (Stein 1986:14) Vale decir, el vals criollo, el fútbol, la prostitución, la raza negra, las mujeres en las fábricas, entre otros.

Quizás por su excesiva visión fatalista —una visión sobredimensionada del clientelismo, de la obediencia y de la sumisión que en efecto existieron en la cultura popular— en el proyecto Lima Obrera y en las investigaciones posteriores realizadas bajo su influencia, estuvieron ausentes las asonadas urbanas con rasgos de motín y otras variantes de protesta extra-sindical, a través de las cuales, las clases populares intentaron —y en muchos casos lograron— imponer sus demandas.

Ambas tradiciones olvidaron que entre la huelga obrera y la sumisión clientelista, hubo otros caminos para afrontar la precariedad económica. Uno de ellos se expresaba, como señalé en otro trabajo, en la solidaridad del aún mal comprendido movimiento mutualista. El otro camino tenía implicancias políticas aunque se manifestaba de manera no institucional: la revuelta.

Y así, mientras los historiadores del movimiento obrero acentuaron el lado conflictivo, siempre ascendente y cuestionador de los trabajadores, textos como los de Stein ofrecen una visión fatalista de esas clases. De acuerdo con Stein, las clases populares se mostraron en todo momento dependientes con relación a los grupos dominantes, lo que habría ocurrido también en momentos de gran adversidad para las clases populares: «las situaciones de crisis actuaron para hacer los recursos más escasos y por consiguiente acentuar la tendencia de los más necesitados a buscar vínculos de dependencia con patrones potenciales» (Stein 1986: 82)

La presente investigación, no descuida el estudio del hombre común y sus propias aspiraciones (limitación de la primera tradición), pero prescinde

de una visión rotundamente fatalista de los sectores populares (limitación del proyecto Lima Obrera) y por ello busca, como adelanté arriba, conocer mejor a estas clases a través del análisis de su conducta en momentos en que se agudizaban el problema del empleo y el de las subsistencias. Me interesan principalmente las revueltas por trabajo ocurridas en mayo de 1909 y contra el alza de las subsistencias en mayo de 1919. También resultan de interés, aunque sea secundariamente, las protestas contra la introducción de máquinas en la producción artesanal que tuvieron lugar en la década de 1890 y en los primeros años del siglo XX.

A través de la presión ejercida por medio del motín, los sectores populares buscaron tener injerencia sobre el mercado de trabajo y sobre la producción y comercialización de alimentos. Tanto el motín de subsistencias como la revuelta por trabajo, son formas de conflicto político ocurridas en una época en que los sectores populares se percibían abandonados a su suerte y además se hallaban carentes de una legítima representación. A través de su estudio y del análisis de la serie de actores y fenómenos que directa o indirectamente contribuyeron a su producción, creemos poder aportar a la comprensión de un período clave de la historia del Perú —de 1890 a 1920—, una época considerada como de modernización y auge en la economía. ¿En qué medida las revueltas urbanas son resultado de un tipo de modernización y también en qué medida la modifican? Es una interrogante cuya respuesta nos permitirá abrir más puertas al entendimiento de una época que juzgamos decisiva para la historia posterior.

Hay además otro objetivo que ha venido presidiendo este trabajo y tiene relación con las teorías en torno a las multitudes urbanas y en particular en torno a la violencia colectiva, temas de larga data en el mundo académico de Europa y de los Estados Unidos. Cabe indicar que la mayoría de autores exhiben enfoques teóricos y metodológicos generalmente empleados de modo excluyente. Habría que comenzar con el debate acerca de la primacía de los factores económicos o de los factores extra-económicos, como las ideas y las mentalidades. Al respecto, es conocido que fue el historiador Ernest Labrousse el primero en los años treinta del siglo XX, en realizar, con su enfoque económico-coyunturalista, precisas correlaciones entre índices de precios y ocurrencia de los disturbios populares. Para explicar la Revolu-

ción Francesa y la serie de motines urbanos que la motorizaron, él llegó a niveles de exageración, por ejemplo, al comprobar que la toma de la Bastilla coincidió con el punto más alto en la subida del precio del grano (Labrousse 1974). Pero antes, en El Perú, hubo un intelectual de izquierdas, Ricardo Martínez de la Torre, que intentó explicar el motín de mayo de 1919, en relación con la hambruna que originó el proceso inflacionario. Aunque la coyuntura económica es un factor decisivo, no es, sin embargo, el único (como llegó a pensar Labrousse).

En respuesta a esta perspectiva, surgieron aproximaciones culturalistas de autores que enfatizaron el lado subjetivo de los conflictos. George Rudé (1961; 1978) demostró que las acciones tumultuosas no se explican por una situación de hambruna y acuñó el concepto de *ideas inherentes* para designar un conjunto de valores que habitaban la mente de la gente y que funcionaban como nociones legitimizantes de la violencia. Edward Thompson (1974; 1977) por su propio camino había desarrollado una perspectiva similar en la que destaca el concepto de *experiencia*, que remite a entender los procesos históricos, incluyendo las clases sociales, en función a la manera cómo los perciben sus protagonistas. Relacionado con esto es su tesis sobre la *economía moral* de las multitudes que está referida a una serie de principios en torno al comercio de alimentos, que apelaban a la tradición paternalista, a la costumbre, antes que al derecho moderno. Otros autores que estudiaron revueltas urbanas ocurridas en el siglo XVIII fuera de Inglaterra, como Laura Rodríguez —para el caso español— y Louisa Tilly —para el caso francés—, han tratado de entender esas revueltas a la luz de la *economía moral* con bastante exactitud (Rodríguez 1973; Tilly 1973). No se podría decir lo mismo cuando ha sido para el caso andino (Stavig 1988, Larson 1989), puesto que la categoría thompsoniana está referida a la reacción popular contra la política de *laissez-faire*. Sin embargo sostengo que la *economía moral*, en tanto que designa una reacción basada en códigos tradicionales, es subsumible junto a otras «economías morales» —a todas las que mis colegas quieran razonablemente contemplar— a otra categoría más comprehensiva y por ello versátil a otras realidades, como es la de *conflictos reactivos* de Charles Tilly (1975; 1978) que subraya la idea de que la gente lucha contra la violación de derechos tradicionales.

El individualismo metodológico y en especial la teoría de la elección racional, que buscan fundamentar una raíz individual para explicar las acciones colectivas, introduce un gran aporte a las discusiones sobre la violencia colectiva. En líneas generales, esta perspectiva sostiene que la acción social está determinada por los intereses individuales, es decir, que se lleva a cabo mediante la realización de las decisiones individuales, las cuales surgen luego de evaluar los costos y los beneficios —no solamente económicos— de la participación. Si al individuo su abstención no le impedirá gozar del bien público alcanzado, lo normal es que se comporte de manera insolidaria (*free rider*), salvo que existan efectivos incentivos, positivos y/o negativos, que le haga ver como escasamente rentable el no participar. De acuerdo con Olson, las posibilidades de que el sistema de incentivos funcione realmente, dependen del tamaño del grupo: mientras más pequeños son los grupos, menores las posibilidades para la aparición de *free riders* (Olson 1992). Las comunidades mineras o campesinas y los gremios de artesanos de la ciudad, encajarían fácilmente en esta categoría, aunque hay que advertir que el autor no diseñó su teoría de la Acción Colectiva para entender los movimientos sociales. Lo interesante de este conjunto teórico es que las explicaciones que busca establecer parten no del análisis causal, sino de la intencionalidad de los individuos. Pese a ello, como señala Jon Elster (1989), otro teórico importante, el análisis intencional no presupone siempre actores racionales. Paradojas, contradicciones e incongruencias son identificables en la conducta humana, no obstante que son intencionales. Además el egoísmo no es la única forma de racionalidad de los individuos.

El relativo auge en el mundo anglosajón y más lentamente en Francia de las teorías de la elección racional, ha dado lugar a una reacción que llamaré aquí, para fines prácticos, neoculturalista en el debate sobre la acción humana. Según los neoculturalistas, no siempre interviene el cálculo costo/beneficio como preludeo a las decisiones de los individuos, y en esto tienen razón: existen valores, a veces simples hábitos, que forman parte de la herencia cultural y que se practican sin deliberación alguna (Fukuyama 1996; Bourdieu 1997). Al lado de estas críticas tenemos a los enfoques psicologistas, desde el psicoanálisis que ve las raíces de la agresión en el instinto y las zonas profundas del inconsciente, hasta las teorías que explican la violencia colecti-

va en la experiencia de una privación de ciertos recursos. Ted Gurr (1974), por ejemplo, va más allá de los culturalistas al encontrar el detonante de la violencia en la sensación de privación relativa, definida como la percepción del actor de una discrepancia entre las expectativas del grupo y lo que en los hechos obtiene. No obstante las diferencias, este enfoque y el neoculturalista, dejan de lado la intencionalidad de los sujetos.

En el presente libro intento rescatar la importancia de los enfoques mencionados, aplicándolos hasta donde cada uno de ellos se muestre pertinente, dentro de una actitud manifiestamente ecléctica, con el fin de comprender las acciones colectivas de Lima antigua. Particularmente, intento desenvolverme en el movedizo terreno de las explicaciones causales —externas e internas al propio individuo— y las explicaciones intencionales. Al mismo tiempo espero contribuir con mis indagaciones al debate teórico sobre esta clase de fenómenos: se intenta básicamente aportar a la comprensión general de las multitudes urbanas indagando sobre la pertinencia de la aplicación de diversos enfoques en una realidad de incipiente modernización. El caso de Lima antigua puede resultar un buen terreno para explorar el grado de aplicación de ciertas teorías.

Mas siendo evidente que la importancia del tema de las multitudes en su relación con las subsistencias y el empleo trasciende el interés estrictamente académico (hoy en que abundan los trabajadores sin trabajo y en que emerge un importante movimiento de consumidores), un objetivo final es extraer luces para el presente. En esta historia se podrán encontrar las raíces sociales de los elementos programáticos de los movimientos políticos del siglo XX, así como los antecedentes históricos de aspectos fundamentales de la actualidad (aunque a veces marginados por los políticos, no por la población) como son el trabajo y la alimentación. Pero igualmente es mi deseo que al leer este libro el lector pueda extraer lecciones acerca de las causas de la violencia y de cómo puede evitarse, y en general encontrar lecciones en los procesos de aplicación de cambios del pasado, económicos y estrictamente tecnológicos, para que la historia —la mala historia— no se siga repitiendo.

PRIMERA PARTE
UNA SOCIEDAD EN TRANSICIÓN

CAPÍTULO I

MODERNIZACIÓN Y CAPITALISMO EN EL PERÚ DE 1890 A 1920

Tras un oscuro período que siguió a la declaración de independencia, en la primera mitad del siglo XIX empezaron a escucharse voces que clamaban por un cambio en la vida del país. Aquellas exigencias proponían una serie de objetivos hacia los cuales debía enrumbar la sociedad. Un conjunto de acontecimientos, probablemente vinculados a factores geopolíticos de índole internacional¹, originó una conciencia de cambio en las elites sociales, económicas y políticas. Esta conciencia se plasmó en el inicio de un proceso de modernización de la antigua sociedad peruana.

CAMBIOS Y LÍMITES DE LA ELITE MODERNIZADORA

Desde entonces la sociedad tradicional empezó a transformarse de modo más o menos paulatino. En la esfera económica fueron introducidas nociones de racionalización, planificación y productividad. Las unidades productivas de la costa, sobre todo agrícolas, se organizaron bajo moldes empresariales; se promovió la explotación de nuevos recursos naturales, como el guano, y se logró insertar estas empresas en la racionalidad del mercado internacional. Todo esto ocurrió sin una modificación sustancial de las relaciones de producción tradicionales. Se había decretado la abolición de la esclavitud negra y del tributo indígena, pero el latifundio, la servidumbre y otras relaciones arcaicas de producción, siguieron predominando.

También fueron introducidos medios de producción modernos —máquinas a vapor— y se modernizaron las comunicaciones que facilitaron el

¹ No olvidemos que en Europa Oriental fue el temor a los Estados Absolutistas de occidente —y no los procesos económicos internos— lo que originó la modernización del Estado. Véase Perry ANDERSON, 1979.

logro de los nuevos objetivos; se efectuó, por ejemplo, el tendido de vías férreas que enlazaron con mayor rapidez y utilidad los centros productivos y los países avanzados. De estos últimos nos llegaron también ideas liberales en boga, que al ser aplicadas abrían las puertas de nuestro mercado a una ola de mercancías importadas. El mundo moderno, y en particular Europa, se convirtieron en la conciencia de la elite peruana, en una fuente de inspiración y en el paradigma del futuro del Perú. Dentro de sus marcos conceptuales se efectuaron importantes reformas en el Estado (ampliación de la burocracia, reordenamiento de jurisdicciones, creación de la Guardia Civil). La modernización atravesó también los muros de la cárcel y estampó su sello en la legislación penal (Aguirre 1990).

La Guerra del Pacífico y el colapso económico subsiguiente interrumpió el avance de la modernización en el Perú. Posteriormente, y sobre todo a partir de 1890, la economía peruana inició su recuperación, lo que coincidió con un renovado impulso del proceso de modernización. Un impulso que, en cuanto a su extensión, fue mucho más acentuado que la experiencia de algunas décadas atrás. Esto se expresó en el caso de la agricultura de la costa, no sólo en el mantenimiento de la gran propiedad, sino además en su descomunal expansión². Se manifestó también en el inicio de la explotación petrolífera en el extremo norte de la costa y en un renovado y a la vez intenso empuje de la explotación minera en la región central de los Andes. En esta zona, la ganadería también empezó a desarrollarse con singular dinamismo: haciendas tradicionales fueron convertidas en modernas unidades de producción agropecuaria de alta competitividad (Caballero 1981). En ciudades como Lima y Callao se dio inicio, en la década de 1890, a un importante auge de la industria. La proliferación de fábricas dedicadas a la producción de textiles, cervezas, vinos y licores, sombreros, calzado, velas, chocolates y aceites, fue evidencia de un crecimiento industrial que no obstante sus limitaciones, llegó a ser más trascendente que las experiencias abor-

² Tres grandes empresas agrícolas, Casa Grande, Cartavio y Roma despojaron de sus tierras a cerca de 5 mil familias entre 1890 y 1930. El procedimiento fue la compra directa o la expropiación por deudas. Solamente Casa Grande, que en 1850 tenía una extensión de 250 fanegadas, llegó a tener en 1918 nada menos que 7,216 fanegadas. Ver KLARÉN 1976: 65.

tadas anteriormente³. No menos importante por representar un notable avance en el manejo económico, fue el despliegue de una intensa actividad bancaria y financiera⁴.

El nuevo impulso modernizador pareció ser más acentuado no sólo en extensión, sino además, en profundidad. En todos los sectores económicos donde se manifestó fue registrada una sustancial renovación de los medios de producción —máquinas a vapor y otros instrumentos—, una elevada concentración de masas laborales y el establecimiento de relaciones salariales de trabajo que paulatinamente fueron reemplazando a formas precapitalistas (o sí se quiere no capitalistas) como el enganche⁵. No puede dejar de mencionarse que durante estos años la elite dominante exhibió un manejo económico con características propias de la racionalidad moderna⁶.

No obstante lo anterior, el impulso externo cumplió un papel importante. El desarrollo de la agricultura norteña contó con la decisiva participa-

³ Para esta experiencia ver Jorge BASADRE 1983 T. III: 116-120; GOOTEMBER 1990: 252-258.

⁴ «Entre 1890 y 1930 se establecieron en el Perú unos diez bancos comerciales, once compañías de seguros, tres cajas de ahorro, cuatro secciones hipotecarias y hasta cuatro urbanizadoras entre otras instituciones financieras, básicamente comerciales en Lima, aunque algunas de éstas llegaron a abrir sucursales en provincias». (QUIROZ NORRIZ 1989: 44).

⁵ Sin embargo, el predominio absoluto de los asalariados no ocurrirá sino hasta después de 1930 (BURGA 1986: 44). En muchos casos la instauración del pago en dinero, en reemplazo de prácticas arcaicas, respondió ante todo a la presión ejercida por los propios trabajadores. Todavía en 1919 los braceros de la hacienda Vista Alegre, conducida por el industrial Gio Batta Isola, reclamaban «...la abolición de las fichas y (que) el 'diario' que recibimos se nos de en plata o moneda del Perú en la misma cantidad que se nos da en fichas» (Archivo General de la Nación, «Ministerio del Interior, Prefecturas», 1919, leg. 4). Ver también Manuel CARACCILO LÉVANO, *Organización Obrera*, Lima: Imprenta La Libertad, 1910, p. 24.

⁶ Alfonso QUIROZ ha sido especialmente enfático en destacar la manera «bastante racional —capitalista» con que la elite logró financiar y promover sus negocios. Esta elite había demostrado una actitud empresarial moderna, mediante su tendencia expansiva hacia sectores distintos a los agrocomerciales y hacia la coordinación de varias empresas, a través también de la organización de modalidades como los *trusts* y de la capacidad exhibida para lograr créditos del exterior, para controlar nuevas instituciones financieras y mediante la inversión que llegó a realizar en exclusivas industrias. QUIROZ NORRIZ 1989: 181.

ción de inmigrantes como los Larco (italianos) o los Gildemeister (alemanes) y muchas de las nuevas industrias —de hecho las más importantes— fueron promovidas por italianos como Isola, Boggio, Raffo y Bracale, entre los más notables. En ambos casos se trató de un capital inmigrante que terminó por incorporarse a la elite nativa. Pero el mayor impulso de tipo externo tuvo como fuente el capital monopólico extranjero, aquel que invierte en nuestro suelo y cuyo centro de acumulación y decisión está en el país de origen. El capital extranjero realizó fuertes inversiones en la minería (la Cerro de Pasco Cooper Corporation), en el petróleo (International Petroleum Company), en la industria textil (capitales en Fábricas como Vitarte, El Progreso y el Inca) y en la agricultura para la exportación (Casa Grace).

La elite económica —no obstante que mostró capacidad empresarial— no tuvo la dirección de todo el proceso de modernización, ni pudo —ni siquiera lo intentó— poner fin a la transición al capitalismo en el Perú, eliminando las relaciones tradicionales en el sector agrario en su conjunto. En la mayor parte del país, aunque especialmente en la sierra, prevalecieron las relaciones no capitalistas de trabajo, que casi siempre fueron relaciones serviles, típicas de la hacienda feudal andina. Estas haciendas se caracterizaron por su enorme extensión, baja productividad y aún más baja rentabilidad. En muchas de ellas, como Ccepana y Laucamarca, los campesinos tenían la obligación de trabajar 180 días para el hacendado. Es decir, una semana en la hacienda y la siguiente en su propia parcela (Burga y Flores Galindo 1979: 24-25). En la sierra sur, pese a un importante desarrollo del capital mercantil, no fueron registrados ímpetus modernizadores que dieran origen a una industrialización tendiente a sustituir importaciones o a un desarrollo agropecuario basado en cambios tecnológicos. Por el contrario, en esta zona se procedió a la expansión de la gran propiedad terrateniente y consiguientemente de las relaciones de producción precapitalistas (Burga y Flores Galindo 1979: 14-47).

En este contexto, el desarrollo del capitalismo industrial parecía no tener mayores posibilidades.

El auge industrial sin precedentes iniciado en la década de 1890 —cuyo indicador es el continuo incremento de establecimientos fabriles— se prolongó hasta 1907 aproximadamente (Thorp y Bertram 1985: 176-177). Un conjunto de condiciones —que no respondió a una política deliberada del

Estado—, relativas a un elevado nivel de tarifas aduaneras, devaluaciones de la plata en el mercado mundial, que desvalorizó la moneda peruana, haciendo más caras las importaciones, y al incremento de la demanda de bienes manufacturados, determinaron que la industria resultara más rentable. Pero cuando este conjunto de condiciones se difuminó, la producción fabril perdió capacidad de atracción frente a las actividades exportadoras, incluso especulativas, como lo manifestó un observador económico de la época:

Las excepcionales cotizaciones de los productos agrícolas y mineros en los últimos años, han permitido acumular fuertes capitales que en gran parte permanecen depositados en los bancos y que podrían encontrar propicia inversión en cualquier negocio fabril⁷.

A medida que la industria iba afrontando mayores retos —conforme bajaban las tarifas aduaneras—, las iniciativas en favor del proteccionismo fueron perdiendo el poco peso que tenían en el escenario político, hasta prácticamente desaparecer. Alegatos proteccionistas, como los de Copelo, Petriconi y Felipe Barrera y Osma, no volvieron a reeditarse en el seno de la clase empresarial⁸. Esto es, si exceptuamos los espontáneos, aislados, esporádicos y poco efectivos reclamos de algunos pequeños sectores fabriles⁹.

Ciertos historiadores han explicado este hecho subrayando la naturaleza de clase de quienes podían realizar las más relevantes inversiones en la indus-

⁷ Carlos JIMÉNEZ, «Estadística Industrial del Perú en 1918», en *Boletín del Cuerpo Ingenieros de Minas*, No. 105, Lima, 1922, p. 84.

⁸ En torno a la naturaleza social de estas propuestas véase COTLER (1980: 128-130) y REVILLA (1981: 19-28). Mientras que el primer autor interpreta estas posiciones como parte de un debate intelectual en el seno de la élite dominante, REVILLA las entiende como la manifestación ideológica de una facción de clase (la facción industrial) rival de los agroexportadores. Nueva información hace que nos inclinemos por la interpretación de Cotler: Felipe Barreda y Osma, autor de una de los más encendidos y fundamentados alegatos en favor de la protección a la industria, era un abogado vinculado a los intereses de la familia Pardo (Quiróz Norris 1989: 182).

⁹ En 1916, ante la quiebra de la Fábrica de Fósforos El Sol, obreros y empresarios exigieron ante el Parlamento la subida de los aranceles que anteriormente protegía a esta industria. Cf. *La Crónica* 9/01/1916, p. 10.

tria. Las fábricas más importantes fueron impulsadas con capitales que provinieron del sector azucarero nativo y de los monopolios extranjeros. Los Pardo y los Aspíllaga —dos prominentes grupos agroexportadores nacionales— invirtieron en la industria textil y en la de muebles y tocuyos, respectivamente. Capitales ingleses y norteamericanos llegaron incluso a hegemonizar las fábricas textiles de Lima. Todos estos grupos tenían sus principales intereses en el sector exportador y no en la industria. La empresa británica Duncan Fox, que invirtió fuertes sumas en las textilerías La Unión y El Progreso, era también propietaria de la hacienda Atocsaico. La Casa Grace, dueña del 45 por ciento de la producción textil en el Perú, tenía la hacienda Cartavio. Los Pardo, con inversiones en La Victoria, se habían especializado en la exportación de azúcar (tenían la hacienda Tumán) desde 1872. El grupo Aspíllaga, también exportador de azúcar, fue más reacio a diversificar sus actividades económicas. Como Aspíllaga, muchos poderosos y ricos agroexportadores no mostraron entusiasmo por invertir en la producción fabril ni en luchar por el establecimiento de una política proteccionista¹⁰. Para lograr tales políticas, sostienen Thorp y Bertran, era necesario una clase capitalista industrial diferenciada de la agroexportadora que ejerciera presión sobre el Estado. Esta clase no existió.

Lo anterior tiene relación con la tesis sobre la «modernización tradicionalista» de Fernando de Trazegnies, tesis acertada en cuanto a caracterizar lo que describe —un tipo de modernización que incorpora algunos elementos capitalistas, pero sin alterar las relaciones y jerarquías fundamentales de la sociedad tradicional— mas no en la explicación. Según el autor, aquí ocurrió una modernización tradicionalista a causa del carácter aristocrático de la elite que se encargó de impulsarla, cosa distinta, según él, de las modernizaciones capitalistas de los países más avanzados llevadas a cabo con la susti-

¹⁰ Sobre lo dicho, puede agregarse que un grupo industrial importante como el de Mariano Ignacio Prado (Fábrica Santa Catalina) tenía también intereses en la banca y en la agricultura: Javier Prado, hermano de Mariano, administraba por entonces ciento cincuenta fanegadas de caña de azúcar y alfalfa. De esta forma, la caña de azúcar pasó a convertirse en la diosa no sólo de los agricultores —como diría MARTINETT en 1875— sino también de los propios industriales. Ver Junta Departamental de Lima, «Predios Rústicos 1903-1907».

tución de la clase dominante tradicional por una clase social insurgente de tipo empresarial (Trazegnies 1987: 108). Sin embargo, en la mayoría de países el capitalismo no se impuso a través de procesos insurgentes «desde abajo» sino mediante compromisos con la aristocracia o la conversión de ésta en clase capitalista: son las llamadas «revoluciones desde arriba». Ejemplos de estas son la reforma prusiana de 1807-1814 y la Restauración Meiji iniciada en 1868 en el Japón (Skocpol 1984). Estas experiencias difícilmente encajan en la modernización tradicionalista, ya que rápidamente convirtieron a estos países en capitalistas¹¹. Pero lo que importa es que la existencia de una clase burguesa dispuesta a cumplir con un libreto escrito por otros, no es una condición para el desarrollo del capitalismo. Se impone pues una mirada alejada de estas concepciones.

HACIA OTRA EXPLICACIÓN

Un nuevo enfoque podría comenzar por subrayar la importancia de la producción agrícola en las primeras fases de la industrialización (en lo que respecta a cuestiones de mercado y de competitividad); importancia que se evidencia al observar las experiencias industrializadoras exitosas ocurridas en Europa y Asia. En el caso peruano, de 1890 a 1920, el efecto positivo prácticamente no existió. El mantenimiento de la agricultura de tipo tradicional, al no incrementar la productividad y el excedente agrícola —a diferencia del caso japonés de 1868—, no pudo aportar la base necesaria para el florecimiento del comercio entre el campo y la ciudad y para la aparición de manufacturas basadas en el trabajo asalariado que activasen posteriormente —vía la introducción de maquinaria— un desarrollo industrial constante¹². Si bien es cierto que la agricultura de la costa logró incrementar el excedente y la productividad, no pudo servir de base para un desarrollo sostenido del

¹¹ Desde este punto de vista comparar la evolución peruana con la modernización japonesa de la restauración Meiji, sólo ha resultado posible al tomar como punto de partida el Gobierno de Velasco iniciado en 1968. Para esta comparación ver Ellen Kay TRIMBERGER, *Revolution from above: military bureaucrats, and development in Japan, Turkey, Egypt and Perú*. New Brunswick, Transaction Books, 1978.

¹² Entre 1890 y 1907 lo que ocurrió fue, como diría Paul SWEEZY, una implantación de maquinaria moderna sin un previo desarrollo agrícola. No se precisa estar de acuerdo con todas las tesis del economista norteamericano para concordar en que «...los países que,

capitalismo fabril. El mantenimiento del patrón de hacienda combinado con su inclinación por cultivos industriales para la exportación —especialmente azúcar— generó una demanda de medios de producción complejos que, por lo común, fueron más baratos en el exterior y no se podía estimular una producción constante de los mismos. En términos generales, no tuvo un efecto determinante en el desarrollo de *máquinas que produzcan máquinas*, incluso en los años que van de 1890 a 1905 pues en ese lapso este sector encontró estímulo fundamentalmente en la producción minera¹³. El desarrollo del sector productor de máquinas y herramientas —eslabón clave de una cadena en la cual la producción va diversificándose y por lo tanto ampliándose— suele ocurrir cuando el proceso de modernización se pone en marcha sobre la base de una estructura agrícola homogénea (la ventaja del Norte de Italia sobre el Sur, de Extremadura sobre Andalucía), es decir, con productores con unidades de tamaño mínimo. En este caso «...se gesta cierta demanda de bienes de consumo e instrumentos de producción relativamente simples. Esto crea condiciones favorables al establecimiento de industrias locales destinadas a su producción. Y sobre la base de un círculo virtuoso, tales demandas alimentan diversos sectores entre sí de modo tal que la producción va sofisticándose progresivamente» (Schejman 1991). También se aprecia esta situación cuando se forman grandes propiedades en manos de una clase media de arrendatarios (caso inglés) con alta productividad que se traduce en alimentos baratos destinados a la fuerza de trabajo de la industria, así como en un mercado para sus manufacturas (Dobb 1976).

Por el contrario, la agricultura de la costa peruana, al especializarse en productos industriales, no sólo no sirvió de estímulo al sector productor de

por usar un término de Adan Smith, 'importaron' la revolución industrial sin poner los cimientos agrícolas sólo han logrado crear nuevas formas de dependencia» (SWEEZY 1982: 100-101).

¹³ La prueba podría hallarse en la declinación del sector productor de bienes de capital que coincidió con la desnacionalización del sector minero. Las empresas extranjeras que controlaron el sector minero prefirieron comprar equipos para fundiciones y máquinas en el exterior. A ello se sumó la disminución de costos de transporte internacional (Cf. THORP y BERTRAM 1985: 177).

bienes de capital, sino que estancó la producción de alimentos, contribuyendo a su escasez, a su carestía y a su creciente importación¹⁴. La idea es que el sector agrícola, al no abaratar los alimentos, contribuyó a aumentar los costos de producción en el sector industrial al encarecer la fuerza de trabajo¹⁵. Este hecho —sumado a la permanente desventaja tecnológica— hizo que los productos peruanos resultasen más caros que los extranjeros. Por esta razón, la mínima protección que ciertas industrias podían recibir de parte del Estado tenía a la larga efectos distorsionadores que contribuían a hacer más cara la vida en Lima. Descartada la opción proteccionista —más por desinterés que por conveniencia para nuestra economía— las clases propietarias intentaron mantener bajos los salarios, para lo cual contaban con una excesiva oferta de mano de obra, aunque sin los resultados que podría esperarse. Distinta habría sido la situación si desde el Estado se hubiera transformado el campo¹⁶.

Finalmente, la explicación de fondo de estas tendencias, y en particular del fracaso de la tentativa de industrialización entre 1890 y 1920, no debería

¹⁴ Las magnitudes en que los productores industriales —algodón y azúcar— desplazaron a los cultivos alimenticios se exponen en el Capítulo IX del presente libro. Como resultado, el costo de vida fue tan caro en Lima que según algunos testimonios: «...no ha faltado escritor que, comparándola con la de New York, considerada como la más cara del mundo, resulte superada por el costo de la de Lima...» (Carlos B. CISNEROS, *Provincia de Lima*; Lima, Litografía e Imprenta Carlos Fabri, 1911, p. 286).

¹⁵ No disponemos de cifras sobre salarios en el exterior, pero de acuerdo con varios testimonios, «de una manera general, el salario, no es bajo en el Perú,... a la vida cara de los centros urbanos, que son generalmente los centros fabriles, corresponde los salarios altos de las industrias manufactureras» (Alberto ULLOA, *La organización social y legal del trabajo en el Perú*, Lima, UNMSM, 1916, p. 191-192).

¹⁶ Para comprender la importancia de la agricultura en los inicios de la industrialización, el contraste con la modernización Meiji resulta ilustrativo, al igual que la semejanza con la Rusia zarista: «La agricultura japonesa no sólo dio exportaciones (como la agricultura Rusa bajo la impecable presión del Estado), alimento y mano de obra, y apoyo a las industrias en pequeña escala, a las primeras etapas de la industrialización japonesa. En gran parte por su capacidad de depender de tales contribuciones de la agricultura (y, en realidad, del tradicional sector económico en general) el régimen Meiji pudo evitar, como no lo logró el régimen zarista, el depender demasiado de las inversiones extranjeras y los préstamos en sus esfuerzos por promover un desarrollo infraestructural y de la industria pesada mediante inversiones del Estado» (SOKPOL 1984: 173).

buscarse tanto en la ausencia de una clase burguesa industrial diferenciada de la elite agroexportadora, sino más bien en el análisis de las relaciones entre la elite dominante y el Estado. La justificación para este análisis radica en que la inexistencia de esa clase no es suficiente para explicar la ausencia de políticas favorables a la industria. Estas políticas, que podrían haber implicado un reordenamiento de la estructura productiva pero no una revolución social, podían haber provenido, como aconteció en otras naciones y quizás en nuestro país entre 1968-75, de otras instancias o grupos profesionales que no tuvieran necesariamente una extracción burguesa o vínculo de dependencia con esa clase (de sectores castrenses por ejemplo). Una explicación para que esto no ocurriera podría estar en el poderío político de la elite modernizante y aristocrática y en el no menos importante poder de los terratenientes tradicionales, todos los cuales dominaron las diversas estructuras del Estado (parlamento, ejército, poder judicial), además de otros escenarios¹⁷.

Lo cierto es que, dada la inexistencia de esta voluntad política, las tendencias de la agricultura tradicional y moderna siguieron vigentes, en particular sus escasas repercusiones en la economía urbana. Ni estimulaba el inicio de un círculo virtuoso con la producción fabril, ni pudo suministrar alimentos baratos para la población urbana a fin de contribuir a la baja de los costos de producción comparativos mediante la reducción de los costos por mano de obra e incrementar de esa manera la competitividad de la industria peruana. De ahí que el proceso de modernización entre 1890 y 1920, no obstante su mayor extensión con respecto a la experiencia de 1840-1872, no alteró sustancialmente las relaciones tradicionales básicas ni logró encaminar al país por una senda claramente capitalista.

La consecuencia global fue la persistencia, en los principios de siglo y durante muchas décadas después, de un amplio mundo tradicional y no

¹⁷ Todo lo contrario sucedió en el Japón de los Tokugawa. La ausencia de una clase superior terrateniente y políticamente poderosa, hizo posible la Restauración Meiji, dirigida por los *samurais* quienes «al no ser terratenientes ni tener nexos íntimos con ellos, nada les impidió buscar la salvación nacional del Japón mediante programas de centralización política». Fueron estos sectores los que desde el Estado promovieron una serie de reformas, incluida la industrialización, sin que estas implicasen el encumbramiento de grupos y clases antes excluidas ni la obstrucción de la clase superior terrateniente (СКОРПОЛ 1984: 170-173).

capitalista al lado de un mediatizado mundo moderno. En la ciudad de Lima, que es el ámbito de nuestro estudio, esta dualidad se reflejó en todos los niveles: en la estructura urbana y poblacional (barrios según nivel social y barrios mixtos), en la racionalidad de las clases altas y en la mentalidad de los sectores populares (ambos atravesados por el conflicto tradición/modernidad). Asimismo, en la manera como se perciben y relacionan clases altas y clases bajas, y en la forma como estas últimas protagonizan sus disturbios. Una sociedad en transición, de lo moderno a lo tradicional, exhibe, de modo inevitable, conductas duales.

CAPÍTULO II

EL ESCENARIO URBANO Y LOS GRUPOS SOCIALES

La modernización iniciada en el siglo XIX también significó el inicio de una serie de transformaciones en el escenario social y físico de las principales ciudades del país, sobre todo Lima en su condición de capital de la República.

El derribamiento de las murallas construidas durante la colonia, la instalación de servicios de agua y desagüe, de alumbrado a gas, y posteriormente de fluido eléctrico, los primeros tranvías de tracción animal, además de otros hechos, fueron haciendo que la Ciudad de los Reyes, en la segunda mitad del siglo XIX, dejara de ser una comarca para convertirse, progresivamente, en una metrópoli moderna.

A partir de 1900, la modernización urbana continuó a grandes pasos, como ha señalado el historiador Stein, de un modo casi revolucionario. Muy pronto aparecieron barrios nuevos, como Cocharcas y La Victoria, habitados por trabajadores. También fueron abiertas grandes avenidas, como La Colmena y el actual Paseo Colón, donde fueron erigidas suntuosas residencias para selectos grupos. A esto se agregaba el tranvía eléctrico, el cinematógrafo, la comunicación telefónica y los primeros automóviles. El monótono bullicio de las máquinas de la naciente industria.

Modernización y modernidad en Lima

La modernización había acentuado las diferencias entre la elite y las clases medias de un lado, y la masiva presencia de pobres del otro. La instalación de los servicios de agua, desagüe y luz, y la remodelación de los edificios, había favorecido menos a los sectores populares que a los grupos de mayores recursos. Los distritos II y III, habitados por familias pertenecientes a la elite y por capas medias, fueron los más modernizados, con casas construidas con material noble, bien servidas y escasamente tugarizadas. Los distritos I, IV, VII y X, de clases medias, tenían buen servicio sanitario pero estaban semi tugarizados. Entre tanto, los distritos

V y VI (Barrios Altos), VIII (La Victoria) y IX (Abajo el Puente), eran zonas pauperizadas, insalubres y tugarizadas¹. En estas últimas zonas abundaban las casas de vecindad y los callejones, cuyas condiciones miserables sólo despertaron preocupación en los médicos². El resultado lo señaló con claridad José Gálvez en 1935:

El progreso ha favorecido a casi todos, menos a quienes se ven obligados a vivir en aquellos lugares incómodos y malsanos. Antes siquiera no se marcaba, como ahora, tan realmente el contraste³.

Este hecho, y sobre todo la distancia física con respecto a los pobres que las familias de la elite empezaban a tomar al instalar sus residencias en los balnearios del sur —costumbre que se generalizó a partir de la década del veinte—, iba diluyendo la imagen de Lima como una urbe típicamente preindustrial «... con una simbiosis habitacional que genera una relación paternalista entre las elites y el pueblo» (Giesecke 1978: 144). Esta imagen se diluía en una medida tal que contribuyó a la aparición de nuevas pautas de relación social, distantes de la sumisión y, en ocasiones, conflictivas —sin olvidar la instalación de fábricas y sobre todo la radicalización política, promovida por el anarquismo—. Estas nuevas pautas se hicieron efectivas a través de múltiples reclamos laborales y en la asonada de 1919 —lo que tiene relación con la nueva dinámica urbana— cuando turbas compuestas por gente del pueblo atacaron residencias de los distritos II y III y de los nuevos barrios de familias consideradas ricas. En la Avenida La Colmena, de acuerdo con un diario de la época:

Un grupo de 500 manifestantes... desfilaron por esta avenida, donde como se sabe, existen las más hermosas y mejores residencias de Lima, y al grito de

¹ Los datos sobre salubridad proceden del censo de 1908 y han sido procesados por Luis TEJADA 1988: 30-39.

² Ver Juan Antonio PORTELLA, «La higiene de las casas de vecindad. Necesidad de construir casas higiénicas para obreros», Lima, 1903. Tesis Br. UNMSM.

³ José GÁLVEZ, *Estampas Limeñas*. Lima, UNMSM, 1966, p. 111.

abajo la burguesía, haciendo flamear banderas rojas, arrojaban abundantes piedras sobre los edificios⁴.

Sin embargo, el mayor distanciamiento físico generado por la modernización y las nuevas pautas de relación entre elites y subalternos no fue generalizado en Lima de principios de siglo. No faltaron casos de familias ricas que habitaban en los distritos VII, I e incluso en el distrito VIII en medio de los sectores populares⁵. Familias pobres vivían en número considerable en los distritos II y III de clases altas⁶. En esta zona, cerca de suntuosas mansiones, había talleres artesanales y fondas chinas y las calles eran transitadas diariamente por trabajadores⁷. Paralelamente, el paternalismo típico de ciudades tradicionales siguió vigente en las primeras décadas del siglo XX. Esto ocurría así en parte porque en la familia, la escuela y en las prácticas religiosas, las masas urbanas asimilaban un sistema de valores que condicionaba la dependencia personal (Steve Stein 1986: 73), y al mismo tiempo por la supervivencia de los patrones urbanísticos de la sociedad tradicional.

La explicación de fondo para la existencia de la dualidad descrita no puede provenir sino de una evaluación de los cambios operados en las esferas económica y social. El aspecto fundamental del proceso de mo-

⁴ *El Comercio* 28/05/1919 (M) p.1. Tanto *El Comercio* como *La Prensa* editaban dos ediciones diarias, una en la mañana y otra en la tarde; para especificarlas utilizaremos las iniciales M y T.

⁵ Este fue el caso de Alfredo Gildemeister quien según el *Directorio* de Pedro Paulet (1910), vivía en la calle Bambas 181, cerca de chinganas y callejones, y de Enrique de la Riva Agüero domiciliado en la Calle San Carlos. Cf. PAULET, *Directorio Anual del Perú 1910*. Lima, Imprenta del Estado. T. I., 1910, p. 185. Ver también *Guía Social de Lima, Callao y Balnearios*. Lima: Casa Editora Morán 1915.

⁶ No de otra forma se explica que en 1920 en los distritos II y III fueran registrados 26 casos de tuberculosis. Cf. *Boletín Municipal* Año XX, N° 961, 1920 p. 7217.

⁷ En la cuadra 4 de la Calle Lártiga estaba el domicilio de José Carlos de la Riva-Agüero, cabeza de un importante grupo tradicional, a pocos metros de una fonda china, una fábrica de muebles y la Imprenta Torres Aguirre. Pedro PAULET, *op.cit.*, p. 193. Para una idea exacta de la ubicación de estos distritos, véase Mapas 1, 2 y 3, incluidos en el capítulo XII del presente libro.

modernización registrado en Lima estuvo desempeñado por el surgimiento de establecimientos fabriles. Este impulso no había tenido precedentes en la historia del Perú. En la década de 1850 se había registrado intentos importantes de iniciar un sostenido desarrollo capitalista en el Perú (Basadre 1983 T. III: 116). Pero estos esfuerzos no lograron prosperar. En las décadas de 1870 y 1880 aparecieron algunas fábricas con resultados positivos, pero el verdadero auge comienza en la década del 1890. Desde entonces, y hasta 1905, el sector industrial creció a un ritmo anual promedio de 7,6 por ciento. Una tasa bastante alta teniendo en cuenta que el crecimiento de la población de Lima no llegaba al 3 por ciento (Revilla 1981: 14).

La mayoría de estas nuevas fábricas, a diferencia de las experiencias anteriores, incluyó máquinas que funcionaban a petróleo o con energía eléctrica. Las fábricas de tejidos de algodón, para citar un ejemplo, empleaban motores eléctricos de hasta 1,400 caballos de fuerza. Esto no impidió el surgimiento de un nuevo actor social que marcaría una diferencia más con las anteriores experiencias de modernización: un proletariado masivo que *empezaba a desarrollar* pautas de conducta diferentes de las del artesano⁸. Así como la aparición de barrios alejados de clases altas no favorecía el servilismo —que sí condicionaba una vida en común— y hacía viable una conducta ciudadana en los sectores pobres y cierto nivel de enfrentamiento de tipo clasista en la ciudad, así también la proliferación de fábricas, donde el dueño ya no era un trabajador sino un capitalista respecto del cual cientos de operarios empezaban a tomar distancia, hacía que el centro de producción fuera un escenario de conflicto, cosa que difícilmente podía suceder en los talleres artesanales típicos⁹.

⁸ Las pocas fábricas instaladas hasta 1876 dieron trabajo a un 0.052 por ciento de la población censada para Lima y Callao, según cálculos de Margarita GIESECKE 1978: 80.

⁹ En los centros manufactureros que no incluyeron máquinas pero sí buen número de operarios, también empezaron a surgir nuevas pautas de relación entre patrones y trabajadores. Esto ocurrió por ejemplo en los grandes talleres de confecciones que en diciembre de 1911 fueron escenario de una importante huelga. Ver *La Prensa* (M) 20/XII/1911. p.2.

Pese a lo indicado, no eran los rasgos modernos los que imperaban en la Lima de principios de siglo. No hay imagen más precisa y más sucinta para graficar la transición que estaba en marcha que aquella expresada en el título de una obra del poeta José Gálvez: «Una Lima que se va». Es decir, una realidad tradicional que empezaba a irse al compás de la modernización, pero que aún no había desaparecido. Una urbe que dejaba de ser una ciudad tradicional, pero que todavía no llegaba a ser una metrópoli industrial, moderna, como bien lo percibió Carlos B. Cisneros en 1911:

No se nota en ella, en efecto, aquel movimiento continuo e incesante en sus calles principales que indican una ciudad comercial. No se ven las altas chimeneas que revelan una ciudad industrial y manufacturera. No se observa en las noches el ir y venir de los carruajes ni el murmullo que distingue a las ciudades aficionadas a los placeres. Hoy como ayer Lima conserva sus rasgos característicos, y continuará así por muchos años¹⁰.

Cisneros no exageraba, pues a pesar de la trascendencia del impulso industrialista —y junto a él la presencia dinámica del novel proletariado— y a pesar también de la actividad cada vez más importante de las casas comerciales y entidades financieras, en Lima de principios del siglo XX, el sector tradicional tenía dimensiones mucho más grandes que el sector moderno. A nivel de masa laboral es innegable que los trabajadores adscritos al régimen artesanal —sin contar los jornaleros— predominaban ampliamente sobre el personal que laboraba en fábricas¹¹.

¹⁰ Carlos B. CISNEROS, *Provincia de Lima*. Lima: Litografía e Imprenta Carlos Fabián, 1911, p. 293.

¹¹ Para graficar lo dicho veamos el grupo censal textil, el más importante del rubro Industria y Artes Manuales, integrado por 14,068 personas (almidoneros, botoneros, calceteros, enfaldeladores, sastres, tintoreros, costureras, modistas, etc.) según el censo de 1920. De ese total, el 67 por ciento —la inmensa mayoría— está constituida por las 9,538 costureras y modistas, mientras que el total de obreros fabriles del sector textil reunía alrededor de 3,000 personas. Otro caso es el de los zapateros que según el mismo censo llegaban a 2,325 personas, mientras que el total de trabajadores empleados en las fábricas de Lima era de 300. Calzado y Textiles son los rubros con mayor

Este artesanado mantuvo a principios de siglo muchas de las características centrales del pasado y en general de los artesanos de las sociedades «preindustriales» que atravesaban una fase inicial del proceso de modernización. Se trataba de un sector social dedicado a la transformación de materia prima en talleres que reunían un limitado número de trabajadores, que ostentaba formas simples de cooperación técnica, preponderancia de la habilidad manual con respecto a los instrumentos de trabajo y una inevitable unión entre producción y comercialización. Esto último significaba que el taller donde el artesano laboraba era además el lugar de venta de las mercancías¹². En ciertas ocasiones, como en el caso de zapateros y costureras, era también el hogar del artesano.

Ya desde mediados del siglo XIX, el artesanado limeño había manifestado algunos atisbos de modernidad. Ellos habían visto agravada su situación por las importaciones y en respuesta a ellas, además de protestar, formularon planteamientos progresistas, como la creación de la Escuela de Artes y Oficios, fundada finalmente años después, con el fin de suministrar a los agremiados los adelantos tecnológicos que les permitieran satisfacer las exigencias del consumidor local. Pero es probable también que fueran básicamente las elites artesanales las que tuvieron mayor convicción en las premisas que acompañaban dichas propuestas. El espíritu tradicional seguía su curso.

A principios de siglo aún tenía vigencia la división entre maestros, oficiales y aprendices al interior de cada uno de los grupos de artesanos, pese a que había sido abolido, en 1860, el régimen de gremios que otorgaba libertad de industria sólo a los maestros de un determinado oficio mientras ponía obstáculos a oficiales y aprendices para obtener la maestría. Si bien era posible que cualquier persona realizara la apertura de un taller, la

número de obreros fabriles. Véase Perú, *Censo de Lima y Callao 1920*. Lima, Imprenta Americana, 1927; y Carlos Jiménez, «Estadística Industrial del Perú en 1918», en *Boletín del Cuerpo Ingenieros de Minas del Perú*, N°105, Lima, Imprenta Americana, 1922.

¹² Para una comparación con el artesano en otras latitudes véase GONZÁLEZ ANGLUO (1983) y Witold KULA (1974).

estructura jerárquica se mantuvo vigente a través de ciertas prácticas que apuntaban a impedir el progreso de los operarios:

Este operario, para ser artesano, pasaba muchas dificultades: había dueños que no enseñaban todos los secretos del oficio. Entonces al operario lo retenían. Tenía que ser un hombre muy hábil, un hombre que se diera cuenta del trabajo, y entonces sí podía progresar¹³.

Podría suponerse que existía un conflicto entre el artesano y sus trabajadores, pero esto no fue lo corriente. El escaso número de trabajadores por unidades productivas, la vida en común y con fuertes lazos de dependencia y solidaridad entre maestros, oficiales y aprendices, condicionaba, por el contrario, el desarrollo de prácticas serviles y un espíritu corporativo. En ocasiones también se desarrollaba un verdadero espíritu solidario. Esto dio lugar a que las situaciones económicas desfavorables fueran afrontadas de manera conjunta, sea a través de luchas multitudinarias contra elementos externos al gremio, considerados responsables de sus males, o por medio de la ayuda mutua¹⁴.

Siendo el artesano una «realidad viva» en momentos en que nacía el proletariado industrial, era inevitable que muchos de sus rasgos estuvieran presentes en la dinámica del nuevo actor social. La jerarquía procedente del artesano fue implementada en los establecimientos de carácter capitalista y en aquellos que estaban cerca de ser empresas de este tipo para beneficio de los nuevos dueños. En las panaderías, por ejemplo, había maestros mejor remunerados que los operarios y aprendices (estos últimos por lo general niños que percibían un ingreso miserable) todos los cuales eran contratados

¹³ Este testimonio pertenece a Julio PORTOCARRERO y fue grabado durante una entrevista que sostuvimos con el líder sindical en abril de 1986.

¹⁴ La historia del movimiento mutualista está aún por escribirse. Estigmatizado por los anarquistas, ha sido visto siempre con prejuicio y sin explicar el por qué de sus características y conducta. Este movimiento tuvo aspectos positivos, como el fomento a la solidaridad y la lucha por la sobrevivencia de las clases populares. De alguna manera fue la expresión de un capital social importante en la ciudad de Lima. Una contribución en este sentido, en: RUIZ ZEVALLOS, 1994 a.

por el dueño. El maestro, hombre de mayor edad, con conocimientos y experiencia, gozaba de otros privilegios además de recibir un jornal más alto: tenía la potestad de elegir a sus operarios y en base a esta posibilidad ejercía poder sobre el resto de los panaderos, los que respondían, por lo general, servilmente. En forma simultánea, el maestro y junto a él los operarios, mantenían una solidaridad servil con el industrial¹⁵.

No siempre hubo esta respuesta. A veces espontáneamente, y en otras por estímulo de los anarquistas, obreros de distintas fábricas se rebelaron contra los abusos del maestro. Estas luchas fueron la base que dio origen a las organizaciones sindicales, por lo menos en las fábricas de tejidos, como Santa Catalina:

Hace algún tiempo que los obreros de la Fábrica de Santa Catalina sentían el deseo de formar una sociedad que viniera a resguardar sus intereses y a defender sus derechos de hombres conscientes; pero no llegaba el momento ni la ocasión propicia para emprender tan abnegada obra, hasta que no pudiendo soportar los vejámenes y abusos de sus patrones, como de muchos de sus maestros, que a diario venían cometiendo arbitrariedades ultrajando con su proceder la dignidad de obreros civilizados, resolvieron en un momento de inesperada rebeldía protestar contra uno de los maestros de telares, el cual, de manera sistemática, venía desmoralizando al obrero hasta hacerle perder lo más sagrado que es la dignidad¹⁶

Luchas como la anterior fueron moldeando la conciencia de los trabajadores fabriles. La experiencia cotidiana de solidaridad y unidad en el conflicto —y no simplemente la inclusión en un sistema industrial masificado— fue decisiva para la formación de la clase obrera en sentido moderno¹⁷.

¹⁵ «En varias oportunidades, los maestros u operarios, con el fin de granjearse la amistad del patrón y con ello asegurarse el empleo, lo hacen padrino de alguno de sus hijos» (TEJADA 1988: 127).

¹⁶ «Libro de sesiones de la sociedad 'Unificación Proletaria' de Santa Catalina», folio 40. (Universidad Católica, Centro de Documentación de la Facultad de Ciencias Sociales).

¹⁷ O como dice THOMPSON: «La formación de la clase obrera es un fenómeno de la historia política y cultural tanto como de la historia económica. No nació por generación espontánea, producto del sistema fabril. Sería lamentable suponer una fuerza exterior —la

Formarse en un sentido moderno, implicaba además asimilar una nueva concepción del tiempo, propia de la vorágine industrial, que exige disciplina, cosa virtualmente ausente en los artesanos limeños así como en los trabajadores mineros con un pasado campesino. En general, en toda realidad preindustrial, la puntualidad y sincronización, como explica Alvin Toffler basándose en un estudio de E.P. Thompsom, se convirtieron en una necesidad social con el inicio de la industrialización. Así, vemos que en Lima de finales del siglo XIX grandes relojes cuelgan del umbral de los portones de las fábricas, además de estar incrustados en las torres de los templos católicos. Era la percepción del tiempo de las elites modernizadoras.

Sin embargo, en este sentido tampoco el joven proletariado se comprendió con facilidad de la mentalidad premoderna. Al igual que el artesanado, al menos hasta fines del siglo XX, el nuevo actor social mostraba fuertes rasgos de indisciplina laboral. El culto a San Lunes (o el hábito de no trabajar ese día para continuar la juerga del domingo) que parecía haber muerto en la década de 1860, persistió con fuerza en los noventa, ahora en el proletariado industrial. De acuerdo con un editoriaalista «... todos los industriales sufren debido a que la gran mayoría de los obreros hacen San Lunes y muchos San Martes y San Miércoles»¹⁸. Definitivamente estos limeños no encajaban en la definición que Mariátegui daba de hombre moderno —«hombre moderno no es sólo el que más ha avanzado en la reconstrucción de lo que fue, sino también el que más ha avanzado en la previsión de lo que será»— pues no miraban al futuro sino que, afincándose en la tradición, miraban al pasado. Tal vez así entendamos por qué el pueblo limeño de fines del XIX no mostrará gran expectativa por la llegada del nuevo siglo.

Como una reacción frente a la modernización es posible percibir una especie de *patología de la transición*, caracterizada por una mayor incidencia de los cuadros depresivos. Esta tendencia no estaría respaldada solamente

revolución industrial— que habría operado sobre una materia prima humana indiferenciada y fantástica convirtiéndole por arte de mecanismos mágicos en una ‘nueva raza de hombres’. (THOMPSON 1977 T.II: 16-17).

¹⁸ *El Comercio* (T) 28/08/1896, p.1.

por las estadísticas del Manicomio del Cercado —cuya representatividad de la patología extramural podría incluso ser puesta en duda— sino también por hechos masivos de carácter cultural como la procesión del Señor de los Milagros que, a principios del siglo XX, de ser un culto propio de los afroperuanos llegó a ser común a distintos grupos sociales y raciales, básicamente populares. A diferencia de otras procesiones, la del Señor de los Milagros estaba impregnada de miedo, tristeza, sacrificio y autoagresión, rasgos que, apelando a la noción freudiana de *duelo y melancolía*, pueden ser interpretados como un estado psicológico de respuesta a la pérdida de un ser amado o, en el caso específico de Lima, bajo una abstracción equivalente, la pérdida de un modelo paternalista de abastecimiento de alimentos, un mercado de trabajo protegido y, en general, una vida mucho más simple que la modernización iba barriendo¹⁹. Sin embargo, como veremos más adelante, el lamento no fue la única respuesta de la población.

Los más pobres y disfuncionales

Muy al margen del sistema fabril y artesanal existía una población flotante que constituía un fuerte rezago de la plebe que Lima heredó de la colonia: individuos pertenecientes por lo general a las antiguas castas de zambos y mulatos y que se les podía hallar eventualmente como jornaleros o desempeñando oficios menudos como bizcochero, leñador, etcétera, percibiendo los más ínfimos ingresos. Este grupo tenía una conducta proclive a transgredir normas y leyes, pero no era el robo, sino la vagancia y la ebriedad las razones por las que generalmente eran arrestados por la policía²⁰.

¹⁹ Para mayor explicación remito al lector a mi libro *Psiquiatras y Locos...Perú: 1850-1930*. Lima, Instituto Pasado & Presente, 1994, pp. 98-100.

²⁰ Para ilustrar lo dicho veamos el siguiente dato. De un total de 5,541 personas detenidas en las comisarías de Lima, entre enero y junio de 1915, 3,082 fueron encerrados por ebrios, 633 por vagancia y 1,826 por robo. Ver *Boletín Municipal*, No. 783, p. 6013, Lima 1915. Aunque las proporciones altas de ebrios y vagos obedece en parte a las obsesiones controlistas de las elites, ebrios y vagos formaban parte de esa población flotante.

Estas personas manifestaban ese comportamiento en razón de que no podían insertarse en el mercado de trabajo (lo que era atribuido por un lado a la estrechez del mismo) y a lo escasamente enraizados que estaban en sus mentes conceptos como honradez, trabajo y responsabilidad. Por ello, para combatir estas manifestaciones, según los conceptos penitenciarios pretendidamente modernos que manejaban las autoridades, era igualmente importante lograr su readaptación a través del trabajo. Con ese fin, en cierta ocasión el Prefecto de la Capital se dirigió al Alcalde solicitando su colaboración:

Teniendo conocimiento este despacho que ese municipio lleva a cabo en la actualidad algunas obras públicas, participo a Ud. que diariamente podría proporcionar un número no menor de 50 individuos, que se ocuparían en los trabajos que Ud. tuviera a bien designarles, con la sola obligación de proporcionarles alimentos y un lugar en donde pernoctar, facilitando la policía el número de fuerza suficiente, tanto para custodiarlos durante el trabajo, como en el local que se les destinara de alojamiento²¹.

Se trataba, en suma, de un sector con valores discordantes con la cultura oficial que exaltaba el respeto por la ley, el orden, el trabajo y la moral. Eran también individuos proclives al tumulto, aunque su participación en ellos respondió más a impulsos de tipo irracional que a la expectativa de lograr un beneficio individual.

Impulsos de tipo irracional como los aludidos tenían que ver con otro remanente de la sociedad tradicional (reforzado ahora por la influencia del positivismo): el racismo. Un sentimiento que no siempre tenía una sola dirección (de los dominantes con relación a los dominados) sino que funcionó al interior de las clases populares de manera autodestructiva. En el censo de 1908, como detectó un especialista,

Muchos indios, sobre todo los que gozaban de cierta holgura pecuniaria y de alguna elevación social, se han inscrito como blancos, sin que haya sido

²¹ Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima: «Prefecturas», 1911.

posible evitarlo; como los indios, muchos mestizos en igualdad de circunstancias se han fiado como blancos en el empadronamiento²².

La sobrevaloración de la raza blanca revela un desprecio por lo que se es. La necesidad de no ser «inferior» probablemente generó ciertos conflictos étnicos: mestizos contra indios y negros, negros contra asiáticos e indios.

Las características señaladas hacían que esos sectores del pueblo sean percibidos como personas peligrosas. El miedo que los sectores altos sentían por ellos —cuya raíz podía remontarse a la colonia— quedó inscrito en las continuas solicitudes que los comisarios rurales realizaban al prefecto para que se envíe a los valles cercanos efectivos armados a fin de reprimir el bandolerismo²³. Del mismo modo, los constantes tumultos ocurridos en las inmediaciones del Matadero General motivaron que en más de una ocasión el Alcalde se dirigiera al Prefecto para solicitar efectivos «... con su respectivo armamento»²⁴.

Pero la violencia y peligrosidad no provenía sólo de estos grupos. Tanto el artesano, como la joven clase obrera, pese al componente paternalista que integraba su mentalidad, protagonizaron disturbios y fueron creciendo en conflictividad. A pesar de la fuerte presencia de conductas de tipo tradicional y de actitudes sumisas en la población limeña de principios del siglo XX, las conductas solidarias y rebeldes, no necesariamente modernas, van ganando poco a poco el escenario.

²² Enrique LEÓN GARCÍA, *Las Razas en Lima*. Lima: UNMSM, Facultad de Medicina, 1909, p. 14.

²³ AGN, Ministerio del Interior, «Prefectura de Lima», Leg. 6. Ver también «El bandolerismo en los Valles» en *La Agricultura* año I, N°7, diciembre de 1915 pp. 115-116.

²⁴ Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima (AHML): «Prefecturas-Alamedas-Bomberos 1872-1938».

CAPÍTULO III

CONFLICTOS EN UNA SOCIEDAD EN TRANSICIÓN

Una sociedad en transición, con un débil avance modernizador, genera respuestas conflictivas y disturbios distintos de los que se producen en una sociedad moderna e industrial. En esta última los disturbios tienden, por lo general, a tener un carácter *proactivo*, esto es, en apoyo a reivindicaciones no establecidas previamente y elegidas autoconscientemente, mientras que en las realidades premodernas o de incipiente modernización, las protestas son de carácter *reactivo*, es decir destinados a defender derechos tradicionales o a restablecerlos cuando otros los viola¹.

PRIMER RASGO: CARÁCTER REACTIVO

Lima de principios de siglo XX, como vimos en el anterior capítulo, era una sociedad en transición. Una realidad donde coexistían un sector tradicional y otro moderno cuyo principal motor era un importante aunque limitado proceso industrializador. Por esta razón resulta inevitable detectar, al lado de disturbios reactivos, una serie de manifestaciones que son enmarcables dentro de las luchas de carácter proactivo: protestas en las que los trabajadores, fundamentalmente fabriles, elevaron banderas no establecidas anteriormente. Un ejemplo de ellas son las continuas luchas que obreros panaderos, portuarios, textiles y tipógrafos, realizaron para exigir aumentos de jornales. Uno de los primeros reclamos de este tipo ocurrió en enero de 1887, año en que, producto de la exitosa lucha, nació la Sociedad de Obreros Panaderos «Estrella del Perú», germen del sindicalismo en el Perú². En los primeros

¹ Ver: Charles TILLY: 1978. TILLY, Ch., TILLY L. y TILLY R. 1975: 46-55.

² No obstante hay que tener en cuenta que en las huelgas llevadas a cabo por los panaderos en los finales del siglo «... más que petición de un mayor salario, se protestaba por algún atropello o injusticia» (ZITOR 1946: 11).

años del presente siglo el reclamo salarial apareció con mayor fuerza. En 1904 obreros portuarios —cuya actividad ejerció importante influencia en los trabajadores de Lima— lograron un aumento del orden del 20 por ciento además de reformas en las condiciones de trabajo (ZITOR 1946: 15). Otra huelga digna de mención, por su relativo éxito, ocurrió en Vitarte en noviembre de 1907; los obreros lograron un incremento en la remuneración del 7 por ciento, habiendo pedido un aumento del 25 por ciento. Posteriormente otras agrupaciones de trabajadores formularon reclamos similares, pero todos ellos se encontraban supeditados a una reivindicación que por entonces jugó un papel central en el movimiento proletario: la jornada de las Ocho Horas.

La reducción de la jornada de trabajo fue otra lucha *proactiva* que también empezó a plantearse en los finales del siglo XIX. EL 15 de junio de 1896, los trabajadores de Vitarte se declararon en huelga contra las condiciones de trabajo y la dura jornada laboral que llegaba incluso hasta 14 horas diarias. Al igual que los reclamos salariales, es en los primeros años de este siglo en que la reducción de las horas de trabajo estimuló mayores conflictos. Entre 1905, año en que los obreros panaderos iniciaron formalmente las celebraciones tumultuosas por el primero de mayo, y el 18 de enero de 1919 en que el Gobierno de José Pardo promulgó el decreto que reglamentaba las ocho horas de trabajo para toda la República, fueron libradas luchas combativas que han quedado ampliamente registradas en la memoria colectiva³.

Junto a las luchas salariales y por la reducción de la jornada laboral, hay que mencionar un conjunto de propuestas como las leyes relativas al trabajo, todas las cuales estuvieron básicamente dirigidas a proteger la población empleada en fábricas⁴.

³ Existe una amplia bibliografía sobre el tema; véase KAPSOLI (1976), PAREJA PFLUCKER (1978) y BLANCHARD (1982), entre otros. Una versión más ponderada de este acontecimiento en David S. PARKER, «Peruvian Politics and the Eight-Hour Day: Rethinking the 1919 General Strike», en *Canadian Journal of History*, december 1995.

⁴ Reclamos, protestas aisladas e incluso huelgas por accidentes de trabajo fueron tan continuos como las desgracias ocurridas en talleres de carpintería que incluyeron instrumentos modernos y especialmente en las fábricas de Lima (Cf. MIRÓ QUESADA 1965:

Estas luchas, fueron *proactivas* en la medida en que introdujeron innovaciones favorables al progreso de las condiciones de vida de la clase trabajadora, y no pueden ser explicadas en una gran parte si no se atienden las características de la joven clase obrera —mencionadas arriba— que iban distanciándola de la herencia artesanal. Fueron una realidad en los principios del siglo XX en parte también gracias a la prédica de los dirigentes anarquistas.

Los nuevos reclamos llegaron a despertar apoyo y simpatía en los artesanos y otros grupos de trabajadores. La Confederación de Artesanos Unión Universal y la Asamblea de Sociedades Unidas respaldaron estas reivindicaciones (aunque esto algunas veces no era más que una medida táctica de las dirigencias, deseosas de controlar las primeras sociedades de los obreros fabriles). En 1901 los dirigentes mutualistas convocaron a un Congreso Obrero en el que al lado de antiguas reivindicaciones —protección para la industria y artes nacionales y fomento del cooperativismo mutualista— aparecían reclamos en favor de la reducción de la jornada de trabajo, remuneración adecuada considerando la situación económica de la empresa, promulgación de leyes protectoras de la salud de los trabajadores, entre otros (Basadre 1983 T. III: 190). Del lado de los artesanos comunes y corrientes las simpatías también fueron significativas y prueba de ello es su participación en algunos paros generales, como el de diciembre de 1918 y enero del año siguiente, en favor de las Ocho Horas; pero a diferencia de los obreros industriales no estaban dispuestos a librar luchas heroicas que implicasen grandes sacrificios en favor de los nuevos reclamos; y no porque carecieron de capacidad para afrontar sacrificios, como se verá más adelante.

La gran mayoría de la población trabajadora todavía realizaba una lucha *reactiva*. Ejemplos de ella son los reclamos realizados ante el parlamento para elevar los aranceles a determinados productos importados; las protestas contra la implementación de maquinaria en la fabricación de bienes que anteriormente se hacían manualmente; los conflictos, como el de mayo de

106). La Ley de Accidentes de Trabajo fue promulgada, tras largos años de debate, el 20 de enero de 1911, pero entró en vigencia a partir de 1913 (Alberto ULLOA, *La organización social y legal del trabajo en el Perú*, Lima: UNMSM, 1916, p. 229).

1909, entre peruanos y trabajadores chinos, que eran vistos como competidores en el mercado laboral; la terca lucha no para lograr aumentos salariales sino para rebajar los precios de los alimentos. En algunas oportunidades estos movimientos fueron tan y quizás más fuertes y violentos que los realizados por los trabajadores fabriles. En los conflictos con los inmigrantes chinos de 1909 y en el motín de subsistencias de 1919, las turbas se enfrentaron a unas fuerzas policiales acostumbradas a reprimir haciendo uso de pistolas y fusiles y a comerciantes que portaban armas. A diferencia de las luchas obreras que inmortalizaron algunos mártires, tales asonadas dejaban considerable cantidad de heridos y muertos. Según algunos cálculos (Cardoso 1990), en la revuelta por el abaratamiento de las subsistencias de 1919, murieron por lo menos unas 400 personas.

Para empezar a comprender estas respuestas las referencias principales no son, como se desprende del párrafo anterior, las luchas desplegadas por la clase obrera y por los sindicatos de principios del presente siglo. Fundamentalmente son equiparables con las asonadas que sacudieron Lima durante el siglo XIX, como la de diciembre de 1858, y con la rebelión popular contra los hermanos Gutiérrez en julio de 1872. En la primera fecha artesanos de Lima y Callao, secundados por el bajo pueblo, protagonizaron desórdenes violentos, en ambas ciudades, en protesta por la importación de productos manufacturados procedentes de la Europa y los Estados Unidos. Como parte de las acciones, que dejaron varios muertos como saldo, los artesanos incendiaron en la estación de ferrocarril carretas que contenían puertas y ventanas y destruyeron líneas férreas que habían sido desembarcadas en el puerto vecino. Comentando estos sucesos, un testigo señaló:

por primera vez la pacíficas poblaciones de Lima y El Callao han sido teatro de luctuosas escenas, entremezcladas de sangre y exterminio; por primera vez hanse levantado las masas en nombre del trabajo y la industria nacional⁵.

⁵ José SILVA SANTIESTEVAN, Breves reflexiones sobre los sucesos ocurridos en Lima y Callao con motivo de la importación de artefactos. Lima: Imprenta de la Calle Nazareno, 1859, p. 5.

La segunda fecha corresponde al derrocamiento de Tomás Gutiérrez, un general rebelde que depuso al Presidente Balta para intentar frustrar la subida al poder de Manuel Pardo y los civilistas. Fue un derrocamiento que benefició a Pardo y en el que, más allá del enfrentamiento entre militares y civiles, los sectores populares, especialmente artesanos, jugaron un rol importante en el desarrollo de los acontecimientos. La participación de estos sectores fue hasta cierto punto independiente del interés de derrocar a Tomás Gutiérrez y sus hermanos, afirmación que se sustenta, según nos explica Margarita Giesecke «...en la formación de la guardia especial de la defensa de la aduana, lo que constituye un esfuerzo de la elite económica por defender sus intereses depositados en los almacenes del ataque de la multitud que tenía como objetivo inmediato de dicha acción la destrucción de la mercadería importada, causa de sus malestares, pérdida de estatus y pauperización» (Giesecke 1978: 145). Ambas revueltas son *reactivas* en la medida que fueron estimuladas por la nostalgia de un mercado libre de productos importados, como se suponía sucedía en tiempos coloniales, o por lo menos con escasa incidencia de ellos debido a la protección aduanera, como aconteció entre 1821 y 1833 (Bologna 1980: 44 y Gootenberg 1990: 236-238).

De un modo más genérico, las revueltas *reactivas* ocurridas en Lima — tanto en el siglo XIX como en el siglo XX— son equiparables con las protestas «preindustriales» ocurridas en Europa en los siglos XVIII y XIX, en la medida que evidenciaron algunos rasgos típicos establecidos para el viejo continente (Rudé 1978: 18-31), como veremos a continuación. En primer lugar, el predominio de la *acción directa* contra la propiedad: destrucción de mercaderías importadas en 1858 y saqueo y destrucción de establecimientos en 1909 y en 1919. Segundo, *una incipiente organización y alto grado de espontaneidad*: en todos los disturbios ocurridos en Lima en el período indicado ambas características estuvieron presentes aunque en grado diferente (por ejemplo, en mayo de 1909 una reunión política derivó inesperada e imprevistamente en acciones violentas contra comerciantes chinos). Tercero, *liderazgo de autoridad efímera*: a diferencia de los sindicatos que conducían las reivindicaciones obreras, los organismos y líderes de las protestas contra las importaciones (1858), la revuelta contra los chinos (1909) y la lucha por la rebaja de las subsistencias (1919), dejaron sus «funciones» o desaparecieron

una vez concluida la protesta. Cuarto, la *composición heterogénea de la multitud*: en 1858, contra lo que la simple denominación «motín de artesanos» puede hacer pensar, fue relevante la participación de la llamada plebe de Lima, compuesta por gente sin oficio conocido, jornaleros eventuales, vagos y bandidos (Méndez 1984: 13). En la rebelión contra los Gutiérrez en 1872 participaron desde la élite económica pardista hasta jornaleros y albañiles, pasando por los artesanos ansiosos por la destrucción de importaciones (Giesecke 1978:140). En 1909, como se verá más adelante, las protestas contra chinos fueron protagonizadas por gente de distinto nivel social, incluyendo a líderes políticos, artesanos y bajo pueblo. Una afirmación similar es válida para mayo de 1919. Y en quinto lugar, un *apego al modo tradicional* en que funcionaba la comunidad, manifestado en la pretensión de restablecer «derechos perdidos». Todos los disturbios a que hacemos referencia son precisamente *reactivos* porque rechazaron los cambios que tendían a alterar una situación dada. Antes que una mejoría en sus vidas basada en el progreso o en propuestas nuevas, pedían el regreso a una situación pasada (mercado sin importaciones, talleres sin máquinas modernas, precios anteriores). En pocas palabras: el pasado como programa. Una respuesta, como diría George Rudé, de «gentes que preferían el 'tonto conocido' al sabio por conocer y mirar hacia 'el pasado' en vez de hacia 'el futuro' en el sentido de que se mostraban más inclinados a reclamar la restauración de derechos perdidos amenazados de expropiación que a exigir cambios o reformas».

Ese apego al modo tradicional de funcionamiento de la vida económica y social es la característica infaltable en las acciones colectivas reseñadas: puede estar ausente la violencia o puede faltar una composición heterogénea (fue el caso de las protestas contra las máquinas), pero la intención de restablecer derechos perdidos está presente en todos ellos. En razón a esta verificación, es más conveniente tipificarlos como disturbios *reactivos* por ser una categoría más comprensiva y por ello mismo capaz de facilitar la explicación de manifestaciones tumultuosas con inusitadas peculiaridades⁶. Esto no significa desdeñar la utilidad de la categoría «preindustrial». Si bien la violen-

⁶ No compartimos el empleo de las categorías *prepolítico* y *primitivo* aplicadas para las revueltas del siglo XIX (GIESECKE 1978: 99; QUIROZ NORRIS 1987: 139). El motín de

cia no siempre estuvo presente, cuando ésta surgió, la forma en que fue ejercida dejó aquel sello típico de los disturbios «preindustriales». Sirve también, al igual que la categoría de luchas *reactivas*, para entender el comportamiento que en ocasiones evidenciaban los obreros fabriles. Siendo Lima una realidad que atravesaba por iniciales fases del proceso de modernización — una realidad semimoderna—, la nueva clase obrera, no obstante que tendía a diferenciarse de los artesanos, no escapó del todo a la racionalidad tradicional. Las luchas por el abaratamiento de las subsistencias contaron con la adhesión inmediata de estos trabajadores y de sus organismos sindicales. Incluso a la hora en que presentaron sus reclamaciones *proactivas*, no faltaron esos métodos característicos de disturbios «preindustriales». Este proletariado que solemos llamar *moderno*, no podía aún escapar de un pasado que le era tan familiar, como que vivían en él al abandonar los modernos establecimientos fabriles.

En resumen, de manera similar a otras sociedades en transición la forma predominante de disturbio realizado en Lima por sectores populares estuvo dirigida para contrarrestar la violación de prácticas tradicionales. La racionalidad de tipo reactivo, la defensa de la costumbre y la tradición, constituye el primer rasgo general de la multitud urbana de la Lima de siglo XIX y de principio de siglo XX.

ENTRE LA INFLACIÓN Y LA RECESIÓN

Un segundo rasgo general de esas revueltas fue el hecho que se produjeron bajo el estímulo del malestar causado por dos sucesos económicos: recesión productiva y subida de los precios. Los investigadores que estudiaron las protestas de 1858 y 1872 han señalado la presencia de ambos males. De igual modo podemos sostener que tanto el motín antichino de mayo de 1909 como la protesta por la rebaja de las subsistencias de mayo de 1919, acontecieron en momentos de subida de los precios y recesión económica, aunque las dimensiones de una y otra fueron diferentes en uno y otro caso.

mayo de 1919 fue precedido de una intensa actividad ideológica y política realizada por los anarco-sindicalistas, además de otras agrupaciones. Pese a esto, esa revuelta tampoco puede ser enmarcada dentro de las de tipo moderno, por las razones expuestas.

Para afrontar la escasez de empleo y el alza de los alimentos, sectores populares buscaron lograr una mayor injerencia en la política relacionada con la producción y el comercio de las subsistencias y en el manejo del mercado de trabajo. A través de la presión ejercida por medio del motín, los muchedumbres lucharon por lograr cierto margen de control sobre las áreas mencionadas. Ambas aspiraciones, en la mayoría de los casos, y de hecho en los casos más trascendentales, marcharon siempre juntas.

Sin embargo estas protestas también tuvieron caracteres peculiares. La peculiaridad más importante estuvo determinada por el lugar que cada una de esas aspiraciones ocupaba en la plataforma (por así llamarla) de las asonadas. Así tenemos que en el siglo XIX la aspiración por controlar el mercado de trabajo fue claramente dominante. Las luchas contra las importaciones, de diciembre de 1858, protagonizadas por revoltosos que «...se quejaban de no tener trabajo por venir todo del extranjero...» (Silva Santiestevan 1859: 25), estuvieron claramente encaminadas a obtener la aplicación de medidas (como protección tarifaria) tendientes a reactivar la producción y de ese modo dotar de empleo a los agremiados. Sin duda, algo similar puede afirmarse con relación a los objetivos de la multitud que participó en el derrocamiento de los hermanos Gutiérrez. En ambos casos la rebaja de las subsistencias desempeñó un papel nada desdeñable en la dinámica de las protestas, pero es indiscutible que el problema central para los manifestantes fue la recesión y la falta de trabajo. En 1858 las exigencias principales de los artesanos fueron «...impedir la importación de esos efectos (...y) que se dispense a la industria peruana la protección que es debida...»; y sólo secundariamente se exigía «la subsistencia de la Ley que abolió todo derecho o gravamen sobre los víveres» (Quiroz 1988: doc. 6). En 1872 puede suponerse la intervención de elementos que luchaban contra el alza del costo de vida, sin embargo es innegable que la desocupación fue el principal estímulo: al igual que en 1858, las mercaderías importadas almacenadas en la aduana, estuvieron en la mira de los tumultuarios (Giesecke 1978: 140)⁷.

⁷ Hubo dos asonadas en el siglo XIX —con saqueos de tiendas de alimentos— que no podrían representar anomalías a la caracterización para esta centuria. Una ocurrió en julio de

La subida de los alimentos causó malestar y por ello fue una preocupación especial de los ciudadanos pobres. Pero al finalizar el siglo XIX y más aún al comenzar el siglo XX sus dimensiones aumentaron a tal punto que la rebaja de las subsistencias fue una motivación dominante que estimuló reclamos y concentraciones multitudinarias. Esto empezó a ocurrir con más claridad a partir de 1912 cuando los sectores que siguieron a Guillermo Billinghurst —quien siendo Alcalde manifestó serio interés por el asunto— interpretaron su candidatura a la Presidencia de la República como la solución al angustiante problema de la subida de los precios. Entonces muchedumbres violentas boicotearon las elecciones fraudulentas e hicieron que el Congreso eligiera a Guillermo Billinghurst. Pero antes habían dejado muy en claro cuáles eran sus preocupaciones específicas. En uno de esos días turbulentos, un diario local dio cuenta de un motín pequeño registrado en una carnicería, donde «...un numeroso grupo del pueblo se constituyó en son de protesta» porque se había colocado un anuncio en el que se ofrecía la libra de carne a 60 centavos el kilo. «Después de un vivo intercambio de ideas el carnicero retiró el letrero y la carne volvió a ser vendida a 30 centavos»⁸. Durante el mitin central de la campaña billinghurstista, que congregó a más de 20 mil personas, los manifestantes levantaron la figura de un *pan grande* acompañada de un letrero que decía: «Esto costará 5 centavos si sube Guillermo Billinghurst». Y junto a ella mostraron otra imagen similar, pero mucho más pequeña, cuya inscripción decía: «Esto costará 20 centavos si sube Aspíllaga»⁹. La anécdota es ilustrativa del grado de politización al que

1821 durante la independencia; la segunda en enero de 1881 en plena guerra con Chile. Ambas en momentos de conflicto bélico y de fortuito desabastecimiento de alimentos y con una fuerte presencia de sentimientos en contra del extranjero, español en el primer caso, chino en el segundo: «existe un sentimiento antiespañol que cohesiona, aunque sea momentáneamente, a la plebe de la ciudad» (FLORES GALINDO 1984: 220); «son indios y mestizos del ejército peruano que en medio del desbande y de la confusión de la guerra, procedieron al saqueo de las tiendas y a la matanza de sus propietarios chinos en Lima» (BONILLA 1980: 209). «es la acción del vencido frente a quienes, al parecer, habían secundado en alguna forma los chilenos» (GUERRA MARTINIÈRE 1991: 67).

⁸ *El Comercio* 26/05/1912 (I).

⁹ Ver *El Comercio*, *La Crónica* y *La Prensa* del 20/05/1912.

los sectores populares habían elevado el tema de los alimentos, al tiempo que permite apreciar el desplazamiento de otras reivindicaciones (barreras arancelarias, por ejemplo) del lugar central.

A partir de entonces reclamos insistentes y manifestaciones tumultuosas fueron realizadas con el fin de combatir el alza de los precios. En abril de 1919 se formó un *Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias*—cuyo reclamo principal era la rebaja de los alimentos a precios de 1913— en torno al cual multitudes populares realizaron en el mes siguiente desordenes violentos que incluyeron, principalmente, acciones de saqueo contra centros de abasto.

La revuelta de mayo de 1919 fue la más violenta, la más importante por sus efectos en el sistema político y la de mayores dimensiones de todas las que ocurrieron en Lima desde la rebelión contra los Gutiérrez en 1872. Ambas, sin duda, fueron momentos cumbres que llevaron a sus límites y agotaron de algún modo dos *programas reactivos* de los sectores populares de Lima: en el primer caso, la rebaja de las subsistencias; en el segundo, un mercado sin importaciones que asegure fuentes de trabajo.

Lo anterior no significa que la aspiración de controlar el mercado de trabajo estuviera agotada en los principios del presente siglo. Por el contrario, subsistió bajo nuevas expresiones. Estuvo presente de manera dominante todavía en 1909, durante los conflictos con los inmigrantes chinos, y subordinadamente, en la revuelta de mayo de 1919. De manera aislada también puede detectarse en la reticencia de algunos operarios a la introducción de maquinaria.

Tenemos en suma dos tipos de motivaciones reactivas en Lima de fines del siglo XIX y de principios del XX: una orientada a controlar el mercado laboral (luchas contra las máquinas y contra la fuerza laboral asiática) y otra, que es la principal para la época, centrada en la rebaja de las subsistencias. Esto no quiere decir que fueran aquellas las dos únicas motivaciones: hubo otras, tanto de carácter utilitario como de tipo irracional; pero el control del mercado de trabajo y la rebaja de las subsistencias, fueron las principales: aquellas que dinamizaban la acción de los individuos como trabajadores y como consumidores.

SEGUNDA PARTE
HACIA EL CONTROL DEL MERCADO DE TRABAJO

CAPÍTULO IV

PANORAMA LABORAL LIMEÑO

En los últimos años del siglo XIX, tras largas centurias de estancamiento, la población peruana empezó a crecer. Paulatinamente la transición demográfica estaba en marcha; es decir, se había iniciado «el paso de una demografía de tipo antiguo (alta mortalidad, curvas de movimientos febriles, tendencia estagnante en la larga duración) hacia una demografía de tipo moderno, definida por un incremento poblacional constante»¹. Este proceso fue más notorio en Lima, donde, si exceptuamos la crisis demográfica de 1894 a 1900, la curva de natalidad empezó a caminar por encima de la curva de mortalidad.

En primer término, la población de Lima creció gracias al aumento de la natalidad y al descenso de la mortalidad, resultado, en buena cuenta, de las campañas intensas de sanidad desplegadas por los médicos de la época. Pero no menos importante fue el efecto de la migración interna, una migración provinciana (de la sierra sur, de Ancash y del centro fundamentalmente) de origen urbano y de extracción media². Finalmente, debemos considerar la migración externa (sudamericana, europea y asiática principalmente) que, pese a no haber alcanzado las proporciones del siglo XIX, tuvo efectos importantes.

La población es un hecho clave para tomar el pulso al mercado de trabajo. Siendo este, en un sentido general, el ámbito donde se vende y

¹ «El Perú vive así el proceso de modernización demográfica que ocurrió en Europa desde mediados del siglo XVIII» (BURGA y FLORES GALINDO 1979: 17-18).

² Ver: CARAVEDO 1987: 19; y TAMAYO 1988: 16-17. Provincianos de clase media fueron la base social de nuevos fenómenos como la Reforma Universitaria que irrumpió a San Marcos en 1919. Ver: CUETO 1982.

compra fuerza laboral³, es importante por ello considerar que un aumento de la población redundará en un incremento de la oferta de fuerza de trabajo. Esto último es lo que ocurrió en Lima, como se aprecia en el Cuadro 1.

CUADRO 1
POBLACIÓN SEGÚN SECTORES DE TRABAJO EN LIMA

SECTORES	1876*	%	1876**	%	1908*	%	1920**	%
I	646	0.6	5,205	4.3	2,283	1.6	9,636	4.3
II	9,760	9.7	10,751	8.8	24,366	17.0	37,207	16.0
III	6,403	5.8	5,997	4.9	13,172	9.4	12,785	5.6
IV	296	0.2	315	0.2	1,374	0.9	2,339	1.0
V	9,497	10.3	11,462	9.4	14,887	10.0	18,313	8.1
VI	-	-	-	-	728	0.5	769	0.3
VII	4,703	4.6	5,251	4.3	8,890	6.3	5,174	2.3
VIII	287	0.2	302	0.2	51	0.3	1,040	0.4
IX	363	0.3	394	0.3	919	0.6	1,744	0.7
X	3,012	2.9	3,110	2.5	4,455	3.1	10,325	4.6
XI	369	0.3	392	0.3	584	0.4	700	0.3
XII	2,577	2.5	8,641	7.1	10,099	7.2	37,359	16.6
XIII	62,243	61.0	69,121	57.0	58,126	41.0	87,500	39.0
TOTALES	100,516	100	120,941	100	140,000	100	223,807	100

* Población de la Ciudad

** Población de la Provincia

I. Agricultura y Ganadería; II. Industria y Artes Manuales; III. Comercio; IV. Transporte; V. Personal de Servicio; VI. Propietarios de Muebles e Inmuebles; VII. Empleados del Gobierno; VIII. Profesionales Sanitarios; IX. Profesionales Liberales; X. Instrucción; XI. Bellas Artes; XII. Sin clasificación; XIII. Sin profesión y menores de 14 años.

Fuente: Perú (*Censo General del Perú formado en 1876*. Lima, Imprenta del Testro. T. VI, 1878; *Censo de la provincia de Lima [1908]*. Lima, Lib. e Imp. La Opinión Nacional, 1915; *Resumen del Censo de las provincias de Lima y Callao levantado el 17 de diciembre de 1920*. Lima, Imp. Torres Aguirre, 1921; y *Censo de Lima y Callao 1920*. Lima, Imprenta Americana, 1927).

Como se puede observar, mientras el rubro «Sin Profesión y Menores

³ En un sentido estricto, el mercado de trabajo está referido sólo al sector capitalista propiamente dicho de cualquier economía (véase Adriana MARSHALL 198?: 29). Pero

de 14 años» tiende a disminuir, el sector «Industrial y Artes Manuales» aumentó en casi un 100 por ciento, seguido por el sector «Comercio» con un incremento porcentual no menos importante. En el sector «Industrial y Artes Manuales» están agrupados los obreros fabriles, operarios panificadores y, principalmente, diversos grupos de artesanos: desde oficios importantes, como sastres, costureras, zapateros, carpinteros, sombrereros, herreros y cigarreros, hasta oficios con pocos integrantes, como esterilleros, petateros, entre otros. En el sector «Comercio» están adscritos los empleados de grandes compañías de importación o de suntuosos bazares de Lima y los miles de dependientes de pequeños establecimientos como pulperías, chinganas, fondas y cafés.

Ambos rubros fueron en conjunto los más importantes de los 13 que consigna el Cuadro 1 de acuerdo con la nomenclatura de la época⁴. En el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, estos rubros manifestarán un índice importante de crecimiento. Sin embargo, será en el siglo XX que este crecimiento alcanzará niveles realmente notables, a tal punto que, si en 1876 ambos sectores representan el 16 por ciento de la población de la ciudad, en 1908 constituyen el 26 por ciento. En cuanto a la disminución del rubro «Sin Profesión y Menores de 14 años», puede afirmarse que no se trató de un decrecimiento de la población menor de 14

siendo el sector capitalista de Lima todavía minoritario a principios de siglo, hemos preferido emplear el concepto en un sentido general.

⁴ No obstante que hemos respetado esta clasificación general, también hemos realizado algunas modificaciones necesarias. Por ejemplo, los datos sobre población menor de 14 años y sobre gente sin profesión que en algunos casos aparecen por separado, los hemos reunido bajo un mismo rubro, en vista de que en otros censos ambos datos aparecen reunidos y no es posible conocer la cantidad exacta de cada uno. También hemos redistribuido la información de modo más coherente. Los peluqueros y lavaderos que en algunas ocasiones figuran en el sector «Industria y Artes Manuales» han sido reubicados en el sector «Personal de Servicio», mientras que los carniceros en el sector «Comercio». El objetivo de estos cambios es lograr una imagen lo más fidedigna acerca de las magnitudes de cada uno de los sectores, en especial los relacionados con la producción y el comercio. Debido a estos reacomodos necesarios, las cifras totales de cada sector del Cuadro 1 son distintas de las cifras totales que aparecen en los censos.

años, ya que esto no pudo ocurrir debido al aumento de la natalidad y la disminución de la mortalidad, especialmente infantil, sino de una disminución del número de personas no calificadas, gente no especializada en ningún oficio y que trabajaba eventualmente. Muchos de estos, a la hora del censo, prefirieron suscribirse dentro de las artes manuales o el comercio. De ahí el aumento de estos rubros.

Se produjo por tanto un aumento de la oferta de fuerza de trabajo en los sectores mencionados, hecho que no comporta necesariamente un problema social si, en forma paralela, se registrara un incremento similar de la demanda. ¿Ocurrió este incremento?. Responder a esta pregunta de una manera satisfactoria es muy difícil. De un lado están las características de un mercado de trabajo como el que, para el caso de Lima de principios de siglo XX, hemos definido: un espacio amplio donde el empleador que demanda fuerza laboral no es siempre un capitalista dueño de un establecimiento industrial (fábricas textiles o panaderías) o un maestro artesano, sino únicamente un contratista de obras, incluso una persona simple que requiere del trabajo de otra, sea esta última costurera, zapatero o pintor; así, resulta obvio que los indicadores para observar la demanda de fuerza de trabajo son heterogéneos y, en ocasiones, aparecen confundidos con la demanda de bienes y servicios. De otro lado, existe el problema de la escasez de fuentes estadísticas precisas sobre empleo, desempleo y capacidad productiva de la industria y del sector artesanal.

A pesar de las dificultades anotadas, es factible establecer que a principios de siglo la demanda de fuerza de trabajo también habría crecido, lo cual se aprecia en el incremento absoluto de talleres artesanales, en la constante actividad de construcción y expansión de la ciudad y en la aparición de industrias modernas. Según el responsable del censo de 1908, el aumento de la población en las Industrias y Artes Manuales «...era consecuencia de la explotación de nuevas empresas industriales y del incremento alcanzado por las existentes anteriores»⁵. No puede negarse por tanto que

⁵ Perú, Ministerio de Fomento, *Censo de la provincia de Lima*. Lima, Lib. e Imp. «La Opinión Nacional», 1915 T. I: 111.

se produjo tal aumento en la demanda de fuerza de trabajo, plasmado incluso en el desarrollo del capital industrial, y que este desarrollo incentivó la oferta de mano de obra (según la interpretación que puede darse a la opinión del autor de los comentarios al censo de 1908), aunque esta comprobación no implica que tal crecimiento de la demanda satisfizo todas las expectativas. El problema, así planteado, es saber si en términos relativos ese incremento de la demanda efectivamente se acercó, o al menos no estuvo muy distante, al incremento de la oferta.

INDUSTRIALIZACIÓN Y FUERZA DE TRABAJO

Una primera constatación digna de señalar es que el auge industrial registrado en la década de 1890 significó la apertura de nuevos espacios productivos. Las experiencias manufactureras de ese período tuvieron por objeto la fabricación de bienes no producidos en el país, o en todo caso, producidos en una escala tan pequeña que era necesario recurrir a las importaciones para cubrir la demanda. Bienes importados como textiles, muebles, calzado, jabón y fósforos, entre muchos más, empezaron a ser sustituidos por la industria nacional. A diferencia de experiencias posteriores, aquella industrialización no siempre implicó una aplicación intensiva de bienes de capital, de modo tal que ciertas industrias permitieron la concentración de buen número de trabajadores. Un ejemplo lo ofrecen las fábricas textiles de algodón⁶. En ellas, el incremento en el uso de maquinaria, expresado en el aumento de caballos de fuerza, iba paralelo a un aumento en el empleo de fuerza de trabajo.

Sin embargo, la mayoría de establecimientos fabriles no demandaba abundante fuerza de trabajo. La capacidad instalada de las industrias fue reducida y en muchos casos se trató de fábricas que apenas se diferencia-

⁶ La fábrica La Unión, con 135 trabajadores, tenía máquinas con 180 H. P. (caballos de fuerza); El Progreso, 537 trabajadores y 350 H.P.; La Victoria, 295 operarios y 400 H. P.; El Inka, 823 y 1400 H. P. Ver Carlos Jiménez, «Estadística Industrial del Perú en 1918», en *Boletín del Cuerpo de Ingenieros de Minas del Perú*. No. 105, Lima, Imprenta Americana, 1922, p. 14-15.

ban de los talleres artesanales. Como ejemplos podemos citar a las industrias de alimentos, jabón, aguas gaseosas y velas: «...cinco o seis obreros bastan para el servicio de una fábrica mediana, llegando las más grandes a 10 o 15 y reduciéndose las más pequeñas a 2 ó 3»⁷.

El desarrollo de la industria a principios de siglo XX no siempre ostentó gran capacidad de absorción de mano de obra.

A ello debemos agregar que, en ciertas ocasiones, dicha industrialización implicó el desplazamiento de fuerza de trabajo y a su vez la ruina para muchos trabajadores y para sus familias. En estos casos las nuevas fábricas no sustituyeron importaciones; básicamente compitieron con el sector artesanal o perturbaron el funcionamiento de industrias cuyos productos tradicionalmente se hacían a mano. La introducción de máquinas perturbó la actividad de trabajadores dedicados a la extracción de insumos para la construcción, de pequeños grupos dedicados a la producción de confites, pero sobre todo de trabajadores cuyas especialidades formaban parte del sector «Industria y Artes Manuales», como zapatería, panadería o cigarrería.

CUADRO 2

PANADEROS Y ARTESANOS AFECTADOS POR EL MAQUINISMO EN LIMA (CIUDAD Y PROVINCIA)

OFICIO	1876*	1876**	1893*	1905*	1908*	1918*	1920**
Panaderos	264	315			644		892
Sombrereros	87	95			133		300
Zapateros	984	1,045			2,253		2,325
Cigarreros	412	418	2,000	500	85	260	37
Curtidores	12	24			192		64

* Población de la Ciudad

** Población de la Provincia

Fuente: Censos de Población de Lima (Perú 1978, 1915 y 1921). Las cifras de cigarreros provienen de: *El Comercio*. 26/01/1893 p.1; Alejandro Garland 1905: 137 y Carlos Jiménez 1922: 165.

⁷ Carlos JIMÉNEZ. Op. cit., p. 191; para los casos de aguas gaseosas y las industrias del jabón ver pp. 130 y 151.

CUADRO 3
TALLERES Y FÁBRICAS EN LA CIUDAD DE LIMA

RUBRO	Taller 1869	Taller 1887	Fábrica y Taller 1908	Taller 1920	Fábrica 1920	Fábrica y Taller 1920
Calzado	57	145	100	194	6	200
Sombrererías	10	43	20	60	3	63
Cigarrerías	100	18	7	1	1	1
Panaderías	28	40	28	-	-	62

Fuentes: Contribuciones, «Libro de matrícula de patentes de la ciudad de Lima. 1869» (AGN); *Guía Comercial de Lima y Callao* (1887) Ministerio de Hacienda y Comercio, «Matrícula de contribución de patentes e industrial de la provincia de Lima para el quinquenio 1908-1912»; Perú, *Censo de las provincias de Lima y Callao* Lima, 1927. El número de fábricas para 1920 proviene de Carlos Jiménez 1922.

Los trabajadores excluidos del proceso de modernización por la introducción de maquinaria, en las especialidades antes mencionadas, sufrieron el crecimiento dramático de su marginalidad y la subsiguiente inestabilidad de su empleo. El caso de los cigarreros es el que más llama la atención. En este rubro se produjo una paulatina reducción de establecimientos productores. De haber existido 100 en 1869, quedaron sólo 7 en 1908 (ver Cuadro 3). La introducción de máquinas en esta industria significó, según sabemos, el despido de 1,500 operarios de los establecimientos más importantes. Por otro lado, la situación de los panaderos no es del todo clara pues ignoramos cuántas panaderías introdujeron máquinas para la producción de pan. Según Luis Tejada, especialista en el tema, pocos establecimientos incorporaron máquinas mientras que la mayoría mantuvo el tradicional trabajo a pulso (Tejada 1988: 52). Pese a ello, vale la pena preguntarse por el impacto que tuvieron esas máquinas en la masa laboral. De hecho, como se verá en un capítulo posterior, las protestas contra la introducción de máquinas surgieron también de las panaderías. Pero, en líneas generales, se puede afirmar que en ámbitos como los de panadería y zapatería, la mecanización no jugó un rol decisivo, no abrió

grandes fuentes de empleo —como en las fábricas textiles— ni desplazó mano de obra en dimensiones abultadas como en el caso de los cigarreros⁸.

La satisfacción de las expectativas laborales se organizó en función del incremento de establecimientos. En el caso de las panaderías el número de establecimientos no aumentó a igual ritmo que el número de los obreros panificadores. En cifras reales, esto significó el aumento del número de trabajadores por cada taller. En 1869 había 9 operarios por cada panadería y en 1908 llegaron a 32. Se puede observar por tanto que la oferta de mano de obra sobrepasó largamente a la demanda de la misma.

Veamos ahora el caso de los zapateros. El censo de 1920 muestra la cantidad de 200 establecimientos productores de zapatos, de los cuales, según las estadísticas de Carlos Jiménez, 194 son talleres artesanales y 6 son fábricas con máquinas modernas. De acuerdo con el mismo autor, dentro de estos establecimientos laboraron en total 496 operarios. A estos se sumaron 516 zapateros que trabajan en sus domicilios por encargo de las fábricas, haciendo un total de 1,012 personas adscritas de una u otra forma al trabajo fabril, o al taller, registradas por las estadísticas.

CUADRO 4
ARTESANOS NO AFECTADOS POR EL MAQUINISMO EN LIMA
(CIFRAS REALES)

OFICIOS	1876*	1876**	1908*	1920**
Costureras y modistas	1,461	1,611	7,021	9,538
Sastres	811	855	1,389	1,708
Carpinteros	1,543	1,715	2,619	3,430
Herreros	318	331	485	532

* Población sólo de la Ciudad

** Población de toda la Provincia

Fuentes: Censos de población (Perú 1878, 1915, 1921 y 1927).

⁸ Los establecimientos de panadería y zapatería que incorporaron máquinas tuvieron sin duda mayor ventaja, por ejemplo, la Fábrica Nacional de Calzado instalada en 1902 llegó a producir hasta 300 pares de calzado al día. Ver Ministerio de Fomento, *Reseña industrial del Perú*. Lima, Imprenta del Estado, 1902, p. 27. Sin embargo, a juzgar por las estadísticas de establecimientos, no llegaron a ocasionar la ruina de los talleres tradicionales.

CUADRO 5
TALLERES DE ARTESANOS NO AFECTADOS POR EL MAQUINISMO EN LIMA
(CIFRAS REALES)

TALLERES	1869*	1887*	1908-12*	1920**
Modas y costuras	12	27	36	39
Sastrerías	26	105	105	167
Carpinterías y ebanistería	41	68	65	77
Herrerías	43	49	33	27

* Talleres ubicados sólo en la ciudad

** Talleres ubicados en toda la provincia

Fuentes: Contribuciones, «Libro de matrícula de patentes de la ciudad de Lima. 1869»; Ministerio de Hacienda y Comercio, «Matrícula de contribución de patentes e industrial de la provincia de Lima para el quinquenio de 1908 a 1912»; «Guía Comercial de Lima para 1887»; Perú, *Censo de Lima y Callao 1920*, Lima 1927.

Si restamos esta cantidad del total de 2,325 zapateros que, según el censo general de Lima, existieron en toda la provincia, tendríamos 1,295 zapateros que, podemos suponer, simple y llanamente se hallaban desocupados o que trabajan en sus domicilios —talleres no computados por el censo de Carlos Jiménez ni por las matrículas de contribución industrial—. Es probable que estos talleres se extendieran con mayor amplitud. Muchos de aquellos trabajadores fueron zapateros «remendones» que realizaron una actividad sumamente sencilla y viable, pues requería poca habilidad y una mínima inversión en herramientas y materia prima. Al iniciarse el siglo XX esa actividad permitía la supervivencia de muchas personas, pero no brindaba garantías para una elemental estabilidad económica. La población de zapateros se había incrementado hacia 1908 en un 128 por ciento con relación a 1876. Un incremento muy por encima del crecimiento de la población total que sólo fue del 40 por ciento. Podemos decir, entonces, que el incremento de la oferta de trabajo determinado por el crecimiento de la población se expresó en un aumento dramático de esta categoría ocupacional.

OTROS GRUPOS IMPORTANTES DEL ARTESANADO

Junto a los trabajadores fabriles, los cigarreros, zapateros y panaderos, existieron otros grupos laborales, definidamente artesanales, que predominaron cuantitativamente en el mercado laboral de Lima en el siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. Estuvieron constituidos por carpinteros, ebanistas, sastres, costureras y modistas. Las dimensiones de estos grupos crecieron también con el cambio de siglo a un ritmo superior del crecimiento general de la población. En 1908, carpinteros y ebanistas habían aumentado en un 69 por ciento mientras que los sastres y trabajadores de herrería aumentaron en un 72 por ciento y 52 por ciento respectivamente. Costureras y modistas crecieron en un 380 por ciento, un crecimiento exponencial que no sólo fue mayor al de la población (40%) sino incluso al del rubro Industria y Artes Manuales (149%). Hacia 1920 estas tendencias se acentuaron: costureras y modistas aumentaron en un 552 por ciento, mientras que ebanistas y carpinteros lo hicieron en 122 por ciento.

El aumento de la población laboral en estas especialidades no fue compensado con la aparición de nuevos talleres. Estos también se incrementaron (con excepción de las herrerías) pero no lo hicieron en un porcentaje correlativo al número de trabajadores. El resultado fue el incremento, a principios de siglo, del número de trabajadores por taller (Ver Anexo 1). En el caso de las sastrerías, la imagen puede resultar un tanto ambigua según se elija el año 1869 o 1887 como punto de comparación. Si elegimos el primero podemos afirmar que el número de trabajadores por cada sastrería se mantuvo relativamente estable hacia 1908, con una tendencia a bajar en 1920. Pero si escogemos a 1887 como referencia, podemos concluir que la competencia por hallar colocación fue mayor. En el caso de carpinterías y herrerías, los datos posibilitan una sola conclusión: el aumento del número de trabajadores por taller bordeó el 100 por ciento. La competencia fue muy dura y muchos podían quedar fuera del oficio. Para los herreros el no ingresar a un taller significaba el inmediato desempleo dada la elevada inversión que requería este oficio.

Distinta era la situación para la inmensa cantidad de costureras que no lograban el ingreso a un taller. La poca habilidad requerida y el escaso

instrumental que se necesitaba hacían factible el ejercicio de la profesión en el propio domicilio (hipótesis corroborada por un estudio sobre la mujer obrera en Lima de principios de siglo XX, según el cual «la casa de la costurera era su taller»). (Miller 1987: 104).

TRABAJADORES ALBAÑILES

Los albañiles constituían un grupo importante del rubro «Industria y Artes Manuales». Integrado por trabajadores no calificados, al igual que los peones y estibadores, su número creció considerablemente en los primeros años del siglo XX: de 898 en el año 1876 pasó a 1,920 al finalizar la segunda década del nuevo siglo. La demanda de esta fuerza de trabajo estuvo determinada por el progreso urbano. En 1857 la ciudad de Lima tenía una extensión de 1,107 hectáreas, en 1920 llegó a 1,426 y diez años después ascendió a 2,037 hectáreas. A partir del nuevo siglo, el municipio ejecutó un remodelamiento permanente de calles y avenidas; el cemento y —posteriormente— el asfalto empezaron a imponerse. El progreso no fue sólo horizontal. Compañías particulares, así como del Estado, emprendieron la construcción de modernos edificios.

El desarrollo urbano fue una fuente de empleo temporal. Muchos individuos ocasionalmente podían encontrar trabajo en una construcción de edificios o en las obras públicas. En ellas, además de albañiles, podían trabajar personas que no hallaban colocación en sus actividades acostumbradas. La construcción podía brindar empleo, pero también podía significar un descenso de categoría laboral.

EL SECTOR COMERCIO Y PERSONAL DE SERVICIO

Este rubro estaba integrado por varios miles de personas que trabajaban como dependientes o empleados en pequeños, medianos y grandes establecimientos: tiendas de abarrotes, bazares, depósitos y casas de importación, entre otros. A principios de siglo, el número de estos establecimientos aumentó enormemente. Por esa época surgieron los bazares y algunas

categorías de establecimientos que no existían en el siglo XIX. En conjunto, los establecimientos comerciales aumentaron en el nuevo siglo.

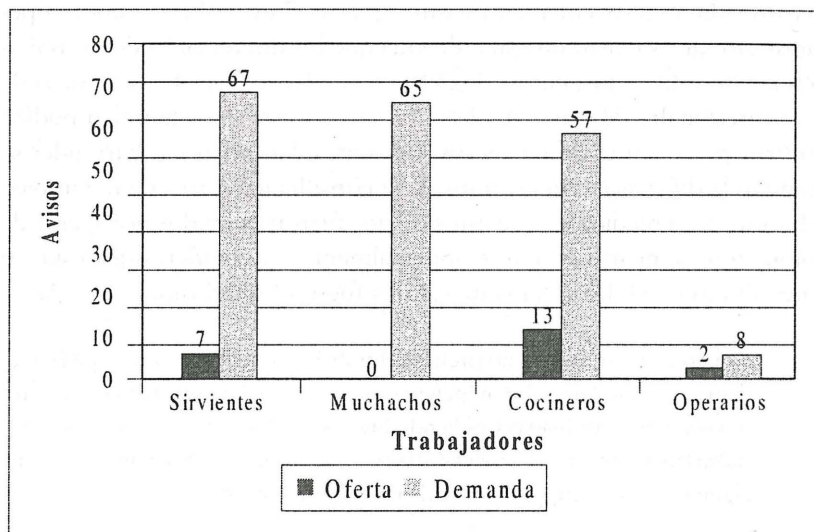
También creció el número de trabajadores adscritos a este sector: De 6,403 en los años 70 del siglo XIX pasaron a 13,172 en 1908. Pero este aumento (del orden de 105 por ciento con relación a 1876) fue mayor que el que experimentaron los establecimientos (del orden del 63 por ciento con respecto a 1869); mientras que en 1869 había 1,077 establecimientos comerciales, en 1908 aumentaron sólo a 1,928⁹. Según estas condiciones, el mercado de trabajo en el sector comercio se encontraba saturado. Y no sólo no podía brindar una alternativa a los artesanos o jornaleros sin trabajo, no pudo incluso generar empleo seguro para las personas que se especializaban como dependientes.

Finalmente tenemos a los trabajadores del rubro «Personal de Servicio»; un sector que no creció significativamente pero que no dejó de concentrar a parte importante de la población. A él estaban adscritos los sirvientes, cocineros, barrenderos, amas de leche, lavaderos entre otros; siendo realizados tales servicios, por lo general, por indios, negros y chinos. Joaquín Capelo describió a estos trabajadores como gente que «... vive con poca cosa, habita en cuartos de callejón y viste con sencillez, siendo raro que pasen un período de tiempo sin trabajo... »¹⁰. Otras descripciones y monografías de inicios del siglo XX coinciden en señalar la poca concurrencia de mujeres y hombres para estas labores. Las páginas de avisos clasificados de los diarios —como la de *La Crónica*—, ofrecidas en forma gratuita, corroboran estas impresiones.

⁹ Contribuciones «Libro de matrícula de patentes de la ciudad de Lima 1869» (AGN); y Ministerio de Hacienda y Comercio, «Matrícula de la contribución de patentes e industrias de la provincia de Lima para el quinquenio de 1908 a 1912», en *El Peruano*, Lima 1909/1910.

¹⁰ Joaquín CAPELO 1902-1905, *Sociología de Lima*, Lima, Imprenta Masías, T. II, p. 39.

GRÁFICO 1
BOLSA DE TRABAJO
LIMA, MARZO/ABRIL DE 1916



Fuente: *La Crónica*. 23/03/1916; 30/03/1916; 31/04/1916; 06/04/1916; 10/04/1916 y 17/04/1916.

La demanda de sirvientes, cocineros y muchachos era descomunal comparada con la oferta. La demanda de muchachos fue realmente crónica, razón por la cual resultaba innecesario hacer pública la oferta. Oficios correspondientes a las artes manuales no gozaron una situación similar.

EMPLEOS Y ESCALA DE VALORES

En las clases populares de Lima existía una escala de valores relativa a las ocupaciones laborales que se basaba en dos criterios. De un lado estaba la consideración social —criterio tradicional— y del otro el criterio económico. Bajo este último, el trabajo en fábrica o en panaderías —donde los obreros ostentaban los salarios más altos debido a la presión ejercida por

los sindicatos (Stein 1986: 36; Tejada 1988: 345)— era más valorado que muchos de los trabajos en talleres artesanales como carpintería, herrería, costura y otros. Desde el punto de vista social, sin embargo, no había mayores diferencias entre uno y otro empleo. Tanto obreros como operarios artesanos tenían un estilo de vida que los diferenciaba de los trabajadores no calificados, como albañiles y jornaleros agrícolas, así como de los profesionales de clases medias. Obreros y artesanos también podían sentirse por encima de cocineros, sirvientes, lavaderos y barrenderos. Aunque la diferencia era económica, la consideración social era también relevante en la medida en que estos oficios fueron asumidos por «gente de color»: indios, negros y chinos principalmente¹¹. Los oficios que estaban en el último nivel del sistema de valores fueron los del rubro agrícola:

casi no hay obrero que no prefiera el trabajo en la ciudad; y de aquí la gran demanda de trabajo y la competencia que se hacen los solicitantes. Las campiñas están despobladas y pidiendo brazos que las cultiven; pero estos prefieren languidecer por las calles de las ciudades a salir al campo para emprender algún cultivo u ocuparse en los de una empresa rural¹².

Al interior del mundo de los artesanos también había una sub-escala de valores. Zapateros, tapiceros o trenzadores se sentían por debajo (sea por razones económicas o por la menor complejidad del oficio) de herreros, sastres, costureras, ebanistas, carpinteros y talabarteros, para no mencionar a orfebres y plateros. A su vez, estos artesanos podían sentirse por debajo de otros grupos sociales y profesionales, con los cuales alternaban y de los cuales, a veces, provenían. Esta situación, en el caso de las costureras, parece haber sido general según el testimonio de Joaquín Capelo:

¹¹ «Los oficios más humildes, aquellos que el orgullo de nuestro pueblo rechaza, han sido y son desempeñados por los chinos. Son ellos los que careciendo de los conceptos vulgares de vergüenza y humillación, barren las calles de nuestras principales ciudades, recogiendo los excrementos de los animales» (Oscar ARRÚS, *Las razas china e india en el Perú*. Callao, Imprenta de El Callao, 1906, p. 17).

¹² *El Economista Peruano* Año I, N° 4, 15/06/1909 p. 48.

Exceptuando unas cuantas de clase inferior que trabajan en talleres públicos y cuyas ganancias superan al promedio de la renta que hemos considerado, la mayor parte de las 6,000 costureras (...) son personas que han tenido cierta posición en la sociedad y que después han debido abandonarla, descendiendo muchos grados en rango, una vez que la escasez de recursos la obliga a buscar trabajo en clase inferior a la que antes ocuparon(...). La costurera se ve privada de las consideraciones sociales a que ha estado acostumbrada; y a fuerza de un trabajo rudo y sin descanso, logra apenas un pedazo de pan amasado con lágrimas, humillaciones y vergüenzas, tal vez ocasionadas por alguno que fue de su amistad, en los tiempos de su opulencia¹³.

Pese a todo, costureras, sastres o ebanistas gozaban de una consideración mayor que los tapiceros y zapateros. A su vez, éstos últimos podían sentirse en mejor posición que los pescadores o agricultores. Esta escala de valores se puede apreciar si observamos, a modo de encuesta, la relación de presidiarios que cumplieron su condena en mayo de 1915, todos los cuales recibieron durante su estadía en la penitenciaría una instrucción en artes manuales que les permitió perfeccionarse o cambiar de oficio. Pocos presidiarios mantuvieron el oficio que tenían cuando ingresaron a la Penitenciaría; se trató de especialidades que podían considerarse de mayor rango, como comercio y carpintería. La regla general fue la especialización en un oficio distinto pero superior en consideración social y rendimiento económico¹⁴. Tres agricultores, un fogonero, un trenzador, un sombrerero y un soldado cambiaron sus oficios por el de zapatero. Entre tanto, seis de los once zapateros prefirieron convertirse en panaderos (dos casos), carpinteros (otros dos casos), uno en herrero y otro en talabartero. No

¹³ Joaquín CAPELO 1895, op. cit., T. II: p. 40-41.

¹⁴ Las únicas excepciones son las de un platero y un herrero que optaron por convertirse en alfareros. La decisión fue tomada no porque la alfarería fuera de mayor rango, sino, probablemente, por la inviabilidad de seguir practicando el trabajo de herrería y platería, dos oficios que requieren alta inversión y una adecuada red de relaciones y clientes, cosa difícil para expresidiarios.

faltaron casos, como los dos agricultores, —aspirantes a sastre y a carpintero— que revelaban una aspiración quizás desmedida¹⁵.

Pero mientras en las cabezas de los individuos podían tramarse interesantes ascensos de categoría, en la realidad ocurría todo lo contrario:

(...) es frecuente la escasez de trabajo y entonces el oficial se ve sin recursos o el jornal disminuye o solamente en ciertos días encuentra qué hacer (...) cuando escasea el trabajo para el maestro, reduce éste el número de sus oficiales; y si la crisis es fuerte concluye por vender las herramientas para volver a la condición de oficial o queda como contratista de obra menuda o emigra a otros barrios (...)¹⁶.

La quiebra de algunos contribuía a engrosar las filas de grupos de menor categoría. Esto también ayuda a explicar por qué los sastres o carpinteros crecieron a un ritmo menor que los zapateros. Un dato que puede resultar simbólico pero no menos ilustrativo es que Adrián Zubiaga, conocido líder de los zapateros, fue hijo de Juan Antonio Zubiaga, maestro sastre¹⁷.

El incremento de costureras, zapateros, albañiles, etc. era un síntoma de una evolución laboral que recorría en sentido opuesto la escala de valores dominante. Pero fue más grave lo que ocurrió cuando las posibilidades para trabajar en este escenario se hicieron cada vez más limitadas.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los sectores referidos como «artes manuales», «comercio» y «personal de servicios», especialmente los dos primeros, crecieron en los primeros años del siglo XX a medida que disminuía la población del rubro «sin profesión y menores de 14 años», todo lo cual significó un incremento de la

¹⁵ Ver: Penitenciaría de Lima, Memoria presentada por el Director ... Lima, Tipografía de la Penitenciaría, 1915, Anexo 18, s/n.

¹⁶ Joaquín CAPELO 1895, op. cit., T. II: p. 40-41.

¹⁷ *Ilustración Obrera*, N° 4, 25/03/1916, pp. 3-4.

fuerza de trabajo. La demanda, sin embargo, sólo resultó favorable para los trabajadores del rubro «personal de servicios». La tendencia central para el mercado de trabajo en los rubros «industrias y artes manuales» y «comercio» fue la reducción, aunque hubo épocas menos graves que la de 1907-1910. La reducción del mercado de trabajo se evidenció en el menor ritmo en que se incrementó el número de talleres artesanales o establecimientos comerciales, con respecto al incremento del número de personas que buscaban empleo en estos lugares. El problema de la disminución de trabajo se agudizó además por la escala de valores que se aplicaba a las ocupaciones vigentes en Lima de principios del siglo XX. La falta de empleo impulsó a muchos a buscar trabajo en otras especialidades del sector artesanal —por lo general oficios de menor categoría— e incluso a tener que hacerlo fuera de este sector, lo cual significaba un mayor descenso de categoría. Desde el punto de vista popular, el trabajo en el campo era una labor que había que evitar a cualquier costo. Y esto redundaba en una saturación del mercado de trabajo urbano.

CAPÍTULO V

FORÁNEOS Y NATIVOS EN EL MERCADO LABORAL

En Lima de principios de siglo, una modernización mediatizada no sólo no logró satisfacer las expectativas que en cierta medida determinaron el aumento de brazos en la capital; además originó más perjuicios, más desequilibrios e inestabilidad para los sectores populares nativos. Una seria contracción del mercado de trabajo y un creciente descontento popular. Sin embargo, ambos hechos no pueden ser entendidos sin contemplar la presencia masiva de los extranjeros en la ciudad. Como se anunció en un anterior capítulo, las demandas por mayor fuente de trabajo fueron acompañadas, en muchos casos, de ataques a propiedades y personas de origen oriental.

ANTECEDENTES: MIGRACIÓN EXTRANJERA AL PERÚ

La presencia abultada de extranjeros en la Capital, no era inusitada. Data por lo menos de la década de los 40 del siglo anterior. Hacia 1857 Lima llegó a tener una población conformada en un 50 por ciento por extranjeros, un hecho que coincidió con el auge de las exportaciones guaneras¹. Como es sabido, este apogeo terminó en 1872 con la crisis financiera del Estado Peruano y con el agotamiento de los depósitos guaneros (Basadre T. VII 1983 y Bonilla 1974). La crisis se reflejó en las

¹ «Las condiciones económicas son crecientemente favorables debido a la elevación de las exportaciones guaneras, el Estado se consolida y vía el pago de la deuda interna estamos ante una lenta distribución de los excedentes generados por el guano que a su vez van a devenir en una ampliación de la frontera agrícola en un proceso de concentración de tierras y por tanto, también en un aumento de los clamores por mano de obra para la agricultura» (HUNEFELDT 1987: 142 y 146).

tendencias del movimiento migratorio. Hacia 1876 los extranjeros conformaban el 18.6 por ciento del total de habitantes de la provincia. Desde entonces los porcentajes de la población foránea fueron cada vez menores.

En los principios del siglo XX, cuando la economía peruana logró recomponerse, se registró una reanimación del flujo migratorio. Pese a ello, la tendencia a la disminución relativa de la población migrante siguió su curso. En 1908, los extranjeros que habitaban Lima constituían el 9.3 por ciento, mientras que en 1920 a nivel de toda la provincia representaban el 7.1 por ciento². La disminución del porcentaje de extranjeros se debía en parte al ritmo de incremento de la población peruana residente en Lima —un ritmo superior al registrado en el período 1856-1876, sin el cual el porcentaje de foráneos habría sido mayor—; sin embargo también fue resultado de una disminución real de los migrantes extranjeros. Lo cierto es que: 1) la presencia extranjera en Lima fue más numerosa en el siglo XIX que en el siglo XX y 2) que si en los principios del siglo XX dicha presencia fue significativa, en el siglo anterior lo fue todavía más. Por esta razón es necesario resolver en qué medida los extranjeros representaban un competidor en el mercado laboral para los trabajadores peruanos y en todo caso qué debe entenderse por «presencia significativa de los foráneos» desde el punto de vista de los actores sociales en conflicto.

Una pregunta de entrada es ¿cuáles eran las características más evidentes de estos migrantes? y, seguidamente, ¿cuál o cuáles eran las nacionalidades más sobresalientes? Para empezar debe considerarse que Lima de principios de siglo —y de hecho la Lima del siglo XIX— era una ciudad en cuyas plazas, bares y pulperías, podían escucharse varios idiomas. Circulaban por sus calles, súbditos y ciudadanos, hindúes, escoceses, rusos, ingleses, norteamericanos, mexicanos, chinos, italianos, alemanes, ecuatorianos y de países diversos de América Latina. Las colonias más relevantes por su número estaban conformadas por los chinos, con un total de 5,082 miembros, y por los italianos, con 2,559. Ambas representaban el 60 por ciento del total de extranjeros en la ciudad que para el año de 1908 sumaban 12,635. Otras colonias como las de los ecuatorianos (5% del

² Los cálculos los he realizado en base a los censos de 1908 y 1920.

total de extranjeros), alemanes (3%) o ingleses (2%), fueron obviamente menos importantes. Por lo mismo consideramos pertinente y útil consagrar más atención a chinos e italianos.

Para comenzar convendría tomar en cuenta que la presencia masiva de ambos grupos databa del siglo anterior. En el caso de los italianos es verdad que es posible encontrarlos desde los años de la conquista, pero recién con la independencia —gracias a las posibilidades de ingreso que se abrió a los europeos— se inicia una llegada creciente de italianos al Perú. No obstante, si bien es cierto que a partir de 1840 muchos proyectos fueron sustentados para atraer europeos a nuestro país³, la migración italiana no adquirió una dimensión importante sino hasta 1872, año en que bajo el patrocinio del Gobierno de Manuel Pardo, se fundó la Sociedad de Inmigración Europea, encargada de promover en Europa la imagen de nuestro país, atraer futuros inmigrantes y sufragar los gastos que demandaba su transporte. Durante los 3 años que existió la sociedad, llegaron al Perú cerca de 3,000 europeos la gran mayoría italianos (Janet Worrall 1989: 37).

Originalmente estos europeos debían colaborar con su trabajo al desarrollo de la agricultura de la costa. Lo cierto es que la mayoría prefirió buscar empleo en Lima. Posteriormente, sucesivos intentos para atraer migrantes italianos al Perú no lograron cristalizar a excepción de un poco significativo experimento ocurrido en 1892: contratados por la Peruvian Corporation un centenar de italianos llegaron al país para colonizar terrenos de la selva. Como en el anterior caso, los migrantes terminaron por instalarse en la capital. En 1901 el 60 por ciento de los inmigrantes italianos en el Perú se encontraba en Lima (Padilla [1891]1971: 219-220, Bonfiglio 1987: 45).

Más importante que la presencia italiana fue la masiva llegada de los trabajadores chinos. Luego de la independencia, la agricultura peruana empezó a afrontar la cada vez mayor falta de brazos. Las tendencias abolicionistas con relación a la esclavitud (la libertad de vientres decretada por San Martín y las crecientes trabas al comercio negrero), la abolición desde abajo llevada a efecto por esclavos que compraron su libertad y la ma-

³ Para una reseña de estos acontecimientos consultar Giovanni BONFIGLIO 1987: 34-35.

numisión oficial de 1857, contribuyeron decisivamente al estancamiento del agro costeño en momentos que el mercado mundial demandaba productos como algodón y azúcar⁴. Esta situación no pudo ser mejor descrita con una frase que por entonces se hizo popular entre los hacendados y gente ilustrada que analizaba el problema: «la agricultura peruana es como la Venus de Milo; bella pero sin brazos»⁵. La inmigración china, fue el primer recurso que encontraron.

Diversos estudiosos calculan que entre 1849 y 1874 llegaron al Callao y otros puertos del litoral peruano entre 90 mil y 100 mil chinos en calidad de «semiesclavos por contrato» (Rodríguez 1989: 26-27). Una exigua minoría trabajó en el servicio doméstico y unos 3,000 en la extracción del guano de las islas. La inmensa mayoría fue destinada a la agricultura; y aunque los culis eran de extracción rural, realizaron un trabajo en condiciones extremadamente duras⁶. En 1874 un incidente diplomático originado en el maltrato a los inmigrantes chinos, derivó en la firma de un Tratado entre Perú y China que estableció nuevos términos para la migración, que si bien coincidió con la tendencia decreciente del tráfico de culis, dio inicio a un proceso hasta entonces nuevo: la llegada de colonos por cuenta propia, la mayoría de los cuales empezó a dedicarse al comercio en las ciudades. Pero ya tiempo atrás, los chinos que huían de las plantaciones o aquellos que concluían su contrato de trabajo, solían instalarse en Lima, o más exactamente, a las inmediaciones del mercado central: entre los jirones Huanta y Andahuaylas, y entre el Jirón Cuzco y la proximidad de la Plaza Simón Bolívar, un área que desde entonces empezó a ser denominada el *barrio chino*⁷. Documentos oficiales de las décadas de 1870, como las

⁴ Estos acontecimientos han quedado reseñados en RODRÍGUEZ PASTOR 1989: 17-32 y AGUIRRE Carlos 1993.

⁵ La frase al parecer pertenece a un viajero francés pero fue Juan de Arona quien la hizo popular.

⁶ Para emprender el viaje a América estas personas tenían que pasar por Cantón, Hong Kong o Macao, ciudades donde se efectuaban contratos de trabajo. «En aquellos tiempos los medios de comunicación eran muy precarios y por ello la suerte que corrían los contratados se desconocía en China. Por otra parte el traficar con los trabajadores chinos, constituía un gran negocio» (HO MING VIING 1967: 3).

⁷ «... el exculí residía masivamente en Lima desde los años de 1870, e hizo que le mercado central fuese su lugar de resistencia, trabajo y diversión...» (RODRÍGUEZ 1989: 224-225).

memorias del Prefecto de Lima, describen la situación de los chinos que habitan en esta zona como lamentable: «...viviendo en pequeñas raterías y entregados a los vicios...»⁸. Sin embargo, a partir de los años 90 estas impresiones empiezan a ceder lugar a otras que más bien describen a los asiáticos como negociantes prósperos que «...ejercen numerosas industrias y tienen un monopolio de los restaurantes baratos para obreros, los pobres»⁹. Al igual que los inmigrantes italianos atraídos para colonizar el campo, los chinos hicieron de la ciudad de Lima, al finalizar el siglo XIX, su principal espacio, el escenario en el cual buscarían su prosperidad o por lo menos una situación mejor.

CHINOS E ITALIANOS A PRINCIPIOS DE SIGLO: FUERZA DE TRABAJO EN LA CIUDAD

Es así como a principios del siglo XX los chinos (con cinco mil personas) y los italianos (con dos mil quinientas) llegaron a convertirse en la mayoría (60%) de los extranjeros que habitaban Lima. Veamos ahora cómo se insertaron estos grupos en la economía urbana.

En primer lugar, existe un buen número de asiáticos (1,341 que representan el 26 por ciento del total de ellos) trabajando en el servicio doméstico, mientras que los italianos dedicados a este rubro no llegaban al dos por ciento. Esta es una diferencia a resaltar. Sin embargo, más relevantes fueron las coincidencias. Para comenzar existe una presencia mínima de ambos grupos en rubros como Agricultura y Ganadería, Transporte y Profesionales Liberales de acuerdo con el *Censo de 1908*. Existe, de otro lado, una orientación ligera —pero no insignificante— hacia los oficios del rubro Industria y Artes Manuales: doce por ciento de chinos y otro tanto de italianos trabajan en este sector. La coincidencia más notable es la clara preferencia de ambos grupos por la actividad comercial: el 42 por ciento de los chinos y el 49 por ciento de italianos están (o pretenden estar) insertados en este rubro (ver Cuadro 6).

⁸ «Memoria del Prefecto de Lima Enrique Lara» en Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas 1878: 7.

⁹ Teodoro CHILD, *Les républiques hispano-américaines*. París, Lib. Ilus Trée, 1891, p. 27.

¿Cuál fue la consecuencia de estas orientaciones dentro del mercado de trabajo?. Fueron muchas, pero por ahora sólo veamos los aspectos más globales, comenzando por el sector comercio. Aquí la gran mayoría de personas involucradas (como propietarios o dependientes), son nacionales, mientras que los italianos conforman un 9,4 por ciento y los chinos un 16 por ciento. Pero si analizamos las especialidades incluidas en el sector, se observa que en algunas de ellas los porcentajes de chinos e italianos son mayores a los anteriores promedios, incluso mayores que el porcentaje de peruanos. Por ejemplo, en las carnicerías el 50% eran chinos, seguidos de un 47% de peruanos y 2,2 por ciento de otras nacionalidades. En la especialidad de pulperías y encomenderías, chinos (con el 48%) e italianos (con el 46%) tienen un evidente predominio.

En el sector Industria y Artes Manuales, la presencia de operarios extranjeros es menor que en el sector comercio. Para el caso de los italianos se podría decir que fue insignificante. La situación de los chinos presenta algunas peculiaridades. En oficios tales como albañiles, carpinteros, curtidores, ebanistas, herreros, mecánicos, sastres, sombrereros, talabarteros y tejedores (ver Cuadro 8) el porcentaje de trabajadores chinos no llegaba al 4 por ciento. Pero en otros oficios, como aparadores, zapateros, panaderos y pasteleros, el peso de los operarios chinos fluctuó entre el 6 y el 13 por ciento. ¿Fueron significativos estos porcentajes, en términos de competición en el mercado de trabajo?. Una vez más tenemos que anotar que la respuesta finalmente depende de la perspectiva de los actores sociales. Pero es posible que un porcentaje de 4% o menor al 4% de chinos en una masa dispersa de carpinteros o albañiles, no afectaría decisivamente.

ITALIANOS Y CHINOS CONDUCTORES DE ESTABLECIMIENTOS

La presencia de chinos e italianos en el mercado laboral sin duda alguna se vio reforzada por el creciente número de individuos de ambas nacionalidades que controlaban establecimientos comerciales, artesanales y en menor medida fabriles. Se trató de actividades de diverso calibre, desde lo que hoy podríamos llamar microempresariales y de mediana envergadura hasta actividades que requerían una elevada inversión de capital como algunas de las que realizaban por entonces los principales grupos de la elite peruana.

En los principios del siglo XX, la antigua imagen del chino humillado en las islas guaneras, del culi explotado en las haciendas, empezó a dejar paso a una nueva fisonomía. Según Dora Mayer «...el tipo de chino anticuado se había borrado ya casi por completo para hacer campo al chino europeizado que no usaba más la trenza y el traje original. En la migración posterior a la fecha del tratado (1874) prima el elemento culto chino, compuesto de comerciantes respetables y de letrados, sobre el acervo de heces populares que se había reclutado al principio para suplir al esclavo negro...»¹⁰.

Hubo empresarios chinos con grandes capitales que eran, por lo general, importadores de artículos del exterior, aunque no faltaban los agricultores, sea como arrendatarios o en calidad de propietarios. En 1924 Dora Mayer contabilizó, sólo para el Valle de Lima, un total de seis haciendas dedicadas básicamente a la caña de azúcar y algodón que en conjunto sumaban una extensión de 830 fanegadas y reunía un total de 910 trabajadores (Mayer 1924: 178). Un caso digno de resaltar fue la Sociedad que establecieron Aurelio Pow Son y otros chinos apellidados Chía y Kenchau, dedicada a la importación de artículos chinos y a la exportación de azúcar, que llegó a estar entre los grupos de poder económico más importante del Perú de entonces. Su cabeza visible fue el mercader chino-peruano Santiago Escudero Whu (Quiroz Norris 1989: 178).

Del lado de los italianos, la ubicación en los niveles altos de la sociedad limeña fue más clara y sólida. Muchos destacaron en la agricultura, la industria y las finanzas. Más aún, fue gracias a estos italianos que empezó a gestarse en nuestro país las primeras instituciones de carácter bancario, como el Banco Italiano; y sin duda, el auge industrial de finales de la década de 1890 y principios del siglo XX también se debió a ellos. Entre los agricultores importantes podemos mencionar a los hermanos Andrés y Rafael Larco, quienes llegaron a Lima al promediar el siglo XIX para realizar actividades comerciales y se trasladaron a Trujillo a fines de la década de 1860 para dedicarse al cultivo de algodón. Posteriormente ante los dividendos que dejaba se dedicaron al cultivo de azúcar y a su procesamiento industrial. Esto significó el arriendo de nuevos fundos ubicados en el valle de Chicama.

¹⁰ Dora MAYER, *La China silenciosa y elocuente*. Lima, Editorial Renovación, 1924, p. 178.

Desde entonces —y en buena cuenta gracias a sus relaciones financieras con firmas inglesas— los Larco prosperaron en este negocio llegando a convertirse en uno de los tres grupos dedicados a la caña más poderosos del norte y del país (Klarén 1976: 44-48). Pasando a la industria, entre las familias importantes en ese negocio hay que mencionar a los Boggio, fundadores y durante buen tiempo accionistas principales de la fábrica de tejidos de algodón Santa Catalina; a los Raffo, también accionistas de la misma fábrica, a los Isola y los Gerborini propietario de San Francisco, otra fábrica importante. A los Perfumo y Rezzo, miembros del directorio de la textilera La Victoria (Worral 1989: 70). En las finanzas destacaron Leopoldo Bracale, gestor del Banco Italiano, Luis Sanginetti, entre los principales. Estos inmigrantes a diferencia de los chinos rápidamente se incorporaron a la elite peruana, entablando lazos económicos familiares.

Los casos reseñados, como es obvio, no fueron ejemplos típicos de los inmigrantes, —chinos o italianos—, que desarrollaron actividades económicas independientes. El caso típico y mayoritario fue el del inmigrante que luego de trabajar como dependiente ahorra un pequeño capital o en todo caso llega con él y lo invierte en un pequeño negocio de venta de abarrotes, frutas, alimentos preparados y licor, o quizás en un pequeño taller de zapatería, sastrería, curtiduría y mercería. En cualquier caso, el inmigrante alquilaba un pequeño local o acondicionaba su domicilio para el futuro establecimiento. Además compraba mercadería y enseres o si se trataba de un taller, enseres y herramientas. Estas iniciativas eran fructíferas gracias en cierta medida al apoyo que recibían de sus paisanos, establecidos con anterioridad, y lograban mantenerlas porque estas personas realizaban grandes sacrificios durante los primeros años. Fue de esta manera que los inmigrantes llegaron a ser propietarios de cierto número de talleres artesanales y de un impresionante número de establecimientos comerciales.

De acuerdo con el directorio profesional para 1910, elaborado por Pedro Paulet¹¹, en la ciudad de Lima existen 698 establecimientos condu-

¹¹ Pedro PAULET, *Directorio Anual del Perú*, imprenta del Estado, Lima 1910. En esta ocasión utilizo este documento y no la oficial matrícula de patentes de 1908-1912 en razón a que esta última no incluye la nacionalidad de los contribuyentes; los nombres y apellidos

cidos por italianos y 699 regentados por chinos. Aunque en ambos totales están incluidas algunas fábricas, casas de préstamo o grandes bodegas, la inmensa mayoría de ellos, corresponden a pequeños establecimientos comerciales, es decir tiendas de venta al por menor de artículos de consumo diario. Hubo una marcada tendencia en ambas colonias a concentrarse en el pequeño comercio. Realmente pocos chinos son maestros artesanos. Del total de 698 establecimientos, 31 están dedicados a la manufactura de calzado, es decir, sólo el 4.4 por ciento. Existen además 10 pastelerías, 3 panaderías, 2 sastrerías y una carpintería. En conjunto los talleres artesanales representan el 6.8 por ciento del total de establecimientos chinos. En el caso de los italianos el porcentaje es un poco mayor (el 17 por ciento de los 699 establecimientos italianos). Sin embargo estos establecimientos seguían siendo minoritarios (ver Cuadro 9).

Ambos grupos se orientaban predominantemente por el pequeño comercio, a la venta, al por menor, de artículos indispensables para las familias, desde carbonerías, chinganas, mercería y otros, a pulperías y encomenderías. Estas últimas constituían el rubro más importante tanto en establecimientos chinos como italianos: en el primer caso representaban el 48.8 por ciento de todos los negocios chinos mientras que en el segundo el 37.6 por ciento. Las pulperías, también llamadas encomenderías, eran además el tipo de establecimientos más numeroso de Lima. No había prácticamente una esquina, una sola manzana, que no tuviera uno de estos centros de abastos. Se diferenciaba de la suntuosa bodega que no vendía alimentos y de la chingana, que sí ofrecía estos productos pero además vendía licor a los parroquianos en un anexo o cantina pequeña¹². La pulpería se caracterizó porque en ella se

permiten conocer a los propietarios chinos y japoneses, más no las otras nacionalidades. Con apellidos españoles podían ser ecuatorianos —como quedó confirmado al consultar el libro de PAULET— y muchos con apellidos italianos o alemanes resultaron ser peruanos. Por ello la fuente más segura para los fines que aquí perseguidos es el directorio de Paulet.

¹² «...chingana es una palabra indígena que significa lugar en que uno se oculta o en el que uno se extravía. Son sucios y nauseabundos cuchitriles, en el que junto a artículos al por menor, se venden principalmente aguardiente de uva de caña, que son bebidas la mayor parte de las veces de pie...» (MIDENDORF, *El Perú: observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Lima, UNMSM, T. I., 1973: 137-138).

podía comprar muchas cosas «...desde la mechita para lámparas hasta el más o menos floreado artefacto de losa y del juguete barato hasta los socorridos frijolitos de castilla...», aunque se dedicaba básicamente a la venta de alimentos, durante la segunda mitad del siglo XIX «...estuvo casi siempre en manos de hijos de Italia...» (Gálvez 1966: 106). Al finalizar el siglo, los chinos paulatinamente fueron incrementando su participación en estos establecimientos, a los que se empezó a llamar encomenderías. Para años posteriores a 1900 el número de chinos entre los conductores de encomenderías creció de tal modo que al iniciarse la tercera década del siglo XX pulpero y chino fueron casi sinónimos.

CUADRO 6
POBLACIÓN EXTRANJERA Y PROFESIONES

SECTORES	EXTRANJEROS								
	ALEM	CHINO	ITAL	CHIL	ECUA	INGL	USA	OTROS	TOTAL
I	5	97	114	5	7	1	-	35	264
II	67	649	319	123	202	31	20	478	1,889
III	152	2,185	1,254	43	104	92	47	670	4,547
IV	3	3	43	20	8	6	11	48	142
V	6	1,341	47	81	93	9	8	296	1,881
VI	3	4	40	9	10	5	6	39	116
VII	12	1	20	9	40	8	12	354	456
VIII	3	31	13	2	3	3	1	20	76
IX	30	25	54	11	15	43	25	128	331
X	20	5	34	23	22	31	18	112	265
XI	109	741	619	178	215	77	36	693	2,668
TOTALES	410	5,082	2,557	504	719	306	184	2,873	12,635

I. Agricultura y Ganadería; II. Industria y Artes Manuales; III. Comercio; IV. Transporte; V. Personal de Servicio; VI. Prof. Muebles e Inmuebles; VII. Empleados del Gobierno; VIII. Prof. Sanitarias; IX. Prof. Liberales; X. Instrucción; XI. Sin clasificación.

Fuente: Perú, Ministerio de Fomento, *Censo de la provincia de Lima de 1908*, Lima, 1915.

CUADRO 7
PERUANOS Y EXTRANJEROS ADSCRITOS AL SECTOR COMERCIO

OFICIOS	PERUANO	CHINOS	ITALIANOS	OTROS	TOTAL
Abastecedores	387	1	-	1	389
Agentes de com.	18	1	2	9	30
Cajeros	19	4	2	1	26
Camaleros	45	5	2	2	54
Carboneros	20	18	1	5	43
Carniceros	193	206	6	3	408
«Comerciantes»	2,324	192	204	475	3,195
Contratistas	38	-	14	12	64
Empleados	5,059	925	348	490	6,822
Hoteleros y fon.	10	68	2	2	82
Lecheros	86	2	2	5	95
Placeras	224	87	-	5	316
Pulperías y enco.	6	672	638	66	1,382
Suerteros	101	2	2	5	110
Viajeros	-	-	3	15	18
Total	8,530	2,183	1,225	1,096	13,034

Fuente: Perú Ministerio de Fomento, *Censo de la Provincia de Lima*. Lima Librería e Imprenta «La Opinión Nacional» 1915.

CUADRO 8
PERUANOS Y EXTRANJEROS ADSCRITOS AL SECTOR INDUSTRIAL Y ARTES
MANUALES LIMA 1908

OFICIOS	PERUANOS	CHINOS	ITALIANOS	OTROS	TOTAL
Albañiles	2,206	6	15	48	2,275
Operadores	258	20	-	13	291
Bordadores	70	1	2	7	80
Canasteros	48	6	-	-	54
Confiteros	2,312	79	23	129	2,543
Cigarreros	63	16	1	6	86
Colchoneros	29	6	-	1	36
Costureros	6,144	5	34	191	6,374
Curtidores	180	1	1	11	193
Charoladores	39	3	-	3	45
Ebanistas	280	1	3	18	302
Herreros	452	1	9	32	494
Hojalateros	95	4	-	5	104
Industriales	630	52	32	83	797
Mecánicos	609	2	29	98	738
Molineros	32	1	1	1	35
Panaderos	521	91	9	33	654
Pasteleros	175	26	1	12	214
Pintores	535	3	3	46	587
Relojeros	41	6	4	13	64
Sastres	1,279	35	11	75	1,400
Sombrereros	122	1	4	10	137
Talabarteros	228	1	1	13	243
Tapiceros	126	1	2	10	139
Tejedores	536	11	19	31	597
Tintoreros	36	1	3	7	47
Zapateros	1,971	223	13	59	2,266
Dulceros	84	46	1	118	249
Total	19,101	649	221	1,073	21,044

Fuente: Perú Ministerio de Fomento, *Censo de la Provincia de Lima*. Lima Librería e Imprenta «La Opinión Nacional» 1915.

CUADRO 9
CHINOS E ITALIANOS PROPIETARIOS DE
ESTABLECIMIENTOS DISTRIBUIDORES DE ACUERDO A ESPECIALIDAD
(LIMA 1910)

ESTABLECIMIENTOS	CHINOS	%	ITALIANOS	%
Almacenes	23	3.2	44	6.2
Bodegas	-	-	44	6.2
Carbonerías	33	4.7	3	0.4
Carnicerías	65	8.3	7	0.9
Pulperías y encomenderías	341	48.8	268	38
Casas de préstamo	1	0.1	23	3.2
Chinganas	17	2.4	51	7.2
Mercería	-	-	28	3.9
Fondas, restaurantes y cafés	63	8	21	2.9
Casas de compra/venta	28	3.5	3	0.4
Lavanderías	50	6.3	-	-
Manufacturas varias*	-	-	37	5.2
Manufactura de calzado	31	3.9	8	1.1
Panaderías	3	0.3	6	0.8
Curtiembres	-	-	7	0.9
Carrocerías	-	-	3	0.4
Colchonerías	-	-	1	0.1
Floricultores	-	-	10	1.4
Joyería	-	-	7	0.4
Pastelería	10	1.2	-	-
Carpinterías	1	0.1	3	0.4
Sastrerías	2	0.2	8	1.1
Sombrerías	-	-	11	1.5
Diversos**	35	5	99	8.7
Total	698	100	699	100

* Fabricas de aceites, aguas gaseosas, calzados, cerveza, cera, cigarrillos, colchones, chocolates, licores, escobas, enlozados, fideos, jabón, maderas, almacenes de muebles y tejidos.

** Bares y billares, cantinas, camiserías, costureras, droguerías, doradores y plateadores, empresas de carretas, productos medicinales, farmacias, ferreterías, floristerías, fruterías, fundiciones, heladerías, herbolarios, hoteles, electricistas, librerías, litografías e imprentas, mantequería, modistas y costureras, platerías, peluquerías, pintores, plomeros y gasfiteros.

Fuente: Pedro Paulet, *Directorio del Perú*, Lima Imprenta del Estado, 1910, pp. 474-514.

¿Cuál fue el peso de esta presencia dentro del conjunto de talleres artesanales y establecimientos comerciales de Lima?. Veamos primero el sector artesanal. Hace un momento observamos que tanto chinos como italianos estaban concentrados en actividades y establecimientos genéricamente comerciales y que las actividades productivas eran escasamente emprendidas por ellos. Esta tendencia se verifica también al analizar las cifras totales de establecimientos correspondientes a cada una de las actividades seleccionadas. En oficios como sastrerías y carpinterías (dos rubros que vale resaltar en tanto que compromete a una buena cantidad de personas) la presencia de ambas colonias en conjunto no llegaba al 8 por ciento. En las curtiembres donde los chinos no incursionaron, los italianos tienen una presencia mayoritaria (7 de un total de 10) aunque debe advertirse que se trataba de una especialidad con pocos establecimientos y un escaso número de personas involucradas. Existen 9 panaderías (6 de italianos y 3 de chinos) que representan el 31% del total. En el rubro de manufactura de calzado la presencia de estos extranjeros es más notoria. De un total de 132 talleres, los italianos tienen el 6.2 por ciento, mientras que los chinos conducen el 24 por ciento. Bajo el rubro de zapaterías, —de acuerdo con otra fuente— los orientales representan un 40 por ciento¹³.

En todas las especialidades artesanales como se deduce de lo anterior los peruanos controlaban la mayoría de establecimientos: 88 por ciento en el caso de carpinterías, 78 por ciento en las sastrerías, 34 por ciento en panaderías, 61 por ciento en manufactura de calzado. Fueron especialidades donde chinos e italianos, aunque rivalizaron con la producción de nacionales y favorecieron a sus paisanos, no predominaron. Esto último sí ocurrió en algunos rubros adscritos al sector comercio. Por ejemplo en los almacenes (en total 142) los nativos sólo administraban el 19 por ciento, mientras que chinos e italianos en conjunto acaparaban el 45 por ciento. En las carnicerías sucede algo similar: 10 por ciento de nativos frente a un 81 por ciento de chinos y 8.2 por ciento de italianos. En el grupo de lavanderías los peruanos

¹³ Según la matrícula de patentes para 1908-12, de cien zapaterías 40 están en manos chinas.

sólo conducen 11 (16%), mientras que las pulperías y encomenderías apenas representan un 5 por ciento. Existen excepciones en la que nativos son la mayoría; por ejemplo en las carbonerías, chinganas, mercerías, restaurantes, fondas y cafés. Pero aún en ellos, la presencia de chinos e italianos es inevitable constatar.

Mayoritarios o no, chinos e italianos constituyen grupos numerosos con intereses propios dentro del mercado de trabajo. Mayoritarios o no, hubo chinos e italianos dueños de establecimientos productivos y comerciales que no sólo compiten en el mercado de productos, también juegan un rol importante en el mercado laboral. Pero al mismo tiempo hay que subrayar que en muchos sectores la competencia de los asiáticos en los hechos no existió. Sin embargo, los chinos en general fueron blanco de la furia de unas turbas que argumentaban la escasez de trabajo debido a la competencia. Estos hechos y la poca o casi nula hostilidad que los italianos recibieron de parte de los nativos hacen replantear el problema de los conflictos entre peruanos y extranjeros en términos que no sean exclusivamente racionales. Sobre este punto volveremos más adelante.

CAPÍTULO VI

LA MULTITUD Y LAS MÁQUINAS

En los años finales del siglo XIX, la lucha contra las mercancías importadas estaba prácticamente agotada. Tras la esterilidad y fracaso de los movimientos proteccionistas y largas décadas de aplicación del sistema de libre cambio, la profusión de las importaciones no representaba ya una novedad. En estos años se impusieron otras innovaciones que alteraron la vida diaria de la ciudad. Una de ellas fue la introducción de máquinas en la fabricación de algunos bienes que tradicionalmente se hacía a través de métodos artesanales. Esto ocurrió más claramente a partir de la década de 1890, cuando se registró uno de los más importantes impulsos industriales de nuestra historia¹.

Las máquinas introducidas originaron malestar y enérgicas protestas en amplios grupos de trabajadores quienes percibieron esa introducción como un acontecimiento destinado a incrementar el beneficio de unos pocos —los capitalistas— y, sobre todo, como un hecho que amenazaba con privar de empleo, y, por lo tanto, de ingresos para centenares o incluso miles de familias de las clases populares. Nuestras indagaciones han detectado al menos tres grupos laborales que manifestaron su rechazo a la

¹ La máquina a vapor, según Basadre, llegó a costas peruanas en 1837 para ser usada en una hacienda exportadora. Años después, periódicos de Lima como *El Comercio* montaron máquinas modernas en sus talleres al tiempo que hacían su aparición las primeras fábricas textiles, de papel y de vidrios, que tuvieron precaria existencia. En la década de 1880, máquinas para la agricultura —arados a vapor— fueron introducidas para afrontar la escasez de mano de obra, aunque los resultados no fueron alentadores. Esa fue una época —como se dijo anteriormente— en que la agricultura de la costa carecía de brazos. En estas condiciones, las máquinas no podían ser motivo de cuestionamiento. (Ver: BASADRE, Jorge 1983 II: 233; RODRÍGUEZ PASTOR 1989: 138). El cuestionamiento a las máquinas resurgió posteriormente entre 1948 y 1963 cuando la mecanización de la agricultura costeña coincidió con la explosión demográfica. Ver: COLLIN-DELABOUD, Claude 1976: 139-175.

incorporación de maquinaria: el gremio de cigarreros, los talladores albañiles y los obreros panaderos. Sin embargo, existen suficientes indicios para pensar que reclamos de similar naturaleza provinieron también de otros sectores, como zapateros y chocolateros, para los cuales —a diferencia de las fábricas textiles— las máquinas no siempre se caracterizaron por la absorción de mano de obra. Por desgracia, estas protestas aisladas habían sido consumidas por el olvido; incluso no formaron parte de la tradición edificada por los dirigentes del movimiento obrero de principios de siglo².

EL GREMIO DEL TABACO

La lucha de los cigarreros fue la más importante de las manifestaciones contra el maquinismo. Con aproximadamente 2,500 miembros, los cigarreros constituían uno de los gremios más numerosos de Lima de finales del siglo XIX. Estos artesanos trabajaban en pequeños establecimientos — que en muchas ocasiones era su propio domicilio— y la gran mayoría en 12 establecimientos grandes llamados por entonces fábricas³. Entre las principales se encontraban la de Roldán y Co., El Fígaro, La Oriental de Río y Cía. y la Fábrica Nacional de Tabaco, propiedad de ciudadanos argentinos y de Francisco García Calderón Landa. El 16 de enero de 1893 el Gobierno, por Resolución Suprema, concedió a esta fábrica un privilegio por diez años para la importación y explotación de maquinaria destinada a producir cigarros⁴, lo que originó gran alarma entre los trabajadores dedicados a este oficio.

El 24 de enero, dirigentes obreros de las doce fábricas se apersonaron al Municipio de Lima y tras exponer sus problemas pidieron al alcalde

² Una explicación puede estar en la paulatina pero creciente modernización en este movimiento que, impulsada por los anarquistas, enfatizaba el lado organizativo. Puede tener relación también con la peculiaridad del movimiento anarquista peruano, menos violento que el argentino proclive al sabotaje. En años recientes el tema ha comenzado a llamar la atención de los historiadores. Ver: BLANCHARD 1982: 24-25.

³ *El Comercio* (M) 26/01/1893, p.1.

⁴ *El Comercio* (M) 24/01/1893, p. 1

Revoredo su intervención en la gestión que proyectaban realizar ante el Gobierno Central. Estos delegados se dirigieron en primer lugar al Alcalde, sabiendo que, al parecer, encontrarían en él un decidido aliado. Revoredo, según manifestó en el diálogo con los cigarreros, había expedido ya «un informe al Supremo Gobierno en contra del citado privilegio, que a su entender, era perjudicial para un número inmenso de operarios...»⁵. Los representantes del gremio le informaron además que al día siguiente le entregarían un memorial dirigido al Presidente de la República que estaría seguido de la rúbrica de cientos de operarios y que estos se harían presentes en la Plaza de Armas. Revoredo manifestó que siendo él un industrial, estaba dispuesto a seguir ayudándoles en sus justas pretensiones, pero que «...no creía conveniente que abandonaran en masa sus ocupaciones y que... sólo se acercara mañana una comisión análoga a la de hoy...»⁶.

A la mañana siguiente 400 operarios se hicieron presentes en la plaza principal, mientras sus representantes ingresaban al Consejo Provincial. El Alcalde recordó la sugerencia del día anterior y, manifestando su desacuerdo con este proceder, exclamó: «El Gobierno al verlos así reunidos podía creer que se trata de una imposición...venir en masa es provocarlo...»⁷

Provocar al Gobierno no estaba en las miras de los artesanos, pero éstos, ante un hecho contundente como la publicación de un decreto que les era perjudicial, precisaban demostrar su fuerza, aunque dentro de las buenas maneras. Con mucha diplomacia los dirigentes argumentaron al alcalde:

...Inútiles han sido cuantos esfuerzos ha hecho este directorio para impedir la manifestación pública de justa gratitud con que de una manera unánime y espontánea están dando pruebas fehacientes de que el obrero peruano sí sabe defender sus derechos dentro de los límites que la ley marca...⁸

⁵ *El Comercio* (T) 24/01/1893, p. 2.

⁶ *El Comercio* (T) 24/01/1893, p. 2.

⁷ *El Comercio* (M) 25/01/1893 p. 1.

⁸ *El Comercio* (M) 25/01/1893, p. 1.

Las buenas maneras no se extendían por cierto a los empresarios que anhelaban poner en funcionamiento las máquinas importadas. Estos eran censurados como «...cuatro o cinco interesados...que no hartos con tener su bolsa llena de oro, pretenden hoy duplicarlas sin fijarse en los males ni en las desgracias que pueda ocasionar...»⁹. Pero, por lo general, su reclamo no sólo era pretendidamente legalista (se amparaban en la Constitución y en una ley de 1869), sino que además —como suele acontecer en las realidades «preindustriales», semimodernas o en transición— su tenor estaba impregnado de paternalismo: «...acudimos ante la patriótica y paternal autoridad suprema de vuestra Excelencia para que se sirva reconsiderar el mencionado decreto del 16 de los corrientes»¹⁰

Simultáneamente, los artesanos lograron apoyo de algunos medios de comunicación. Por esos días *El Nacional*, luego de argumentar que los cigarreros legalmente no tenían la razón, editorializaba a su favor atendiendo motivos de orden humanitario:

Los operarios de que nos ocupamos no tienen derecho de oponerse al privilegio concedido por el gobierno en conformidad con la ley, ni podrán pretender legalmente que se cierren las puertas del país a los adelantos industriales de otras naciones. Por su parte el Gobierno, que debe ser en todo caso el padre del pueblo, no puede convenir en que ese pueblo...lleve el peso abrumador que para él representa la supresión de una de las pocas industrias que quedan a disposición del ciudadano honrado y trabajador¹¹

El Callao y *El Comercio* también se manifestaron favorablemente. Pero el respaldo más importante lo encontraron en la Municipalidad, no sólo del Alcalde sino del Consejo Provincial en pleno: «La Honorable Municipalidad de Lima al informarse en este punto acordó por unanimidad de votos manifestar su opinión en contra del privilegio otorgado»¹². El Gobierno terminó por ceder y con ello los cigarreros lograron un gran triunfo.

⁹ *El Comercio* (M) 25/01/1893, p. 1.

¹⁰ *El Comercio* (M) 26/01/1893, p. 1.

¹¹ «Derecho y conveniencia» en *El Nacional*, 30/01/1893, p. 1.

¹² *El Comercio* (M) 26/01/1893, p. 1.

Pero al cabo de unos años, otros empresarios importaron maquinaria con igual finalidad y por el año de 1900 el conflicto fue nuevamente revivido (Gálvez 1966: 197). Una vez más, manifestaciones callejeras y acciones de tipo legal fueron realizadas para impedir el funcionamiento de estas máquinas. No hubo, hasta donde conocemos, acciones destructivas, al estilo ludita de la Inglaterra del siglo XIX¹³. ¿Fue por excesivo legalismo?. En una realidad en transición, pensamos, la relación paternalista con las autoridades no es incompatible con el ejercicio de la protesta¹⁴, incluso violenta. Tampoco es válido argumentar que los obreros peruanos eran menos iracundos que sus similares europeos; después de todo, por esos años obreros de distintas fábricas habían realizado sabotajes, como el que la policía tuvo que contrarrestar el 28 de agosto de 1896 en la Fábrica Vitarte, cuyos trabajadores declarados en huelga, incendiaron 20 sacos de algodón, de un total de dos millares que pretendían siniestrar¹⁵. La ausencia de la acción directa en el caso de los cigarreros se debía a circunstancias concretas del conflicto, sobre todo al tacto con que las autoridades supieron manejar la situación, aunque esto fuera visto por algunos empresarios como un gesto de parcialidad. Hacia 1903 las autoridades lograron que

¹³ Incluso en Inglaterra la destrucción de maquinaria no fue algo común como la tradición ha hecho pensar: «La destrucción directa de telares mecánicos fue un elemento excepcional, salvo cuando su introducción coincidía con padecimientos y desempleo extremos». THOMPSON, E.P. 1977 t. II: 173. Ver también el artículo del mismo autor: «Los destructores de máquinas». En: HOBBSBAWN, 1979: 16-35. Para una visión tradicional ver ASHTON (1959) y FLINN (1970).

¹⁴ THORP y BERTRAM (1978: 209), siguiendo a Stein, no descartan el paternalismo y patronazgo de los líderes obreros como explicación de la falta de fuerza para presionar sobre las políticas del gobierno.

¹⁵ Archivo General de la Nación. *Prefectura de Lima*, Leg. 11 1896-1898. Incluso no faltaron muestras de simpatía hacia este sabotaje que emanaron de algunos sectores de los cigarreros. El 31 de agosto apareció en *El Comercio* una carta de los dirigentes desmintiendo la paternidad «...de una hoja con el lema de 'obreros' impresa en la imprenta de *La Opinión Nacional*, que se estaba haciendo circular a nombre de dicho gremio y que contiene ideas disociadoras, aplaudiendo la conducta de los huelguistas de Vitarte». Ver *El Comercio* (T), 31/08/1896, p. 2.

las partes en conflicto acordaran el funcionamiento de las máquinas pero de manera paulatina, con el objeto de que los obreros «prescindibles» (1,500 de un total de 2,000) pudieran encontrar colocación en otros centros de trabajo¹⁶.

OTROS GREMIOS

De esta manera quedaba cerrado por fin el largo conflicto de los trabajadores cigarreros. Pero no fue el final de las luchas que tuvieron como centro la introducción de máquinas. En 1911 se produjo una protesta contra las pretensiones de un perspicaz inversionista de «...acaparar las utilidades que se repartían un centenar de obreros talladores en las canteras, importando una maquinaria para realizar ese trabajo»¹⁷. El rechazo a la introducción de máquinas también vino de los obreros panaderos. En 1919, la Organización Peruana del Trabajo denunció que desde 1913:

...los dueños de panaderías han introducido en la fabricación máquinas cortadoras y amasadoras, las que como es archisabido, desalojan a un 33% de operarios, ahorrando así a los patronos buen número de jornales...¹⁸.

Es muy probable que protestas a este nivel también fueran realizadas por otros gremios de trabajadores que de alguna manera resultaron perturbados por el maquinismo; aunque la escasez de fuentes, por ahora, impone limitarnos a los sectores mencionados. Pero convendría no exagerar: estos conflictos, especialmente el de los cigarreros, permiten apreciar en qué medida la modernización pudo representar un perjuicio para los trabajadores de aquellos años. Pues como vimos, no se trataba de una oposición gratuita ni un rechazo natural a todo signo de progreso tecno-

¹⁶ GARLAND, Alejandro. *Reseña Industrial del Perú*. Lima: Imprenta La Industrial, 1905, p. 137. También en GÁLVEZ, José. *Estampas Limeñas*. Lima: UNMSM, 1966, p. 197.

¹⁷ *La Protesta*, Año I N° 11, Diciembre de 1911, p. 1.

¹⁸ *El Tiempo*, 07/01/1919, p. 2.

¹⁹ Ver Capítulo II del presente libro.

lógico. Aunque si había una defensa de su modo de producir frente al nuevo. En casos como éste, como señalan varios autores, «la gente puede negarse deliberadamente a adaptarse por causa del ‘costo psíquico’ que esto implica» (Elster 1989: 258); más aún si recordamos la mayor incidencia de cuadros depresivos producida en Lima como reacción, no intencional ciertamente, a la modernización¹⁹. Además del costo económico había un costo psíquico que tomar en consideración.

Que el rechazo a las máquinas no fuera una respuesta irracional podría vislumbrarse también en el hecho de que los trabajadores finalmente terminaron por aceptar su funcionamiento en la medida que se encontraba solución a sus demandas laborales. Por ello mismo, en Lima de principios de siglo no todas las máquinas merecieron similar reprobación, solamente aquellas que en lugar de generar empleos (como lo hicieron en las nacientes fábricas textiles) dejaban sin trabajo a miles de operarios.

El principal fantasma, desde la perspectiva de los trabajadores nativos de Lima de principios del siglo XX, fue la presencia asiática en el comercio y en las actividades industriales.

CAPÍTULO VII

LOS MOTINES DE MAYO DE 1909

En mayo de 1909 tuvieron lugar en la ciudad de Lima tres asonadas violentas relacionadas con el problema del empleo y, de modo particular, con la presencia de inmigrantes chinos. Dos de ellas estuvieron vinculadas con ambos problemas de una manera clara y manifiesta: fueron las asonadas del 9 y del 17 de mayo. Una tercera en cambio (la del 29 de mayo) fue una rebelión —y no un simple motín— en la que la motivación de los sectores populares —motivación que a nuestro entender tiene relación con el asunto del empleo y la competencia asiática— aparece de manera oculta. De hecho, los tres acontecimientos se produjeron en instantes de recesión económica y fuerte inestabilidad política.

Gobernaba el Perú Augusto B. Leguía en medio de una grave crisis económica que tuvo un fuerte estímulo en la recesión mundial de 1907¹. Un

¹ La crisis de 1907 constituye un fenómeno de naturaleza similar a la crisis de 1929: ambos son momentos de fuerte caída de la actividad económica que ocurre dentro de una fase que marca la tendencia central de la evolución económica (fase de auge en el primer caso y de caída en el segundo). Aunque sus consecuencias no fueron tan graves como la de 1929, la crisis de 1907 fue un verdadero infierno para las economías industrializadas. En los Estados Unidos «...fueron a la quiebra varias grandes empresas en la industria metalúrgica, en la industria eléctrica y en la industria automovilística. En el comercio al por mayor se podía hablar, a finales de 1907 y principios de 1908, de una verdadera huelga de compradores, en espera de un descenso de precios, mientras que el comercio al por menor no empezó a reducirse más sino a partir de 1908. La disminución de la producción fue extrema: la producción de la fundición, durante el primer semestre de 1908, no fue más que el 50% de la de los seis primeros meses del año 1907...» (AKERMAN, Johan 1962: 379). Por otro lado, en Inglaterra se registró «...una verdadera reducción de la producción que agravó aún más un conflicto obrero provocado por los descensos de salarios... Al igual que para Estados Unidos, la crisis de 1907 puede explicarse por el poco ahorro, la insuficiencia del poder adquisitivo, los errores de inversión y la falta de ajuste entre los diversos estadios de la producción. Las causas son reales y monetarias, generales y específicas, económicas y políticas» (AKERMAN 1962: 384-385).

efecto directo de esta crisis fue la subida de los intereses bancarios y «la restricción del crédito para la actividad industrial y comercial»². Factores internos como las malas cosechas producto de la sequía, los excesivos gastos en defensa nacional —estimulados por las amenazas del vecino país del norte— además de imprevisiones fiscales, complicaron aún más la situación³.

En el segundo semestre de 1908, la crisis había estallado en el Perú y sus manifestaciones más palpables fueron la paralización violenta de la actividad industrial y comercial, y la falta de trabajo:

el comerciante ha tenido que pedir prórroga de sus obligaciones mercantiles, el industrial que despedir a muchos obreros de sus talleres y el Estado que reducir los gastos públicos y suprimir muchos empleos, y las familias y trabajadores en general que disminuir el pan de la mesa y echar mano de todos los recursos inimaginables para mantenerse a flote⁴.

Esta tendencia se mantuvo quizás con mayor fuerza aún durante los primeros meses de 1909. Tal fue la situación que caracterizaba la coyuntura en lo económico.

² PRADO, Mariano Ignacio, *Balance Económico del año 1907 en el Perú*. Lima: Imp. La Industria. 1908, p. 52. No hay que soslayar los factores internacionales. En los últimos años ha sido moneda corriente entre los historiadores la crítica de la teoría de la dependencia lo cual ha permitido un conocimiento no retórico sino factual de las causas de los hechos históricos y comprender finalmente que la explicación de nuestros aciertos y fracasos debemos buscarla en nosotros mismos y no en el escenario internacional. Siendo esto cierto, nos parece que el énfasis puesto en los factores internos ha conducido a ignorar peligrosamente los factores externos. ¿Tienen importancia estos factores? En nuestros días, de creciente globalización, prácticamente no existe nadie que pueda negar la importancia del movimiento internacional de capitales sobre la marcha de la economía nacional, a tal punto que luego de la crisis asiática de 1997, la economía peruana inició una brusca fase de recesión. La importancia de volver a los factores internacionales, sin abandonar las tesis centrales de la crítica a la teoría de la dependencia, reside en que esos hechos pueden ofrecer material para entender la naturaleza de nuestras relaciones con el capital financiero, además de enseñanzas acerca de los criterios con que se manejaron las crisis de origen internacional.

³ *El Economista Peruano*, Año V, Vol. III, N° 54, agosto de 1913.

⁴ *El Economista Peruano*, Año I, N° 1, Lima, marzo de 1909, p. 3.

Un segundo hecho a considerar es la intensa actividad política desplegada por partidos, grupos y opositores diversos al gobierno de Leguía. La oposición dejó al gobierno en un virtual aislamiento, pese a que no había cumplido todavía un año en el poder. Los partidos rivales al gobierno más importantes fueron el Partido Demócrata, liderado por el legendario Nicolás de Piérola, y el Partido Liberal de Augusto Durand. No obstante sus diferencias, ambos grupos se desenvolvían en el mismo espacio social —buscaban apoyo entre cierta aristocracia, las clases medias y los sectores populares urbanos— y se oponían por igual a los civilistas, en ese instante liderados por la facción de Augusto B. Leguía⁵. La actividad política era particularmente intensa en mayo de 1909 debido a que en este mes debían realizarse elecciones para renovar las diputaciones suplentes por Lima.

Un tercer hecho, no menos importante, fue la reactivación de la inmigración china. Aunque en la ciudad de Lima desde mucho antes había una importante colonia china, el flujo de la migración asiática no había sido tan importante como en el siglo XIX. La reactivación se producía en instantes de fuerte inestabilidad económica para las clases populares, bastante mortificadas por la presencia china en la ciudad. En marzo de 1909 empezó a circular una noticia que anunciaba la llegada de 1,050 chinos al Callao. La alarma entre los trabajadores, especialmente desempleados, se propagó tan rápido como las muestras de hostilidad para con los chinos que habitaban la Capital⁶. Pequeños escándalos producidos en pulperías chinas, riñas y otras agresiones protagonizadas en las calles, eran diariamente reportadas por la prensa de la capital. Las hostilidades crecieron velozmente hasta que el 9 de mayo estalló una asonada violenta y multitudinaria en la cual un gran número de chinos fue agredido y sus propiedades destruidas y saqueadas.

⁵ Como es sabido, Leguía después rompería con el civilismo.

⁶ La hostilidad era atizada en parte por algunos periódicos de arraigo popular que magnificaban esta clase de noticias, cosa que venían haciendo desde años atrás. Por ejemplo, en marzo de 1907 *Fray K. Bezón* anunció «el próximo arribo a nuestras playas de 50,000 macacos» *Fray K. Bezón*, N° 9, 30/03/1907, p. 3.

EL MOTÍN DEL 9 DE MAYO

El origen de esta revuelta urbana fue una manifestación con exclusivos fines políticos. Como se indicó, el momento era de fuerte efervescencia electoral. Ese domingo unos 300 trabajadores, miembros del autodeno-minado Partido Obrero —una agrupación efímera y aliada de los Partidos Demócrata y Liberal— se habían reunido en el Paseo Colón para elegir candidatos a diputaciones suplentes por Lima. La elección no se realizó porque la Municipalidad de Lima había incumplido su promesa de enviar mesas de sufragio para esos comicios. Luego los líderes instaron a sus adherentes a realizar una marcha rumbo a la Plaza de Armas, a fin de protestar ante el alcalde Billinghamurst. Se trató de una movilización pacífica en la que los adherentes se desplazaron por el Jirón de la Unión, al compás de una bulliciosa banda de músicos, portando banderas peruanas. Una vez en la Plaza de Armas, el sastre Fidel Cáceres —uno de los candidatos— protestó contra la Municipalidad y a través de un discurso reiteró sus propuestas como representante obrero. Luego puso fin al mitin y se retiró a su domicilio. Para los trabajadores, sin embargo, el mitin no había concluido todavía. Los manifestantes «ya en número de 800» se fraccionaron en varios grupos tomando distintos caminos «no obstante la recomendación hecha al pueblo por el señor Cáceres de retirarse a sus casas en actitud pacífica»⁷.

Los individuos compartían los postulados del Partido Obrero y de las agrupaciones afines. En su discurso Cáceres había resumido muchos puntos que expresaban el sentir de los trabajadores y que él se encargaría, de ser elegido, de gestionar ante el Congreso: «leyes proteccionistas para la clase obrera a fin de que tenga siquiera albergue en qué vivir, instrucción para sus hijos, impuesto del 50 por ciento al capital que se hereda, alternabilidad en los empleos públicos, economía forzosa y representación parlamentaria obrera genuina para todos los departamentos de la República»⁸. Se trataba de un conjunto de propuestas proactivas destina-

⁷ *El Comercio* (M) 10/05/1909, p. 1.

⁸ *El Comercio* (M) 10/05/1909, p. 1.

do a beneficiar a los sectores populares que, sin duda, despertaba simpatías entre los oyentes. Quizás por esto las masas de aquel domingo siguieron fielmente al candidato Cáceres hasta el instante mismo en que se dio por terminado el mitin y, aún cuando decidieron marchar por cuenta propia, continuaron dando vivas al Partido Obrero. El problema estaba en que el líder del Partido Obrero, al hacer uso de la palabra, no tomó en consideración un punto que en ese instante era capital para esas gentes: el problema de la inmigración asiática y la competencia supuestamente desleal que realizaba en perjuicio de los trabajadores nacionales. Un diario de la época informó que tras el retiro de Fidel Cáceres, un joven trabajador dirigió un discurso enardecedor en el que manifestó lo siguiente:

No hay trabajo para los obreros peruanos y se trae chinos. No hay trabajo, pero hay casas de juego, no hay trabajo pero hay contribuciones e impuestos. ¿Tendremos valor para ver que tranquilamente se nos echa de nuestro país y se nos sustituye por inmundos chinos?. Tengamos coraje. Se nos quiere matar de hambre y debemos ejercer el derecho de legítima defensa⁹

Acciones, objetivo y motivaciones

Los hechos de aquel domingo quedaron reseñados en diarios capitalinos como *La Prensa*, *El Comercio*, *El Diario* y *El Callao*. También fueron registrados, con amplitud de detalles, por los comisarios y por el Intendente de Policía en documentos conservados en la sección Ministerio del Interior del Archivo General de la Nación. De acuerdo con estas fuentes, las acciones realizadas por las muchedumbres, finalizada la inicial movilización política, fueron las siguientes:

- * Manifestación frente a la residencia de Nicolás de Piérola en la calle El Milagro con el objeto de lograr respaldo político a sus demandas.
- * Agresión verbal contra los chinos. (Se informó que en el trayecto los manifestantes lanzaban ¡vivas! a Piérola, seguidos de ¡Mueras! a los

⁹ *La Prensa* (M) 10/05/1909, p. 1; *Ilustración Obrera*, Año I, N° 10, Lima, 20/05/1909, p. 1.

chinos: «como en la calle El Milagro no consiguieron su objetivo, los manifestantes a la voz de ‘abajo los chinos’ se pusieron en marcha hacia distintas partes de la ciudad donde tienen establecidas sus industrias; y, especialmente, hacia las calles de Albahaquitas, Capón y adyacentes».¹⁰

- * Apedreamientos a establecimientos de asiáticos. (Según el informe policial estos ataques se produjeron en mercados y distintas calles de la ciudad).
- * Agresión física a la persona de los chinos. (Al dirigirse al barrio chino «en el trayecto agredían a todos los chinos que encontraban a su paso»)¹¹.
- * Destrucción de enseres y mercaderías. (En la Calle de la Toma, por ejemplo, un grupo de más o menos cien personas «...rompieron cuanto objeto encontraron a mano, trayendo abajo los andamios, y esparciendo toda la mercadería en el suelo»)¹².
- * En ciertos casos la acción violenta fue mucho más extrema. En horas de la noche un grupo de revoltosos prendió fuego a la puerta de la encomendería de un asiático en la Calle del Chirimoyo con la clara intención de causar un incendio¹³.
- * Saqueo y destrucción. («En la calle de Santa Teresa asaltaron a pedradas la encomendería N° 798, propiedad de los asiáticos Ho Hi Son, rompiendo la vidriería y extrayendo mercadería diversa»¹⁴. Escenas similares, pero de mayores proporciones ocurrieron en las calles del distrito IX, en el Rímac. Allí, a las 5 y 30 de la tarde comenzaron a atacar todos los establecimientos de asiáticos «con decisión y espíritu destructor», apedreando, causando daños y extrayendo las mercaderías).

¹⁰ A.G.N. *Ministerio del Interior*. Prefecturas 1909. Legado 125 «Informe del Intendente al Prefecto de Lima del 10/05/1909», folio 3.

¹¹ *El Comercio* (M) 10/05/1909 p. 1.

¹² A.G.N. «Informe del Intendente...»: f. 3.

¹³ A.G.N. «Informe del Intendente...» f. 4.

¹⁴ A.G.N. , *Ibid.*, f. 4.

Ahora bien, una observación rápida y que prescindiera del contexto económico en que se produjeron estas acciones, podía llevar a concluir que la motivación principal de los revoltosos fue el problema de la carestía de las subsistencias, más aún si se toma en cuenta el evidente predominio de incursiones a encomenderías y centros de abasto en general. Empero, sin negar que la preocupación por el costo de vida estuvo presente en esta revuelta, un análisis más detallado de las acciones realizadas permite concluir que la motivación relacionada con la falta de trabajo fue dominante en lo que respecta a motivaciones racionales. En casi todos los casos la sustracción estuvo acompañada de la destrucción de enseres del establecimiento. En la carnicería de La Riva, de propiedad del asiático Lau San, los revoltosos extrajeron media res y rompieron el mármol del mostrador¹⁵.

Vemos en el anterior ejemplo —que se repitió en diversos puntos de la capital— dos tipos de impulsos: no sólo es la apropiación del alimento sino además el castigo lo que motiva las acciones. La *voluntad punitiva*, antes que la preocupación por las subsistencias, prevaleció quizás en la gran mayoría de las incursiones de la turba, pero esto ocurrió más claramente en los siguientes casos:

- * En los ataques a las encomenderías donde los manifestantes destruyeron los enseres sin realizar saqueo alguno: por ejemplo, en una encomendería de Abajo El Puente «... las turbas violentaron la puerta y ya en el interior agredieron a su conductor, el asiático Santiago N., infiriéndole una herida en la región frontal y contusiones en el cuerpo. A continuación rompieron cuanto objeto encontraron a mano, trayendo abajo los andamios y esparciendo la mercadería en el suelo».¹⁶
- * En las agresiones a chinos que no vendían alimentos, como el zapatero de la esquina del Jirón Trujillo, a quien, según un periódico anarquista «los manifestantes le pusieron la zapatería en las espaldas»¹⁷. Se infor-

¹⁵ A.G.N. Ibid. f. 5.

¹⁶ A.G.N. Ibid. f. 3.

¹⁷ Fray K. Bezon, Año III, N° 120, 15/05/1909, p. 1.

mó también de ataques a otras dos zapaterías de asiáticos. En una de ellas «...rompieron la puerta y algunas vidrieras...»¹⁸;

- * En los numerosos ataques en que la multitud arrojó piedras a su paso por las calles o barrios chinos y en la agresión personal contra individuos de esa nacionalidad que transitaban por las calles.

En estas manifestaciones —aún en las que también se produjo la apropiación de alimentos— la multitud quiso *castigar* antes que usurpar; manifestar su descontento por la presencia de inmigrantes chinos en los comercios e industrias de la ciudad antes que protestar por la subida de precios. «Abajo lós chinos, asesinos del pueblo, ladrones de nuestro pan», gritaba un grupo del pueblo al pasar por la Calle de Albahaquitas¹⁹. «Queremos pan y trabajo», coreó la multitud mientras apedreaba tiendas chinas en el costado de Santa Rosa y Fano²⁰. Los chinos eran responsabilizados por un sector del pueblo del malestar ocasionado por la crisis. Una publicación interpretó esta asonada como «una protesta del proletariado contra el elemento asiático, dueño hoy de todas las pequeñas industrias nacionales»²¹. Era la competencia asiática lo que estaba en cuestión ese día.

EL MOTÍN DEL 17 DE MAYO

Luego del domingo 9, el gobierno dispuso medidas represivas para castigar a los participantes y evitar nuevos desmanes contra los chinos. Simultáneamente dictó algunos decretos destinados a generar empleos. El alcalde Billinghamurst, por su lado, anunció una serie de obras de construcción y remodelación. Una de estas obras, iniciadas en el acto, fue la destrucción del Callejón Otaiza, una finca ubicada en el barrio chino, que, según todas las descripciones, servía de refugio para miles de chinos quienes vivían

¹⁸ A.G.N. «Informe del ...» f. 5; *El Comercio* (T) 10/05/1909, p. 1.

¹⁹ *La Prensa*, 10/05/1909, p., 1.

²⁰ *Ibíd*, p. 1.

²¹ *Fray K. Bezón*, Año III, N° 121, 22/05/1909, p. 2.

hacinados y en las peores condiciones que por entonces podía verse en Lima²². El objetivo del alcalde fue transformar el Callejón Otaiza en una nueva calle (que luego se llamaría Calle Billinghamurst) y exterminar un foco de «inmundicia y perversión». Sin embargo, no está del todo descartado un objetivo más de quien tenía entonces grandes ambiciones políticas (y que luego llegaría a ser Presidente del Perú); a saber: ganar las simpatías populares o mejor dicho incrementarlas²³.

Los periódicos de Lima y la gente de clases bajas celebraron la decisión del Municipio. En el mismo lugar de la demolición, «un grupo del pueblo que presenciaba este hecho, manifestaba su complacencia, viviendo al señor Billinghamurst», según el informe del subprefecto quien estaba a cargo de la custodia del lugar. El Intendente manifestó además que había dispuesto medidas extremas de seguridad (más de 60 efectivos) a fin de evitar disturbios «...dada la animosidad que en cierta parte del pueblo se nota hoy contra los chinos»²⁴. Esto ocurría el 12 de mayo.

El día 17, un grupo de desocupados se acercó muy temprano al lugar de la demolición para pedir trabajo. Sumaban aproximadamente unos 200 los solicitantes quienes al no obtener respuesta afirmativa decidieron marchar —ya en número de 300— hacia la Municipalidad de Lima, no sin antes haber agredido a los transeúntes chinos. Una vez en el municipio, portando piedras y palos «...pidieron a grandes voces trabajo y solicitaron

²² «Cada uno de los cuartos del Callejón Otaiza está dividido por tabiques horizontales y verticales en numerosos compartimientos tan estrechos que apenas podían contener el cuerpo de un hombre echado. ¡Cada uno de estos nichos constituía la vivienda de un chino! El Callejón tiene más de cien cuartos, dispuestos de esta manera, es decir, que la casa aloja, principalmente en la noche, alrededor de un millar de asiáticos. Hace cuatro años, por medios coactivos, logró destruirse los tabiques y evitar que la cifra de habitantes excediera los 300. Pero fue un fracaso... Dicho lugar es insaneable sin la destrucción total del inmueble». El testimonio corresponde al año 1908 (Ver Perú 1915, T. I: 177).

²³ Billinghamurst había desarrollado una estrecha relación con el pueblo desde la década de 1870, dentro de un estilo de hacer política que ha sido calificado como populismo temprano. Véase el pionero trabajo de BLANCHARD, Peter, «A populist Precursor: Guillermo Billinghamurst». *Journal of Latin American Studies*. Vol. 9, 1977, p.254.

²⁴ A.G.N. Ministerio del Interior. Leg. 125 «comunicación del intendente al Prefecto de Lima del 12/05/1909» ff. 1-2

hablar con el alcalde Billinghamurst²⁵. Minutos después los revoltosos agredieron a un ambulante asiático que vendía frutas y verduras. La policía intervino y, sin causar mayores conflictos, los manifestantes decidieron retirarse al barrio de Malambo.

En esta oportunidad hubo también agresiones contra los asiáticos pero los desmanes no tomaron las mismas dimensiones del domingo 9 en parte a causa de la misma actitud de previsión de los inmigrantes quienes cerraron sus establecimientos y en parte también por efecto de insistentes rumores que circularon por esos días, según los cuales los chinos habían comprado revólveres para defenderse. Según los informes policiales se trataba de algo más que simples rumores. Aunque la delegación china desmintió esta afirmación, la Intendencia de Policía comprobó que desde el domingo 9 hasta el día 15 «...se han vendido trescientos sesentiséis revólveres, de los cuales más de las dos terceras partes han sido compradas por miembros de la colonia china»²⁶.

También hay que tomar en consideración que las furias antichinas no habían desaparecido, pero, a diferencia del domingo 9, los revoltosos no querían solamente castigar o dejar sentado un descontento general; también querían dialogar y encontrar, negociando con las autoridades, posibles salidas al problema. El 17 de mayo, el interlocutor elegido fue el alcalde Billinghamurst. Las turbas no cesaron en su actividad hasta que lograron su objetivo. Al culminar esa mañana, una comisión de cinco personas fue recibida en el Palacio Municipal²⁷. La actitud dialogante no era exclusiva de estos trabajadores, que buscaban empleo como albañiles. Al día siguiente, el presidente Leguía recibió en Palacio de Gobierno una comisión formada por delegados de la Asamblea de Sociedades Unidas, de la Sociedad de Carpinteros, Sombrereros, Federación Estrella del Perú y de Auxilios Mutuos²⁸.

²⁵ *El Comercio* (T) 17/05/1909, p. 1.

²⁶ A.G.N. Ministerio del Interior. Leg. 125 «Comunicación del intendente al Prefecto de Lima del 12/05/1909» ff. 1-2

²⁷ *El Comercio* (T), 17/05/1909, p. 1.

²⁸ *Ibíd.* (M) 19/05/1909, p. 1

La reacción del gobierno

En Palacio de Gobierno, Leguía había dispuesto algunas medidas destinadas, si no a resolver el problema del empleo, por lo menos a disminuir los conflictos con los chinos. Dispuso en primer término «la suspensión inmediata de la inmigración al Perú de personas de esa nacionalidad»²⁹. La medida no incluía a los 1,050 chinos que habían partido en el mes de marzo del imperio y que por entonces se encontraban en alta mar rumbo al Callao; mas sí a nuevos aspirantes. El 20 de mayo el cónsul peruano en Hong Kong suspendió «...la partida de 300 chinos que intentaban embarcarse para el Callao...»³⁰. Esto dio origen a un diferendo diplomático entre Perú y el país oriental que no terminó sino con la firma de un nuevo tratado que restringió el ingreso de chinos (Basadre 1983, T. VII: 282-283).

Otra medida, muy discutida entonces, fue la apertura de una matrícula para personas desocupadas dispuestas a viajar a las haciendas de provincias para laborar en faenas del campo. El Gobierno, en coordinación con los hacendados, se había comprometido a subvencionar los gastos de transporte de quienes desearan este tipo de trabajo. Muchos calificaron de utópica la medida, dada la «urbanomanía» de los trabajadores de Lima que —como se vio en el capítulo IV— no era otra cosa que una resistencia natural a descender aún más en las categorías ocupacionales. Algunos opinaron que además de utópica era malintencionada: «En las haciendas de las provincias pagan un sol por jornal. Este jornal es de lampa, hacha o machete y de las 7 de la mañana a las 6 de la tarde, y un caporal insolente al pie que no deja ni resollar»³¹.

Además de lo anterior, el Gobierno dictó una serie de dispositivos destinados a dar trabajo en la construcción. A través del Ministerio de Fomento ordenó a las Juntas Departamentales remitir los fondos no uti-

²⁹ *La Prensa* (M) 15/05/1909, p. 1.

³⁰ *El Callao*, 21/05/1909, p. 4.

³¹ *Fray K. Bezón*, Año III, N° 120, p. 3. Otro periódico que calificó de utópica la medida del gobierno fue *La Prensa*, 10/05/1909, p. 1.

lizados en las obras públicas a la Caja de Depósitos y Consignaciones³². Otro anuncio fue la construcción del Malecón Figueredo en el Callao, «obra en la que hallarán ocupación muchos brazos que en estos momentos carecen de ella»³³. Paralelamente se anunció que en la Municipalidad de Lima se había nombrado una comisión para iniciar arreglos en la Plaza de La Victoria³⁴.

Estas medidas, pese a que podían beneficiar a los sectores más bajos de la escala ocupacional, no resolvían el problema. Pero también era cierto que reactivar la economía no dependía sólo del Gobierno. Acentuada por «el ocultamiento del capital a causa de la inseguridad de la paz pública tanto interna como externa»³⁵, la crisis demandaba soluciones que provinieran de las clases altas. La respuesta del Gobierno sólo reflejó su desesperación ante un hecho evidente: su cada vez mayor aislamiento. Su desesperación tenía fundamentos: a pocas manzanas de Palacio de Gobierno, grupos opositores conspiraban para derrocar al Presidente.

LA REBELIÓN DEL 29 DE MAYO

El 29 de mayo de 1909 está registrado como una de las fechas más espectaculares y más insólitas de la historia política del país. Ese día los hijos de Nicolás de Piérola, Isaías y Amadeo, y Carlos, tío de los mencionados, secundados de unas 50 personas llevaron a cabo un fallido golpe de esta-

³² *El Comercio* (T) 17/05/1909, p. 1.

³³ *El Callao* 11/05/1909, p. 2. Las obras en el Malecón Figueredo, de hecho iban a beneficiar a los desocupados de la ciudad de Lima, donde la situación era más grave que en el vecino puerto: «Ayer se inscribieron en el registro abierto en la Intendencia, 48 operarios y peones sin trabajo. De estos sólo pertenecen 12 a los que han sido despedidos por las empresas de este puerto a causa de la crisis, pues los demás han venido de Lima o de los fundos cercanos al Callao». Véase *El Callao* 12/05/1909, p. 1. Un día antes el mismo diario, preocupado por la situación laboral en la capital, instaba a la Municipalidad de Lima a poner en marcha un proyecto de canalización del Río Rímac en el área que atraviesa la ciudad. *El Callao* 11/05/1909, p. 2.

³⁴ *El Callao* 14/05/1909, p. 3.

³⁵ *El Economista Peruano*, Año I, N° 10, 29/12/1909, p. 1

Hacia el control del mercado de trabajo

do contra el Presidente Augusto B. Leguía. Basadre lo calificó como «la sublevación más audaz que registra la historia del Perú desde el día en que 'los caballeros de la capa' asesinaron a Francisco Pizarro»³⁶.

No le faltó razón. Tras vencer la resistencia de los centinelas de Palacio, los hijos del Califa llegaron hasta el despacho del Presidente y lo conminaron a firmar su carta de renuncia. Leguía se negó. Acto seguido, lo secuestraron y lo hicieron marchar por las calles céntricas buscando apoyo de la población. Según varios testimonios, la turba que lo secuestraba (50 individuos armados de revólveres) fue engrosando a medida que desfilaba por las calles y se acercaba a la plaza de la Inquisición. En este lugar, una vez más le obligaron a firmar la carta de renuncia y una vez más el Presidente se negó. La turba vociferaba e insultaba a Leguía, mientras que, desde el Estado Mayor del Ejército, había partido —con bastante retraso— un destacamento bajo el mando de un alférez de apellido Gómez. Al llegar a la Plaza de la Inquisición, una ráfaga de balas, que hirió y dio muerte a buen número de rebeldes y curiosos, puso fin al secuestro. Minutos después, Leguía regresó triunfante por las calles que dos horas antes lo habían visto prisionero.

La participación popular en los disturbios de mayo de 1909

Aunque organizada y liderada por conspiradores del Partido Demócrata, la rebelión del 29 de mayo contó con la participación de gente de extracción popular. Una indagación de Cecilia Israel en los archivos de defunción dio como resultado las siguientes cifras. Según el libro de defunción de la Beneficencia Pública de Lima, en esos días hubo 80 muertes por herida de bala y arma blanca, de los cuales 40 fueron a la fosa común, mientras que 40 restantes recibieron una sepultura con cierta ceremonia y consideración que incluía el uso de nichos y carrozas, a los que sólo se podía acceder pagando sumas que fluctuaban entre los 100 y los 10 mil soles (Israel, 1983: 113-114). Esto quiere decir que entre los heridos de

³⁶ BASADRE, 1983 T. VIII: 275

bala hubo un 50% no menos importante de clases medias y altas, y un 50% de gentes procedentes de las clases populares. De estos últimos es difícil saber cuantos participaron realmente y cuantos murieron de forma inocente (curiosos). Lo que sí parece incuestionable es que esa participación, aunque minoritaria, fue real. Juan Pedro Paz Soldán, en su relato sobre los sucesos del 29 de mayo, ofrece interesantes descripciones al respecto. Sostiene, por ejemplo, que tras el rapto de Leguía, gente del pueblo se agolpó en Palacio de Gobierno, apoyando el movimiento insurgente y pidiendo a gritos armas. En Barrios Altos hubo también manifestaciones similares que fueron dispersadas haciendo uso de la violencia. Hablando del secuestro de Leguía por las calles céntricas de la ciudad, indica lo siguiente:

...tras él va un grupo de hombres de color: negros y zambos que abrazan a Isaías de Piérola que está en medio del grupo...³⁷.

Paz Soldán destaca además la participación de un negro que, sogá en mano, insistía una y otra vez, para que sin tanto rodeo se ahorcara al Presidente.

No se duda de la activa participación de «gente de color» en los disturbios del domingo 9 y el lunes 17. De acuerdo con los partes policiales y con las informaciones de los diarios, fueron los distritos VIII (La Victoria), V (Barrios Altos) y IX (Rímac) donde la agresión a los asiáticos, los desbordes callejeros y los enfrentamientos con las fuerzas del orden, resultaron más intensos, especialmente en el distrito IX, ubicado en el 5º cuartel de policía. Para dominar la situación en esta zona «...se mandaron fuerzas de policía de los cuarteles 1ro., 2do., y 4to....»³⁸. Los Distritos VIII, V y IX eran también zonas de la ciudad donde los negros se concentran más en relación a otros distritos (Stokes 1987). Las motivaciones racionales de su participación, sin embargo, no aparecen claras. De hecho, este

³⁷ PAZ SOLDÁN, Juan Pedro, *El Golpe de Estado del 29 de mayo de 1909*. Lima, Imprenta del Estado, 1914, p. 15.

³⁸ *El Diario* 11/05/1909, p. 1

sector también clamaba por empleo, pero no se puede decir que era víctima de la competencia asiática. Parece haber aquí impulsos de tipo irracional. Desde el odio racial hasta el ejercicio de la violencia como un fin en si mismo; aunque el odio racial se había manifestado desde mucho antes. Según Margarita Guerra, durante los desmanes producidos en enero de 1881, ad portas del ingreso del ejército chileno a la ciudad de Lima, violentos asaltos fueron realizados contra los chinos en la zona de Abajo del Puente, donde «habitó desde la colonia el sector de color y durante la República continuó con la misma reputación de barrio populoso» (Guerra 1991: 70).

Hay además un hecho no menos importante: en los primeros años del siglo, las profesiones que ejercían los negros eran las de jornalero y principalmente albañil. Es sintomático a este respecto que en la protesta de albañiles del 17 de mayo, los trabajadores, una vez que intervino la Policía, decidieran replegarse en el barrio de Malambo: «Era allí donde los alborotadores habían formado su cuartel general. De la multitud de callejones que existen en Malambo salió una gran cantidad de gente que hizo causa común con los manifestantes»³⁹.

Sin embargo, no puede afirmarse que sólo fueron negros y albañiles los protagonistas en las jornadas de mayo. Las fotos del mitin del Partido Obrero que publicó *La Prensa* permiten vislumbrar una participación heterogénea en lo que respecta a ocupaciones y razas⁴⁰. Lo mismo puede sostenerse para el motín del día 17, en el que uno de los cabecillas (un tal Navarro «que en una mano enarbolaba un grueso garrote, en la otra tenía un hacha, con la que se proponía echar por tierra a cuanto hijo de Confucio se le pusiera a la vista»⁴¹) fue identificado como un ciudadano de nacionalidad chilena.

De otro lado, representantes directos de los carpinteros y sombreros sesionaron con el Presidente Leguía para buscar salidas al problema

³⁹ *El Comercio* (T) 17/05/1909, p. 1.

⁴⁰ *La Prensa* (M) 11/05/1909, p. 1. Un famoso óleo de Daniel Hernández permite vislumbrar una participación heterogénea en lo que respecta a ocupaciones y razas.

⁴¹ *El Comercio* (T) 17/05/1909 p.1.

del empleo. Entre los treinta revoltosos que fueron detenidos por la policía el domingo 9:

...hay varios artesanos, carpinteros, plomeros, panaderos, un tipógrafo, un jardinero, un trabajador de la fábrica Mauer y un pintor...⁴².

¿Y los zapateros?. Estos y los albañiles estuvieron ausentes de la reunión en Palacio de Gobierno porque ambos grupos aún no estaban organizados⁴³, y es posible que su presencia entre los detenidos esté escondida en el rubro «artesanos», lo cual solía ocurrir en las estadísticas de la penitenciaría⁴⁴. Durante la revuelta del domingo 9, ¿quiénes sino ellos podían estar más motivados para destruir zapaterías chinas? Como vimos en el capítulo V, un buen porcentaje de chinos (24% según el *Directorio* de Paulet y 40% según la Patente de 1908-1912) era propietario de zapaterías. Si la competencia legitimizaba la agresión, los zapateros eran los más estimulados. Al igual que los panaderos, los zapateros tenían motivos evidentes para denunciar y combatir la competencia asiática.

Pero además de lo anterior, creemos que existen motivaciones racionales detrás de los actos de violencia. Durante los forcejeos entre los amotinados y la policía que trataba de evitar que la protesta del lunes 17 tome las

⁴² *La Prensa* (I) 11/05/1909, p. 1.

⁴³ Zapateros y albañiles comienzan a organizarse sindicalmente en 1914 y 1913 respectivamente. Sin embargo, «la formación del primer sindicato de albañiles pareciera tener que ver más con la pujanza de algunos personajes...y con el ambiente auspicioso dentro de la clase obrera en general, que con un movimiento de bases de los albañiles» (STOKES, 1987: 204). Algo similar puede afirmarse respecto a los zapateros, entre los cuales fue más evidente la tendencia a practicar salidas individuales y desesperadas, como el delito.

⁴⁴ Esto ocurrió por ejemplo en la memoria de la penitenciaría correspondiente a 1913-1914, donde aparece el rubro de «artesanos», sin que haya manera de saber cuántos zapateros están incluidos en él. Sin embargo, para los años anteriores la clasificación es más extensa y es factible comprobar que los zapateros no sólo eran el grupo más importante entre los artesanos, sino de todas las especialidades. Digamos de paso que este hecho y la participación activa de algunos zapateros en los actos violentos de masas de 1919, ameritan un examen detenido. Información sobre la penitenciaría en: Ministerio de Justicia Instrucción y Culto (Memorias de 1890-1930).

dimensiones de la que ocurrió el domingo 9, un inspector preguntó a los revoltosos en medio de los gritos de la multitud: «¿Qué les hacen los infelices chinos?» Uno de los revoltosos contestó: «Trabajan por jornales miserables y se quiere que nosotros vivamos con lo mismo que ellos ganan»⁴⁵.

No sólo era la competencia lo que motivaba el odio contra los asiáticos sino también los efectos que esa «competencia ilícita» dejaba para los trabajadores nativos. No era sólo la posibilidad de perder trabajo a manos de los chinos, sino también el tener que aceptar «un trabajo mal pagado» lo que generaba la animadversión. Por esto es posible suponer que, además de los trabajadores nombrados antes, hubo sectores que sufrían la baja del salario a causa del trabajo de asiáticos que se ofrecían a menor precio. Estos podrían ser incluso trabajadores dependientes en el pequeño comercio o de otras industrias.

Fue el caso, sin duda alguna, de los panaderos. Los trabajadores chinos y un poco después los japoneses representaron una verdadera pesadilla para los nativos en las panaderías. Conformaban una suerte de ejército de reserva que facilitaba al patrón rebajar los salarios de sus operarios. En varias oportunidades —según puede apreciarse en las actas de asambleas de la Federación de Panaderos «Estrella del Perú»— los obreros vieron imposibilitadas sus aspiraciones de incrementar sus ingresos en forma simultánea al aumento del costo de vida. En una de ellas, por ejemplo, los obreros reclamaron aumento de jornales a través de un delegado, pero el patrón le contestó «...que era sumamente imposible el aumento y que si los peruanos no querían trabajar para eso tenían bastantes chinos»⁴⁶. Los obreros fueron a la huelga y el patrón cumplió con su amenaza gracias a la colaboración del maestro: «como yo soy el maestro y tenía la masa en el tablero, para mi parecer era yo el llamado a defender el trabajo por lo cual acepté el trabajar con los chinos», alegó⁴⁷. Esto obligaba a los panaderos nativos

⁴⁵ *La Prensa* (I) 17/05/1909, p. 1.

⁴⁶ Federación de Obreros Panificadores «Estrella del Perú», «Libro de Actas 1914-1916» folio 42.

⁴⁷ *Ibid.* f. 43.

a librar una doble lucha —o mejor, una lucha en dos frentes— para defender su estándar de vida: contra los patrones y contra los asiáticos. Una lucha al mismo tiempo en dos niveles: el nivel legal, solicitando, como lo hicieron desde comienzos de siglo, que se reglamente un porcentaje mínimo de asiáticos en las panaderías; y el ilegal, a través de la hostilidad casi cotidiana y en casos extremos del motín. En suma, había un conjunto de motivaciones, ligado al problema del empleo, que hizo de los chinos blanco principal de ataques de los sectores populares nativos. Sea porque desplazaban a peruanos de algunos centros de trabajo, sea porque su trabajo contribuía a la baja del salario, las muchedumbres protestaron contra el desempleo a través de la violencia contra los asiáticos.

La participación popular en el intento golpista del 29 de mayo se puede comprender mejor en relación a sus motivaciones propias. Ese mismo día, en horas de la tarde, cuando la rebelión había sido sofocada, «un grupo de individuos del pueblo», según un parte policial, «aprovechando que el orden público se había alborotado por los sucesos políticos de ese día, asaltó y saqueó la encomendería del asiático Santiago Lau San, sito en la Calle Malambo 508»⁴⁸. El problema del empleo, de esta forma, estuvo también presente el 29 de mayo. Por ello no es exagerado suponer que las muchedumbres que secundaban a los Piérola veían en ellos a sus salvadores ante la situación de crisis que afrontaban. Recordemos que en los disturbios del domingo 9, los manifestantes daban «muera» a los chinos y coreaban «vivas» por igual a Piérola y Durand. Y aunque oficialmente los demócratas no se manifestaron a favor de esos disturbios, diarios de inocultable filiación pierolista, como *La Prensa*, alentaron decididamente la destrucción de tiendas chinas:

Pagaremos a buena hora todas las indemnizaciones que se quiera por el daño que reciban los chinos, pero si se le cierran las puertas hay que provocar no uno sino mil conflictos, hasta lograr que se marchen de aquí⁴⁹.

⁴⁸ A.G.N. Ministerio del Interior. Leg 125. «Comunicación del Intendente al Prefecto del 08/06/1909», f. 1

⁴⁹ *La Prensa* 10/05/1909, p.1. Este diario además orientaba la información con la finalidad de deteriorar la imagen del Gobierno. Concluía por ejemplo que si el Gobierno recibía

Sin lugar a dudas, los sectores populares podían sentirse protegidos con un eventual gobierno de los demócratas o de líderes similares como Durand y Billinghamurst. Los individuos populares no actuaban ciega e instintivamente como suele parecer cuando se los califica de prepolíticos. Sabían lo que buscaban y, además, cómo conseguirlo.

En suma, podemos subrayar que en mayo de 1909 turbas populares compuestas de zapateros, carpinteros, plomeros y otros se movilizaron por las calles de Lima para realizar desmanes, saqueos, incendios y otras agresiones cometidas contra inmigrantes chinos y sus propiedades, fundamentalmente porque consideraban que su presencia en el mercado laboral dejaba sin empleo a los nativos y contribuía al decrecimiento del salario. En lo inmediato se podría argüir la existencia de una racionalidad economista, expresada en la apropiación de mercaderías durante los saqueos, pero esto no siempre ocurrió. Como dice Olson, «los incentivos económicos, por supuesto, no son los únicos incentivos». «Las personas son motivadas a veces por un deseo de lograr prestigio, respeto, amistad y otros objetivos sociales y psicológicos» (Olson 1992: 70). El deseo de castigar, la voluntad punitiva, pone de manifiesto otro tipo de racionalidad no económica, pero racionalidad al fin y al cabo. Sin embargo, cuando la violencia proviene de elementos que no sufren la competición asiática —como en el caso de los albañiles negros— difícilmente puede encontrarse una explicación racional.

El protagonismo de ciertas elites políticas, en medio de una coyuntura electoral, y, particularmente, la rebelión del 29 de mayo, muestran el grado de politización al que había llegado el asunto del empleo y en especial de la inmigración asiática.

Pero, al mismo tiempo, otro problema —la subida en el precio de los alimentos— iba convirtiéndose en un tema central de la vida cotidiana de las clases pobres.

por cada chino ingresado al país la suma de cien soles: «debe recibir entonces poco más de un centenar de miles de soles» *La Prensa* 18/05/1909, p. 1.

TERCERA PARTE
LA MULTITUD Y LAS SUBSISTENCIAS

CAPÍTULO VIII

POLÍTICA DE ABASTECIMIENTO URBANO

Durante la colonia, el pueblo de Lima, al igual que de otras ciudades de América, tenía asegurada la provisión de alimentos. Más aún, de acuerdo con una estimación la cantidad de carne y pan que integraba la dieta de los limeños en el siglo XVIII era más alta que la del viejo mundo¹. Esto era posible gracias a que la política alimentaria estaba orientada hacia el interés público.

El punto de partida de esa política era una noción legitimizante, según la cual los alimentos, en tanto necesidad vital, no podían ser considerados como objeto de lucro ni mucho menos de especulación: una perspectiva muy similar a la *economía moral* de las multitudes (surgida como respuesta al *laisser-faire*) que dio origen a la dación de leyes drásticas en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII contra el acaparamiento, el reparto y el monopolio y configuraban un modelo paternalista de control de precios, y que, finalmente, hizo de las autoridades prisioneras de las multitudes (Thompson 1974: 47).

El Cabildo de Lima gozaba de amplios poderes para asegurar la venta de los productos básicos y el control estricto de la calidad y de los precios. Para lograrlo, los funcionarios hacían cumplir una serie de preceptos relativos a la calidad, tiempo y limpieza con que se procesaban los alimentos. «Los regatones (revendedores) deben tener en las puertas de las tiendas un arancel dado por la justicia en el que se contenga lo que tienen para vender, el precio que le pusieron y el tiempo que debe durar dichos precios». Además

¹ Ver: J. HERMARDIQUEN, *Pour une histoire de la alimentation*. Paris, Cahier des Anatès, 1960, 54. De acuerdo con varias investigaciones, las harinas ocuparon una elevada proporción en la dieta de los trabajadores de París y Londres en el siglo XVIII. THOMPSON 1974; RUDÉ 1978. Ver también PELOSO 1989.

«un regatón no debe comprar a otro regatón para vender, pues esto encarecerá el producto al consumidor». En suma, «ningún género se puede vender ni tener postura (es decir precio fijo) por parte de las autoridades». El incumplimiento de las disposiciones se sancionaba con multa de diferente cuantía².

EL MODELO LIBERAL

Esta política paternalista persistió luego de la Independencia y aún después de los años 1850 pese a que empezaron a incorporarse en la legislación una serie de dispositivos de carácter liberal. Ante la fuerza del proteccionismo los liberales desataron una guerra en dos frentes: en el externo, favoreciendo la importación de manufacturas foráneas y en el frente interno, tratado de imponer el libre comercio en todos los niveles. Algunos personajes, como Francisco García Calderón Landa, un político doctrinariamente liberal, combatieron duramente la supervivencia de la fijación de precios en el ámbito de los alimentos:

Añejas preocupaciones, y principios de economía mal entendidos, han dado lugar a que se fije el precio de las carnes y de los demás comestibles que se venden en los mercados. La policía y después las municipalidades se han creído autoridades para obligar a que se venda determinada cantidad de carne por tal precio. ¿Qué se diría de un regidor municipal, o de un funcionario cualquiera, que entrase en la tienda de un comerciante para obligarle a vender el paño a un precio menor del establecido, sólo porque hubo disminución en el precio de las lanas? Y bien, si este hecho se mirara como ridículo y atentatorio a los derechos de propiedad ¿por qué no se deja a los que venden comestibles la misma libertad que a los que intervienen en los demás ramos del comercio interior?³

² Ver PÉREZ CANTO 1978: 456-457.

³ FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, *Diccionario de la legislación peruana*, Tomo 1, Lima, Imprenta del Estado, 1860, p. 73.

García Calderón hacía notar el hecho de que las medidas proteccionistas eran contrarias a la libertad de comercio y de industrias sancionadas por la Constitución. Para el autor, que años después durante la ocupación chilena se convertiría en Presidente de la República, la intervención de las municipalidades debe restringirse a velar para que los comestibles no sean nocivos a la salud. La disminución del precio, agregaba, sólo podía lograrse aumentando la producción y no rebajándolo caprichosamente⁴.

Con el paso de los años, la política paternalista empezó poco a poco a ceder paso a la política de libre comercio. Se ha fijado como fecha promedio para el conjunto de países de América Latina el año de 1870 como el inicio de la aplicación de las políticas liberales en el comercio de los alimentos (Wright 1989). En el Perú, también en los años de 1870 con el inicio de la tendencia a desplazar cultivos alimenticios por cultivos para la exportación (aunque interrumpida por el colapso productivo originado por la Guerra del Pacífico) y con el inicio de una política de importación de alimentos más acentuada, el precio de las subsistencias empezó a obedecer al incremento o disminución en los costos de producción, a la ley de la oferta y la demanda y a la especulación.

Una subida importante de precios —aunque no drástica como la que ocurrió mucho después— fue registrada entre 1872 y 1875. Al explicar la carestía, el economista J.B. Martinet señalaba como causas el incremento de los costos de producción agrícola (tierra, capital y salarios) y la insuficiencia de la producción agrícola, promovida por la preferencia por sembrar caña de azúcar y algodón. Martinet no era favorable a una política paternalista y más bien pensaba que «las causas que han determinado la carestía de los víveres en la capital, son consecuencias lógicas y naturales del progreso hacia el cual va la república caminando tan rápidamente»⁵, y proponía afrontar la carestía mediante una política educativa en general de modo especial mediante la enseñanza agrícola, tal como sucedía en

⁴ Op. Cit., p. 73

⁵ J.B. MARTINET, *Carestía de víveres en Lima*. [1875], Lima, Centro Peruano de Historia Económica, 1977, p. 40.

Alemania y Francia que permitiera lograr el incremento de la productividad en el campo.

Estas ideas formaban parte de un conjunto de propuestas de mayor espectro. García Calderón junto a los planteamientos esbozados con respecto al comercio de alimentos, exponía una visión de futuro para la economía peruana: «abramos, pues, los ojos a la agricultura que forma nuestra verdadera riqueza; y aunque jamás llegaremos a ser fabricantes, no por eso dejaremos de tener artículos con que pagar los artefactos con que se introduzcan al país»⁶. De igual manera, Martinet, al tiempo que era totalmente contrario a la intervención del Estado en la economía agraria consideraba que el problema de los desempleados tenían que resolverlo ellos mismos: «los que sufren realmente la carestía son aquellos que sin fortuna viven ociosos porque ellos no pueden alzar sus tarifas por ser seres completamente improductivos»⁷.

No eran opiniones aisladas. El alcalde de Lima, Manuel Pardo, presidió en 1870 una Comisión destinada a analizar las causas de costo de los alimentos, en cuyas conclusiones señalaba que «una carestía que proviene en mucha parte del mayor consumo de cada uno, del mayor valor del salario, del aumento de la demanda del trabajo, de la consagración de la tierra a cultivos más provechosos, es, en cierto modo, un fenómeno de prosperidad que sí es sentido por aquella parte de la población que no puede aumentar el valor de su trabajo, equilibra en breve sus ventajas y sus inconvenientes en la gran mayoría que produce valores»⁸. Estas ideas no hacían

⁶ Ver GARCÍA CALDERÓN, Op. cit.; 1860, p. 299.

⁷ MARTINET, Op. Cit., p.21-22.

⁸ MANUEL PARDO, FRANCISCO ROSAS Y OTROS, *Datos e informes sobre las causas que han producido alza de precios en los artículos de primera necesidad que se consumen en la capital*. Lima, Imprenta del Estado, 1870, p. 136. Algo de cierto encierran las palabras de los miembros de la Comisión Pardo. Aunque ya empezaba el desplazamiento de cultivos alimenticios, este no fue un factor tan importante como lo sería luego, en los principios del siglo XX. En este sentido la escasez de alimentos en el siglo XIX, no habría incidido tanto en la subida de los precios. Lo cual explicaría por qué el reclamo por las subsistencias no fue dominante en los sectores populares.

más que defender la virtual aplicación de los preceptos liberales en el comercio de alimentos. Sin embargo, hay que señalar que en los años 70 del siglo XIX todavía tenía vigencia el proteccionismo a la producción nacional basada en las barreras arancelarias a los alimentos importados. Contra esta protección Martinet descargaba sus más duras críticas, argumentando que «si se les pudiera dejar libre entrada, no dudamos de que esta medida originaría la baratura de gran número de subsistencias alimenticias de nuestro mercado».

La subida de los precios, según él era una turbación más aparente que real. Aunque aceptaba que se originaba en la preferencia por la caña de azúcar, no veía este hecho como negativo, puesto que permitía mayores ingresos al país. Pronto se restablecería el equilibrio económico —pensaba— mediante la oferta de los vendedores y la demanda de los compradores. Y en efecto, según comprueba, «el aumento de precios en las subsistencias ha venido acompañado de un aumento correlativo en el precio de los demás productos, de los servicios y del trabajo, por eso esta carestía no hace tan angustiosa la situación de la clase proletaria trabajadora, porque esta clase vende más caros sus servicios y su trabajo, lo que le permite soportar el subido precio de los artículos de consumo»⁹.

En las décadas siguientes, los alimentos subieron paulatinamente, salvo el periodo de la Guerra del Pacífico en el que el desabastecimiento llegó a niveles dramáticos. En los finales del siglo XIX con la recuperación de la agricultura para la exportación, los precios nuevamente comenzaron a subir. Además de las causas naturales (huaycos), se argumentaba una serie de factores que tenían que ver —una vez más— con el llamado libre desenvolvimiento de la economía. Es decir, «el alza de los jornales en todos los ramos de la industria, la agricultura y el comercio, que aumentan el costo de producción y transporte e imponen forzosamente un mayor precio a las frutas y productos industriales». En general, concluían en 1907 los miembros de una comisión encargada del asunto:

⁹ *Ibid.* P. 20

La carestía de las subsistencias en Lima es sólo consecuencia natural de ley ineludible de la oferta y la demanda, o sea de la producción y de los consumos que en tesis general, determinan el precio de todas las cosas. Sus causas inmediatas son el incremento de la población y la menor productividad de víveres, fácil de comprobarse en las proximidades de la ciudad, a lo que se agrega el mayor poder adquisitivo de los habitantes, por razón del desarrollo del comercio y de las rentas generales del país¹⁰

LAS CRÍTICAS AL MODELO LIBERAL

Pero no todos asociaban el incremento de los precios con un (supuesto) progreso del país. Además de los anarquistas —la fracción más radical del movimiento obrero de principios del siglo XX— varios analistas desvinculados de los intereses agroexportadores, fueron enfáticos al criticar la tendencia acentuadamente liberal con relación a los alimentos. En 1910, un estudio técnico que mencionaba como factores el incremento de los costos de producción y la oferta y la demanda, señalaba también para explicar la carestía de la carne «el gran número de intermediarios que se interpone entre el ganadero y el consumidor y la ganancia ingente que cada uno realiza»¹¹. Sin embargo, la reventa, antes prohibida por la legislación paternalista, era una práctica común a casi todos los alimentos de primera necesidad, a lo que se sumaba la especulación como práctica constante de muchos comerciantes, especialmente al menudeo. La denuncia contra los acaparadores y la sanción moral a los agricultores fueron los ejes principales de la oposición a la política de abastos imperante.

En 1918 el propio ministro de Hacienda y Comercio, el doctor Víctor Mautura, que representaba una opinión aislada dentro del gobierno, denunció a los agricultores por preferir el cultivo de caña y de algodón con la consiguiente disminución de la cosecha, de los frutos de primera necesidad. De acuerdo con el ministro, el Estado debería:

¹⁰ *Memoria presentada por el conejo de administración a la Cámara de Comercio de Lima.* Lima: Librería e Imprenta Gil, 1907, p. 43.

¹¹ José Antonio de LAVALLE, «El problema de la carestía de la carne en Lima», en *Boletín de Ministerio de Fomento*, No 3, marzo de 1910.

Reglamentar el cultivo imponiendo severamente la obligación de producir una cantidad determinada de frutos alimenticios y de fomentar por primas y otros medios análogos en el cultivo de productos como trigo, por el cual estamos pagando una fuerte contribución a los agricultores extranjeros¹².

La prensa limeña, que era muy sensible al problema de las subsistencias, también era especialmente enfática en denunciar sus causas. Un periodista de *La Actualidad*, al tiempo que informaba del desplazamiento de ganado en la sierra central, identificaba como una de las causas de la carestía de la leche, el alto precio de los fletes.

Las empresas ferrocarrileras, encontrando más conveniente para sus intereses el transporte de minerales abandonan casi por completo a la leche y otros artículos¹³.

Pero fueron los anarquistas quienes abanderaron la crítica a la política liberal de abastecimiento urbano. Ellos recogían los diagnósticos de orden técnico así como la percepción de la gente del pueblo, y por ello dispusieron de una visión más comprensiva del fenómeno. Para los anarquistas, la creciente carestía de los alimentos se debía a tres factores: la falta de intervención de las autoridades en el comercio de artículos de primera necesidad; la especulación de comerciantes inescrupulosos; y la preferencia de los hacendados y conductores de fundos por sembrar caña de azúcar y algodón sustituyendo cultivos alimenticios; a la vez proponían una política alternativa a fin de reducir los precios.

Pero estas eran opiniones minoritarias entre los políticos de principios del siglo XX; pese a ello, fueron en aumento hasta confluir con el creciente descontento de los consumidores que en mayo de 1919, con el instrumento del motín, lograrían una reorientación significativa en la política de abastos.

¹² Perú. Ministerio de Hacienda y Comercio, *Memoria que el Ministro de Hacienda y Comercio presenta al Congreso*, Lima, Imprenta de La Opinión Nacional, 1918, p. cvii.

¹³ *La Actualidad*, Lima, 8/5/1919, p. 3.

CAPÍTULO IX

EL ASUNTO DEL DESPLAZAMIENTO DE CULTIVOS ALIMENTICIOS EN LIMA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

No todos, entre los técnicos y economistas, estaban convencidos del pernicioso impacto que la preferencia de los hacendados por la caña de azúcar y el algodón tenía sobre los precios de los alimentos.

Economistas como Oscar Arruz (1923) y parlamentarios como Lauro Curleti (1922) sostenían que los factores que incidían en el costo de vida eran el mayor valor de las tierras, la disminución de los braceros, el aumento de los salarios, el encarecimiento de los utensilios agrícolas, la especulación, entre otros; y que en modo alguno podía atribuirse a la sustitución de cultivos, puesto que —según los autores— tal sustitución no ocurrió.

En los años 70, investigadores como Yopez, Kapsoli, Sulmont, Caravedo y Cotler asumieron el punto de vista de los anarquistas al referirse a la carestía de la vida que soportaron los trabajadores de principios de siglo, es decir, sostuvieron que la agricultura costeña experimentaba una «sustitución de cultivos para víveres», aunque sin ofrecer datos empíricos que grafiquen esta conclusión.

A principios de los 80's, Rosemary Thorp y George Bertram pusieron el asunto en debate al afirmar que en los inicios del siglo XX «el área total dedicada al cultivo de los productos no orientados a la exportación se mantuvo virtualmente constante» ya que entre 1905 y 1929 la expansión de cultivos de algodón y azúcar se basó en la incorporación de tierras marginales (Bertram y Thorp 1985: 198). Las fuentes que utilizaron son estadísticas oficiales y folletos de la época. Sostuvieron también que la creciente importación de productos alimenticios «fue anterior a la gran expansión del cultivo de algodón y ocurrió durante un período en que el cultivo de caña mostraba signos de declinación». En consecuencia, la inflación registrada en las primeras décadas del siglo XX, no podría ser atribuida a la utilización de áreas agrícolas para la exportación (Bertram y Thorp 1985: 201-204).

En oposición a Thorp y Bertram, el historiador polaco Henry Szlajfer, presentó argumentos en favor de la interpretación primigenia sobre el desplazamiento de cultivos. Szlajfer, basándose en las mismas fuentes, cuestionó el cálculo realizado por los británicos, y, apoyándose en datos ofrecidos por Jean Piel, concluyó que el área destinada a cultivos alimenticios sufrió una considerable reducción. Sostenía, por ejemplo, que «el área total de cultivos de exportación sería no de 79 mil has, sino de 104 mil has (incremento mayor del 42 %)» y que el volumen de algodón y azúcar exportados en 1909, por citar un año, tuvo que sustentarse en una extensión de 110 mil hectáreas —y no de 79 mil— ya que otra alternativa habría sido la ejecución de serias inversiones de capital que pudieran hacer viable un alto rendimiento por hectárea, cosa que no se realizó (Szlajfer 1980: 46-47).

UNA APROXIMACIÓN DESDE LOS VALLES DE LIMA

Una respuesta definitiva a la pregunta sobre si hubo o no desplazamiento de cultivos alimenticios por la implementación de plantas para la exportación, tiene que partir de una definición clara de lo que se entiende por «desplazamiento» y, fundamentalmente, de un trabajo de investigación realizado no en base a folletos de la época sino en base a fuentes de primera mano.

Con relación a lo primero, hay que entender por desplazamiento no solamente la *sustitución* de cultivos alimenticios sembrados, sino también la imposibilidad de que tales cultivos puedan seguir sembrándose en las nuevas áreas agrícolas incorporadas, con el consiguiente efecto sobre la oferta de alimentos y la inflación.

En cuanto a las fuentes de primera mano habría que referirse a los «Libros de Predios Rústicos», manuscritos destinados al cobro del impuesto tanto a los propietarios como a los conductores de los fundos. Estos libros, además del nombre del fundo, de los propietarios y conductores, y el impuesto monetario que pagaban, consignan los cultivos y la extensión de los mismos expresada en fanegadas. Los libros de Predios Rústicos son una fuente equivalente a las «Matrículas de Patentes y contribución industrial», ya que, al igual que éstas, permiten tomar el pulso de la

producción agrícola de una región. Una estimación de las fluctuaciones de la producción agrícola en todo el país demandaría una investigación exhaustiva, comenzando por la ubicación de un alto número de libros, lo cual excede los propósitos de este capítulo. Por ello, nuestro aporte a esa vieja polémica viene del estudio de la producción agrícola de los grandes valles de Lima, Lurín y Chillón.

Los datos están referidos a la totalidad de las unidades agrícolas de cada uno de los 12 (micro) valles que integraban la jurisdicción de Lima, es decir: Ate Alto, Ate Bajo, Bocanegra, Carabaylo, Huatica, La Legua, Lurigancho, Lurín, Magdalena, Piedra Liza, Surco y Pachacamac. Los libros que hemos elegido corresponden a tres períodos: 1903-1907, 1912-1917 y 1918-1922. Hay que indicar que, con excepción del segundo libro, los otros dos ofrecen una información casi completa que minimiza cualquier margen de error en el cómputo final de las extensiones cultivadas ¹.

Ahora bien, ¿qué nos dicen estas fuentes? En primer lugar, se puede constatar un incremento del área cultivada en el conjunto de los valles. Mientras que en 1903-7, la extensión cultivada representaba el 57 por ciento del área agrícola total, en 1918-22, la extensión cultivada fue del orden del 79 por ciento, lo cual resulta significativo considerando que el incremento absoluto (en fanegadas) de la extensión total no fue tan veloz como el incremento del área cultivada. Punto a favor de la tesis de Bertram y Thorp.

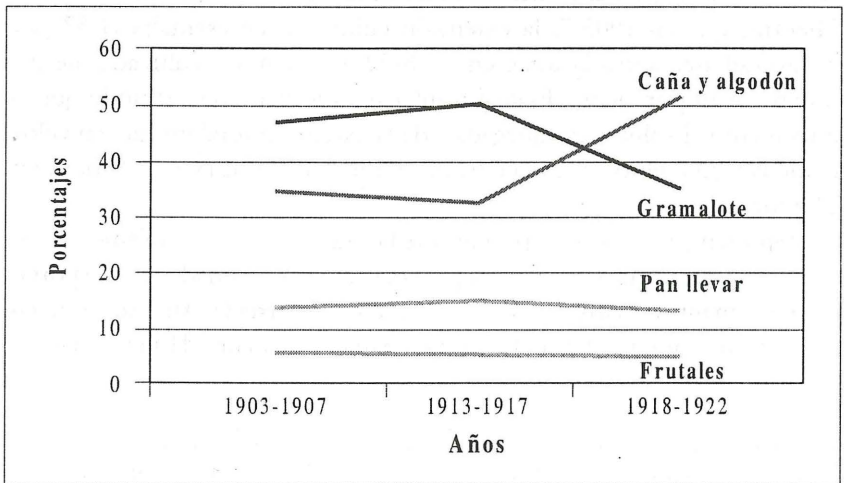
También se puede comprobar que la impresión de los mismos autores en relación a que la extensión para cultivos no destinados a la exportación «se mantuvo virtualmente constante», es correcta. Mientras que en 1903 la extensión total de cultivos para pan llevar era de 941 fanegadas, en

¹ En total han sido procesadas unas 1,600 fichas cada una referida a una unidad agrícola en un determinado período. Ver: Junta Departamental de Lima «Predios Rústicos 1903-1907», Tomos 1 y 2 (Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima) y J.D.L.: «Predios Rústicos 1913-1917», tomo 15 (Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima); y Junta Departamental de Lima - Sección Contribuciones: «Libro de Predios Rústicos (Lima Rústica) 1918-1922», Libro 14, Archivo General de la Nación, Ministerio de Economía y Finanzas.

1918 era de 1,130. Hay un incremento de nuevas tierras para pan llevar (189 fanegadas en total), que representa un 20 por ciento. En cambio, las plantas para la exportación pasaron de 2,506 fanegadas, en 1903, a 5,166 en 1918. Es decir, su incremento fue de más del 100 por ciento.

Otro aspecto importante que ofrecen estos documentos es la fuente de este incremento: no sólo eran los valles donde había ingenios azucareros o sembríos de algodón. Para lograr tal incremento, valles como Huatica, La Legua, Lurín, Piedra Liza y Pachacamac, tradicionalmente productores de pan llevar y donde antes no había ninguno de los sembríos exportables, fueron especializándose en caña de azúcar y algodón, dejando estable la cantidad destinada a los alimentos (ver Anexos 2, 3 y 4).

GRÁFICO 2
CULTIVOS ALIMENTICIOS PARA LA EXPORTACIÓN
LIMA 1903/7 - 1918/22



Fuente: JDL: «Predios Rústicos 1903-1907», Tomos 1 y 2; JDL: «Predios Rústicos 1913-1917», Tomo 15 y JDL: «Libro de Predios Rústicos 1918-1922, Libro 14. Ver Anexos 2, 3 y 4 del presente libro.

Pese a lo dicho, se puede apreciar una sensible disminución del área destinada a los cultivos alimenticios. Mientras que en 1903, la caña y el algodón representaban el 34 por ciento, en 1918 habían subido al 49 por ciento del total del área cultivada. Entre tanto, el porcentaje de cultivos para pan llevar (dentro de los que incluimos a los tubérculos, las hortalizas y otros que eran básicos en la dieta popular), había sufrido una merma importante: si en 1903 los cultivos de pan llevar representaban el 12 por ciento en 1918 bajaron al 10 Por ciento. Otros cultivos relacionados con la alimentación (especialmente con la producción de carne y leche), como los pastos y el gramalote, se redujeron del 47 por ciento al 35 por ciento. Se puede concluir, como se aprecia en el gráfico 2, que las plantas para la exportación crecieron en proporción mientras que los cultivos relacionados con la alimentación experimentaron un importante descenso relativo.

Finalmente, a fin de valorar mejor la fluctuación de los cultivos, habría que introducir aquí la variable poblacional. Baste sólo mencionar que la población limeña entre 1903 y 1918 creció aproximadamente en un 33 por ciento, mientras que la producción local de alimentos lo había hecho sólo en un 20 por ciento. Lo cual quiere decir que la oferta local no estaba a la altura de la demanda.

Hubo pues un incremento poblacional que no podía ser atendido por una agricultura para la exportación en crecimiento. Por lo expuesto, nos parece discutible la tesis de Curleti (1922), Arruz (1923) y de Thorp y Bertram (1985), según la cual «la inflación registrada a principios de siglo no puede ser atribuida a la utilización de áreas agrícolas para la exportación», puesto que dicha utilización trae como consecuencia que las nuevas tierras no se destinen al incremento de la oferta local de alimentos y que por ello contribuya a la escasez de los mismos.

BALANCE FINAL

Aunque no podría hablarse, en efecto, de una sustitución de cultivos en un sentido estricto, puesto que la cantidad de tierras para pan llevar no disminuyó, si puede concluirse que 1) en términos relativos, la extensión de estos cultivos disminuyó; y 2) dado el crecimiento de la demanda, por el aumento

de la población, la oferta de alimentos estuvo frenada por el aumento de cultivos para la exportación.

Assumiendo un punto de vista aún más subjetivo (es decir incorporando en nuestro análisis la perspectiva de los actores de entonces) la idea del desplazamiento, en un sentido dinámico, puede verse más clara, puesto que a partir de la segunda década del siglo XX la caña y el algodón empezaron a ser sembrados en los valles tradicionalmente productores de pan llevar y a partir de los cuales se podría esperar una respuesta a la creciente demanda por estos productos.

Podemos resumir diciendo —aunque parezca una redundancia— que los cultivos relacionados con la alimentación (pan llevar, gramalote y pastos) se reducen en forma directamente proporcional al incremento de la proporción de cultivos para la exportación: mientras que unos decrecen en un 14 por ciento, los otros aumentan en igual porcentaje. Ahora bien, el dramatismo de esta reducción se aprecia mejor dentro de la real dimensión del escenario de la agricultura para las subsistencias. Recordemos que, desde tiempos del virreinato, Lima dependía de otros valles, como el Valle del Mantaro, considerado el granero de la capital². En el siglo XIX otros valles, aún más alejados, abastecerán a Lima.

Esto empezó a complicarse con el auge la economía de exportación de fines del siglo XIX y principios del XX. A las estadísticas oficiales mostradas por Szlajfer, y a nuestra propia indagación, pueden añadirse otras informaciones que reforzarían la tesis primigenia. Una de ellas es el desplazamiento de ganado vacuno en la sierra central a partir de 1910. Las empresas ganaderas que hasta entonces continuaban con la tradicional producción de vacunos y sus derivados, empezaron a orientarse a la producción de ovinos a un ritmo similar en que aumentaban los precios internacionales de la lana (Caballero 1981). Además, hay que tener en cuenta que la caña de azúcar no es solamente una planta que se produce en la costa: «durante la alta coyuntu-

² De ahí que durante la independencia la sierra central fuera un escenario natural cuyo dominio decidirá el curso de la gesta emancipadora. Ver FLORES GALINDO 1987: 212.

La multitud y las subsistencias

ra de los años 1914-1919 surgen cañaverales en Ccosñipata (Paucartambo), La Convención y se desarrollan en la (planta) de Abancay» (Burga y Flores Galindo 1979: 50)

En este contexto, se entiende no sólo la tesis del impacto de la economía para la exportación sobre los precios de las subsistencias, sino el por qué, a diferencia de lo que pudo haber ocurrido en la década de 1860, la reducción de cultivos alimenticios en los valles de Lima resultaba importante no sólo a los ojos del funcionario lúcido, sino, y sobre todo, de quienes sufrieron sus consecuencias.

CAPÍTULO X

LA DIETA POPULAR EN LIMA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

El desplazamiento de alimentos y pastos por cultivos para la exportación (algodón y azúcar), la sustitución, en la sierra central, del ganado vacuno por el ganado menor, promovida por el alto precio de la lana en el mercado mundial, y el declive de la política paternalista en el comercio, colaboraron al encarecimiento de las subsistencias. Estos hechos y el rezago de jornales y salarios dieron como resultado una disminución real en el consumo de carne, elemento de primer orden en la dieta popular.

LAS CIFRAS DEL CONSUMO

La evidencia está suministrada por las estadísticas de ganado sacrificado en el Matadero General de Lima¹. Como se aprecia en el Cuadro 10, aunque el número de ganado beneficiado en el camal fue en aumento, el ritmo de este aumento resultó inferior al de la población.

¹ Las estadísticas que sobre este rubro incluyen tanto las *Memorias de los Alcaldes* como los *Boletines Municipales* son bastante representativas, ya que el Concejo Provincial desde 1876 prescribía que la matanza de ganado, vacuno y lanar, debía efectuarse únicamente en el camal general: «Los contraventores de este artículo además del pago del derecho del camal, sufrirán una multa por cada res en buen estado, 100 soles si estuviera enferma». Ver CARLOS PRINCE Ed., *Almanaque del comercio de Lima*, Imprenta del Estado, Lima, p.106.

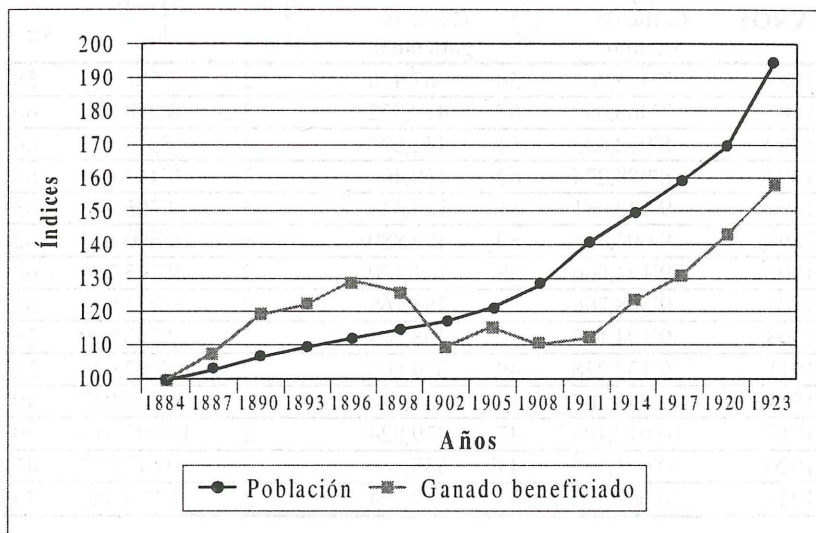
CUADRO 10
POBLACIÓN Y GANADO BENEFICIADO
(PROVINCIA DE LIMA)

AÑOS	(1) Población	(2) Vacuno	(3) Lanar	(4) (2) + (3)	N.I. de (1)	N.I. de (4)
1884	132,002	44,395	45,927	90,322	100	100
1887	136,130	47,114	51,369	98,483	103	109
1890	140,364	53,369	55,315	108,684	106	120
1893	144,386	53,822	57,425	111,347	109	123
1896	148,514	54,743	70,418	125,161	112	130
1898	151,266	53,939	61,610	115,549	114	127
1902	156,770	54,743	45,140	100,138	118	110
1905	160,898	57,298	47,896	105,194	121	116
1908	176,904	55,055	44,863	99,918	131	110
1911	184,858	54,684	46,850	101,534	140	112
1914	196,789	53,361	58,080	113,441	149	125
1917	202,720	59,985	59,978	119,963	158	132
1920	223,875	60,251	69,395	129,646	169	143
1923	257,589	66,858	77,858	144,026	195	159

Fuentes: Consejo Provincial de Lima. *Memoria de la Administración Municipal...* Lima, varias imprentas, 1884-1923; *Boletín Municipal* (1890-1919). Además en Paz Soldán, *Diccionario geográfico estadístico del Perú*. Lima, Imprenta del Estado, 1877, p. 552-527; Moreno, «Crecimiento y decrecimiento y mortalidad en la ciudad de Lima». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Lima, 1897, p. 157-173; y Cisneros, *Provincia de Lima*. Lima, Librería y tipografía Carlos Fabri, 1911, p. 283.

Una observación más detenida de las cifras permite distinguir dos fases en el consumo de este alimento: una primera de relativa prosperidad, que va desde 1884 y llega a su fin al iniciarse el siglo —en que por primera vez el índice de ganado beneficiado es inferior al índice de población—; y una segunda, desde 1900 hacia delante, signada por el rezago del índice de beneficio con respecto al índice de población. El Gráfico 3 permite apreciar más claramente estas tendencias.

GRÁFICO 3
GANADO (VACUNO Y LANAR) BENEFICIADO Y AUMENTO DE
LA POBLACIÓN DE LIMA
(1884 = 100)



Fuente: Población, N.I. De 1; Ganado Beneficiado, N.I. de 4 Ver: Cuadro 10.

Pero, si bien es posible deducir de lo anterior que existió una merma en el consumo de las carnes, no puede afirmarse que, en conjunto, el consumo haya descendido a niveles dramáticos. De haber ocurrido esto último, la curva de beneficio del ganado habría tenido una dirección decreciente o al menos horizontal; en nuestro caso es ascendente y paralela a la del índice de población, como se aprecia en el gráfico anterior. No hubo un descenso que actualmente, ciñéndonos a convenciones internacionales, pudiese calificarse de catastrófico. Las cifras del consumo per cápita ofrecen al respecto una corroboración.

CUADRO 11
CONSUMO PER CAPITA (C/P) DE CARNE
PROVINCIA DE LIMA 1884 - 1923

AÑOS	(1) Carne de vacuno	c/p kg.	(2) Carne de gan. lanar	c/p kg.	(1)+(2) kg.	c/p kg.
1884	7'413,965	56	367,416	2	7'781,381	58
1887	7'868,038	57	410,952	3	8'278,990	60
1890	8'912,623	63	442,520	3	9'372,023	66
1893	8'988,274	62	459,400	3	9'447,674	65
1896	9'142,081	61	563,344	3	9'705,425	65
1898	9'007,813	59	492,880	3	9'500,613	62
1902	9'184,666	58	361,120	2	9'545,786	60
1905	9'568,766	59	383,168	2	9'951,934	61
1908	9'194,185	53	358,904	2	9'553,089	55
1911	9'132,228	49	374,800	2	9'507,028	51
1914	9'245,287	46	464,640	2	9'709,927	49
1917	10'017,495	47	479,824	2	10'497,319	50
1920	10'061,917	44	555,160	2	10'617,077	47
1923	10'061,946	43	617,504	2	11'779,450	45

Fuente: Ver Cuadro 10. El consumo per cápita ha sido realizado sobre la base de estimar (siguiendo a Pérez Cantó 1978: 469) cada res a 167 kilos y cada carnero a 8 kilos, en ambos casos prescindiendo de «desperdicios y menudos».

Según el Cuadro 11, el consumo per cápita de los 7 últimos años de la serie sufrió una ligera variación con respecto al promedio correspondiente a 1884 - 1902: 61 kg. para este último versus 51 para aquel. En segundo lugar, en 1920, año de mayor carestía que 1919, el consumo per cápita semanal (deducido de la información anterior) fue de 913 gramos: 214 gramos menos que en 1884.

No hubo una disminución dramática del consumo de las carnes — cosa que sí ocurrió en posteriores épocas— pese a la subida exorbitante de los precios de estos alimentos y del exiguo aumento de jornales y salarios (véase Anexo 5), que determinaron un menor poder de compra de los trabajadores.

Que el consumo de carnes no decayera abruptamente, a pesar de la disminución del poder adquisitivo de los jornales, sólo puede explicarse si se considera que los trabajadores, dada la alta estima que sentían por la carne, prefirieron sacrificar otros alimentos y en general otros consumos². Las cifras del Cuadro 12 refuerzan esta hipótesis.

CUADRO 12
CONSUMO DE VEGETALES Y PESCADOS
CIUDAD DE LIMA

ALIMENTOS	1884	1921
Papas	1'825,000	1'322,000
Yucas	612,510	99,000
Ollucos	620	138,000
Camotes	316,150	720,000
Pescados	33,267	750,000
Total	2'783,574	3'029,000

Fuente: José Clavero, *Demografía de Lima en 1884*, Imprenta Solís, Lima, 1885 y Concejo Provincial de Lima, *Memoria de la Administración Municipal...* Lima, 1921, p. 148.

Aparentemente, el consumo de estos alimentos fue mayor en 1921. Sin embargo, si tomamos en cuenta que la población calculada para la ciudad en 1921 (184,975 habitantes) fue mucho mayor con respecto a 1884 (108,270), tendremos una opinión diferente: el consumo per cápita de estos alimentos correspondientes para 1884 (27.5 kg.) fue superior al de 1921 (16 kg.). En términos relativos esto significa que el consumo de aquellos alimentos descendió en un 35 por ciento con respecto a 1884. Este descenso fue más profundo que el declive del consumo de carnes,

² Hay que descartar como explicación de las magnitudes del consumo un posible mayor consumo de carne por las clases medias. Las sufridas clases medias destinaron sus recursos a mantener su imagen externa (ropa, lujos, etc.) en un intento a veces vano por mantener su *status*; eso que David PARKER denominó «El engaño que no engaña». Ver Jorge BASADRE, *Historia de la República ...* 1983, t. XI, p.323; y PARKER 1998 b.

que fue del orden del 20 por ciento con relación al mismo año. Podría pensarse que esos mismos alimentos fueron menos consumidos porque fueron más caros que las carnes, pero esta posibilidad no existió; por el contrario, sus precios aumentaron a un ritmo menor³.

DIETA Y CULTURA POPULAR

Las clases populares hicieron esa drástica elección en coherencia con su tradición alimenticia. No sólo en la Colonia, sino también en el siglo XIX, la población limeña consumía carne en altas cantidades. Según la *Memoria de la Municipalidad* correspondiente a 1888, la ración diaria recibida por cada uno de los presos de la penitenciaría consistía en «12 onzas de carne, 8 onzas de arroz, papas o camotes, 1 onza de fideos, ½ onza de manteca, 6 de menestras, 4 de pan y 2 de verduras»⁴. Acostumbrados a una dieta altamente nutritiva como la anterior —en la que, como se aprecia, la carne sobrepasaba en proporción a los fideos— los reclusos reclamaron al experimentar una alteración desfavorable. En cierta ocasión, el Intendente de Policía, al informar acerca de una queja emanada de las carceletas, dijo lo siguiente en relación con las comidas:

Nunca la he notado de mala calidad. En las mañanas se les da un buen sancochado y en las tardes menestras. Parece que el motivo de la queja ha sido

³ Entre 1913 y 1919 el precio de la carne de res había subido en un 100 por ciento, mientras que otros alimentos aumentaron en un 80% (fideos), en un 70% (frijoles), en un 65 y 58% (arroz y papas) y hasta en un 55%, fue el caso del pan (Ministerio de Hacienda y Comercio, *Extracto estadístico del Perú 1926*, Imprenta de la Opinión Nacional, Lima, 1927, p. 100)

⁴ Consejo Provincial de Lima: *Memoria de la Administración...* Lima, Imprenta Solís, 1889, p. 26. Todavía en los principios de siglo, los presidiarios seguían consumiendo carne en alta proporción: «A cada preso le corresponde una ración diaria de: carne de segunda sin hueso 415 gramos; pan 400 gramos; arroz 217 gramos; frijoles 80 gramos; camotes 171 gramos; fideos 26 gramos...». (Ver César VALDEZ, *La patología de los delinquentes en el Panóptico de Lima*. Lima, Tesis de Bachiller, UNMSM, 1914, P.11).

por habérseles dado de comer una vez Chupe: he prevenido al alcaide que destierre este guiso, porque el efecto no es sólido⁵.

Pero comer carne para los trabajadores implicaba algo más que experimentar la «solidez» que refería el Intendente. En 1899, al hablar del sancochado, el doctor De la Puente observó lo siguiente: «el caldo que resulta, particularmente si se le han echado huesos y carnes gordas, es considerado casi unánimemente como un líquido muy nutritivo, superior a la leche, y sólo cede en importancia a la sustancia misma de la carne, reconocida y proclamada como el *sumum* de lo ultranutritivo»⁶. Tres décadas después otro doctor manifestó similares impresiones:

Es muy corriente el oír decir: 'está el sancochado como para resucitar muertos'; queriendo con ello expresar el exponente supremo alimenticio ... Ha sido corriente en nuestra cotidiana observación ver obreros que se toman dos platos de sancochado y con gran satisfacción hacer gala de su almuerzo, diciéndole al compañero que de almuerzo deficiente le habla: 'yo si he tomado dos platos de sancochado'⁷.

Este alimento era consumido no sólo porque era delicioso y permitía saciar el apetito; para los trabajadores fue algo más que todo eso: se trataba de un alimento altamente nutritivo —mucho más de lo que pensaban los dietistas— al cual estaban muy acostumbrados.

CONTROLISMO VERSUS TRADICIÓN

En el Cuadro 12 se observaron dos excepciones a la regla: el consumo de camotes y pescados experimentó un incremento interesante en 1921. A

⁵ Archivo General de la Nación, «Causas Criminales», legajo 1.2.1884.

⁶ Ignacio DE LA PUENTE, *Alimentación del Obrero* (conferencia). Lima, Tipografía El Tiempo, 1899, p. 21.

⁷ Miguel ESCATE. *Algunas consideraciones sobre la higiene de la alimentación del obrero y el problema nutricional entre nosotros*. Lima, Tesis Bachiller, UNMSM, 1939, p.60.

esto podemos agregar el posible incremento de harina de trigo, aunque la información obtenida no sea del todo segura⁸. Lo cierto es que estos alimentos no fueron considerados de primerísimo rango por la población. Por ello, el pescado no figura ni en los presupuestos publicados en los periódicos obreros, ni en las canastas familiares confeccionadas por Oscar Arruz para tomar el pulso al alza de los precios⁹. Por ello también, el redactor del diario *El Tiempo*, a pocas semanas del motín de subsistencias de mayo de 1919, ante la carestía de la vida sugería la compra de pescado... pero sólo como táctica: «los carniceros al darse cuenta de la competencia que pueda hacerles el pescado, se verán obligados a bajar los precios de la carne»¹⁰. El autor trataba de hacer entrar en «razón» a la clase obrera señalando que en el Mercado Central se vende pescado en abundancia y a precios reducidos. Lo cual, de paso, descarta la idea del motín como expresión del hambre.

Entre las clases medias y altas, no todos asumieron la actitud benevolente del redactor de *El Tiempo*. Algunos funcionarios procedentes de estas clases empezaron a difundir criterios opuestos a los del pueblo de una manera que por lo menos debe ser calificada de tajante. Desde 1890, aproximadamente, estas clases empezaron a poner sus ojos y sus paladares en las recetas internacionales, según observadores acuciosos¹¹. La dieta tradicional pasó entonces a tener un tinte más definidamente popular. En

⁸ Informaciones sobre el trigo y harina de trigo producida en el Perú en : «Exposición del Alcalde de Lima Dr. Osmá», *Boletín Municipal*, No. 783, p. 6014; y SILVA SANTIESTEVAN, *Estadística del trigo en el Perú*, Lima, s.p.d.i. 1920?

⁹ Ver *El Nacional* del 27/07/1898, p.1; CISNEROS, Carlos B., *Reseña económica del Perú*. Imprenta La Industria, Lima, 1906, p. 235; LAVALLE, «El presupuesto de la familia obrera en el Perú», *Revista Universitaria*, 4to. trimestre, año XIII, Vol. II, 1918, pp.526-544; Ministerio de Hacienda y Comercio, op. cit. , 1927, p. 100.

¹⁰ *El Tiempo*, 25/01/1919, p.3.

¹¹ Carlos B. CISNEROS y Rómulo GARCÍA, *Guía Ilustrada de Lima, Callao y sus alrededores*. Lima, Imprenta del Estado, 1898, p. 164) observaron que entre las clases acomodadas el arte culinario «se ha modificado mucho, formando una amalgama de lo bueno de todas las cocinas [...] Las familias pobres [...] y otras que se han conservado intactas sus costumbres criollas sirven siempre en la mesa los platos nacionales».

su conferencia de 1899, el Dr. De la Puente invitaba al público obrero que lo escuchaba a abandonar la costumbre de comer carne sancochada. Argumentando su escaso efecto alimenticio proponía en su reemplazo «... frijoles con arroz, patatas sancochadas o fritas, mazamorra de maíz o sango, media tapa de chancaca y dos panes». Para la cena: «sopa de fideos, frijoles con arroz u otra menestra (lentejas por ejemplo) y para variar: dulce de lo que se quiera. El obrero deberá comer hasta saciarse: la sobriedad no se ha hecho para él» (De la Puente 1899:25). En 1909, Rudoro Aguilar Oliva sugirió disminuir la proporción de carne en la ración diaria de los soldados de los cuarteles de Lima «...por razones de deficiencias energéticas...»¹². Y en 1919, ante la carestía de la vida, un funcionario llegó a plantear que el gobierno nombrase una comisión de expertos a fin de trazar «...las reglas a las cuales deberá sujetarse la nutrición de nuestro pueblo, de modo que compre sólo aquello que realmente es útil a su conservación y bienestar biológico...» Este estudio, agregaba el doctor, «...podría servir de base para la dación de leyes y para tomar providencias indispensables...»¹³.

Propuestas como estas perseguían como uno de sus fines un mayor rendimiento físico del trabajador; de ahí el reemplazo de proteínas por carbohidratos o energéticos. Fueron igualmente una manifestación más de la *utopía controlista* que obsesionó a ciertos sectores de la elite limeña. Finalmente, eran la expresión dietética del modelo liberal en la política de abastos, que no consideraba las necesidades alimenticias de la población, así como de la expansión de la economía agro-exportadora, con el consiguiente desplazamiento de cultivos de pan llevar por algodón y azúcar.

Las clases laborales se aferraron a su tradición alimenticia, pese a la viabilidad económica de otras pautas de consumo. Se aferraron, y también lucharon para modificar la política alimentaria del Estado en un sentido que les resultase favorable. Las luchas por las subsistencias, como el

¹² AGUILAR OLIVA, RUDORO, *La alimentación del soldado peruano*, Tesis de Bachiller en Medicina, 1909, p.44.

¹³ *La Crónica*, 9/05/1919, p.9.

motín de mayo de 1919 y su objetivo político concreto —una mayor injerencia en la producción y el comercio de los alimentos— antes que respuestas a una situación de hambruna, fueron, en *último término*, el resultado de la aspiración por mantener la dieta popular.

CAPÍTULO XI

MAYO DE 1919

LA LUCHA POR LAS SUBSISTENCIAS

Los motines de mayo de 1909 fueron los últimos de dimensiones significativas en los que el problema del empleo fue la preocupación dominante de las multitudes populares. La asonada urbana más importante, ocurrida con posterioridad a estos motines —la revuelta de mayo de 1919— fue motivada principalmente por el abaratamiento de las subsistencias. Esta aspiración, como hemos visto anteriormente, estuvo latente en la cotidianidad de los trabajadores en Lima de los años finales del siglo XIX y logró reflejarse en las sucesivas comisiones de subsistencias creadas oficialmente por el gobierno y la Municipalidad de Lima, y en las plataformas electorales de algunos partidos políticos¹. Pero hasta por lo menos 1912, en que amplias masas populares siguen a Guillermo Billinghurst manifestando sus demandas por trabajo y sobre todo su aspiración por rebajar los precios, esta reivindicación no parece ocupar un lugar central. Mítines ocasionales y acciones de carácter legal fueron realizados posteriormente para afrontar este problema. Se producen también acciones violentas aunque aisladas que denotan una lucha por la subsistencia.

Fueron luchas que tuvieron lugar básicamente entre 1914 y 1919, en medio de una coyuntura de inflación de precios. En realidad, la subida de los precios era un fenómeno que se había tornado endémico desde finales del siglo XIX, debido a diferentes causas. Sin duda, la preferencia de los

¹ Comisiones de Subsistencia formadas por disposiciones gubernamentales y del Municipio fueron instaladas en 1898, 1904, 1906 y estuvieron a cargo de la Cámara de Comercio de Lima (C.C.L.). Comisiones de Subsistencias organizadas directamente por la Municipalidad tuvieron actividad en 1915, y a partir de 1918, de modo permanente hasta convertirse en una dirección de subsistencias. Véase: C.C.L. 1899, 1905, y 1907; y AHLM: «Subsistencias y trabajo de mujeres y niños» (papeles) 1910-1938.

hacendados de sembrar caña y algodón, aunque es un factor de fondo, no es la causa única para explicar la carestía de los alimentos ni la fuerte reacción popular. Jugaban también un rol de primer orden, dependiendo de la coyuntura, un conjunto de factores referidos al mayor valor de las tierras, el encarecimiento general, en especial de utensilios agrícolas, el mayor interés del capital, la especulación de los intermediarios y vendedores a menudeo, deficiencias en el transporte, el alza de los fletes.

CUADRO 13
PRODUCTOS ALIMENTICIOS. PRECIO POR MENOR

ARTÍCULOS	U. Med.	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920
		S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C
Aceite comest.	K.	065	065	080	085	090	106	124	128
Arroz corriente	K.	020	022	020	025	035	034	033	051
Azúcar (1)	K.	013	016	020	026	024	024	024	024
Carne (vaca)	K.	070	070	075	073	083	105	140	135
Carne (carnero)	K.	060	060	065	065	080	095	120	110
Carne de cerdo	K.	085	090	100	115	150	180	210	200
Fideos	K.	030	033	038	038	044	046	054	061
Frijoles	K.	020	022	020	018	026	026	034	034
Harina de trigo	K.	017	022	026	028	032	034	036	038
Leche de Vaca	L.	030	032	035	040	040	045	050	055
Leche evaporad.	Lata	025	028	030	034	042	040	040	042
Maíz	K.	009	013	015	016	018	017	022	021
Manteca	K.	061	074	074	080	136	148	163	164
Papas	K.	012	012	010	012	017	023	019	021
Pan	K.	028'6	028'6	031'3	033'3	035'7	040	044'4	062'5

(1) Hasta el año 1924, la marca «T», y desde 1925 la blanca, cuyo precio medio en 191 fue de 17 centavos.

Fuente: República del Perú, *Extracto Estadístico del Perú*, Lima, Imp. La Opinión Nacional, 1927, pp. 100.

No hay que descuidar el efecto psicológico —la defensa paranoide de los agentes económicos— que en toda coyuntura inflacionaria contribuye a mantener los precios en ascenso —aun cuando las causas principales

hayan desaparecido— y finalmente la especulación. La importación de alimentos ha sido presentada igualmente como un causante directo de la subida de los alimentos. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la importación no precedía a la escasez producida por el auge de la agricultura para la exportación ni, en general, al significativo cambio producido en la política de abastecimiento urbano, del cual de algún modo era su expresión.

Como resultado de las causas señaladas, los precios subieron aceleradamente, como se aprecia en el anterior cuadro, aún después de 1918 en que finalizó la guerra.

EL MOTÍN DEL 27 DE MAYO

El punto más álgido del movimiento por la rebaja de las subsistencias comenzó el 13 de Abril de 1919. Aquel día quedó instalado el Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias (CPAS), el cual organizó asambleas, mítines y marchas callejeras con amplia concurrencia y dirigió memoriales al gobierno y al municipio limeño en los que resumía las demandas populares y los planteamientos encaminados a lograr la rebaja de los alimentos. A medida que las negociaciones con las autoridades resultaban infructuosas, la movilización de masas en torno al Comité se fue haciendo más intensa. El 1° de Mayo el CPAS realizó una Asamblea General en el Local de la Federación de Estudiantes, que además de contar con adherentes propios, consiguió absorber la concurrencia de obreros y artesanos que en otros locales asistían a la fundación de dos nuevas organizaciones políticas de carácter popular: el Partido Socialista del Perú y el Partido Obrero, ambos de efímera existencia. El domingo 4 de mayo, la Alameda de los Descalzos fue copada totalmente al realizarse el llamado «Mitin del Hambre» que derivó en marchas, acciones tumultuosas y enfrentamientos con la policía. Se habló entonces de una actitud de «abierta rebeldía que era necesario sofocar»². Propuestas alcanzadas a través de los periódicos, marchas, asambleas y reclamos continuaron a igual velocidad con que crecía el CPAS;

² A.G.N. Ministerio del Interior, «Prefectura de Lima», 1919.

pronto aparecieron sub-comités en Chosica, Vitarte y el Callao. Apareció también una sección del Comité integrada por mujeres.

Pero así también se incrementó la violencia de las fuerzas policiales. El domingo 25 se realizó el «Mitin Femenino» que dejó varios heridos como saldo. El 26 el ebanista Nicolás Gutarra, el zapatero Carlos Barba y el obrero textil Adalberto Fonkén, líderes del movimiento, fueron puestos en prisión. El Comité decretó el Paro General y a partir del 27 de mayo las turbas se apoderaron de las calles. Ataques a residencias identificadas como de gente adinerada y principalmente acciones de saqueo y destrucción de tiendas, pulperías, mercados, chinganas y carnicerías fueron los hechos más frecuentes desde las primeras horas del día 27. Según los diarios y partes policiales, los saqueos se iniciaron primero en los mercados y posteriormente continuaron en los establecimientos de venta al por menor en las calles de los barrios de Lima, la Victoria y Abajo el Punte: «En el barrio populoso de Malambo el elemento trabajador —de color en su mayor parte— sostiene durante todo el día reñidos enfrentamientos con la gendarmería, defendiéndose a tiros y pedradas...»³. En los barrios céntricos de la capital, las turbas eligieron como blancos la Casa Grace, el Club Nacional, el Club Italiano, los diarios «La Prensa» y «El Comercio», estaciones del ferrocarril, entre otros. Las turbas extendieron la violencia hacia algunos valles próximos. Fundos como La Estrella y Barbadillo y haciendas como Zavala y Monterrico, fueron atacadas llegándose incluso a ocasionar incendios en los cuarteles de caña de azúcar⁴. La violencia continuó en los días siguientes aunque con menor intensidad debido en parte a la fuerte represión que llevó a cabo el Ejército, convocado por el gobierno, temeroso de no poder aplastar el movimiento con las fuerzas policiales⁵.

³ MARTÍNEZ DE LA TORRE, «El Movimiento obrero en 1919», en *Amauta*, N° 18, Lima, octubre 1928, p. 52.

⁴ *La Prensa* (M) 29/05/1919, p. 3.

⁵ También se convocó a la Compañía de Bomberos para que formase una Guardia Urbana. Cf. Archivo de la Compañía de Bomberos Roma I, «Guardia Urbana». 1919.

Esta revuelta se encuentra próxima —a pesar del liderazgo político de los anarquistas— a la tipología de *motín de subsistencias*: una expresión de multitud ocurrida en Europa como reacción a las políticas del *laissez faire* implementadas a partir del siglo XVII y XVIII, que no sólo se expresa a través de la ocurrencia de saqueos a establecimientos que expendían alimentos (es más, no precisamente por la presencia de saqueos: en un motín por subsistencias estos incluso pueden estar ausentes). Más bien, está cercana a la tipología antes mencionada básicamente porque las masas que en los días previos se movilizaron tras el Comité, así como las turbas que protagonizaron actos de violencia, estuvieron impregnadas de ciertas propuestas acerca del funcionamiento de la economía, en relación, fundamentalmente, con los alimentos. Se trata de un modelo análogo a la «economía moral de la multitud» descubierta por Thompson para el caso inglés del siglo XVIII y confirmada por otros autores para algunos países de Europa Continental⁶. Nos encontramos, para el caso de Lima de principios de siglo, frente a un *modelo popular* que se manifiesta no sólo en la exigencia de controles en el comercio de tal manera que se respete los precios considerados justos, sino también de la demanda para que los hacendados —tan estimulados por los precios altos de algodón y azúcar en el mercado internacional— sembrasen alimentos en una proporción necesaria para satisfacer las necesidades del pueblo. La proclama aprobada por el Comité Pro Abaratamiento el día 4 de Mayo en la Alameda de los Descalzos exigía los siguientes puntos:

- Fijación para los precios de la carne, carbón, leche, arroz, azúcar, menestras, manteca, fósforos, etc. a los montos que regían hasta el mes de julio de 1914.
- Rebaja en los fletes de los ferrocarriles, tranvías y vapores.
- Obligación de sembrar en todas las haciendas y fundos artículos de alimentación liberándolos de todo gravamen.
- Supresión de impuestos en los artículos alimenticios.

⁶ Para el caso inglés Cf. THOMPSON 1974. Para los casos de Francia y España del siglo XVIII TILLY 1973 y RODRÍGUEZ 1973.

- Prohibición para exportar alimentos.
- Rebaja de los alquileres al 50%.
- Supresión de la elaboración e importación de bebidas alcohólicas en el territorio nacional.
- Cumplimiento estricto del decreto de las 8 horas.
- Supresión de las casas de juego⁷.

La mayor parte de estas demandas revelaba una lucha contra ciertas prácticas (liberales) de parte de las autoridades. En otras palabras, la muchedumbre que protagonizó el motín no protestaba contra el alza de los precios como fenómeno económico en sí mismo, ni rechazaba la carestía en sí misma, puesto que podía ser soportada con estoicismo por la población cuando el alza de precios era atribuida a deficiencias en el transporte o a los huaicos. En 1904, por ejemplo, soportó una incontrolada elevación de precios atribuida a desastres naturales⁸. La multitud se amotinaba porque la carestía, en su concepto, estaba originada en el proceder de ciertos agentes económicos que obraban en función de su exclusivo beneficio y en la falta de intervención de las autoridades políticas que toleraban esta situación. Carlos del Barzo, veterano líder popular interpretó este sentimiento con precisa transparencia:

Cuando la carestía proviene de malas cosechas o de cualquier caso fortuito, se hace una llamada a la virtud de la resignación para soportarla; pero cuando esa alza es intencionada y criminal, cuando es producto del egoísmo, de la rapacidad del especulador que nunca se sacia con la ganancia por cuantiosa que sea, a vista y paciencia de la tolerancia culpable de los gobiernos, es un

⁷ *La Crónica*, 5/05/1919, p. 4-5.

⁸ En esa oportunidad la carestía se debía a la escasa introducción de alimentos y ganado al mercado limeño, hecho que se originaba en «...la interrupción del tráfico, a causa de extraordinarios derrumbes ocurridos este año en la línea de la Oroya, y la irregularidad de los itinerarios de los vapores, agravada por motivo de la peste bubónica...» (Cámara de Comercio de Lima 1905: 53).

La multitud y las subsistencias

deber de vida, antes que sucumbir bajo la presión económica, denunciarlos a sus propios toleradores encaramados en los puestos públicos, o castigarlos por acción popular ya que practican un crimen premeditado y alevoso.⁹

«Castigar por acción popular». Esta fue la consigna que la multitud pretendió llevar a cabo a partir del 27 de mayo. Ejercer justicia propia contra los acaparadores y especuladores (ataques a centros de abasto), contra la elite económica (ataques a residencias y haciendas agroexportadoras) y contra sus «toleradores»: el gobierno y el municipio (agresión directa a ambos entes de gobierno). Estas acciones tenían una función punitiva, pero también eran una manera violenta de proponer cambios, o más exactamente, retrocesos. Volver al pasado a través de una mayor intervención de las autoridades en la comercialización de alimentos, así como exigiendo el incremento proporcional de los cultivos destinados a la alimentación, además de otras propuestas de naturaleza intervencionista.

LAS MULTITUDES Y LA COMPETENCIA ASIÁTICA

La aspiración de rebajar los precios de las subsistencias encabezó la proclama del Comité y fue, sin duda, la motivación dominante de las turbas que realizaron desmanes el 27 y 28 de mayo. La pretensión de tener más injerencia en el mercado de trabajo no está incluida en dicha proclama, que por lo demás fue redactada por los dirigentes anarquistas. ¿Significa esto que aquellas turbas no estuvieron impulsadas por el deseo de eliminar la competencia asiática?

Una respuesta positiva a esta interrogante podría partir del hecho que a diferencia de los motines de mayo de 1909, la multitud eligió entre sus blancos a distintos sectores sociales y grupos étnicos. Entre estos últimos figuraba una minoría de pequeños comerciantes italianos. Tenderos peruanos también fueron saqueados. Sin embargo, estos hechos sirven básicamente para confirmar el carácter fundamental del motín de mayo

⁹ *El Tiempo* 3/02/1919, p. 2.

de 1919: un motín donde la motivación central está relacionada con los alimentos.

Una respuesta negativa en cambio —y que por lo tanto resalta la presencia de la motivación antiasiática— podría partir de considerar algunas situaciones singulares. Por ejemplo, el ensañamiento habido en los casos en que se asaltaban pulperías chinas. Durante la revuelta fueron registrados por lo menos seis incendios todos ellos contra establecimientos chinos y japoneses. Otro dato importante es la agresión física practicada contra estos inmigrantes. Y, finalmente, la destrucción —no sólo saqueo— de establecimientos chinos que no tenían que ver con los alimentos, como zapaterías.¹⁰

Es evidente que estas acciones pueden asociarse más que con la rebaja de las subsistencias, con el deseo de controlar el mercado de trabajo. Y puede afirmarse entonces que, pese a no estar inscrita en el manifiesto oficial del Comité Pro Abaratamiento, la aspiración de despejar el mercado laboral de chinos y nipones cumplió su rol en estos disturbios. Sin embargo, siendo esos ejemplos desde ya importantes, pensamos que las dimensiones de tal motivación fueron aún mayores. ¿Hasta qué punto pueden estar igualmente vinculadas al problema del empleo las numerosas incursiones en que la multitud saquea y luego destruye encomenderías o en las que simplemente destruye esta clase de establecimientos?. ¿Hasta qué punto estas destrucciones no sólo cumplen una función punitiva por la comercialización injusta, el acaparamiento y la adulteración, sino además son una reminiscencia del antiguo rechazo de los sectores populares hacia la inmigración asiática por considerar que origina una competencia desleal en perjuicio del trabajador nativo?.

Al parecer, la presencia de los chinos y la llegada cada vez mayor de japoneses mantuvo encendida la lucha contra la competencia asiática. Los japoneses, según el estudio de la profesora Kishimoto, predominaron ampliamente en el gremio de peluqueros. En 1907 había 40 peluqueros nativos y 25 japoneses. Años después los nativos son 35 y los nipones 50.

¹⁰ *La Crónica* 28/05/1919 p. 5-6.

La tendencia se mantiene en los años posteriores. En 1924 existen en Lima 130 peluqueros nipones contra 46 nativos (Elena Kishimoto 1979: 20-21). Los peluqueros nativos protestan para contrarrestar esta situación. La Confederación General de Trabajadores del Perú —una de las muchas organizaciones gremiales que existían entonces— se dirigió al Presidente Pardo exigiendo la prohibición de la entrada de asiáticos y en particular de los nipones quienes habían «monopolizado algunos establecimientos como peluquerías»¹¹.

En suma, los temores con relación a la presencia asiática seguían vigentes en la población nativa a finales de la segunda década del siglo XX. Quizá por ello se incrementaron las iniciativas para combatir esa migración. Las iniciativas iban desde pedidos en favor de una legislación que prohibiese el ingreso de orientales, hasta medidas de cotidiano hospedamiento. Estas últimas se manifestaron muchas veces de un modo simple y espontáneo, a la vez que directo y franco: riñas callejeras, agresiones verbales, insultos¹². Pero en otras oportunidades eran más elaboradas y estaban camufladas por otros reclamos. En 1917, un grupo de artesanos proponía al Municipio tomar medidas drásticas para castigar a los chinos, medidas que encajan perfectamente dentro de un hospedamiento camuflado. Pedían a la Municipalidad para que esta colabore:

«...cohonestando siquiera la acción de los chinos que hay en el país, haciendo que la inspección de higiene deje sentir su autoridad. A este propósito, juzgamos que esa dependencia municipal podría iniciar su obra obligando a

¹¹ *La Prensa* 13/02/1918, citada por Peter BLANCHARD 1979: p. 68.

¹² Esas escaramuzas fueron incesantes y al parecer de larga data. En los años finales del siglo XIX aparecían letreros con la inscripción ¡Fuera Chinos! «...escritos en las paredes de los edificios y hasta en las lozas de las aceras, ya con tiza ya con carbón» (JUAN DE ARONA [1891]1971: 129). Otro ejemplo nos lo brinda un redactor de *El Comercio* quien señala el maltrato que reciben cotidianamente los chinos encargados de la limpieza pública «...se les persigue continuamente por desocupados o personas mal intencionadas que se entretienen en ofenderlos de palabra y obra, llegándose a maltratar cruelmente...» (citado por TEJADA 1988: 255).

todos esos pequeños industriales chinos a que se provean de los respectivos certificados de salud para continuar en el servicio que actúan. Como será humanamente difícil que tal requisito puedan llenar, seguros estamos de que por lo menos en un 50 % desaparecerían esos monopolizadores y entonces nuestras gentes podrían volver a instalar sus diversos negocios...»¹³

Como se observa, había una deliberada intención de utilizar otros reclamos (higiene y salud) como pretexto para lograr su fin principal: eliminar la competencia asiática. Al margen de esta solicitud, el hostigamiento era al parecer un método empleado sistemáticamente por la Municipalidad. Quejas continuas de comerciantes chinos por haber sido multados injustamente por los inspectores de higiene, pesas y medidas de la Municipalidad fueron dirigidas al Consejo Provincial¹⁴.

En enero de 1919, cuando el alza de los precios exacerbó más el ambiente, diarios capitalinos responsabilizaron a pequeños comerciantes chinos, culpándolos de prácticas inescrupulosas. «La Crónica», por ejemplo, informaba que los carniceros chinos estafaban a los consumidores con el peso «...cambiando la pesa de 500 gramos por la de 300»¹⁵. Otros diarios como «La Razón» se referían a los carniceros chinos como «un gremio parasitario, alimentado y fomentado por el tributo de la gran masa de consumidores»¹⁶. Sin duda, como en toda conyuntura inflacionaria, el acaparamiento y la especulación fueron problemas reales en 1919. Fue, sin embargo, una práctica ejercida por los comerciantes sin distinción de raza o nacionalidad.

Cifras oficiales daban un 53 % de carniceros chinos para 1908-1910 y 54 % para 1921¹⁷. Pulperías y encomenderías seguían en manos de chinos

¹³ *Ilustración Obrera*, Año II, N° 57, 7/04/1917, p. 3.

¹⁴ A.H.M.L. «Subsistencias y trabajo de Mujeres y Niños», 1910-1938.

¹⁵ *La Crónica* 29/01/1919, p. 2

¹⁶ *La Razón* 10/06/1919, p. 2.

¹⁷ Para 1908-1912 véase la matrícula de patentes en *El Peruano* 1909 (tomos I y II) y 1910 (tomo I); y para 1921: *Boletín Municipal*, Año XXI, N° 996, 15/02/1921, p. 7493.

e italianos casi en forma equitativa. Pero el énfasis puesto en satanizar a los comerciantes chinos no parece guardar relación con estos porcentajes. Por ello, es factible suponer que esas denuncias tenían que ver no sólo con el problema real de la especulación, sino además con el hostigamiento que buscaba otro objetivo: la expulsión de asiáticos del mercado y, en especial, del mercado laboral; aunque también tuvo que ver con el sentimiento de odio racial imperante en Lima de principios de siglo.¹⁸

LUCHAS DE CONSUMIDORES

Lo anterior no nos debe hacer perder de vista que en mayo de 1919 fue la carestía de la vida —el alza incontrolable de los precios—, el principal motor de las revueltas. Un breve recuento y descripción de las acciones, especialmente dentro de los mercados de abasto, nos ha permitido concluir lo dicho. Desde las 7 de la mañana del martes 27 de mayo, grupos de manifestantes iniciaron la protesta en los mercados La Aurora, Guadalupe, Cádices y en el Baratillo. Según la información de un reportero, en el Mercado La Aurora:

«Las gentes se abalanzaron de modo especial sobre los puestos de carne y verduras. Todos los puestos de este género se vieron en pocos minutos desmantelados».¹⁹

Escenas similares empezaron a producirse en el Mercado Central en tanto que en los poblados de Vitarte y Chilca, «grupos del pueblo» asaltaron el ferrocarril y confiscaron alimentos. Entretanto en la Plazuela de Barbones, en Barrios Altos, «cincuenta revoltosos se estacionaron en espera del tren de Lurín que a las 9 de la mañana trae artículos de primera necesidad, pero la policía frustró el saqueo»²⁰.

¹⁸ Ver Capítulo XII del presente libro

¹⁹ *El Comercio* (I), 27/5/1919, p. 1.

²⁰ *La Crónica*, 27/5/1919.

Otras informaciones arrojan más luces entorno a las subsistencias como principal preocupación. Según el Comisario de la Sexta Comisaría, tres mujeres de la calle Brazo (sic) fueron detenidas por que se les había encontrado en sus domicilios: «una máquina para moler café, una lata de manteca, un saco de alpiste, un reloj despertador, un saco de arroz, otro de maíz y un cajón con harina»²¹; aunque, como se puede observar, esta información también da cuenta de la fácil apropiación —no sólo de alimentos— como incentivo para la participación en la revuelta.

Aunque fueron la gran mayoría, no todas las víctimas de los saqueos y desmanes resultaron ser comerciantes chinos. Hubo también peruanos e italianos, aunque en menor proporción. El énfasis contra los chinos, además de la antigua percepción popular que los miraba como competidores desleales en el mercado laboral, y además también del odio racial que era instigado incluso por sectores blancos de la población, se explica por la creciente campaña que realizaban los diarios y revistas contra los negociantes chinos. Ya desde mucho antes, medios periodísticos como la revista «Variedades» denunciaban escandalosamente que los chinos vendían pasteles con ratón. Pero a pocos días del motín de mayo de 1919, el diario «La Razón», que tuvo gran influjo en este movimiento, publicaba la siguiente editorial:

Los comerciantes chinos que son los que tienen monopolizada la mayor parte del expendio de carne, constituyen un vasto gremio parasitario, alimentado y fomentado por el tributo de la masa de consumidores. La utilidad de estos comerciantes chinos representa una fuerte suma que grava intensamente el precio de la carne.²²

El problema racial iba junto a la defensa del consumidor. Esta motivación, por cierto, estaba acompañada de otras de carácter más político. El diario «La Crónica» comentaba:

²¹ AGN. Ministerio del Interior, «Subprefectura de Lima», 1919, leg. 36.

²² *La Razón*, Lima, 10/5/1919.

Con gritos subversivos, haciendo flamear banderas rojas, profiriendo gritos amenazadores, ya no se limitaban a pedir la rebaja de las subsistencias sino a vociferar contra el orden social existente²³.

Los manifestantes levantaban letreros que decían: «Abajo la burguesía», «queremos pan», «abajo los capitalistas y acaparadores», «Viva la organización femenina». También se vio flamear banderas rojas y, como señalamos anteriormente, fueron registrados ataques a residencias de familias consideradas ricas, a oficinas del Estado y de grandes empresas capitalistas y a varias haciendas productoras de caña de azúcar. Pero lo más prudente sería considerar que distintas motivaciones están hablando de diferentes tipos de tumultuarios.

Estos hechos ayudan a entender que el origen de la revuelta se hallaba no en una situación de hambruna, como señalaron ciertos autores²⁴. Recordemos que aún en ese año los limeños consumían carne en grandes proporciones. El origen de la revuelta estaba en la convicción de que ciertos derechos y principios morales sancionados por la tradición habían sido violados por una práctica económica, realizada por «capitalistas y acaparadores», y, por lo tanto, en una imagen alternativa (un *modelo popular*) acerca de cómo debería funcionar la economía, en particular en relación con los alimentos; es decir, con intervención de las autoridades en el comercio (fijando un «precio justo») y en la producción de los alimentos («obligando en los fundos a sembrar artículos alimenticios, tomando en consideración las necesidades de la población»). Todo lo cual hacía posible mantener la tradición dietética.

El motín de marzo de 1919 fue la reacción más violenta de la población limeña de principios de siglo para lograr de la elite dirigente una serie de cambios, no radicales, sino más bien que sin proponérselo tendían a democratizar la sociedad. Se podría decir que la mayoría de acciones realizadas en esa jornada, lejos de ser actos vandálicos motivados por el hambre, expresaron un rechazo al modelo agroexportador impulsado por la oligarquía.

²³ *La Crónica*, 27/5/1919.

²⁴ Desde los tiempos de MARTÍNEZ DE LA TORRE, 1947: 36.

CUARTA PARTE
ECONOMÍA, SOCIEDAD Y REVUELTA URBANA A PRINCIPIOS DE
SIGLO

CAPÍTULO XII

FLUCTUACIONES ECONÓMICAS, MODELOS TRADICIONALES Y LO NO RACIONAL

Una explicación satisfactoria a las revueltas ocurridas en Lima en mayo de 1909 y mayo de 1919 tiene como punto de partida las coyunturas económicas. Sin ellas no es posible entender estallidos de protesta que tienen en el desempleo o en el alza de los precios de los alimentos sus orígenes manifiestos. Sin embargo, este enfoque tiene sus límites y, como se verá a continuación, demanda otras perspectivas.

FLUCTUACIONES ECONÓMICAS

Inflación de precios y recesión económica fueron males que afrontaron las clases populares de Lima en los primeros años del siglo XX. Los precios de los alimentos subieron preocupantemente en 1904 y en 1907, dando origen a la formación de comisiones oficiales destinadas a buscar salidas al problema. Subieron también a partir de 1914, coincidiendo con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Al igual que el repunte inflacionario, la recesión y el consiguiente problema del empleo se agudizaron de modo intermitente en la sociedad limeña. En 1909 se convirtió en el problema central para el gobierno, para los partidos políticos y, más aún, para las clases populares. Diez años después continuará llamando la atención de observadores sensibles al problema.

La carestía de alimentos y la contracción del mercado laboral son problemas que van unidos en la realidad que estudiamos. Pero la dimensión de uno y otro, de acuerdo con los datos encontrados, fue distinta según la coyuntura. Mientras que en un momento (1909) la recesión pudo ser más grave que el proceso inflacionario, en otro (1919) fue menos extendida y el problema del empleo, obviamente, resultaba secundario.

Para aproximarnos a estas fluctuaciones no contamos, lamentablemente, con información numérica específica y precisa sobre la capacidad productiva y los niveles de empleo y desocupación. Sin embargo, podemos disponer de cifras, testimonios y estudios que, sin duda, ayudan a formarnos una imagen adecuada.

Comencemos con el sector industrial, por entonces el más dinámico de la economía urbana. Este sector, según las investigaciones de Thorp y Bertram, en la década de 1890 inició una expansión general, cuya mejor evidencia es el creciente número de nuevas compañías: «de una muestra de 111(...) de las firmas manufactureras urbanas que operaban en 1905, 77 firmas (69 por ciento) fueron establecidas a partir de 1890»¹. Este auge llegó a su fin en 1907:

Sólo ha sido posible rastrear a 25 nuevas empresas industriales importantes hasta la década de 1900, y de estas, 18 se habían establecido entre 1900 y 1905 (...). A la larga las únicas empresas de importancia establecidas durante los años de 1906 y 1910 fueron las cervecerías de Gunther Tidow en Cuzco (1908) y Arequipa (1909) (THORP y BERTRAM 1985: 176).

Además, hay que tomar en cuenta, como un buen indicador, que a partir de 1905 declinó el sector productor de bienes de capital: fundiciones y fábricas de maquinaria.

A partir de 1910 es notoria una favorable recuperación del sector manufacturero. Varias ramas de la manufactura alcanzaron capacidad productiva plena. Además se establecieron nuevas fábricas textiles, de curtiembres, bebidas y calzado (Thorp y Bertram 1985: 178-180). Este período —que no llegó a igualarse en profundidad con el auge de 1890-1907— tuvo su caída con el comienzo de la guerra de 1914. No obstante, un año después se reinició su recuperación que se prolongó hasta 1919-1920. Para corroborar lo sostenido por los autores ingleses, veamos la situación de la Fábrica Santa Catalina, el único estudio de caso que conocemos para una fábrica textil:

¹ Rosemary THORP y Geoffrey BERTRAM 1985: 47; véase también artículo de Julio REVILLA 1981: 30.

1914 es un año pésimo tanto por el fuerte incremento en el precio de la materia prima como por el estallido de la Primera Guerra Mundial(...) la tendencia recesiva comienza a revertirse, como indican las utilidades de 1915, que duplican las del año anterior, iniciando así un explosivo crecimiento que llegaría a sus puntos más altos en 1917 y 1920².

Desde la perspectiva del empleo, los momentos recesivos fueron obviamente de crisis laboral para las clases populares. En 1914, el gerente de la fábrica Santa Catalina presentó a consideración del Directorio «... la difícil situación económica de la empresa, que se hallaba frente a la paralización casi total de las ventas y una supresión del crédito bancario». La situación de crisis llegó a tal punto que se acordó disminuir los días de trabajo en la fábrica³.

Las épocas de recuperación productiva significaron, la mayoría de las veces, un incremento del empleo en las fábricas de Lima; un aumento notable en algunos casos como el de las fábricas textiles de algodón, que en 1918 llegaron a incluir alrededor de tres mil trabajadores, habiendo sido mil en 1905. En otros casos, el aumento del personal fue inferior: en las fábricas de fideos los obreros pasaron de 200 en 1905 a 250 en 1918, en las de fósforos de 120 a 180, en las de sombreros de 80 a 200, mientras que en las de tejidos de lana de 600 a 791⁴.

Para resumir, en lo que respecta al sector manufacturero tenemos un período de auge (1890-1907), al que le sigue otro de recesión (1907-1910), posteriormente uno de recuperación (1910-1913), uno de breve caída (1914) y uno final de crecimiento (1916-1919). Épocas a las que corresponden, *grasso*

² Felipe PORTOCARRERO SUÁREZ. *El Imperio Prado (1890-1970): orígenes, auge y decadencia de un grupo económico familiar*. Tesis de Magister, PUCP, Lima, 1986, p. 64. (Ver: PORTOCARRERO SUÁREZ 1995).

³ *Ibid.* p. 64. La Fábrica Vitarte, de acuerdo con Jorge BASADRE, afrontó en 1914 y 1915 similares problemas: «a mediados de agosto y aduciendo como motivo la guerra europea, el gerente suprimió dos días de trabajo a la semana, lo que equivalía mermar los jornales en un 33% (...) el gerente insistió luego en tomar medidas que implicaban ampliación de trabajo y merma en el salario», Jorge BASADRE 1983, T. IX: 82-83.

⁴ Las cifras engloban totales nacionales que, no obstante, corresponde a Lima en un 90 por ciento. En este caso las hemos tomado de THORP y BERTRAM 1985: 180.

modo, situaciones de mejoría y crisis en el mercado de trabajo industrial. ¿Hasta qué punto estos ciclos pueden ser generalizados para otros sectores de la economía urbana y en especial para el comercio y la producción artesanal?

Algunos investigadores como Hunt opinan que en 1890, en forma paralela al auge de la industria, se dio un renovado crecimiento de la producción artesanal⁵. Otros autores señalan que, durante el gobierno de Nicolás de Piérola, la recuperación de la economía favoreció a los sectores populares. Esto se reflejó en la disminución de la conflictividad de los artesanos graficada en el descenso de su participación en las estadísticas de detenidos en las comisarías (Méndez y Torrejón 1984:6).

La coyuntura económica de 1907-1910 coincidió con una recesión general, resultado de la depresión norteamericana y de los desequilibrios internos. La recesión afectó también a la pequeña industria, según constataron los investigadores de *El Economista Peruano*: «La paralización violenta del movimiento industrial alimentado por el dinero fiscal» dejó sentir sus efectos depresivos «primero en la pequeña industria, extendiéndose después a toda la clase asalariada»⁶. No sabemos mucho del período 1910-1913, salvo que la reactivación industrial fue precedida por la reactivación de otros sectores (exportaciones de azúcar, algodón, lanas y cobre); fue esta última la que posibilitó la salida de la recesión general.

El inicio en 1914 de la Primera Guerra Mundial significó para la economía de exportación, y para la industria de modo particular, un momento de fuerte contracción, del que, no obstante, logró salir rápidamente. Para el sector artesanal y el resto de la economía popular, la recuperación no parece haber sido tan veloz; si nos atenemos al testimonio del propio Alcalde de Lima:

Día a día aumenta el número de desocupados y al bracero le escasea trabajo. El número de obras en la ciudad es limitado(...) es necesario convenir que a poco no habrá obras particulares que den ocupación a centenares de artesanos y jornaleros que prestan sus servicios en las construcciones⁷.

⁵ HUNT (1973) citado por THORP y BERTRAM 1985: 44.

⁶ *El Economista Peruano*, Año I N° 10, 29/XIII/1909, p. 1.

⁷ *Boletín Municipal* Año XV, N° 783, dic. 1915, p. 6013.

El problema de fondo para la economía artesanal era la reactivación de un mercado constituido por familias de clases medias y altas, cuyas posibilidades dependían a su vez de la consolidación del sector exportador —la locomotora de la economía peruana— cuya prosperidad o ruina significaba el bienestar o malestar de otros sectores. Las exportaciones, tras una caída brusca determinada por el inicio de la guerra europea, experimentaron, entre 1916 y 1919, una espléndida época de auge. Como reflejo de este crecimiento, la industria atravesó por un buen momento y existen algunos indicadores a través de los cuales podemos ver que la producción en general —incluida la artesanal— pudo beneficiarse de esta bonanza.

CUADRO 14
COMPAÑÍA RECAUDADORA DE IMPUESTOS
RENTAS FISCALES (LIBRAS PERUANAS)

AÑOS	AZÚCAR	PATENTES	ALCOHOLES
1913	105,683	45,805	380,771
1914	95,201	46,468	359,910
1915	95,205	74,142	383,832
1916	98,504	66,033	438,632
1917	109,191	59,829	430,833
1918	118,039	73,640	442,267
1919	123,306	104,786	516,206

Fuente: Ministerio de Hacienda y Comercio, *Memoria correspondiente al año 1919...* Lima, Imprenta La Opinión Nacional, 1919 p.366

Lamentablemente no disponemos de cifras que se refieran sólo a Lima y, en particular, a la producción artesanal. Sin embargo existen otras evidencias que permiten confirmar la misma tendencia para la Capital. A diferencia de otras épocas, en 1919 la demanda intensa de trabajadores es un hecho que reflejaron los diarios y revistas. Una información publicada en *La Prensa* en el mes de enero afirmaba que en la Confederación de Artesanos Unión Universal «...encontrarán trabajo inmediatamente todos los carpinteros, albañiles, sastres, peluqueros, zapateros y jornaleros que los soliciten...»⁸. En

⁸ *La Prensa* 6/01/1919 (M) p. 2.

ese mismo informativo, en la sección de avisos pagados, diariamente se ofrecían empleos en zapaterías, imprentas, sastrerías y obras de construcción⁹. Si advertimos la frecuencia con que aparecen estos anuncios, fácilmente se podrá entender por qué el empleo pasó a un lugar secundario dentro de las reclamaciones populares de aquel año. Sin embargo, esto no significa la inexistencia de problemas de reactivación «y consiguientemente de empleo» para ciertas unidades productivas. De hecho los hubo, como se desprende de la solicitud que 42 maestros artesanos elevan al Presidente de la República para pedir rebaja en el pago de la contribución de patentes. Pero este mismo documento, si lo contrastamos con otra información, permite vislumbrar que los desequilibrios no fueron significativos.

CUADRO 15
ESTABLECIMIENTO DE ARTESANOS QUE PIDEN REBAJA DE
LA CONTRIBUCIÓN DE PATENTES (1919)

ESTABLECIMIENTOS	MAESTROS QUE PIDEN REBAJA ^a	TOTAL ^b
Agencia de ataúdes	2	12
Carpinterías	9	66
Sastrerías	10	156
Joyerías y relojerías	2	62
Hojalaterías	1	30
Taller Afilador	1	3
Talabartería	2	18
Herrerías	3	25
Marmolerías	3	11
Peluquería	1	138
Sombrerería	1	59
Esterillería	1	-
Encuadernador	2	3
Tonelería	2	5
Zapatería	3	181

⁹ Uno de ellos anuncia: «CHAROLADORES: se necesitan en el edificio en construcción de la esquina de Núñez y Banco del Herrador». *La Prensa* (M) 10/01/1919, p. 2.

- Fuente: a) Ministerio de Hacienda y Comercio, *Memoria correspondiente a 1919*, Lima, Imprenta La Opinión Nacional, 1919, p.371.
b) Perú. Ministerio de Hacienda, *Censo de Lima y Callao en 1920*, Imprenta Americana, 1927, pp. 266-285.

Los 42 artesanos favorecidos por la rebaja de la patente, «... atendiendo equitativamente a las circunstancias de penurias en que se hallan esos contribuyentes...», representan en conjunto una cifra pequeña dentro del total de maestros artesanos, pero además, como se aprecia en el cuadro anterior, en ningún caso compromete a un porcentaje significativo de establecimientos.

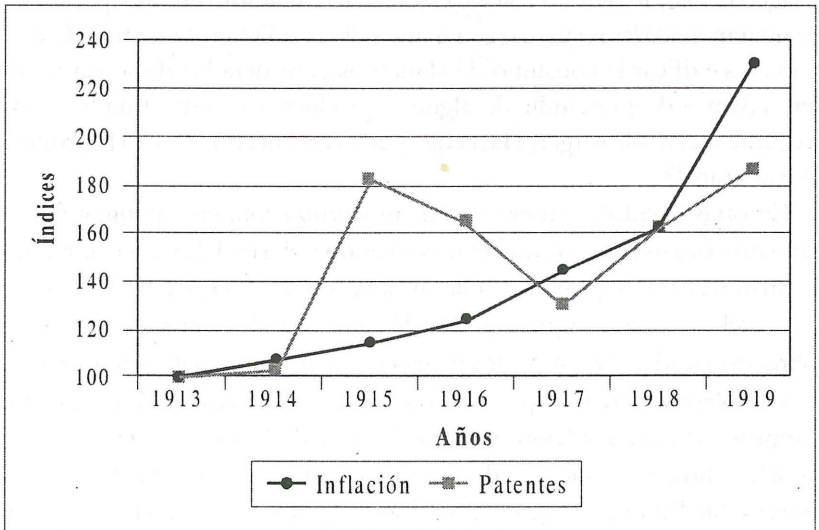
En 1919, el problema más importante fue el alza incontenible de los precios. El fenómeno inflacionario, que estuvo presente en años anteriores—incluso entre 1907-1909—, tomó un ritmo vertiginoso a partir de 1914, coincidiendo con el alza de los precios a nivel mundial. La inflación y el rezago de los jornales (ver anexo 6) hicieron que los sectores populares destinaran mayores recursos para mantener la tradición alimenticia, lo cual implicó sacrificar el consumo de alimentos considerados de segundo orden, además de prescindir de algunos productos manufacturados. Una pregunta inevitable surge: ¿Hasta qué punto este hecho afectó a la producción artesanal?

En otras realidades en proceso de modernización, un repunte inflacionario provoca indefectiblemente una recesión industrial. Los consumidores destinan una mayor proporción de sus ingresos a la compra de alimentos y de lo exclusivamente imprescindible. Y entre tanto las empresas, que están sobreestocadas al igual que los pequeños talleres artesanales sin contratos, se ven obligados a reducir personal o paralizar la producción. Existe, como comprobó el profesor Labrousse para Francia de 1740-1763, una *discordancia cíclica* entre movimientos de la producción textil y los precios de los cereales. Mediante gráficas, Labrousse ilustró la forma cómo la producción textil decae mientras el precio del trigo se mantiene en alza, debilitando el poder de compra de los sectores populares. Al mismo tiempo, describe cómo la producción se recupera cuando los precios del trigo bajan: «la masa de los consumidores asalariados aprovecha para rehacer su vestuario

y efectuar las compras que una larga abstención no permite diferir» (Labrousse 1974: 279).

Esto no ocurrió en el Perú en la coyuntura inflacionaria de 1916-1919. Como se puede apreciar en la gráfica siguiente, el incremento de los precios no origina necesariamente la caída de la producción y del comercio. Ambos, expresados en la curva de recaudación de patentes, muestra, al igual que la inflación, una tendencia central al alza. No existe discordancia cíclica ni antagonismo tendencial entre ambas variables. Lo que hay es un movimiento peculiar de la curva de patentes, que más bien dependería de otros hechos económicos.

GRÁFICO 4
ÍNDICES DE RECAUDACIONES DE PATENTES Y DE INFLACIÓN
1913=100



Fuentes: Ministerio de Hacienda y Comercio 1919: 366 (Ver Cuadro 14); y Perú. Dirección de Estadística 1927: 100-101 (Ver Cuadro 13).

Existe, como se aprecia en la gráfica, una tendencia al alza en la curva de patentes, cuya explicación debe buscarse en otros indicadores, como la tendencia a la baja del salario. La presencia de chinos, como se vio anteriormente, contribuyó a una baja relativa de éstos. Sin embargo, en igual sentido contribuyó la presencia de mujeres y niños en el mercado de trabajo¹⁰. De esta manera, los costos de producción resultaron menos caros, y viables las posibilidades de una reactivación para muchas industrias y talleres¹¹.

En segundo lugar, hay que considerar las condiciones de mercado. Por un lado, grandes fábricas textiles y cerveceras, así como pequeñas industrias de jabón, velas y fideos, habían extendido su radio de acción hacia departamentos del interior del país, lo cual se reflejó en el incremento de la producción en estas fábricas¹². Algunas pequeñas industrias como las de aceite y cueros, colocaban sus productos en el exterior¹³.

¹⁰ Las encuestas que en 1918 realizó Hernando DE LAVALLE y el censo de Carlos JIMÉNEZ permiten ver que la inclusión de mujeres y niños en los talleres y fábricas de Lima, fue decisiva en el esfuerzo por ahorrar los costos de producción. En grandes fábricas textiles como La Bellota, El Inka y la Victoria, mujeres y niños representaron el 67%, 26% y 30%, respectivamente, de toda la masa laboral. En fábricas de chocolates y confites ascendió al 36%, mientras que en la fábrica de sombreros Fénix, mujeres y niños sumaban 64 de un total de 100 operarios. Véase LAVALLE 1918 (a): 254-257; Carlos JIMÉNEZ 1922: 81. Para jornales de mujeres y niños véase Anexo 5.

¹¹ Una situación similar ocurrió en 1858 —año de los disturbios contra las importaciones—. La considerable subida de los jornales (QUIRÓZ NORRIS 1987: 119) afectó seriamente a la recuperación de las unidades productivas artesanales. Este era el móvil que impulsaba a los artesanos a incluir en sus demandas medidas como la eliminación de gravámenes a los comestibles importados, que tendían a abaratar las subsistencias y en último término los jornales. Véase QUIRÓZ CHUECA 1988: 20. En los inicios del siglo XX el problema de los costos por salario no podía ser resuelto fácilmente por los alimentos importados, que resultaron caros; tenía que ser afrontado con la sobre explotación del operario. Pese a ello los costos de producción comparativos resultaron altos, de ahí que las importaciones en 1919 siguieron predominando en el mercado peruano. La raíz de este problema (como se expuso en el capítulo I) se encontraba en el sector agrícola.

¹² Para incremento de producción de aceite, fideos, cerveza, velas y jabón véase Carlos JIMÉNEZ 1922: 65, 70, 134, 139 y 150.

¹³ *Ibid.* pp. 65 y 185.

En el caso de la producción artesanal la disminución relativa del salario colaboró también a la reactivación, pero ésta se debió, sobre todo, a los momentos favorables que atravesaba el sector del mercado donde la mayoría del artesanado desarrollaba su actividad. Se trataba de un mercado conformado por familias de clases medias y altas, cuya prosperidad dependía del comercio con el exterior¹⁴. La gran mayoría, el 70 por ciento de los establecimientos, estaba localizada en los distritos I, II, III, IV, VII y X de clases medias y altas (ver Mapas 2 y 3). Esta tendencia es verificable (incluso con un porcentaje superior al promedio) para el caso de gremios importantes. Para estos casos puede determinarse el número de talleres y de personas involucradas, como por ejemplo las sastrerías con un 82 por ciento de locales en los distritos señalados (Mapa 4), talleres de costura y modistería con el 78 por ciento (Mapa 5), carpinterías con el 75 por ciento (Mapa 6) y manufacturas de calzado con un 70 por ciento (Mapa 7). Los casos de talleres de sombrerería (Mapa 8), plomería y gasfitería (Mapa 9), relojería (Mapa 10), camisería (Mapa 11), colchonería (Mapa 12), y aunque ligeramente, herrería (Mapa 13), confirman la regla¹⁵.

En esos distritos los artesanos podían contar no sólo con los amplios recursos de las elites económicas, sino también con la disponibilidad de los sectores medios. A pesar de que la inflación pudo haberles afectado — aunque no en la medida que afectó a amplios sectores populares— las capas medias podían sacrificar otros consumos (incluida la alimentación) a fin de mantener su estatus:

¹⁴ Mientras en el siglo XIX los artesanos destruían efectos importados por la elite limeña, a principios de siglo XX podemos verlos trabajar para esta elite. Fue el caso de Leonidas Romero, carpintero ebanista y constructor que desde 1886 «trabajó lujosos muebles para las familias Ayulo, Ferreyros, Pardo, Barreda, Heeren, Denegri, Sancho Dávila entre otras». *Ilustración Obrera* Año I, N° 2, 18/03/1916, pp. 3-4.

¹⁵ Los mapas a excepción del número 14 han sido confeccionados sobre la base de la información contenida en el *Directorio* de PAULET (1910) y la *Nomenclatura de las calles de Lima en correlación con las antiguas cuadras* (Lima 1893). El plano de Lima ha sido dibujado en base al plano de Ricardo TIZÓN Y BUENO (Lima 1908). Para informaciones del Mapa 14 ver Cuadro 15. Detalles sobre la confección de los mapas, las ubicaciones de los talleres, etc., en nuestra tesis de maestría «La multitud y el mercado de trabajo...», Lima, PUCP, 1993.

La tragedia de un importante sector de las clases medias durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX se derivó de su heroico esfuerzo para acercarse a la aristocracia y diferenciarse de la masa obrera y artesanal. Estuvieron condenados al estilo de vida y los ritos sociales de aquella en el vestir y en el de presentarse, constantemente superiores a sus posibilidades¹⁶.

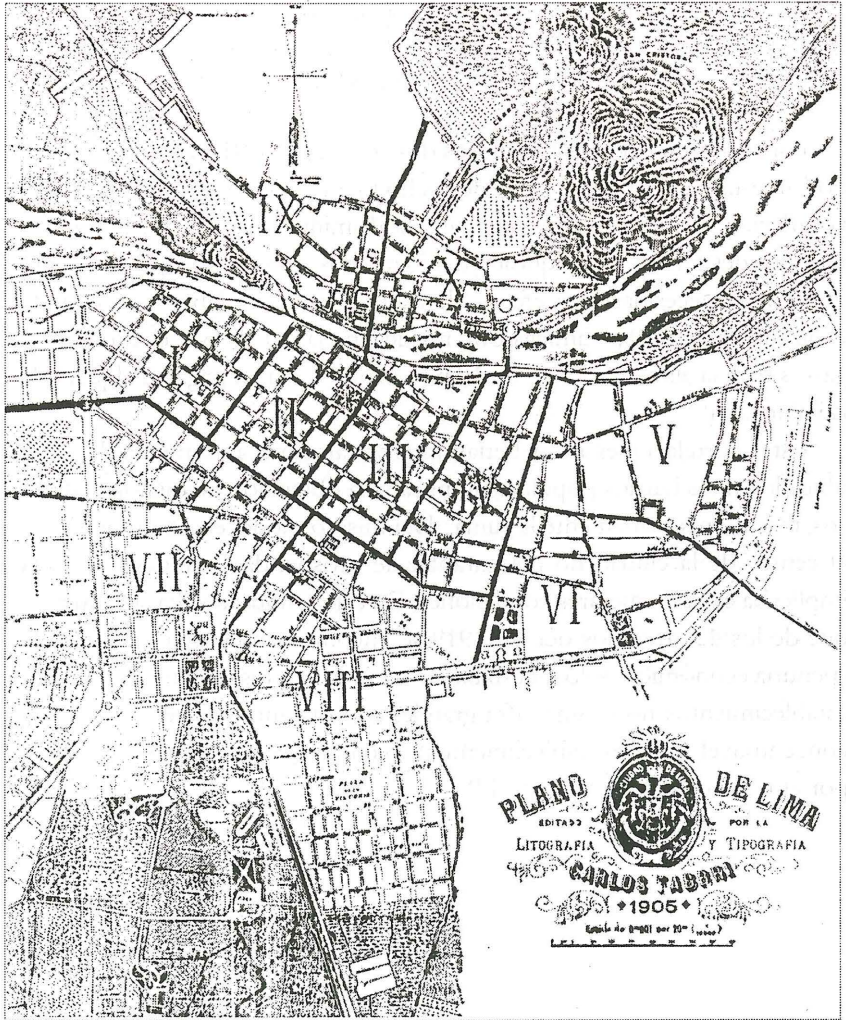
Por el contrario, en los populosos distritos V, VI, VIII y IX los artesanos podían estar desfavorecidos —y de hecho lo estaban— ya que es allí donde la inflación ineludiblemente originaba la disminución pronunciada de los recursos destinados a la adquisición de servicios y productos que no fueran de primera necesidad (En efecto, de acuerdo con una laboriosa encuesta realizada en 1918, las familias obreras destinaban el 65 por ciento de sus gastos para la alimentación y un 10 por ciento se iba en pagar el alquiler de la habitación¹⁷).

Estas correlaciones no deberían interpretarse mecánicamente. El estar ubicado en los barrios populares implicaba la obtención de menores ingresos, más no necesariamente la ruina. Del mismo modo, el estar ubicado en el centro de la ciudad no era garantía de prosperidad, aunque sin duda implicaba estar en mejores condiciones. En este sentido resulta sintomático que de los 42 artesanos que en 1919 se encontraban en una situación de «penuria económica» sólo 14 estaban localizados en los distritos II y III (14 establecimientos no es una cifra grande, considerando que estos distritos concentran el 40% de establecimientos); mientras que la mayoría se extendió por el resto de distritos (Mapa 14).

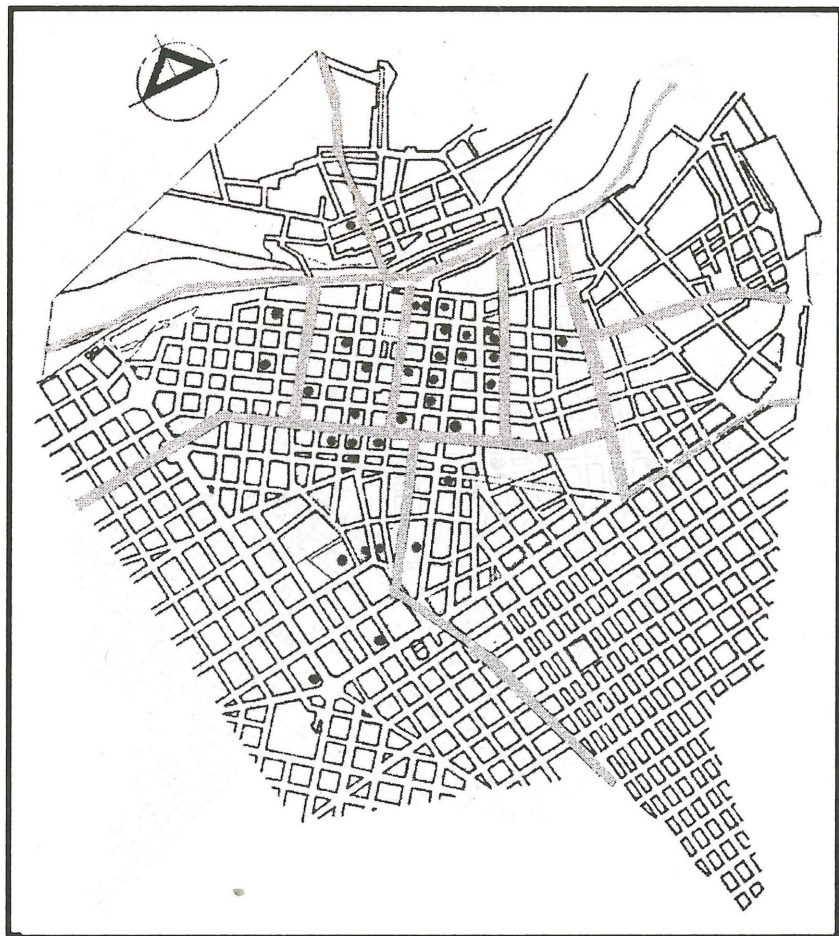
¹⁶ BASADRE, Jorge 1983, T. XI: 323. Un estudio renovado de las clases medias en PARKER 1998.

¹⁷ Hernando DE LAVALLE, «El presupuesto de la familia obrera en el Perú», en *Revista Universitaria*, Vol II, Lima, octubre de 1918, p. 544.

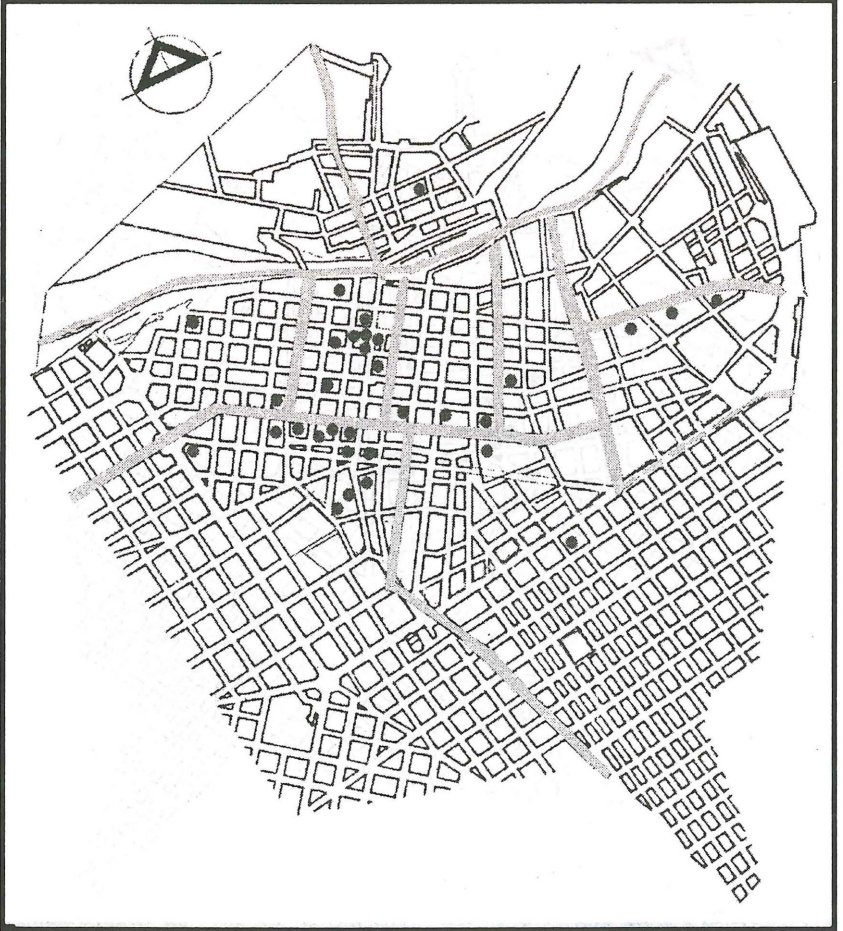
MAPA 1: PLANO DE LIMA, 1905



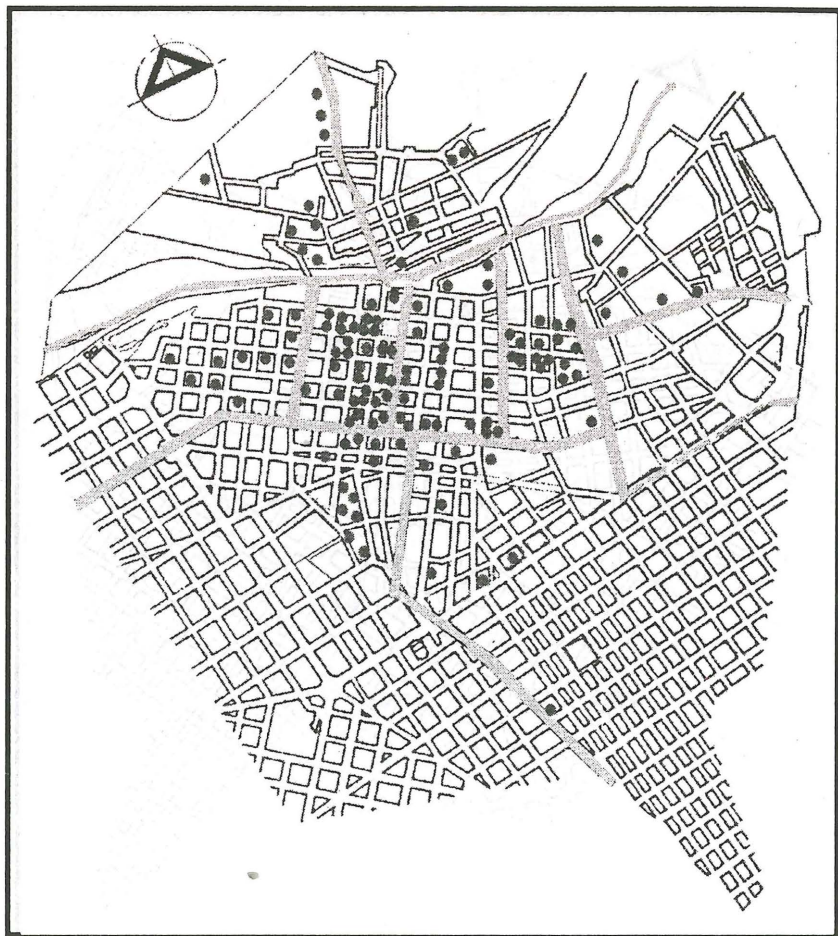
MAPA 2: MIEMBROS DE LA ELITE LIMEÑA



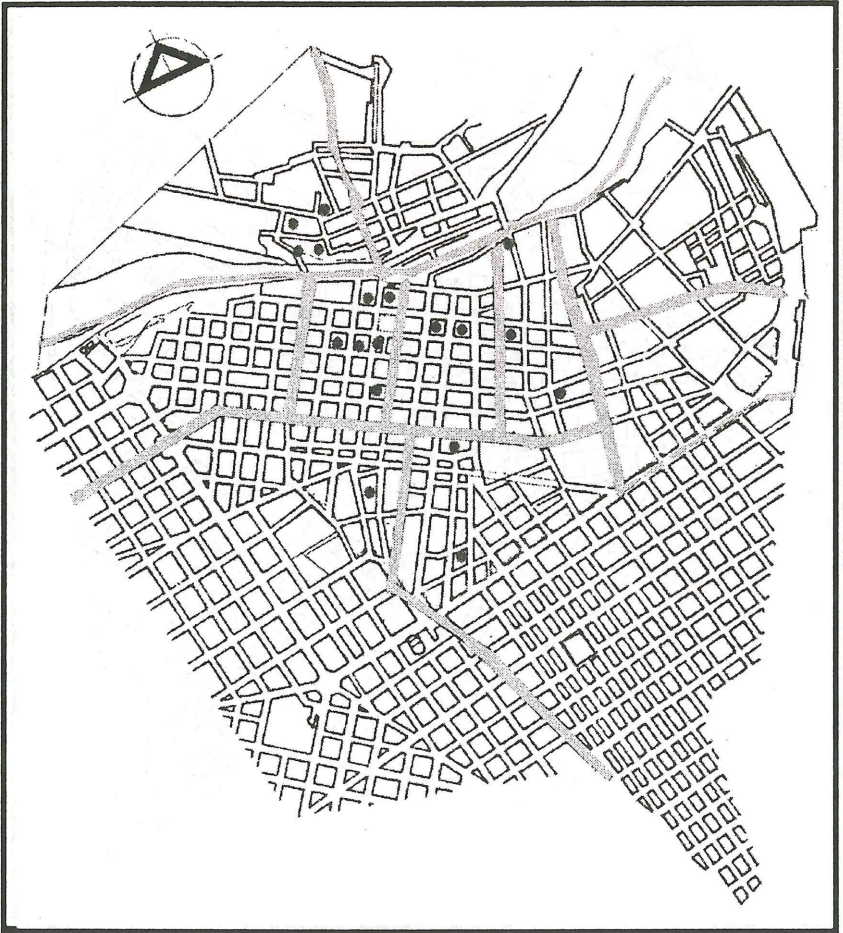
MAPA 3: INGENIEROS CIVILES



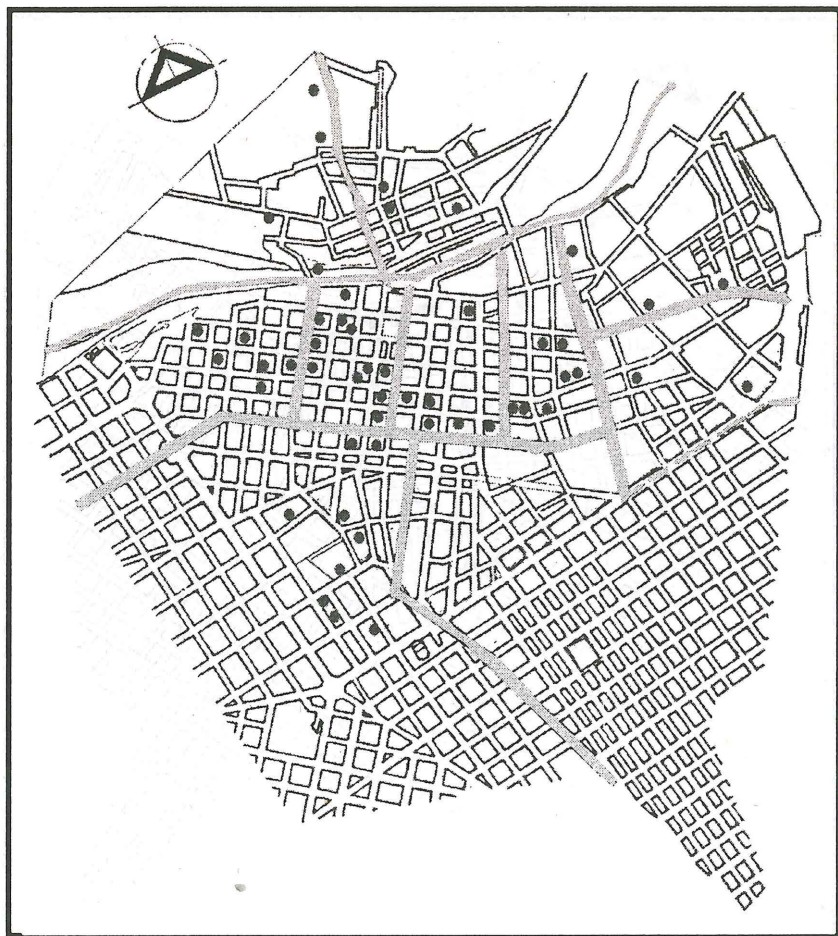
MAPA 4: SASTRERÍAS



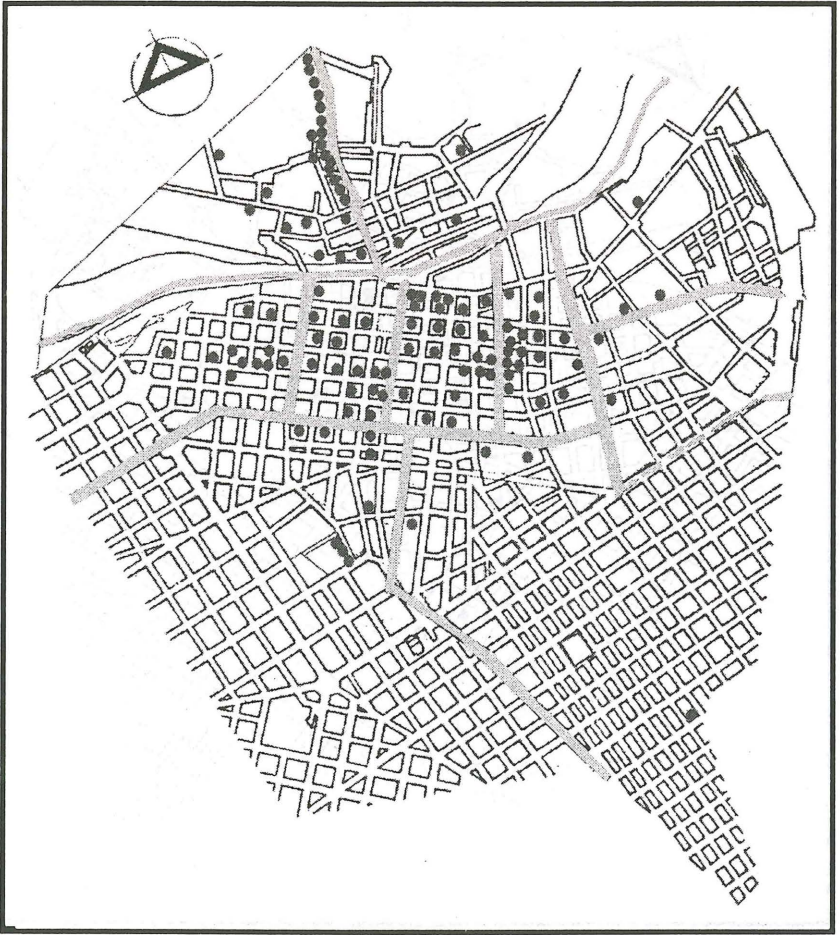
MAPA 5: TALLERES DE COSTURA Y MODISTERÍA



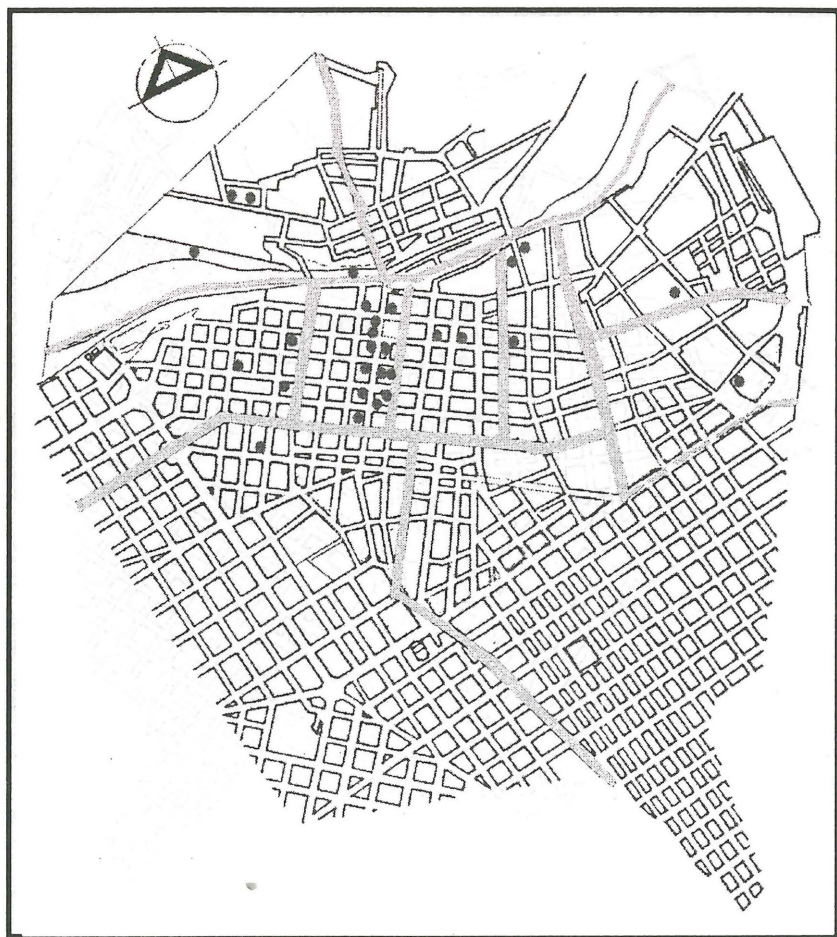
MAPA 6: CARPINTERÍAS



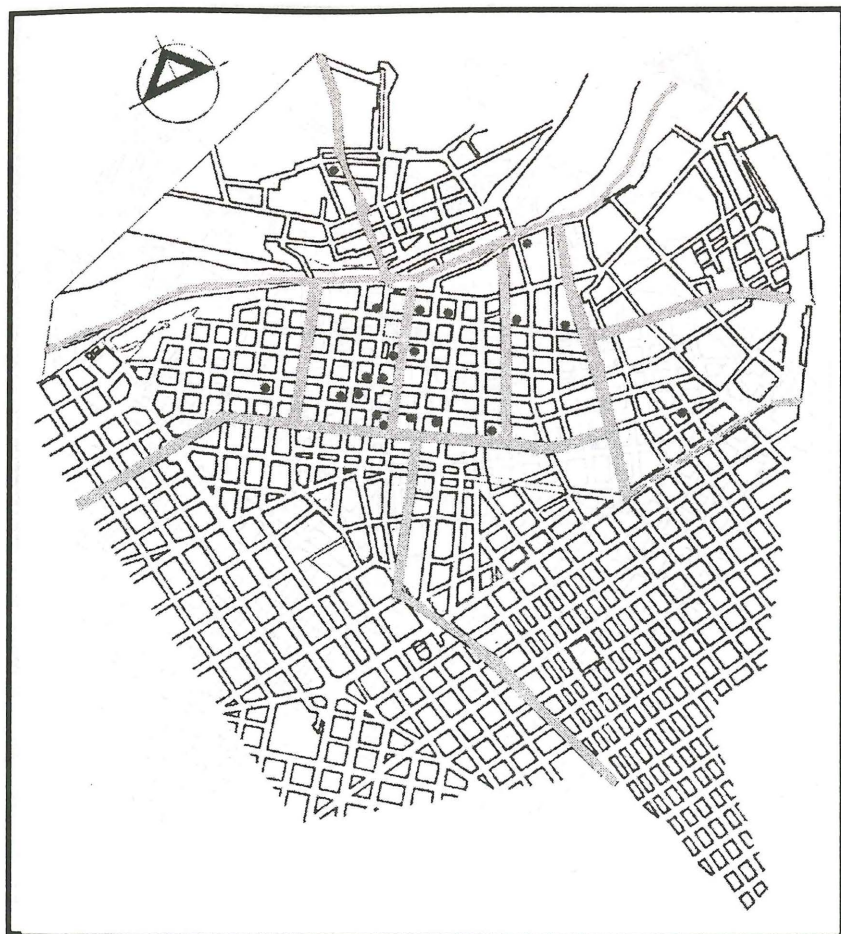
MAPA 7: MANUFACTURA DE CALZADO



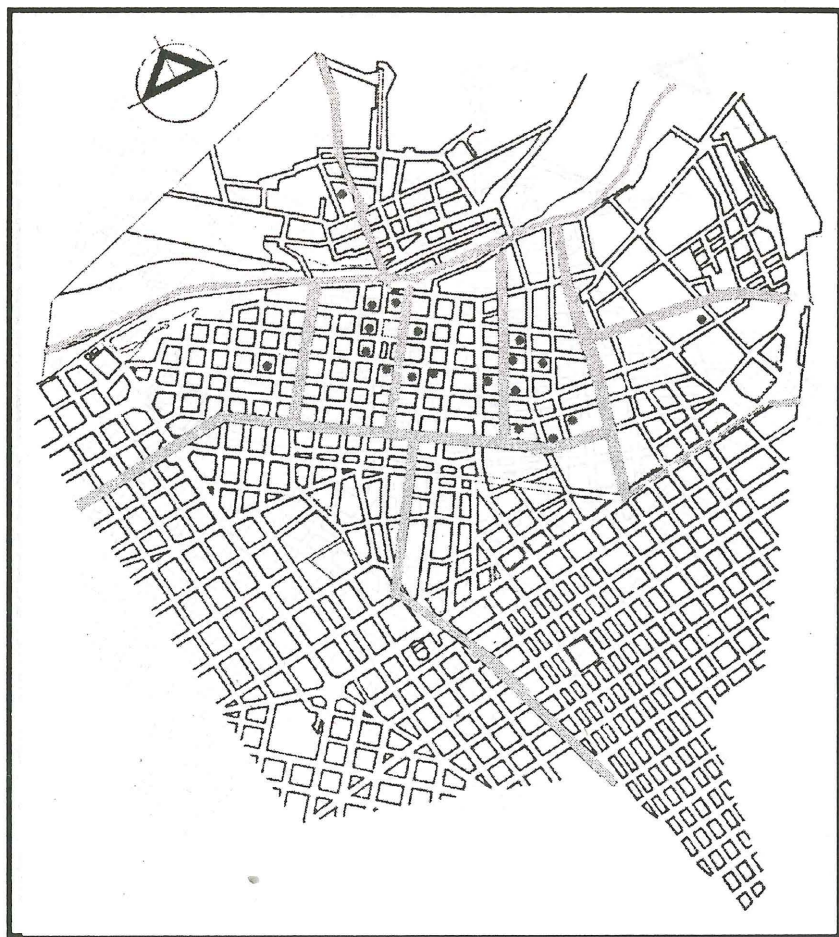
MAPA 8: SOMBRERERERÍAS



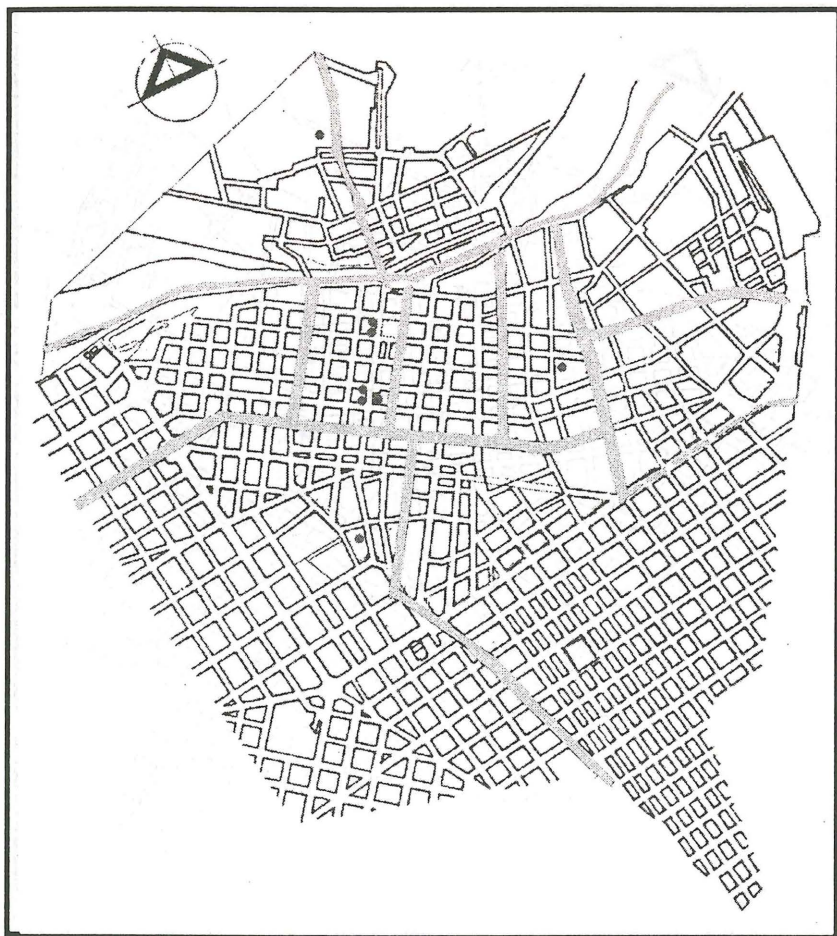
MAPA 9: PLOMERÍA Y GASFITERÍA



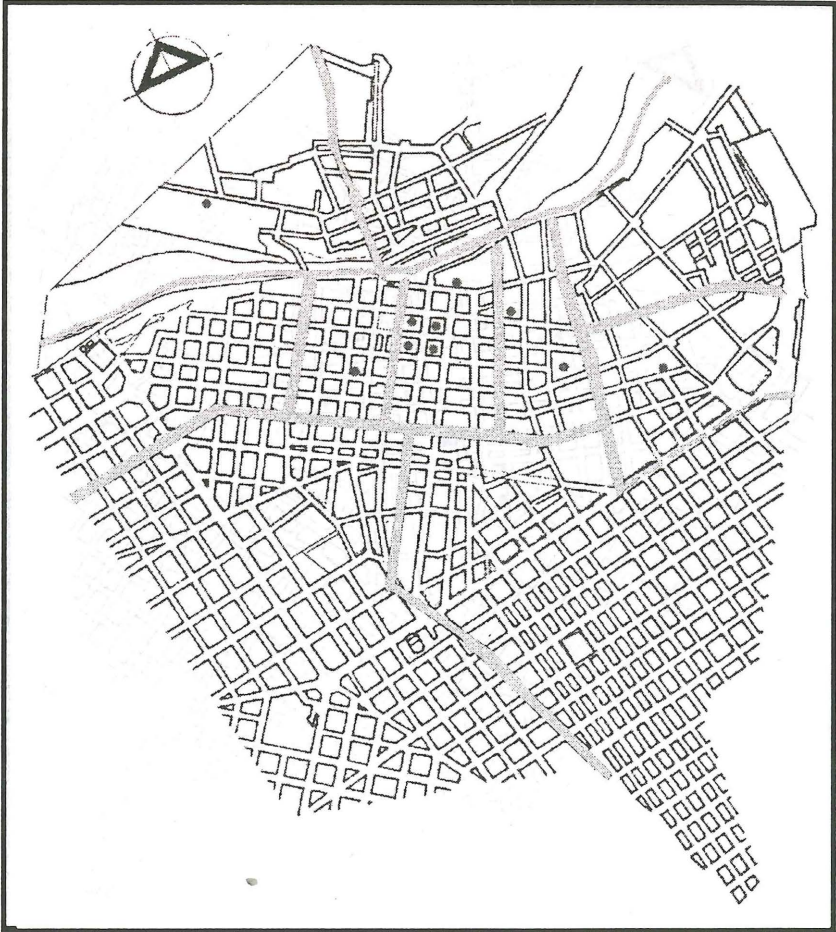
MAPA 10: RELOJERÍAS



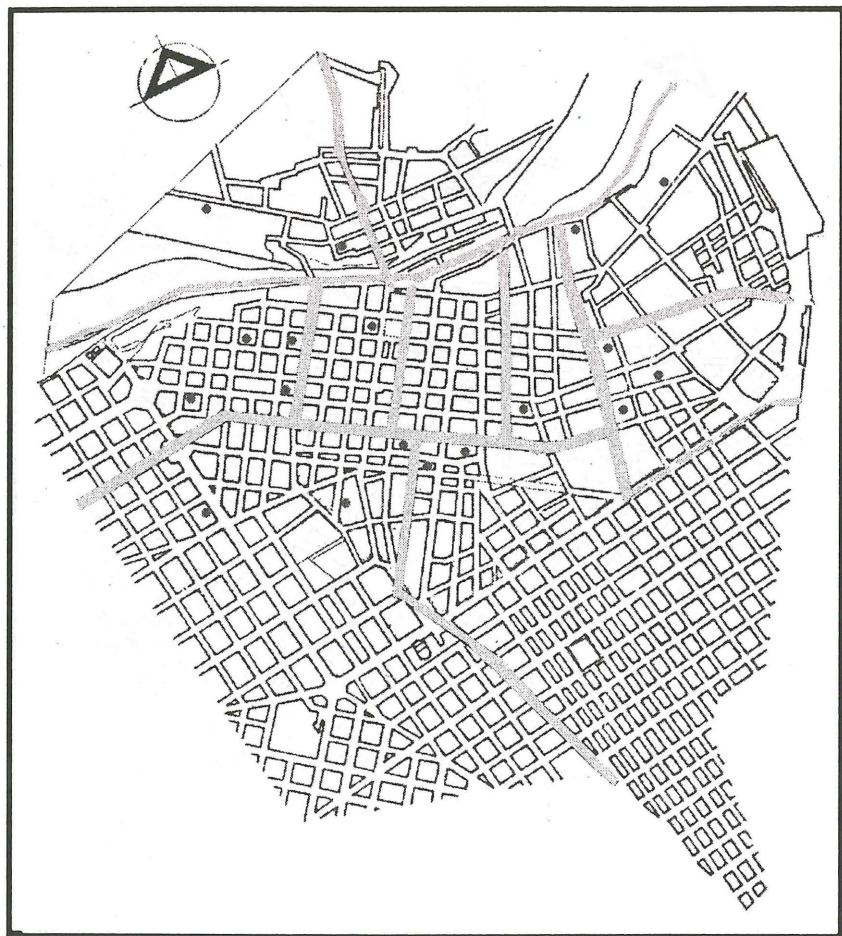
MAPA 11: CAMISERÍAS



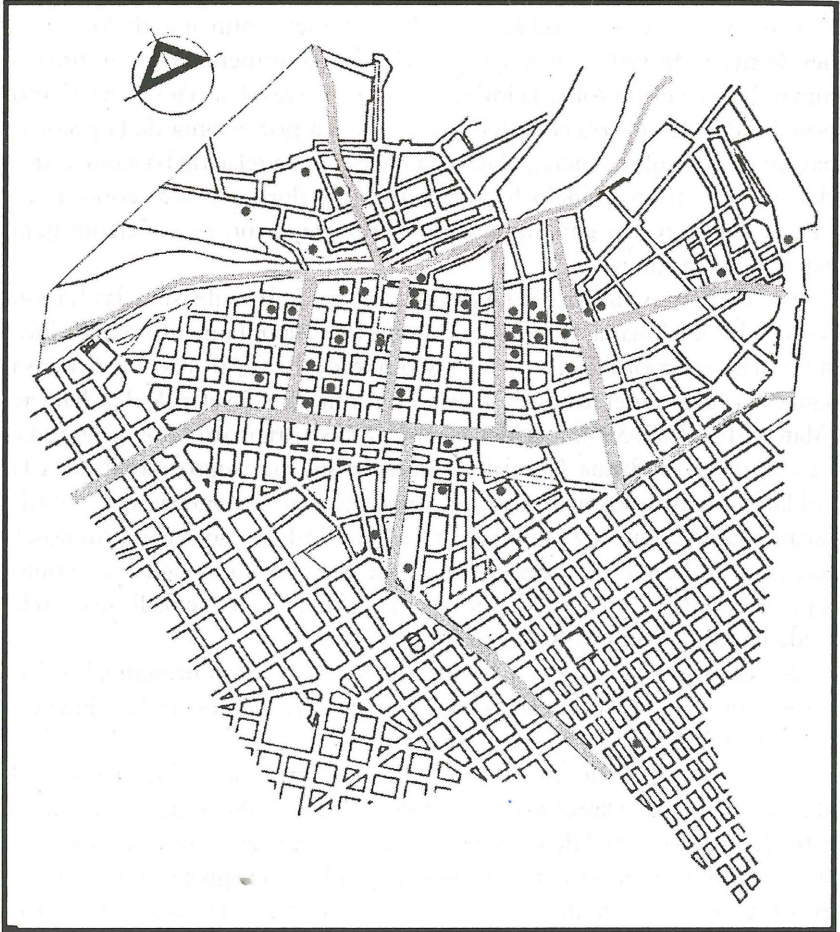
MAPA 12: COLCHONERÍAS



MAPA 13: HERRERÍAS



MAPA 14: ARTESANOS QUE PIDEN REBAJA DE PATENTE



LEGITIMIDAD TRADICIONAL

El panorama descrito ayuda a entender el carácter principal de los motines de mayo de 1909 y de mayo de 1919. En la primera fecha, un predominio de la recesión sobre la inflación dio como resultado un movimiento popular donde el problema del empleo estaba por encima de la preocupación por las subsistencias. Hay, para resumir, una relación bastante estrecha entre objetivos principales del disturbio y fluctuaciones económicas. Esta asociación, sin embargo, siendo importante no es suficiente para explicar los motines.

En 1919, movimientos a favor de la rebaja de las subsistencias fueron registrados en Huaral, donde un Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias, en coordinación con el Comité de Lima, realizó una intensa agitación cuyas repercusiones se dejaron sentir en todo el valle de Chancay (Matos Mar 1967: 366). Las luchas en Cuzco se originaron dos años atrás: en enero de 1918 una Comisión de subsistencias logró movilizar a la población contra los acaparadores de alimentos y monedas que contribuían a la incesante alza de precios, produciéndose escenas tumultuosas que dejaron heridos y muertos. El 30 de mayo del año siguiente, como repercusión de la agitación de Lima, nuevos desórdenes se realizaron en la ciudad andina (Burga y Reátegui 1981: 42).

Sin embargo, pese a que la inflación estuvo también presente, los disturbios por las subsistencias no fueron muy frecuentes en las ciudades principales del país.

La existencia de un auge exportador que resultase perjudicial para el abastecimiento de alimentos es sin duda un suceso digno de mención. La actividad fundamental de las regiones donde ocurrieron motines por subsistencias fue, en un sentido genérico, la producción agropecuaria para la exportación. En los valles de Chancay y Lima, el azúcar y algodón contribuyeron claramente a la carestía de alimentos, mientras que en el sur andino la crianza de ovejas y alpacas para la exportación de lanas causó desequilibrios con repercusiones similares en los precios de los alimentos¹⁸. El auge

¹⁸ «La coyuntura de buenos precios para las lanas produjo paralelamente una inflación general y una intensificación de la comercialización de productos agrícolas: la oca y el

agroexportador es un hecho importantísimo para comprender las revueltas por las subsistencias. Sin embargo, la economía de exportación se desarrolló también donde los motines brillaron por su ausencia.

Un problema similar se presenta al intentar explicar los motines por trabajo ocurridos en mayo de 1909. La recesión de 1907 a 1910 fue de dimensiones nacionales; en Arequipa, en 1909, había dejado sin empleo «a cerca de dos mil hombres, en su mayoría de la costa y pertenecientes a los gremios de carpinteros, ebanistas, herreros, etc.»¹⁹, sin que se conozcan escenas similares a las registradas en la ciudad de Lima. Al igual que la inflación, la recesión no es un hecho suficiente para explicar la ocurrencia de motines en este caso por trabajo.

Estas constataciones remiten más bien a considerar factores de índole extraeconómico en la generación de estos motines. Un conjunto de perspectivas tradicionales llamadas por Rudé «ideas inherentes», es decir, sistemas de valores, modelos económicos y nociones de legitimidad sancionadas por la tradición serían la base sobre la cual los individuos realizan una elección racional. Estas perspectivas tradicionales pueden estar referidas a los siguientes aspectos: la manera acostumbrada de producir bienes (por ejemplo, una prevalencia en el uso intensivo de mano de obra sobre los instrumentos de trabajo, incluyendo máquinas); al modo habitual en que se producen los alimentos (destinando una porción indispensable para estos cultivos) y al modo en que se comercializan (con una fuerte intervención municipal a fin de que se fijen precios topes). También están referidas a la presencia de extranjeros en el sector artesanal, en el mercado de trabajo y en

maíz ganaron importancia y se comenzaron a importar en cantidades considerables desde Cuzco a Chile, Estados Unidos y Bolivia. Esta extracción de productos alimenticios de la regiones agrícolas ocasionó el desabastecimiento y la carestía de Cuzco. Frente a esta situación la municipalidad de esta ciudad prohibió la venta de cereales y artículos de primera necesidad fuera del departamento». BURGA y REÁTEGUI 1981: 37.

¹⁹ *La Prensa* (I) 11/05/1909, p.1. La depresión en el Sur Andino estaba asociada a la culminación en 1907 del ciclo en alza de la compra de lanas en el mercado mundial. BURGA y REÁTEGUI 1981: 33.

el comercio de la ciudad, a una competencia que no sea «desleal» o a un acopio de alimentos que no exceda los límites del interés común.

La clave para entender estas perspectivas populares es advertir que evidencian una consideración por el trabajo y la alimentación como asuntos que, en primer lugar, tenían una estimación muy particular (manifestada en sus ideas dietéticas o en su escala de valores laboral) y, en segundo lugar, como asuntos que no podían ser tratados con fines de lucro y sin privilegiar el interés común²⁰. Estos conceptos tradicionales estaban en conflicto con los nuevos principios liberales impuestos con distinta intensidad por los gobiernos sucesivos. Contra estas perspectivas se estrellaban las innovaciones que, al amparo de tales principios, otros agentes económicos (importadores, industriales, trabajadores inmigrantes, pequeños comerciantes, acaparadores) llevaban a cabo. Y cuando estas innovaciones eran interpretadas precisamente como un hecho que además de ocasionar secuelas negativas se imponía violando las normas consuetudinarias, sobrevenía la protesta. Los artesanos que protestan con violencia en diciembre de 1858 lo hacen no por desesperación ante la grave situación en que se encontraban, sino porque, en ese año, el origen de esa situación se atribuía a las políticas de libre cambio favorables al ingreso de mercancías importadas. Épocas de grandes penurias, como los primeros años de la década de 1840, podían soportarse sin mayores agitaciones²¹.

Las protestas contra las máquinas ocurrían no porque representaban innovaciones o símbolos del progreso, se producían sólo cuando su introducción significaba la marginación de la mano de obra. En los disturbios por las subsistencias de 1919 no se lucha contra el alza en sí misma sino contra el alza originada en prácticas que no representaban la costumbre, sea la especulación o el desplazamiento de cultivos. En 1904 por ejemplo, hubo

²⁰ Sobre la dieta popular ver capítulo X; para la escala de valores laboral ver capítulo IV del presente libro.

²¹ Una de las conclusiones de la tesis de Magister de GOOTENBERG (1981) es que la ruina del artesanado fue anterior a la profusión de mercaderías importadas. Ver GOOTENBERG 1981: 78-85.

una fuerte carestía en Lima originada por causas naturales, como las malas cosechas, pero esta situación no fue acompañada de motines. En 1909, no se protesta solamente por la falta de trabajo, sino bajo el estímulo de la presencia de los chinos en el mercado laboral. En Arequipa, durante ese mismo año, la ausencia de motines coincide con la inexistencia de la competencia «desleal» de chinos en el mercado de trabajo.

En suma, cuando la crisis del trabajo o de subsistencias se atribuía a factores involuntarios, las poblaciones podían soportar la situación con estoicismo, así como sobrellevarla para tratar de evitar mayores perjuicios a través de medios legales. Por el contrario, cuando la crisis era interpretada como resultado de una violación de las normas tradicionales, los sectores populares podían reaccionar airadamente. Como dice Ted Gurr, «los hombres sienten privación con respecto a lo que ellos han aprendido a valorar y hacer». En este sentido, y sin perjuicio de que la frustración no necesariamente lleva a la violencia, y de que la violencia puede ser motivada por las expectativas de ganancia, «la cólera inducida por la frustración es una fuerza motivante que dispone a los hombres a la agresión» (Gurr 1974: 36-37).

La importancia, pero también los límites, de considerar las ideas y normas tradicionales en la explicación de la violencia, se constata observando casos más concretos y particulares. De un lado, estas normas —la violación o respeto de estas normas— ayudan a entender por qué en 1909 los sastres, por ejemplo, se mantienen pacíficos, pese a la crisis, y por qué los zapateros, panaderos, textiles o curtidores —que a diferencia de los anteriores resultaron afectados por lo que llamaban «competencia ilícita» de los asiáticos— fueron especialmente violentos. No ayuda a entender en cambio por qué la violencia contra los chinos emanaba también de grupos étnicos y laborales —como negros albañiles, carpinteros y pintores— que, como vimos en el Capítulo V, no fueron «víctimas» de la competencia de los orientales.

LA FUERZA DE LO IRRACIONAL

Como se desprende del párrafo anterior, considerar la trascendencia de las normas y principios tradicionales para explicar los motines tampoco es

suficiente. Es necesario, por lo tanto, destacar la existencia de sentimientos e ideas propiamente irracionales en aquellos grupos en los cuales las motivaciones laborales, en su conflicto con los chinos, no parecen aflorar con transparencia. La crueldad contra los chinos que se puso en manifiesto en las turbas de 1909, y sobre todo de 1919, fue insensatamente superior a las agresiones que ciertos comerciantes italianos recibieron durante los saqueos. Esta realidad parece revelar sentimientos de odio y desprecio racial, entre otros, antes que rechazo al extranjero²². No desconocemos aquí el ejercicio de la violencia como fuente de placer. Pero quizás se trate de un fenómeno subordinado al odio racial.

El desprecio hacia esta raza se remonta a mediados de siglo XIX, desde que los chinos comenzaron a llegar en masa para trabajar en la agricultura, en la extracción del guano de las islas y en la construcción de vías férreas. Los contratistas de estos hombres, los hacendados y consignatarios del guano, no estimaron al *culí* como un ser humano, digno de ser tratado como tal. Las condiciones de trabajo a las que llegó a ser sometido estuvieron por debajo de las del esclavo negro. Años después, siendo libre, fue igualmente maltratado en las ciudades, adonde fue a buscar una mejor suerte. Este trato distaba mucho del que recibieron los inmigrantes europeos, en especial los italianos. Aunque no faltaron episodios en que resultaron víctimas de injusticias y abusos de autoridad (Worral 1989: 110-125), los italianos, incluso los de más humilde condición, fueron bien recibidos por la población en su conjunto. Ya instalados, gozaron de las simpatías cotidianas.

Hay varias razones que explican estas simpatías. La más sencilla son los múltiples servicios que prestaron en los barrios populares donde establecían sus pequeños establecimientos de venta al menudeo. Las pulperías italianas, abiertas desde muy temprano hasta altas horas de la noche, se convirtieron

²² Por el contrario, el status de extranjero era digno de respeto, razón por la cual no podía ser otorgado al referirse a los inmigrantes chinos: «cuando en el Perú alguien llama extranjero a un chino, la gente se ríe. El epíteto 'extranjero' ha sido reservado para los individuos de raza blanca; los chinos y japoneses no son extranjeros, según el vocabulario popular». Dora MAYER, *La China silenciosa y elocuente*. Lima: Editorial Renovación, 1924, p. 5.

en centros de tertulias en los que al pie de pinturas italianas o de Pancho Fierro, lo más humilde de las gentes pobres comentaba los sucesos del día. Los italianos que atendían fueron «ejemplo de laboriosidad y discreción» y prestaron «facilidades a los pobres a quienes fiaba» (Gálvez 1966: 106-107). Los chinos por su parte, no fueron menos hacendosos con la gente pobre de la Capital. Los herbolarios, repartidos por toda la ciudad, eran frecuentemente requeridos, en altas horas de la noche. Muchas personas acudían a ellos para afrontar una emergencia. Y en las encomenderías —según Dora Mayer— los chinos eran conocidos por sus famosas «yapas» (Mayer 1924: 108). Los inmigrantes chinos hicieron múltiples esfuerzos por agradar al pueblo del Perú, incluso luego de que eran agredidos²³, pese a lo cual siguieron siendo odiados.

Las coincidencias culturales son otro grupo de razones que explica un mayor acercamiento de la población nativa hacia los italianos. Aunque hablaban idiomas diferentes —pero mutuamente inteligibles—, nativos e italianos tenían en común la confesión católica y una herencia cultural latina. Puede anotarse además cierta empatía psicológica, como señalaron quienes alentaban la promoción de italianos en nuestro país: «la inmigración italiana es la que más se asemeja al elemento nacional, la más tranquila, honrada y trabajadora, más simpática a las poblaciones y las autoridades y la más capaz de llevar a cabo la prosperidad del país»²⁴.

Estas afinidades fueron una especie de puente, del que por cierto carecían los asiáticos. Pero existió otro elemento que más bien sirvió de escudo para los italianos: su origen blanco, su pertenencia a un estrato racial considerado de primer orden en la jerarquía de la Lima antigua (y no sólo por los que se consideraban blancos). La sobrevaloración del blanco, mejor aún si era extranjero, fue un sentimiento que atravesó las relaciones

²³ En 1921 los comerciantes e industriales chinos damnificados en los disturbios de mayo de 1919, acordaron destinar un fondo de 4 mil libras para premiar a los alumnos pobres que hayan alcanzado los primeros puestos. Legación China, *Actas comprobatorias del pago de indemnización por la legación china de la indemnización acordada por el gobierno del Perú a los comerciantes e industriales chinos de Lima y Callao damnificados 1919*. Lima. 1921, p. 16.

²⁴ Ex Cónsul del Perú en Génova (1897) citado por BONFIGLIO 1987: 39.

humanas de la sociedad entera. Los pulperos italianos no sólo fueron valorados por los múltiples servicios que prestaban, sino además porque en muchos casos contribuyeron al «progreso racial» de nuestro pueblo: «... cuando el *bachiche* no tenía *madama*, terminaba por enamorarse de una zambita pizpireta y limpia con quien casaba, contribuyendo a mejorar la raza...» (Gálvez 1966: 106-107).

A su turno, los chinos fueron despreciados y ese desprecio fue siempre festejado por las elites políticas del país: «felizmente la criolla es por lo general hosca al chino y así la unión de éste se produce más generalmente con la india»²⁵. El producto de esa unión, el llamado injerto, nació de ese modo, «con un doble sello de inferioridad». Evitar esa unión era uno de los móviles que estimuló el apoyo a las protestas antichinas de trabajadores nativos. En 1909, por ejemplo, el diario *La Prensa* respaldó estas luchas considerando que la inmigración china no sólo compite deslealmente con el obrero peruano, sino también contribuye «...a la formación de un mestizaje horroroso que en vez de construir una selección produce una degeneración de la raza...»²⁶.

Teniendo como soporte la noción de «mejorar la raza», en Lima de principios de siglo se había estructurado, sobre los cimientos de un racismo colonial y con los aportes extraídos del positivismo, una escala de valores en la que los blancos estaban en la cúspide, mientras que los indios y chinos ocupaban el último peldaño, por debajo de mulatos, zambos e incluso negros:

Existe hoy el mulato de negro y blanco y su número es reducido. Este mulato es tal vez lo mejor que tiene la clase popular de la costa en cultura... Nuestro

²⁵ Alberto ULLOA. *La organización social y legal del trabajo en el Perú*. Lima, UNMSM, 1916, p. 23.

²⁶ *La Prensa* (M) 10/05/1908, p. 1. Periódicos obreros también dejaron a la posteridad frases duras llenas de odio y desprecio racial: «A falta de una inmigración blanca, civilizada, robusta y bella, están infectándose nuestras poblaciones y campos de una raza deforme, raquítica, viciosa, rebalse de la hez no cabe en su país». *Ilustración Obrera*, Año II, N° 81, 22/09/1917, p. 2. Una excepción fue el período anarquista *Fray K. Bezón*. Aunque con menos dureza, Mariátegui y Gonzáles Prada fueron antipatizantes de la inmigración asiática.

negro está completamente civilizado y se le puede considerar como la *gente decente* de las clases populares²⁷.

Quizás por esta consideración, mulatos, zambos y negros no vacilaron en despreciar al indio. El prejuicio de los primeros se reflejó en una serie de actitudes que evidenciaba un esfuerzo por diferenciarse de los segundos. Años después, un médico que realizó una inspección en el barrio de Malambo observó que durante las fiestas había gran derroche de aguardiente, «vino, cerveza y a veces guarapo y chinchiví, y se consumía escasa chicha pues los negros decían que esa era *bebida de cholos*»²⁸. Con relación al chino, a quien tenían más próximo, los negros podían encontrar una compensación relativa a su condición de humillado, ejerciendo contra él el mismo desprecio y maltrato que recibieron de los blancos (Cuche 1975: 102).

De lo anterior se desprende la importancia de considerar los conflictos étnicos a la hora de explicar las explosiones violentas ocurridas en Lima de principios de siglo. El racismo al interior de las propias clases populares cumplió un papel en los disturbios y aunque se evidenció más claramente en grupos laborales carentes de motivos racionales para enfrentarse a los asiáticos, su dimensión y fuerza tal vez fueron mucho más grandes.

²⁷ DÁVALOS Y LISSÓN. *La primera centuria; causas geográficas, políticas y económicas que han detenido el progreso moral y material del Perú en el primer siglo de su vida independiente*. Lima: Librería e Imprenta Gil, T. II, 1922, p. 440.

²⁸ MARQUINA. «50 casas de vecindad de la Avenida Francisco Pizarro», en Carlos Enrique PAZ SOLDÁN, *Lima y sus suburbios*. Lima, P.L. Villanueva, 1957, p. 79.

CAPÍTULO XIII

MODERNIZACIÓN VERSUS REVUELTA POPULAR

Una estimación real de la importancia de la multitud urbana en Lima no podría obtenerse sin seguirle el rastro a estas manifestaciones: la historia de cada una de ellas no terminó con su violenta represión o con una salomónica negociación. Por el contrario, el accionar de las muchedumbres ocasionó cambios importantes en la sociedad de entonces. No sólo fue el producto de un tipo de sociedad, fue al mismo tiempo un factor que originó efectos en la política y las clases sociales de entonces: incluso en la economía.

CAMBIOS DESDE ABAJO

Basta citar, para comenzar, el conflicto de los trabajadores que rechazaron la introducción de maquinaria en la fabricación de ciertos bienes. Estos conflictos, especialmente el de los cigarreros, permiten ver hasta qué punto la concepción y el accionar de las clases populares podían representar una traba para la modernización en la ciudad de Lima y más concretamente para el desarrollo del industrialismo:

Muchos años pasaron los fabricantes de Lima deseosos de implantar en sus talleres las máquinas modernas para la fabricación de cigarrillos, pero siempre encontraron resistencias para hacerlo, al extremo que algunos tuvieron que conservar en depósito las que habían importado. El gran número de operarios empleados en las fábricas, impulsados por ideas erróneas, formularon seria resistencia, encontrando en más de una ocasión apoyo en la autoridad¹.

¹ Alejandro GARLAND, *Reseña Industrial del Perú*. Lima: Imprenta La Industrial, 1905, p. 137.

Según sabemos, el funcionamiento de estas máquinas no se inició sino diez años después de la movilización de 1893. Esta fuerte presión, así como el arbitraje favorable que en aras del bienestar de las familias de los trabajadores realizaron las autoridades, tuvo repercusiones en sectores del empresariado y de esa manera representó una traba para la modernización. La pregunta no es si la oposición a las máquinas desanimó a potenciales inversionistas sino en qué magnitud logró causar este efecto.

Las consecuencias de los motines en la coyuntura y en las estructuras políticas fueron también importantes. Los motines de Mayo de 1909 no están desconectados, como se vio en un capítulo anterior, de la rebelión contra Leguía encabezada por los Piérola el 29 del mismo mes. Los conspiradores tramaron este plan convencidos de que había suficientes ánimos como para provocar una insurrección popular. Las condiciones para tal suceso siempre juegan un rol importante en la decisión de los opositores a un régimen. Tal sería la magnitud de los enfrentamientos que el reportero del diario *La Prensa*, al presenciar los acontecimientos en el barrio de Malambo, no pudo evitar compararlos con las explosiones de masas ocurridas por entonces en la Rusia zarista:

Casi no nos atrevemos a narrar lo que pasó en Malambo. Cualquier descripción resultaría pálida al lado de la realidad de los hechos. Baste decir, para hacerse una idea de lo que allí pasó, que un cuadro terrorífico de los acontecimientos de Rusia no hubiera aventajado en escenas de saqueo y lucha realizado ayer en este populoso barrio... La ira del pueblo contra los que consideraba sus degeneradores había estallado y se traducían en saqueo... La policía cargaba sobre ellos y una lluvia de piedras la hizo retroceder... La lucha llegó a hacerse tan reñida que parecía la calle una barricada de asalto... Puede decirse que la policía sólo lograba ganar terreno en el momento en que lo abandonaban sus contrarios, y esto sucedía cuando estaba saqueada la tienda asaltada².

La revuelta urbana del 9 de mayo sirvió de estímulo a los hijos de Nicolás de Piérola, quienes se habrían convencido de estar en situación de

² *La Prensa* 10/05/1909 (M) p.2.

poder convocar una masiva participación del pueblo en el derrocamiento de Leguía. Como sabemos, esta participación no se produjo. Del 9 al 29 de mayo pasaron tres semanas en las que las condiciones para una insurrección popular habían quedado marchitadas. Varios hechos, como la ley que emitió Leguía interrumpiendo la inmigración china, las disposiciones para que se ejecuten obras que suministren empleo, así como el desgaste popular luego de los actos violentos y la puesta en prisión de muchos revoltosos, explican por qué no hubo una participación masiva en respaldo de los sublevados. Pero esta conclusión podemos establecerla con posterioridad a los hechos. En mayo de 1909, y participando en los acontecimientos, no era fácil pensar de esta manera.

Los efectos de las muchedumbres sobre la estructura política se dejaron sentir con más contundencia en mayo de 1912 y mayo de 1919. En la primera fecha contribuyeron a causar la primera fisura en la República Aristocrática, al encumbrar a Guillermo Billinghurst en la Presidencia de un Gobierno que significó el cuestionamiento de la elite comercial, terrateniente y financiera en el ejercicio directo del poder político; mientras que en 1919 colaboraron a su derrumbe definitivo. En ambos casos, la participación de los sectores populares en masivas concentraciones, tumultos y destrucción de mesas de sufragio (1912), saqueo, incendios y destrucción de cañaverales (1919) fue una fuente de poder político para los principales líderes opositores (Billinghurst en 1912 y Leguía en 1919).

Otro grupo de efectos a considerar derivó del miedo que la violencia popular despertó en gobernantes y sectores altos de la sociedad. La emigración de ricos a los barrios del sur de la capital a partir de 1920 ha sido vinculada con la peligrosidad de esas clases populares con las cuales, pese a todo, tenían que convivir (Burga y Flores Galindo 1979: 14). La peligrosidad de las clases populares puede estar referida al incremento de la delincuencia, pero también resulta inevitable asociarlas a las revueltas urbanas, como la del mayo del año anterior. En esa oportunidad, las turbas habían atacado, además de establecimientos comerciales, residencias de sectores altos y símbolos del poder estatal. La violencia popular hizo cundir el pánico en las clases altas y en las clases medias vinculadas a ellas. Se convocó a una Guardia Urbana organizada por la Compañía de Bomberos «Roma» e integrada por comerciantes y empleados de las grandes

empresas. Portando rifles, doscientos miembros de la Guardia Urbana patrullaron las calles para evitar mayores desmanes³. El pánico se apoderó finalmente del Gobierno que decretó la Ley Marcial y convocó al Ejército a fin de sofocar la revuelta.

LA MULTITUD Y SUS LOGROS

Considerar el pánico de las elites dominantes es igualmente importante porque nos aproxima a otro tipo de consecuencias que dejó la expresión de las multitudes. Hasta ahora sólo hemos visto las consecuencias o efectos de tipo involuntario que las revueltas dejaron en los niveles económico y político. No se ha visto en qué medida hubo consecuencias que sí fueron buscadas de modo consciente por las muchedumbres. Esto es doblemente importante pues se ha señalado, para el caso de mayo de 1919, que la revuelta, «en términos de ganancias inmediatas, no logró nada»; se ha dicho incluso que «en las numerosas revueltas por hambre, que registra la historia, casi nunca lograron los objetivos que se habían propuesto» (Cardoso 1990: 189).

La represión no fue la única respuesta que originó el miedo de las clases dominantes ante las revueltas. En 1917, conscientes de que las explosiones de violencia «por distintos puntos de la república» se debían a la subida de los precios, los directivos de la Sociedad Nacional Agraria, el gremio de los hacendados, criticaron la situación de abandono en que se encontraban algunos terrenos para cultivo y propusieron que se dispusiera el ejercicio del trabajo libre en ellos⁴. Ese mismo año, presionados por la Junta de Subsistencias, los miembros de la Cámara de Comercio de Cuzco donaron la suma de dos mil soles por persona para formar un fondo destinado a la compra de alimentos con el fin de ser vendidos a precios bajos a los habitantes. La donación no se habría producido si los comerciantes no hubiesen experimentado temor ante posibles represalias; un

³ En su mayoría fueron comerciantes italianos y empleados de importantes compañías. Archivo de la Compañía de Bomberos Roma N° 1: Libro de «Guardia Urbana», 1919.

⁴ Ver: *La Agricultura*, N° 23, p. 338; y Año N° 30, p. 431.

representante de la Casa Ricketts que había cumplido con el pedido de los víveres populares, comentó a sus superiores:

Las solicitudes que han hecho los de la Junta a todas las Casas han sido en forma amenazante, pues se nos dijo que si las Casas no aceptaban podrían verse después comprometidas ante las iras del pueblo⁵.

Un mitin que debía realizarse en la plaza principal del Cuzco fue suspendido una vez que las furias populares fueron calmadas con el cumplimiento de los señores comerciantes. Un acontecimiento análogo ocurrió en Huaral en mayo de 1919. En esa oportunidad, la presión ejercida por un Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias local obligó a los hacendados a brindar su auspicio económico al Centro Obrero de Auxilios Mutuos que tenía por fin aliviar la situación de las clases más necesitadas⁶.

En la ciudad de Lima, desde mucho antes, la presión popular había empujado a las autoridades a preocuparse por la situación económica del pueblo. Esta tendencia, sin embargo, se acentuaba más luego de una fuerte asonada. Antes del motín de mayo de 1919 había sido dictada una serie de medidas con el fin de contribuir al abaratamiento de los alimentos. Las primeras medidas en este sentido fueron la liberación de impuestos a los artículos importados, las limitaciones a la exportación de los mismos y finalmente su prohibición. Se agregó después la reducción del precio de fertilizantes y otros productos destinados a la agricultura. Posteriormente se estableció la obligación a todos los productores de frijol del país de vender al Estado el 20 por ciento de sus cosechas. Todo ello fue acompañado de un control, cada vez más severo, de la especulación de los pequeños comerciantes. Dispositivos como estos, que fueron emitidos entre 1916 y 1918, apuntaban hacia una clara dirección: evitar la revuelta. Sin embargo, eran paliativos, que, siendo importantes, atacaban el problema superficialmente y sin perjudicar al sector agroexportador.

⁵ Ver: BURGA y REÑATEGUI 1961: 40-60.

⁶ MATOS MAR y FUENZALIDA 1976: 41

El Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias, como se vio en un capítulo anterior, exigía mayor intervención del Estado en el comercio de alimentos y una acción drástica contra la especulación, pero además, la obligación de sembrar cultivos alimenticios. De acuerdo con el Comité, las causas de la carestía derivaban básicamente de dos hechos:

...de un lado, de la falta de sembríos alimenticios y facilidades para su transporte y de otro lado de la especulación criminal en los precios que son fijados al capricho del productor sin control alguno⁷.

Tal era el diagnóstico que desde mucho tiempo atrás venían compartiendo tanto especialistas como líderes obreros y sin duda formó parte del sentido común en los comienzos del siglo XX. Sin embargo, legislar en torno a esta materia se había tornado difícil pues el Parlamento estaba dominado por hacendados o profesionales vinculados a ellos. El propio Presidente Pardo era un poderoso hacendado exportador de azúcar que fue consciente del problema aunque trasladó la responsabilidad a los productores de algodón:

En Lima, la exagerada superficie que se da al cultivo de algodón aún dentro de los terrenos más próximos a la ciudad, en los cuales se cultivan pastos, puede producir daños en el aprovisionamiento de la leche. El gobierno ha dictado algunas medidas que darán eficaz resultado, si los propietarios y conductores de los fundos vecinos siguen la actitud que han tomado los hacendados de los valles Chicama y de Huaura para estimular ciertas sementeras⁸.

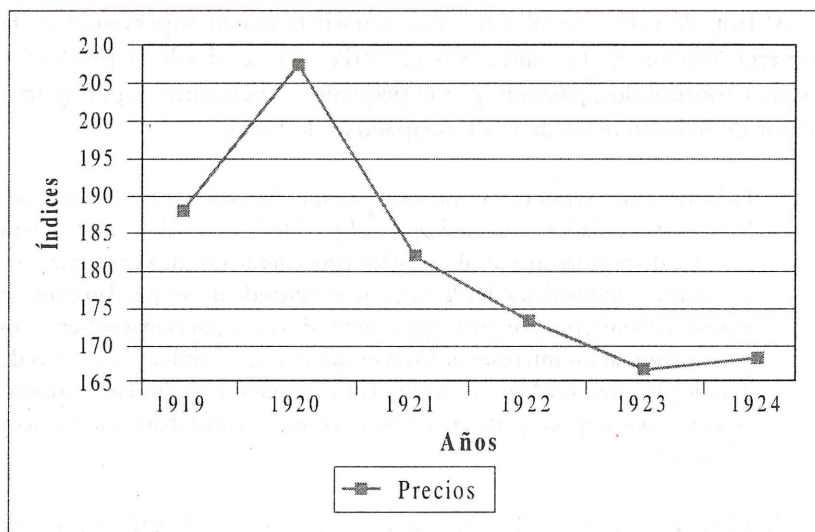
Aunque estas medidas apuntaban a incrementar la producción alimenticia, no fueron lo suficientemente exigentes con los agricultores de caña de azúcar y algodón. Un dispositivo más preciso fue expedido sólo con el nuevo gobierno de Augusto B. Leguía después del motín de mayo de 1919: la resolución del 3 de setiembre del mismo año que obligaba a los hacendados a

⁷ *La Razón*, 15/06/1919, p.1.

⁸ *El Peruano*, 20/07/1917, p. XVIII.

sembrar pan llevar y hortalizas en sus fundos en una extensión no menor del 15 por ciento. En los años que siguieron, la extensión de estos cultivos tendió a incrementarse, tendencia que también fue estimulada por la baja de los precios internacionales de los cultivos industriales⁹. El resultado fue favorable para las aspiraciones populares: los precios comenzaron a descender.

GRÁFICO 5
ÍNDICE DE PRECIOS DE ALIMENTOS
1913=100



Fuente: Perú. Dirección de Estadística: 1927: 100-101 (ver Anexo 6)

Los precios empezaron a disminuir —inaugurándose una tendencia a la baja en las dos décadas siguientes— no sólo por la ampliación de cultivos, sino porque la política impuesta por el flamante régimen de «La

⁹ Perú Ministerio de Hacienda, *Censo de Lima y Callao*, 1920. Lima, Imprenta Americana, 1920.

Patria Nueva» era de carácter proteccionista y se fundamentaba en una explicación del alza de los alimentos distinta de la que había dominado hasta meses antes y durante muchas décadas. Así, por ejemplo, con respecto al alto precio de la carne se decía que su origen radicaba en «el monopolio o coalición de los pocos industriales en ganado de beneficio». Seguidamente, el propio Leguía expedía una resolución que fijaba precios máximos de las carnes en el camal, en las carnicerías y en plaza. Señalaba también la imposición de fuertes multas para los contraventores y la expropiación del ganado por parte del Estado¹⁰.

Al lado de estas medidas hay que señalar la mayor supervisión en la comercialización de los alimentos en toda su fase: desde el productor hasta el consumidor, pasando por el pequeño comerciante. Según el Inspector de Subsistencias de la Municipalidad de Lima:

La labor realizada por esta inspección durante el mes que acaba de terminar, ha sido de verdadero beneficio para el pueblo consumidor, pues se han establecido normas inenarrables en los procedimientos de venta entre comerciantes e industriales detallistas, que aún cuando no los puedan cumplir inmediatamente, por el espíritu que domina de conseguir el mayor beneficio sin contemplar los intereses de los consumidores, sin embargo, muchas de esas disposiciones se han traducido ya en el abaratamiento de las subsistencias, en lo que respecta particularmente a la carne, el pan, la harina, la manteca y la leche¹¹.

Es obvio que no sólo el índice de precios había modificado hasta ese entonces su dirección; paralelamente, y con anterioridad, se fue hilvanando una política distinta a la vigente hasta entonces con relación a los alimentos: los agroexportadores no podían ejercer su actividad sin trabas ni restricciones, la especulación era duramente combatida y el «espíritu de mayor beneficio» no podía materializarse fácilmente sin considerar los intereses de los

¹⁰ Ver *Boletín Municipal*, No. 954, 5/2/1920, p.7149.

¹¹ Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima, Subsistencias: «Oficio del Inspector de Subsistencias al Alcalde de Lima», Lima 7/10/1922.

consumidores. Dicho de otra forma, el *modelo popular* de estado intervencionista, de alguna manera, se empezaba a poner en práctica; el liberalismo de la libre oferta y la demanda —consagrado en la constitución de 1860— comenzó a perder el paso y el sector exportador tuvo que hacer concesiones a la presión popular.

Finalmente, aunque con menor éxito, también lograron obtener ciertas ventajas relacionadas con el mercado de trabajo. Ya se ha mencionado el caso de los cigarreros quienes permitieron la introducción de máquinas sólo en la medida en que los trabajadores excedentes podían encontrar otros empleos. Y también se ha mencionado algunos efectos del motín del 9 de Mayo de 1909, coincidentes —de algún modo— con las reivindicaciones concretas de sus protagonistas: la restricción para la emigración china, el inicio de obras públicas que den cabida a jornaleros peruanos, una mayor atención de parte del gobierno al problema de la desocupación y otras medidas que fueran emitidas inmediatamente después de producida la protesta. También hubo conquistas aisladas de algunos sectores. Un ejemplo fue la reducción de inmigrantes japoneses en las panaderías de Lima que los obreros nativos impusieron a los industriales.

Pese a los costos expresados en la pérdida de vidas humanas —del lado de los amotinados, como también de los asiáticos y en menos medida de las fuerzas policiales— y en la destrucción de la propiedad pública y privada, se podría decir que estas multitudes tuvieron cierto éxito. No siempre fueron turba desenfrenada, ni furia enloquecida capitalizada por los políticos de la oligarquía. Fueron por sobre todo negociadores de sus intereses, materiales y culturales, en una sociedad en que las diversas clases luchaban básicamente para su propio beneficio.

REFLEXIONES FINALES

Como sabemos, la modernización iniciada en la década de 1890, a pesar de su mayor extensión con respecto a la experiencia de 1840-1879, no alteró sustancialmente las relaciones tradicionales básicas, ni logró encaminar al país por una senda que tuviera como eje el desarrollo industrial. Resultado de ello fue la persistencia de relaciones y jerarquías sociales básicas de la antigua sociedad junto a una realidad fundamentalmente moderna.

La ciudad de Lima expresó claramente esta dualidad. Con la modernización aparecieron nuevos barrios, tanto para ricos como para pobres, lo cual contribuyó en cierta medida a diluir la simbiosis habitacional característica de las urbes «preindustriales». Al mismo tiempo, el desarrollo fabril posibilitó la formación de un proletariado masivo a partir del cual la tendencia a la proliferación de prácticas ciudadanas se fue acentuando. Sin embargo, el clientelismo y la sumisión de contornos «preindustriales» siguieron vigentes en las primeras décadas del siglo XX, gracias en buena cuenta a la supervivencia de aquella simbiosis habitacional y de un artesanado que desarrolló relaciones de solidaridad y sumisión con los superiores.

Las prácticas vigentes en el artesanado —como la estructura jerárquica de maestros, oficiales y aprendices, con una connotación heredada de la colonia— fueron trasladadas, para beneficio de los empresarios, a los establecimientos industriales y a aquellos, como las panaderías, que de algún modo lo eran. Pero en este medio, gracias a la mayor concentración de trabajadores, a su experiencia cotidiana con el propietario, quien no era un trabajador más, como sí el artesano, y a la actividad política de los anarquistas, las relaciones de sumisión fueron paulatinamente cediendo el paso a nuevas conductas ciudadanas. ¿Significa esto que en la población, sobre todo aquella que trabajaba fuera de las fábricas, hubo solamente, y en todo instante, prácticas clientelistas de obediencia y sumisión, como señalaron autores como Stein?. La misma existencia de revueltas urbanas y sus grandes dimensiones nos dicen fácilmente lo contrario.

Sin embargo, este tipo de respuestas también es resultado de una realidad semi-moderna. Las protestas ocurridas en Lima de 1890 a 1920 (o si se quiere de 1850 a 1920) evidencian características propias de los disturbios «preindustriales» ocurridos en la Europa en los siglos XVIII y XIX (Rudé 1961, 1978; Thompsom 1974, 1977), como son: el predominio de la acción directa, una incipiente organización y alto grado de espontaneidad, un liderazgo de autoridad efímera, una composición heterogénea y, finalmente, un apego al modo tradicional en que funcionaba la comunidad, manifestado en la pretensión de restablecer derechos perdidos: por ello también se les califica de reactivos (Tilly 1978). No obstante que ponen en cuestión la idea de masas sumisas en busca de protección, estos conflictos son de tipo tradicional, pues apelan a la tradición y no al derecho moderno.

Las revueltas urbanas ocurridas en Lima entre 1890 y 1920 son la expresión típica de una realidad en transición, es decir, de una sociedad que atraviesa por fases iniciales de modernización. Pero, como hemos visto, estos motines de alguna manera fueron un factor que modificó la realidad que los había producido.

Sin evitar la calificación de malvadas para muchas de las agresiones de las turbas, es preciso señalar que esos conflictos dejaron efectos para la modernización económica (como la oposición a las máquinas, por ejemplo) y de algún modo comprometieron los intereses de la elite oligárquica. No faltaron hechos importantes en la política causados indirectamente por esas multitudes, como la caída de la llamada República Aristocrática, además de los cambios en los patrones urbanísticos que precipitaron el alejamiento de las clases altas de la Lima antigua. Pero también lograron sus propios objetivos. En 1893 y en los comienzos del siglo XX los cigarreros lograban detener los despidos masivos al conseguir la incorporación paulatina de maquinaria. En 1909, las turbas de amotinados obtuvieron la restricción del ingreso de la fuerza laboral foránea y el inicio de obras públicas que se convirtieron en fuentes de trabajo. Sólo en forma equívoca se puede concluir que las muchedumbres de mayo de 1919 no lograron nada desde el punto de vista de sus reivindicaciones. Ganaron —y en proporción considerable— al obtener la baja de los precios y al originar dispositivos del gobierno en materias de agricultura y alimentación. Por lo mismo, estos motines pueden

Reflexiones finales

ser denominados *revueltas urbanas por un nuevo pacto*. En general, entre 1890 y 1920 las multitudes lograron modificaciones para su propio beneficio al obtener una mayor atención de parte del Estado para el problema del empleo y el de las subsistencias

Podemos concluir que, para bien o para mal, la sociedad limeña de principios del siglo XX no sólo fue un producto moldeado desde arriba: muchos cambios y algunos hitos importantes de su historia fueron promovidos desde abajo.

Además es posible establecer que en los cambios logrados se encuentran los atisbos del Estado populista y allí se pueden hallar las raíces históricas y sociales de las ofertas programáticas de los principales movimientos políticos del siglo XX —como el Apra, la Democracia Cristiana-PPC, Acción Popular y las izquierdas— que fueron básicamente urbanos y manifestaron preocupación por las subsistencias y el trabajo. De hecho, si esas revueltas resultan importantes para el historiador no es porque su represión llenó los obituarios, sino porque inauguraron cambios y porque a través de ellas es posible observar la existencia de conflictos, ideas, percepciones, formas de conducta, que habitualmente han permanecido ocultas y que tienen relación con el tema de la modernización y del buen gobierno en el Perú.

* * *

Una segunda reflexión gira en torno a los debates teóricos respecto de la violencia colectiva. Para comenzar, asumimos la importancia y las limitaciones de los análisis económico-coyunturalistas, al estilo de Martínez de la Torre (1927) o de Labrousse (1974), para entender los estallidos de protesta encaminados a obtener del Estado una mayor atención a los problemas del empleo y de la subida de los precios de los alimentos.

De hecho, un predominio de la recesión sobre la inflación en 1909 y una menor recesión pero con inflación galopante en 1919 ayudan a explicar por qué en la primera fecha la motivación por controlar el mercado de trabajo fue central, y, por qué en la otra fue dominante el asunto de las subsistencias. Pero estas coyunturas económicas, pese a que tuvieron dimensiones nacionales, no explican por qué en la mayoría de ciudades del país los motines por trabajo y por subsistencias brillaron por su ausencia.

Desde una perspectiva analítica, los panaderos, zapateros, curtidores y textiles que participaron en los actos violentos de mayo 1909, al pertenecer a gremios afectados por la competencia asiática, podían esperar del gobierno medidas concretas para reducir el flujo de la inmigración china. Y sin la menor duda, quienes integraron las multitudes de mayo de 1919 estaban fuertemente estimulados por la expectativa del control de la inflación. Esto parece claro; sin embargo, se presentan algunos problemas. Uno de ellos plantea por qué no se abstienen de participar en los actos violentos.

Siguiendo a los teóricos de la acción colectiva (Olson 1992) se puede analizar estas revueltas desde el punto de vista de la no participación en el conflicto (la paradoja del *free rider*), ya que asumiendo que los individuos son egoístas y que evalúan los costos y los beneficios, lo racional sería que no participaran y que esperaran gozar después del probable beneficio. Por cierto, en 1909 y en 1919 es importante tener en cuenta la posibilidad de obtener un beneficio seguro e inmediato mediante el saqueo de alimentos y otros bienes, como se vio en los capítulos VII y XI. Este sería un fuerte incentivo para ciertos individuos. Pero también hay que recordar que las incursiones tumultuarias no siempre culminaron con el saqueo: en muchas oportunidades las turbas destruyeron los enseres y la mercadería. Ahora bien, se trate de gente que actuó movida por un incentivo positivo inmediato o de gente que actuó sin él, debe tomarse en cuenta que los probables costos ya eran conocidos puesto que el encarcelamiento, las lesiones graves y las muertes eran frecuentes desde fines de la década de 1890. El tamaño relativamente pequeño de los diversos grupos que conformaban las turbas explica en parte la acción colectiva. En el motín de 1919, los dirigentes y agremiados de los sindicatos textiles y de panaderías —donde la existencia de sanciones morales tenía larga tradición—, asumieron el liderazgo a nivel general y a veces a nivel local. Y no hay que descartar la existencia de estas mismas sanciones —incentivos negativos— en comunidades más pequeñas como el barrio.

La segunda dificultad de la solución típica al problema del *free rider* —la existencia de incentivos positivos y negativos— se pone en evidencia cuando notamos que en los enfrentamientos con los chinos participan individuos que pertenecen a comunidades que carecen de motivos

racionales en los que poder fundamentar su animadversión hacia los orientales. En mayo de 1909, albañiles, pintores y carpinteros podían tener razones para protestar contra el gobierno, pero no tenían motivos racionales para enfrentarse a los chinos. No obstante, lejos de abstenerse de participar, engrosaron la lista de agresores de los chinos. Por el contrario, los sastres, pese a que también sufrían las consecuencias de la recesión, se mantuvieron pacíficos. Argumentar aquí la apropiación ilícita no es suficiente, pues, como vimos, las agresiones verbales y físicas se realizaban al margen de la posibilidad del saqueo.

Las explicaciones culturalistas, que enfatizan la violación del modo tradicional en que funcionaban la producción y el comercio, ayudan a entender por qué en unas zonas geográficas se produjeron motines por trabajo y por subsistencias y por qué en otras no, y por qué algunas comunidades, como la de sastres por ejemplo, se mantienen pacíficas, mientras que otras, como la de panaderos, son crueles con los chinos. Hay una justificación para el ejercicio de la violencia que se puede expresar en la denuncia a la «competencia desleal» o en los reclamos contra «la acaparación», el exceso del cultivos industriales u otro similar. Hay una percepción subjetiva, basada en códigos culturales, de lo justo y de lo injusto («economía moral»), que es perfectamente compatible, como vimos en el capítulo XII, con aquel factor que enfatiza la teoría de la Privación Relativa de Ted Gur, a saber, una frustración que deviene violenta luego de que los individuos constatan que existe un desnivel entre lo que reciben y lo que creen merecer. Ambas aproximaciones difieren de la teoría de la elección racional puesto que, según ellas, no son las expectativas en los resultados posteriores lo que origina la violencia, sino la privación en sí misma o la violación de normas tradicionales.

Sin embargo, el análisis de los factores no racionales no parece agotarse con esta conclusión. Además de normas tradicionales, de consideraciones acerca de lo justo y de lo injusto, existe otro tipo de hábitos, más cotidianos, expresados en el mantenimiento de la estructura de la dieta popular o en la valoración de ciertos empleos. Pese a que no puede negarse el vínculo entre estos hábitos y las protestas —puesto que finalmente no era por hambre que se movilizaban sino en defensa de su modo de alimentación y

su modo de trabajar— este vínculo parece más inconsciente. En este nivel existen otras motivaciones. Tanto en los grupos que no tenían justificaciones como en los que sí las tenían —en el sentido de los culturalistas, «competencia desleal», por ejemplo— había causas más ocultas para ejercer la violencia contra los orientales. El odio racial puede ser una de ellas, un odio que volcaría sobre el asiático todo el odio recibido de algunos blancos. Pero aquí sólo caben conjeturas, a las que podemos arribar por caminos oblicuos, es decir, detectando la existencia de esta clase de sentimientos con relación a los chinos, aunque para otras circunstancias.

Finalmente, debemos señalar que los enfoques económico-coyunturalistas, a diferencia de los culturalistas, sólo ven una relación mecánica entre situación económica y protesta (una visión *espasmódica*, como diría Thompsom criticando esta corriente), pero se emparentan ambas, diferenciándose de la teoría de la elección racional, en el hecho que sólo explican los fenómenos sin contemplar las expectativas racionales de quienes protestan.

Los énfasis de los culturalistas (no olvidar los valores), como de los teóricos de la privación relativa (recordar los sentimientos), constituyen argumentos válidos para entender los movimientos sociales y en particular las acciones colectivas (como las de Lima antigua) de una realidad con escaso grado de modernización. Las perspectivas que abordan el lado irracional de la violencia son urgentes cuando algunos aspectos de la realidad no pueden ser explicados por las anteriores teorías. Empero, su aplicación resulta problemática en el análisis histórico, aunque no imposible.

Se puede decir, para concluir, que al menos en lo que se refiere a una realidad urbana en transición de lo tradicional a lo moderno hay teorías, como la elección racional, cuya aplicación, siendo pertinente sin duda alguna, no se ajusta a su objeto de estudio, de la misma forma que podría hacerlo al examinar una realidad moderna. En este último caso, la individuación es más precisa (y aún así otros seguirán relativizando su pertinencia argumentando con justicia la imposibilidad de un individuo puramente racional). Se hace necesario, pues, el empleo simultáneo de diversos enfoques y teorías.

ANEXOS

ANEXO 1

TRABAJADORES POR TALLER EN LIMA

Trabajadores	1869	1887	1908	1920
Modas y costuras	76	54	195	244
Sastrerías	12	7	13	10
Carpintería y ebanistería	28	22	40	44
Herrería	6	6	14	19

Cifra correspondiente sólo a la ciudad

Fuentes: Censos de población (Perú: 1879, 1915 y 1927); contribuciones 1869 *Guía Comercial de Lima para 1887* y Ministerio de Hacienda y Comercio: «Matrícula de patentes e industrial.»

ANEXO 2

CULTIVOS EN LOS VALLES DE LIMA (FANEGADAS): 1903-1907

VALLE	# FUNDOS	EXTENSIÓN TOTAL	EXTENSION CULTIVADA	%	CAÑA	%	ALGODÓN	%
Ate Alto	19	909	658	72.4	235	35.7	33	5
Ate Bajo	27	1281	953.5	74.4	329.5	34.6	118	12.4
Bocanegra	12	1242	464.8	37.4	144	31	5	1.1
Carabaylo	61	3513.6	1773.2	50.5	1122.5	63.3	74	4.2
Huatica	13	388.5	263	67.7	0	0	3	1.1
La Legua	17	144.1	134.1	93.1	0	0	0	0
Lurigancho	21	1353.6	821.8	60.7	225	27.4	85.5	10.4
Lurin	106	125.5	97.8	77.9	1	1.02	0	0
Magdalena	43	811.6	660.3	81.4	10	1.5	20	3
Pachacamac	109	967.1	286.1	29.6	0	0	31.3	10.9
Piedra Liza	38	429.5	283	65.9	0	0	0	0
Surco	81	1539.5	900.3	58.5	42	4.7	28	3.1
TOTALES	547	12705	7295.9	57.4	2109	28.9	397.8	5.5

Fuente: Junta Departamental de Lima «Predios Rústicos 1903-1907», Tomos 1 y 2 (AHML).

ANEXO 2 (CONTINUACIÓN)
CULTIVOS EN LOS VALLES DE LIMA (FANEGADAS): 1903-1907

VALLE	CAÑA+ ALGODÓN	%	PAN LLEVAR	%	FRUTALES Y OTROS	%	GRAMALOTE Y OTROS	%
Ate Alto	268	40.7	23.5	3.6	13	2	353.5	53.7
Ate Bajo	447.5	46.9	24.5	2.6	19.5	2	462	48.5
Bocanegra	149	32.1	112.8	24.3	54.5	11.7	148.3	31.9
Carabaylo	1196.5	67.5	94.8	5.3	13.3	0.8	468.1	26.4
Huatica	3	1.1	52.8	20.1	7	2.7	200.3	76.2
La Legua	0	0	28.5	21.3	8	6	97.6	72.8
Lurigancho	310.5	37.8	80.5	9.8	7.3	0.9	423.5	51.5
Lurin	1.02	1	38.9	39.8	6.7	6.9	51.4	52.6
Magdalena	30	4.5	157.3	23.8	46.5	7	426.3	64.6
Pachacamac	31.3	10.9	125.3	43.8	21.8	7.6	107.8	37.7
Piedra Liza	0	0	41.4	14.6	82.1	29	159.5	56.4
Surco	70	7.8	161.1	17.9	111.8	12.4	557.4	61.9
TOTALES	2506.8	34.4	941.4	12.9	391.5	5.4	3455.7	47.4

Fuente: Junta Departamental de Lima «Predios Rústicos 1903-1907», Tomos 1 y 2 (AHML).

ANEXO 3
CULTIVOS EN LOS VALLES DE LIMA (FANEGADAS): 1913-1917

VALLE	# FUNDOS	EXTENSIÓN TOTAL	EXTENSIÓN CULTIVADA	%	CAÑA	%	ALGODÓN	%
Ate Alto	18	1088.5	980.5	90.1	145	14.8	124.7	12.7
Ate Bajo	16	1127	864.6	76.7	230	26.6	70	8.1
Bocanegra	21	1278.3	687.3	53.8	191.7	27.9	66.7	9.7
Carabayllo	41	4161	1904.3	45.8	1195.5	62.8	67	3.5
Huatica	10	485	321.5	66.3	0	0	0	0
La Legua	17	299.8	225	75.1	0	0	0	0
Lurigancho	19	1287.5	780	60.6	220	28.2	81	10.4
Lurin	32	947.8	185	19.5	0	0	10	5.4
Magdalena	30	591.6	396.3	66.9	0	0	0	0
Pachacamac	11	1173	294	25.1	0	0	10	3.4
Piedra Liza	27	364.5	197	54	0	0	0	0
Surco	41	1404	970.5	69.1	0	0	102	10.5
TOTALES	283	14208	7806	54.9	1982.2	25.4	531.4	6.8

Fuente: Junta Departamental de Lima «Predios Rústicos 1913-1917», Tomo 15 (AHML).

ANEXO 3 (CONTINUACIÓN)
CULTIVOS EN LOS VALLES DE LIMA (FANEGADAS): 1913-1917

VALLE	CAÑA+ ALGODÓN	%	PAN LLEVAR	%	FRUTALES Y OTROS	%	GRAMALOTE Y OTROS	%
Ate Alto	269.7	27.5	320.7	32.7	16.5	1.7	373.6	38.1
Ate Bajo	300	34.7	39.1	4.5	11	1.3	514.5	59.5
Bocanegra	258.4	37.6	63.5	9.2	74.8	10.9	290.6	42.3
Carabaylo	1262.5	66.3	84	4.4	45	2.4	512.8	26.9
Huatica	0	0	20	6.2	4	1.2	297.5	92.5
La Legua	0	0	12.8	5.7	20.3	9	192	85.3
Lurigancho	301	38.6	83	10.6	7	0.9	389	49.8
Lurin	10	5.4	25	13.5	1	0.5	149	80.5
Magdalena	0	0	39.5	9.9	62	15.6	294.8	74.4
Pachacamac	10	3.4	236	80.2	0	0	48	16.3
Piedra Liza	0	0	22.5	11.4	68.5	34.8	106	53.8
Surco	102	10.5	96	9.9	99	10.2	673.5	69.4
TOTALES	2513.6	32.2	1042.1	13.3	409.1	5.2	3841.3	49.2

Fuente: Junta Departamental de Lima «Predios Rústicos 1913-1917», Tomo 15 (AHML).

ANEXO 4
CULTIVOS EN LOS VALLES DE LIMA (FANEGADAS): 1918-1922

VALLE	# FUNDOS	EXTENSION TOTAL	EXTENSION CULTIVADA	%	CAÑA	%	ALGODÓN	%
Ate Alto	16	748	643.5	86	170	26.4	170.5	26.5
Ate Bajo	27	1172.3	926.2	79	229	24.7	342	36.9
Bocanegra	19	1321	998	75.6	200	20	393	39.4
Carabaylo	54	3131.3	2553.8	81.6	1332.5	52.2	476	18.6
Huatica	12	450	404.5	89.9	0	0	73	18.1
La Legua	12	415.1	382.1	92.1	0	0	12.5	3.3
Lurigancho	23	1332	1177.5	88.4	366	31.1	316	26.8
Lurin	131	907.1	584.1	64.4	0.25	0.04	246.6	42.2
Magdalena	31	425.5	362.5	85.2	0	0	8.5	2.3
Pachacamac	183	985.5	501.9	50.9	0	0	176.7	35.2
Piedra Liza	30	345.5	328.5	95.1	0	0	86	26.2
Surco	171	2003	1615.1	80.6	50	3.1	517.8	32.1
TOTALES	709	13236.3	10477.7	79.2	2347.8	22.4	2818.6	26.9

Fuente: Junta Departamental de Lima - Sección Contribuciones: «Predios Rústicos (Lima Rústica) 1918-1922», Libro 14, AGN.

ANEXO 4 (CONTINUACIÓN)
CULTIVOS EN LOS VALLES DE LIMA (FANEAGADAS): 1918-1922

VALLE	CAÑA+ ALGODÓN	%	PAN LLEVAR	%	FRUTALES Y OTROS	%	GRAMALOTE Y OTROS	%
Ate Alto	340.5	52.9	28	4.4	17	2.6	258	40.1
Ate Bajo	571	61.6	75.7	8.2	13	1.4	266.5	28.8
Bocanegra	593	59.4	118.3	11.9	26	2.6	260.8	26.1
Carabayllo	1808.5	70.8	184.8	7.2	17	0.7	543.5	21.3
Huatica	73	18.1	63.5	15.7	5	1.2	263	65
La Legua	12.5	3.3	39.6	10.4	29.5	7.7	300.5	78.6
Lurigancho	682	57.9	89.5	7.6	9	0.8	397	33.7
Lurin	246.9	42.3	140.4	24	5	0.9	191.8	32.8
Magdalena	8.5	2.3	55	15.2	76.5	21.1	222.5	61.4
Pachacamac	176.7	35.2	174.9	34.8	75.3	15	76	15.1
Piedra Liza	86	26.2	51	15.5	74.5	22.7	117	35.6
Surco	567.8	35.2	109.3	6.8	137	8.5	801	49.6
TOTALES	5166.4	49.3	1130	10.8	484.8	4.6	3697.6	35.3

Fuente: Junta Departamental de Lima - Sección Contribuciones: «Predios Rústicos (Lima Rústica) 1918-1922», Libro 14, AGN.

ANEXO 5-A
SUELDOS Y SALARIOS EN LIMA
JORNALES PARA OPERARIOS ADULTOS EN FÁBRICAS Y TALLERES

OFICIOS	1898^a	1908^b	1911^c	1918^d	1919^e
albañiles	3.00		2.90	2.00	
biscocheros		3.00			
brequeros		2.25			
carpinteros	3.50	3.40	1.46		
curtidores			2.60		
herrerros			2.75		
panaderos		2.00			
peones	1.60	1.35	1.20		
sastres			3.25	1.75	
sastres-maestro					4.50
tapiceros			3.00		
típógrafos			3.50		
tejedores			2.40	3.50	
zapateros			2.75		
maquinista	1.20		4.00	1.30	
mecánico	2.60	6.50			
«obreros»	0.75				2.70
operador fábrica lana				3.50	
operador fab. algodón					3.00
costureras					1.00
bordadoras					1.00
operador en su dom.					3.50

Fuente: a) Concejo Provincial de Lima. *Memoria de la Administración Municipal*. Lima, 1898. El Nacional, 27/07/98; p. 1; *El Artesano*, 15/06/1898, p.1;
 b) Cisneros 1908: 17;
 c) Cisneros 1911: 197;
 d) Lavallo 1918; 533; Concejo Provincial 1918; Jiménez 1922: 23;
 e) Martínez de la Torre 1949: 21-22.

ANEXO 5-B
SUELDOS Y SALARIOS EN LIMA
JORNAL DIARIO DE LOS PEONES, POR VALLES

VALLES	HOMBRES		MUJERES		NIÑOS	
	Mayor	Menor	Mayor	Menor	Mayor	Menor
	S.	S.	S.	S.	S.	S.
Ate Alto	3.00	2.50	1.60	1.00	1.80	1.00
Ate Bajo	3.00	2.00	2.00	1.20	1.20	1.00
Bocanegra	2.50	2.00	1.40	1.00	1.20	0.80
Carabaylo Alto	3.00	2.00	1.60	1.20	1.80	1.00
Carabaylo Bajo	2.80	2.00	1.80	1.20	1.50	0.80
La Legua	3.00	2.00	1.65	1.00	---	1.20
Lurigancho Alto	3.00	2.00	1.50	1.20	1.80	1.00
Lurigancho Bajo	2.50	2.00	2.00	0.90	1.50	1.20
Lurín	3.00	1.60	2.00	1.20	2.00	1.00
Magdalena	3.00	2.00	1.60	1.20	1.20	1.00
Miraflores	3.00	2.00	2.50	1.00	1.80	1.00
Pachacámac	---	2.00	1.60	1.50	1.00	0.80
San Miguel	---	2.50	1.40	1.20	---	---
Surco	3.00	2.00	1.80	1.50	1.50	1.00
La Legua	2.50	2.00	1.60	1.20	1.20	0.50
En todos los valles	3.00	1.60	2.50	0.90	2.00	0.50

ANEXO 5-C
SUELDOS Y SALARIOS EN LIMA
JORNAL QUE GANAN LOS NIÑOS EN 1918

OPERARIOS - CENTRO LABORAL	S/.
Hilanderos aprendiz	0.60
Hilandero	1.10
Operario en fábrica de velas y aceite	1.00
Aprendiz en fábrica de velas y aceite	0.60
Hilandero	0.60
Ayudantes de carpintero en Fab.de camisetas de	1.20
Aprendices Fab. de jabón y velas	1.00
Aprendices Fab. de Madera	1.20
Aprendices Fab. Galletas Field	0.60
Aprendices Fab. caramelos Fernando Canseco	1.00
Aprendices Fab. de tejidos El INKA	0.80
Aprendices Fab. de Muebles Díaz Alva	0.50
Aprendices Imp. y Lib. San Martín y Cia.	1.00
Aprendices de sombrerero en Fab. FENIX	1.00
Aprendices Imp y Lit. CARLOS FABRI	1.00
Aprendices en Fab. de	0.80

Fuente: Lavalle 1918 a: 242-259.

ANEXO 5-D
SUELDOS Y SALARIOS EN LIMA
JORNALES DE MUJERES EN 1918

TRABAJADORAS - CENTRO LABORAL	S/.
Devanadoras A en Fab. La Victoria	1.42
Devanadoras B en Fab. La Victoria	0.71
Tejedoras A en Fab. La Victoria	2.57
Tejedoras B en Fab. La Victoria	1.42
Costureras A en Oechsle	1.42
Costureras B en Oechsle	0.71
Obreras en Fab. de camisetas Monserrate	0.90
Aprendices en fábrica de galletas FIELD	0.80
Obreras	1.20
Devanadoras	0.60
Ayudantes en Fab. de velas Radium	0.80
Costureras A en Fab del	2.00
Costureras B en Fab del	1.00
Obreras B en Fab. de Tejidos La Bellavista	0.60
Obreras A en Fab. de Tejidos La Bellavista	2.70
Obrera A en Fab. de Tejidos Santa Catalina	2.50
Obrera B en Fab. de Tejidos Santa Catalina	1.30

Fuente: Lavalle 1918a: 242-259.

ANEXO 6

PRECIOS DE LOS ALIMENTOS EN LIMA 1913-1924

ARTÍCULOS	U. Med	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923	1924
		S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C	S.C
Aceite comest.	K.	065	065	080	085	090	106	124	128	087	070	066	087
Arroz corriente	K.	020	022	020	025	035	034	033	051	041	039	036	038
Carne (vaca)	K.	070	070	075	073	083	105	140	135	121	122	117	120
Carne (carnero)	K.	060	060	065	065	080	095	120	110	103	105	106	103
Carne (cerdo)	K.	085	090	100	115	150	180	210	200	225	213	225	225
Fideos	K.	030	033	038	038	044	046	054	061	062	060	049	048
Frijoles	K.	020	022	020	018	026	026	034	034	020	021	028	029
Harina de trigo	K.	017	022	026	028	032	034	036	038	037	034	032	031
Leche de Vaca	L.	030	032	035	040	040	045	050	055	055	050	050	050
Leche evapor.	Lata	025	028	030	034	042	040	040	042	046	042	035	033
Maíz	K.	009	013	015	016	018	017	022	021	017	015	015	019
Manteca	K.	061	074	074	080	136	148	163	164	138	132	115	116
Papas	K.	012	012	010	012	017	023	019	021	017	016	017	017
Pan	K.	028'6	028'6	031'3	033'3	035'7	040	044'4	062'5	053'6	048'6	044'4	045'3

- (1) Hasta el año 1924, la marca «T», y desde 1925 la blanca, cuyo precio medio en 1913 fue de 17 centavos.

Fuente: República del Perú, *Extracto Estadístico del Perú*, Lima, Imp. La Opinión Nacional, 1927, pp. 100.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CONSULTADAS

I) FUENTES MANUSCRITAS

Archivo General de la Nación

- Contribuciones: «Libro de matrícula de patentes de la Ciudad de Lima. 1869».
- Ministerio del Interior: «Prefectura de Lima», legajos de los años 1884-1920.
- Ministerio de Economía y Finanzas: Junta Departamental de Lima- Sección Contribuciones: «Libro de Predios Rústicos (Lima Rústica) 1918-1922», libro 14.

Archivo de la Federación de Obreros Panaderos «Estrella del Perú»

- «Libro de Actas 1914-1916».

Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima

- «Prefecturas. 1911».
- «Subsistencias y trabajo de mujeres y niños 1910-1938».
- Junta Departamental de Lima: «Predios Rústicos 1903-1907», Tomos 1 y 2.
- Junta Departamental de Lima. «Predios Rústicos 1913-1917», Tomo 15.

Archivo de la Compañía de Bomberos «Cosmopolita».

- «Libro de correspondencia. 1919».

Archivo de la Compañía de Bomberos «Roma I».

- «Libro de Guardia Urbana 1919».

Centro de Documentación de la Facultad de CCSS de la PUCP
– «Libro de sesiones de la sociedad Unificación Proletaria de Santa Catalina».

II) LIBROS, TESIS Y ARTÍCULOS

AGUILAR, Rudoro

1909 *La alimentación del soldado peruano*. Lima, Tesis de Bachiller en Medicina, UNMSM.

AGUIRRE, Carlos

1990 «Disciplina, castigo y control social. Estudio sobre conductas sociales y mecanismos punitivos. Lima 1821-1868». Lima, Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional Federico Villarreal.

1993 *Agentes de su propia libertad*. Lima, PUCP.

AKERMAN, Johan

1962 *Estructura y ciclos económicos*. Madrid, Ediciones Aguilar.

ANDERSON, Perry

1979 *El Estado Absolutista*. Madrid, Siglo XXI.

ARONA, Juan de

1971 *La Inmigración en el Perú [1891]*. Lima, Imprenta Enrique Lulli.

ARRUZ, Oscar

1906 *Las Razas China e India en el Perú*. Callao, Imprenta «El Callao».

1923 «Causas y significación del encarecimiento de la vida en Lima», en *La Prensa* 12 de diciembre.

1927 «Causas agropecuaria de las provincias de Lima y Callao». Lima.

ASHTON, T.S.

1959 *La Revolución Industrial*. México, FCE.

Bibliografía y Fuentes consultadas

BARBA, Carlos

1976 «Las luchas obreras de 1919», en Lecaros, Fernando, *Visión de las Ciencias Histórico Sociales*. Lima, Retablo de Papel Ediciones. pp. 281-330.

BASADRE, Jorge

1983 *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Lima, Séptima Edición, Editorial Universitaria.

BLANCHARD, Peter

1977 «A populist Precursor: Guillermo Billinghurst». *Journal of Latin American Studies*. Vol. 9. pp. 251-273.

1979 «Asian inmigrants in Perú, 1899-1923». En: *Norte/Sur: Journal of Latin American Studies*. Vol. IV, N°7, pp. 6076.

1982 *The origins of the peruvian labor movement 1883-1919*. Pittsburg: University of Pittsburg Prees.

BOLAÑA BEHR, Carlos

1980 «Tariff Policies in Perú 1880-1980», Oxford: University of Oxford, Tesis de doctorado, 2 Vols.

BONFIGLIO, Giovanni

1987 «Introducción al estudio de la inmigración europea en el Perú», en *CONCYTEC*: 1987, T.1. pp.34-35.

BONILLA, Heraclio

1974 *Guano y Burguesía en el Perú*. Lima, IEP.

BORDIEU, Pierre

1997 *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Baarcelona, Anagrama.

BURGA, Manuel

1986 «Rasgos feudales de la historia agraria peruana, siglos XVI-XX», en GLAVE y OTROS, *Investigaciones en Historia Agraria*. Chiclayo, Solidaridad.

- BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto
1979 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima, Ediciones Rickchay.
- BURGA, Manuel y REÁTEGUI, Wilson
1981 *Lanas y Capital mercantil en el sur; la casa Ricketts, 1895-1935*. Lima, IEP.
- CABALLERO, Víctor
1981 *Imperialismo y campesinado en la sierra central*. Huancayo, IEA.
- CÁMARA DE COMERCIO DE LIMA
1899-1909 *Memoria que presenta el presidente....* Lima, Imprentas varias.
- CAPELO, Joaquín
1895-1902 *Sociología de Lima*. 4 vols. Lima, Imprenta Masías.
- CARDOSO, César Augusto
1990 «El Paro General en Mayo de 1919, Lima-Callao». Lima, Tesis para optar el grado de Magister en Sociología. Lima.
- CHILD, Teodoro
1891 *Les repúbliques hispano-americanes*. París, Lib. Ilus Trée.
- CISNEROS, Carlos B.
1906 *Reseña económica del Perú*. Lima, Imprenta La Industria.
1908 *Frutos de Paz*. Lima, Imp. La Opinión Nacional.
1911 *Provincia de Lima*. Lima, Librería y tipografía Carlos Fabri.
- CISNEROS, Carlos B. y Rómulo GARCÍA
1898 *Guía Ilustrada de Lima, Callao y sus alrededores*. Lima, Imprenta del Estado.
- CLAVERO, José
1885 *Demografía de Lima en 1884*. Lima, Imprenta Solís.

Bibliografía y Fuentes consultadas

CONCEJO PROVINCIAL DEL CALLAO

1905 *Entorno a la carestía de vida*. Callao, Imprenta del Estado.

CONCEJO PROVINCIAL DE LIMA

1884-1925 *Memoria de la Administración Municipal*. Lima, varias imprentas.

1898 *Presupuesto de la Municipalidad de Lima*. Lima, Tipografía La Opinión Nacional, El País.

1916 *Anuario Estadístico de la Ciudad de Lima correspondiente al año 1915*. Lima, Librería y Tipografía Lártiga.

1918 *Presupuesto de la Municipalidad de Lima...* Lima, Tipografía La Opinión Nacional.

CONCYTEC

1987 *Primer Seminario sobre Población Inmigrante*. Lima, CONCYTEC.
2 Tomos.

COLLIN-DELABOUD, Claude

1976 «Consecuencia de la modernización de la agricultura en las haciendas de la costa norte del Perú», en Matos Mar, José. pp. 139-175.

COTLER, Julio

1980 *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima, IEP.

CUCHE, Denys

1975 *Poder blanco y resistencia negra en el Perú*. Lima, INC.

CUETO, Marcos

1982 «La Reforma Universitaria de 1919: Universidades y estudiantes a inicios de siglo». Lima, Tesis de Bachiller, PUCP.

CURLETI, Lauro

1922 *Documentos Parlamentarios, año 1920*. Lima, Imprenta Torres Aguirre.

DE LA PUENTE, Ignacio

1899 *Alimentación del Obrero* (conferencia). Lima, Tipografía El Tiempo.

DERPICH, Vilma, José Luis HUIZA y Cecilia ISRAEL

1985 *Lima Años 30: salarios y costo de vida de la clase trabajadora*. Lima, Fundación Friedrich Ebert.

DOBB, Maurice

1976 *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid, siglo XXI.

ELSTER, Jon

1989 *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*. México, Fondo de Cultura Económica.

1991 *El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*. Barcelona: Editorial Gedisa S. A.

ESCAFE, Miguel

1930 *Algunas consideraciones sobre la higiene de la alimentación del obrero y el problema nutricional entre nosotros*. Lima, Tesis Bachiller, UNMSM.

EYZAGUIRRE, Rómulo

1931 *Influencia de las habitaciones sobre las causas de la Mortalidad*. Lima, UNMSM.

FLINN, M. W.

1970 *Orígenes de la revolución industrial*. Madrid, Instituto de Estudios Básicos.

FLORES GALINDO, Alberto

1984 *Aristocracia y Plebe*. Lima, Mosca Azul Editores.

FUKUYAMA, Francis

1996 *Confianza. Las virtudes sociales y la capacidad de generar prosperidad*. Buenos Aires, Editorial Atlántida

Bibliografía y Fuentes consultadas

FUENTES, Manuel Atanasio

1860 *Guía histórico-descriptiva administrativa, judicial y de domicilio de Lima*. Lima, Imprenta Central.

1866 *Estadística General de Lima*. París, Imp. de Laines.

1867 *Lima, apuntes históricos, descriptivos estadísticos y de costumbres*. París, Lib. de Finmin Ditot.

1873 *Guía de domicilio para el año 1864*. Lima, Imp. del Autor.

1876 *Estadística de la población de la provincia de Lima* tomada en el período correspondiente de 1873 a 1877. Lima, Imp. del Estado.

GÁLVEZ, José

1966 *Estampas Limeñas*. Lima, UNMSM.

1966 *Nuestra pequeña historia*. Lima, UNMSM.

GARCÍA CALDERÓN LANDA, Francisco

1860 *Diccionario de la legislación peruana*. T. I, Lima, Imprenta del Estado.

GARCÍA CALDERÓN REY, Francisco

1981 [1907] *El Perú Contemporáneo*. Lima, Banco Internacional.

GARLAND, Alejandro

1905 *Reseña Industrial del Perú*. Lima, Imprenta La Industrial.

GIESECKE, Margarita

1978 *Masas urbanas y rebelión en la historia - Golpe de Estado: Lima 1872*. Lima, CEDHIP.

GONZÁLEZ ÁNGULO, Jorge

1983 *Artesanado y Ciudad a fines del siglo XVIII*. Méjico, Fondo de Cultura Económica.

GONZÁLEZ, Michael

1983 «Chinese plantation worker and social conflict in Perú in the Nineteenth Century», *Journal of Latin American Studies* 21 p. 385-424.

GOOTEMBERG, Paul

- 1981 «Artisans and merchants. The marketing of an open economy in Lima Perú, 1830 to 1860». M.P.H. Thesis ST. Antony's College Oxford.
- 1990 «Los orígenes sociales del proteccionismo y libre comercio en Lima del siglo XIX», en *Histórica*, Vol. XIV, N°2, diciembre, pp.235-280, Lima..

GUERRA MARTINIÉRE, Margarita

- 1991 *La ocupación chilena (1881-1883). El gobierno de Francisco García Calderón (1881-1883)*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú-Fondo Editorial.
- «GUÍA COMERCIAL DE LIMA»
- 1887 «Guía Comercial de Lima», en *Guía de Lima*. Lima, SPDI.

GUÍA SOCIAL

- 1915 *Guía Social. Lima-Callao, balnearios, dirección, nombres y apellidos. Día de recibo*. Lima, Editora Moral.

GURR, Ted

- 1974 *Why men rebel*. New Jersey: Princenton University Press.

HEMARDINQUEL, J.J.

- 1960 *Pour une histoire de la alimentation*, París, Cahier des Anatés.

HOBBSBAWM, Eric

- 1974 *Rebeldes Primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Ed. Ariel.
- 1979 *Trabajadores: Estudio de la historia de la clase obrera*. Barcelona, Editorial Crítica.

HO MING CHING

- 1967 *Manual de la Colonia China en el Perú*. Lima, Banco de Crédito.

Bibliografía y Fuentes consultadas

HUNEFELDT, Christine

1987 «Inserción socioeconómica de los extranjeros en el Perú: una interpretación de los datos censales entre 1840-1870», en CONCYTEC: 1987 T.I.: 146.

ISRAEL, Cecilia

1983 «Partidos políticos y conflictos sociales a principio de siglo». Lima, tesis para optar el grado de Bachiller en Humanidades, PUPC.

JIMÉNEZ, Carlos

1922 «Estadística Industrial del Perú en 1918», en *Boletín del Cuerpo Ingenieros de Minas del Perú*, N°105, Lima, Imprenta Americana.

KAPSOLI, Wilfredo

1976 *Las luchas obreras en el Perú 1900-1919*. Lima: DELBA Editores. Contiene: Curletti, Lauro: Documentos Parlamentarios. Lima, Imprenta Torres Aguirre 1922. pp. 13-34: La carestía de la vida.

KISHIMOTO, Elena

1979 *Tradiciones y costumbres de los inmigrantes japoneses en el Perú*. Lima, Universidad Nacional Federico Villarreal.

KLAIBER, Jeffrey

1981 «Stein, Fave, Populism in Perú...», en *Histórica* Vol. V, N° 2, Lima, PUCP.

KLAREN, Peter

1976 *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*. Lima, IEP.

KULA, Witold

1974 *Teoría económica del Sistema feudal*. Argentina, Siglo XXI.

LABROUSSE, Ernest

1974 *Fluctuaciones económicas e historia social*. Madrid, Editorial Tecnos.

LAOS, Cipriano

1928/1929 *Lima, La ciudad de los Virreyes* (el libro peruano). Lima.

LAVALLE, Hernando de

1918a «El trabajo de las Mujeres y de los niños», en *Revista Universitaria*, Año XIII, Vol II, 3er trimestre. pp. 249-259.

1918b «El presupuesto de la familia obrera en el Perú», en *Revista Universitaria*, Año XIII, Vol II, 4to trimestre, pp. 526-544.

LAVALLE Y GARCÍA, José Antonio

1918 *De Agronomía Nacional*. Lima, Lib. e Imp. Gil.

LEGACIÓN CHINA

1921 *Actas comprobatorias del pago de indemnización por la legación china de la indemnización acordada por el gob. del Perú a los comerciantes e industriales chinos de Lima y Callao damnificados 1919*. Lima.

LEÓN GARCÍA, Enrique

1909 *Las Razas en Lima*. Lima, UNMSM, Facultad de Medicina.

LEÓN, Paulo

1928 «La historia del movimiento obrero de 1919. Apuntes de un testigo y de un actor». En *Labor* N° 7-21 de febrero.

LÉVANO, Manuel C.

1910 *Organización Obrera*. Lima, Imprenta La Libertad.

MACERA, Pablo

1977 *Trabajos de Historia*, 4 vols. Lima, Instituto Nacional de Cultura.

MARQUINA, Hugo

1957 «50 casas de vecindad de la Avenida Francisco Pizarro», en Carlos Enrique PAZ SOLDÁN, *Lima y sus Suburbios*. Lima, P.L. Villanueva.

Bibliografía y Fuentes consultadas

MARSALL, Adrián

198? *El mercado de trabajo en el capitalismo periférico*. Clacso.

MARTINET, J.B.H.

1977 *Carestía de Víveres en Lima [1875]*. Lima, Centro Peruano de Historia Económica.

MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo

1928 «El Movimiento obrero en 1919», en *Amauta*, Lima, Año III, N° 18, octubre.

1947/1949 *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*. 4 Vols. Lima, Editorial Peruana.

MATOS MAR, José

1976 «Las haciendas del valle de Chancay», en: *La Hacienda en el Perú*, Lima, IEP, pp. 283-395.

MAYER, Dora

1924 *La China silenciosa y elocuente*. Lima, Editorial Renovación.

MEJÍA, Adán Felipe

1968 *De cocina peruana*. Lima, P.L. Villanueva.

MELLET, Julián

1971 «Impresiones sobre el Perú en 1815» ver NUÑEZ 1971, Lima.

MÉNDEZ, Cecilia

1984 «Importaciones de lujo y clases populares, un motín limeño» en *Cielo Abierto*, N° 29, jul-set. pp. 11-14.

1987 *Los trabajadores guaneros del Perú, 1840-1879*. Lima, UNMSM.

MÉNDEZ, Cecilia y Luis TORREJÓN

1984 «Artesanos y Encarcelados en Lima: aproximaciones de una caracterización social para Lima en la segunda mitad del siglo XIX». Resumen presentado en PCNH, Lima, Nov.

MIDDENDORF, Ernest Willvelm

1973 *El Perú: observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Lima, UNMSM, T. I.

MILLER, Laura

1987 «La mujer obrera en Lima 1900-1930», en Miller y otros, *Lima Obrera*, T. II Lima, Ediciones El Virrey.

MINISTERIO DE FOMENTO

1902 *Reseña industrial del Perú*. Lima, Imprenta del Estado.

MINISTERIO DE HACIENDA Y COMERCIO

1919 *Memoria correspondiente al año 1919 que presenta....* Lima, Imprenta Opinión Nacional.

1909/1910 «Matricula de la contribución de patentes e industrias de la Provincia de Lima para el quinquenio de 1908 a 1912. Ciudad de Lima», *El Peruano*

1927 *Extracto estadístico del Perú 1926*. Lima, Imprenta de la Opinión Nacional..

MINISTERIO DE JUSTICIA, INSTRUCCIÓN Y CULTO

1890-1930 *Memoria que presenta....* Lima, Imprentas varias.

MINISTERIO DEL GOBIERNO, POLICÍA Y OBRAS PÚBLICAS

1878 *Memorias que presenta al congreso ordinario de 1878*. Lima, Imp. del Estado.

MIRÓ QUESADA, Luis

1965 *Albores de la reforma social en el Perú*. Lima, UNMSM.

MONTANER Y SIMON

1895 *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*.- Barcelona, Montaner & Simón.

Bibliografía y Fuentes consultadas

MORENO, Federico

1897 «Crecimiento y decrecimiento y mortalidad en la ciudad de Lima». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Lima.

NOMENCLATURA DE LAS CALLES

1893 *Nomenclatura de las Calles de Lima en correlación con las antiguas cuadras*. Lima, Imp. El Comercio.

NÚÑEZ, Estuardo

1971 *Relación de viajeros, estudio preliminar*. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, T. XXVII, Lima.

OLSON, Marcur

1992 *La lógica de la acción colectiva*. México, Editorial Limunsa.

PADILLA, Abraham

1971 «La inmigración italiana» [1891], en Juan DE ARONA 1971, pp. 219-220.

PALMA, Clemente

1897 *El porvenir de las razas en el Perú*. Lima, Imp. Torres Aguirre.

PARAMIO, Ludolfo

1989 *Tras el diluvio, la izquierda ante el fin de siglo*. México: Siglo XXI Editores.

PARDO, Manuel, ROSAS, Francisco y OTROS.

1870 *Datos e informes sobre las causas que han producido alza de precios de los artículos de primera necesidad que se consumen en la capital*. Lima: Imprenta del Estado, 1870.

PAREJA, Piedad

1978 *Anarquismo y sindicalismo en el Perú*. Lima, Rikchay Perú N° 3.

PARKER, David S.

1995a «Peruvian Politics and the Eight-Hour Day: Rethinking the 1919 General Strike», en *Canadian Journal of History*, december.

1998 *The idea of the middle class. White-collar workers and peruvian society, 1900-1950.*

PARRA, Pedro

1964 *Bautismo de fuego del proletariado Peruano.* Lima, Ed. Horizonte.

PAULET, Pedro

1910 *Directorio Anual del Perú 1910.* Lima, Imprenta del Estado. T. I.

PAZOS VARELA, Juan

1891 *Tesis sobre inmigraciones en el Perú.* Lima, Imprenta. Gil.

PAZ SOLDÁN, Juan

1914 *El Golpe de Estado de 29 de Mayo de 1909.* Lima, Imprenta del Estado.

PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe

1877 *Diccionario geográfico estadístico del Perú.* Lima, Imprenta del Estado.

PELOSO, Vincent

1989 «La suculencia y el sustento: región, clase y alimentación en el Perú del siglo XIX» en SUPER JOHN y THOMAS WRIGHT, *Alimentación, política y sociedad en América Latina.* Méjico, Fondo de Cultura Económica.

PENITENCIARÍA DE LIMA

1915 *Memoria presentada por el director de la penitenciaría a el Ministerio de Justicia Instrucción y Culto.* Lima, Tipografía de la penitenciaría.

PEREZ CANTÓ, María Pilar

1978 «Abastecimiento de la Ciudad de Lima en el siglo XVIII», en *Historia, Problema y Posibilidad. Homenaje a Jorge Basadre.* Lima, PUCP, Fondo Editorial.

Bibliografía y Fuentes consultadas

- PERÚ. DIRECCIÓN DE ESTADÍSTICA
1927 *Extracto Estadístico del Perú*. Lima, Imp. La Opinión Nacional.
- PERÚ. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA
1878 *Censo General del Perú formado en 1876*. Lima, Imprenta del Tesoro. T. VI.
- PERÚ. INSPECCIÓN FISCAL DE SUBSISTENCIAS
1921 *Legislación y Reglamentación sobre Subsistencias*. T. I y II. (1919-21). Lima, Imprenta del Estado.
- PERÚ. MINISTERIO DE FOMENTO
1915 *Censo de la provincia de Lima [1908]*. Lima, Lib. e Imp. La Opinión Nacional.
1921 *Resumen del Censo de las provincias de Lima y Callao levantado el 17 de diciembre de 1920*. Lima, Imp. Torres Aguirre.
- PERÚ. MINISTERIO DE HACIENDA
1927 *Censo de Lima y Callao 1920*. Lima, Imprenta Americana.
- PERÚ. MINISTERIO DE HACIENDA Y COMERCIO
1919 *Memoria correspondiente al año 1919, que presenta el Ministro de Hacienda y Comercio Fernando Fuch*. Anexos, 1era parte, Lima, Imprenta La Opinión Nacional.
- PESCE, Luis
1906 *Indígenas e inmigrantes*. Lima, Imprenta La Opinión Nacional.
- PORTELLA, Juan Antonio
1903 *La higiene de las casas de vecindad*. Necesidad de construir casas higiénicas para obreros. Lima, 1903. T. Br. UNMSM.
- PORTOCARRERO, Julio
1987 *Sindicalismo peruano. Primera etapa 1911-1930*. Lima, Editorial Gráfica Labor.

PORTOCARRERO SUÁREZ, Felipe

1995 *El Imperio Prado: 1890-1970*, Lima, Universidad del Pacífico.

PRADO Y UGARTECHE, Mariano Ignacio

1908 *Balance Económico del año 1907 en el Perú*. Lima, Imp. La Industria.

PREFECTURA DE LIMA

1878 «Memoria del prefecto de Lima Enrique Lira», en Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas: *Memoria correspondiente a 1877*. Lima.

PRINCE, Carlos

1876 *Almanaque del Comercio de Lima*. Lima, Imp. del Estado.

QUIROZ CHUECA, Francisco

1988 *La protesta de los artesanos. Lima-Callao 1858*. Lima, UNMSM.

QUIROZ NORRIZ, Alfonso

1987 *La deuda defraudada. Consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*. Lima, INC.

1989 *Banqueros en conflicto*. Lima, CIUP.

RELACIÓN

1909 *Relación de los Sucesos realizados el 28 de mayo de 1909*. Lima, spdi.

REPÚBLICA DEL PERÚ

1878 *Censo general del Perú formado en 1876*. Lima, Imprenta del Teatro. T. VI.

1908 *Censo de la Provincia de Lima*. Lima, Librería e Imprenta La Opinión Nacional.

1921 *Resumen del censo de las Provincias de Lima y Callao, levantados el 17/XII/1920*. Lima, Imprenta Torres Aguirre.

REVILLA, Julio

1981 «Industrialización temprana y lucha ideológica en el Perú: 1890-1910», en *Estudios Andinos*, Año IX, N° 17-18, Lima.

Bibliografía y Fuentes consultadas

RODRÍGUEZ, Laura

1973 «Los motines de 1766 en provincias», en *Revista de Occidente*, N° 123, marzo, pp.183-205, Madrid.

RODRÍGUEZ PASTOR, Humberto

1989 *Hijos del Celeste Imperio en el Perú 1850-1900*. Lima, Instituto de Apoyo Agrario. pp. 17-32.

1995 «El Callejón Otaiza y el Barrio Chino», en PANFICHI, A y Felipe PORTOCARRERO, *Mundos interiores. Lima: 1850-1950*. Lima, CIUP-Universidad del Pacífico.

RUDÉ, George

1961 *La multitud en la historia*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

1978 *Protesta popular y revolución en el siglo XVII*. Barcelona, Editorial Ariel.

RUIZ ZEVALLOS, Augusto Fernando

1987 «La Multitud y las Subsistencias. Lima 1900-1919», en TS. Licenciatura, UNFV.

1993 «La multitud y el mercado de trabajo. Modernización y conflicto en Lima de 1890 a 1920», Tesis, Magister, PUCP.

1994a «Las sociedades mutualistas. Raíces urbanas de la solidaridad», en *El Peruano*, 9/X/1994.

1994b *Psiquiatras y Locos. Perú 1850-1930*. Lima: Instituto Pasado & Presente.

SCHEJMAN, Alejandro

1991 «Desafío permanente del crecimiento con equidad», en *Apertura*, Año I, N°3, Junio, pp.3-6.

SILVA SANTISTEVAN, José

1859 *Breves reflexiones sobre los sucesos ocurridos en Lima y Callao con motivo de la importación de artefactos*. Lima, Imprenta de la Calle Nazareno.

SILVA SANTISTEVAN, Luis

1920 *Estadística del Trigo en el Perú correspondiente al año 1919*. Lima, SPDI.

SKOCPOL, Theda

1984 *Los Estados y las revoluciones sociales*. Méjico, Fondo de Cultura Económica

STAVIG, Ward

1988 «Ethnic conflict, moral economy and population in rural cuzco on the eve of The Thupa Amaro II rebellion», en *Hispanic American Historical Review*, 68, 4.

STEIN, Steve

1986 *Lima Obrera 1900-1930*. Lima, Ediciones El Virrey, T. I.

STEWART, Watt

1976 *La servidumbre china en el Perú*. Lima, Mosca Azul Editores.

STOKES, Susan

1987 «Etnicidad y Clase Social: los afro peruanos de Lima, 1900-1930», en Laura Miller y otros.

SWEEZY, Paul

1982 *El marxismo y el futuro*. Barcelona.

SZLAJFER, Henry

1980 «Los enclaves de exportación y la agricultura alimenticia en el Perú de los años 1890-1920. A propósito de las tesis de R. THORP y G. BERTRAM», en *Histórica*, Vol. IV, N° 2, dic., pp. 243-255.

TEJADA, Luis

1988 *La Cuestión del Perú*. Lima, INC.

THOMPSON, E.P.

1974 «La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *revista de occidente*, N°133, Madrid, abril, pp.54-125.

Bibliografía y Fuentes consultadas

- 1977 *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, LAIA, 4 Vols.
- THORP, Rosemary y Geoffrey BERTRAM
1985 *Perú 1890-1977: Crecimiento políticas en una economía abierta*. Lima, Mosca Azul Editores.
- TILLY, Charles
1978 *From mobilization to revolution*. Addison, Wesley, Massachuset.
- TILLY, Charles, TILLY, Louisa y Richard TILLY
1975 *The rebelión century*, Harvard, 1975.
- TILLY, Louisa
1973 «El motín de subsistencias como forma de conflicto político en Francia», en *Revista de Occidente*, N°123, Madrid, mayo, pp. 208-248.
- TIZÓN Y BUENO, Ricardo
1908 *Plano de Lima*. Lima, Librería e imprenta Gil.
- TRAZEGNIES, Fernando de
1980 *La idea del derecho en el Perú republicano del siglo XIX*. Lima, PUCP-Fondo Editorial.
- 1987 «La modernización tradicionalista en el Perú», en ADRIANZÉN, Alberto, *Pensamiento político peruano*. Lima, Desco.
- TRIMBERGER, Ellen Kay
1978 *Revolution from above: military bureaucrats, and development in Japan, Turkey, Egypt and Perú*. New Brunswick, Transaction Books.
- ULLOA Y SOTOMAYOR, Alberto.
1916 *La organización social y legal del trabajo en el Perú*. Lima, UNMSM.

VALDEZ, César

1914 *La patología de los delincuentes en el Panóptico de Lima*. Lima, Tesis de Bachiller, UNMSM.

WORRAL, Janet

1989 *La inmigración italiana en el Perú 1867-1914*. Lima, Instituto Italiano de Cultura.

WRIGHT, Thomas

1989 «La política del abastecimiento urbano en la historia de América Latina», en John SUPER y Thomas WRIGHT, *Alimentación, política y sociedad en América Latina*. Méjico, Fondo de Cultura Económica.

YÉPEZ, Ernesto

1972 *Perú 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista*. Lima, IEP.

ZITOR (Pseud)

1946 «Historia de las principales huelgas y paros habidos en el Perú», mecanografiado, Lima.

Impreso en los talleres de
INDUSTRIALgráfica S.A.
Chavín 45 Lima 5 Perú
Email: igsa@bwnet.com.pe
Teléfono: 431-2505
Fax: 431-3601
Mayo de 2001

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

Análisis de Estados Financieros
Colección Textos Universitarios
Gustavo Tanaka

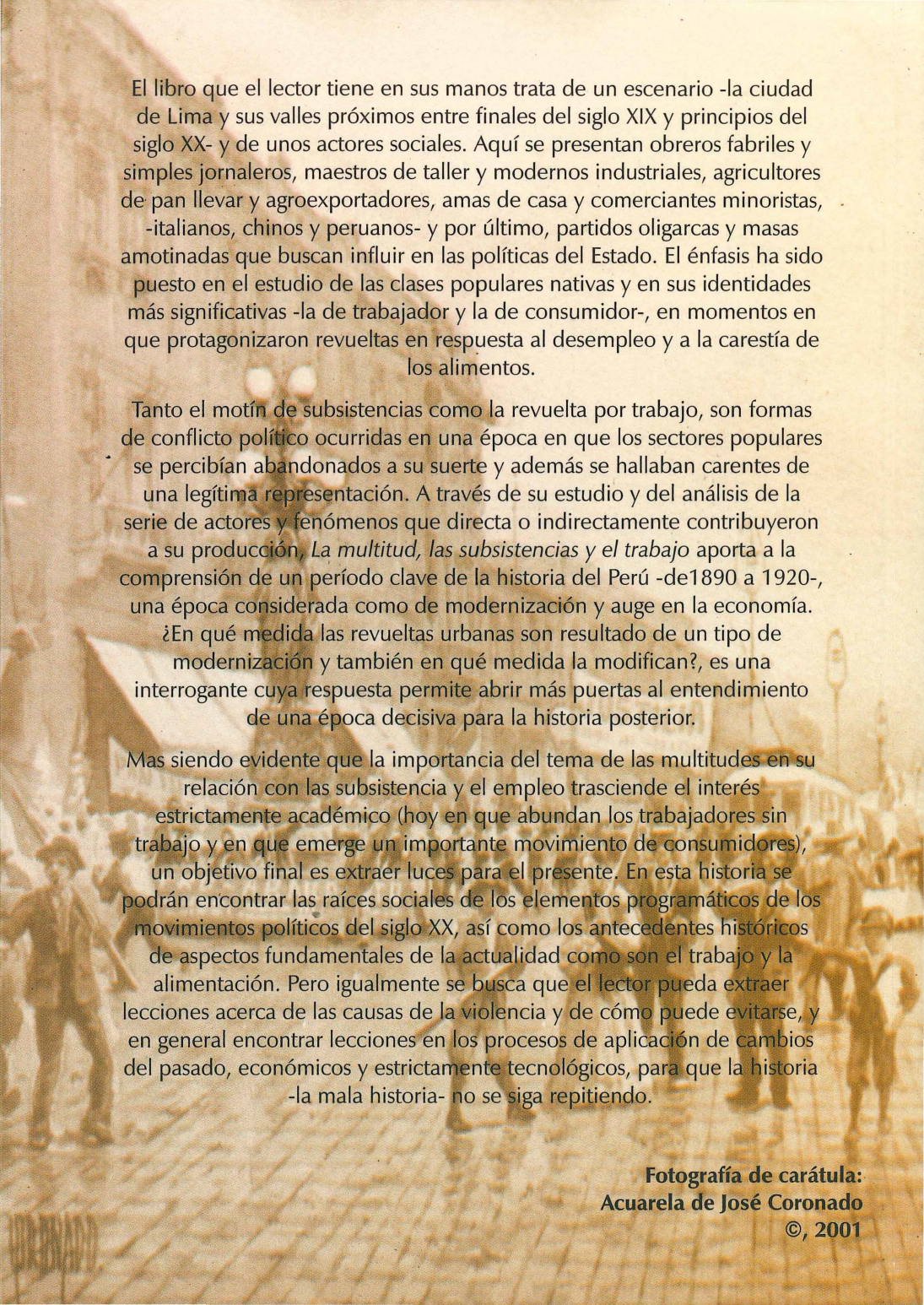
Bibliografía del precerámico
Duccio Bonavía y Claudia
Grimaldo

*Derecho penal y discriminación de
la mujer*
José Hurtado Pozo (Director)

El platonismo romántico de Shelley
Ana Patricia Cruzalegui

La frontera domesticada
Fernando Santos y Federica Balclay

Manual de Etnografía Amazónica
Colección Textos Universitarios
Alejandro Ortiz R.



El libro que el lector tiene en sus manos trata de un escenario -la ciudad de Lima y sus valles próximos entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX- y de unos actores sociales. Aquí se presentan obreros fabriles y simples jornaleros, maestros de taller y modernos industriales, agricultores de pan llevar y agroexportadores, amas de casa y comerciantes minoristas, -italianos, chinos y peruanos- y por último, partidos oligarcas y masas amotinadas que buscan influir en las políticas del Estado. El énfasis ha sido puesto en el estudio de las clases populares nativas y en sus identidades más significativas -la de trabajador y la de consumidor-, en momentos en que protagonizaron revueltas en respuesta al desempleo y a la carestía de los alimentos.

Tanto el motín de subsistencias como la revuelta por trabajo, son formas de conflicto político ocurridas en una época en que los sectores populares se percibían abandonados a su suerte y además se hallaban carentes de una legítima representación. A través de su estudio y del análisis de la serie de actores y fenómenos que directa o indirectamente contribuyeron a su producción, *La multitud, las subsistencias y el trabajo* aporta a la comprensión de un período clave de la historia del Perú -de 1890 a 1920-, una época considerada como de modernización y auge en la economía.

¿En qué medida las revueltas urbanas son resultado de un tipo de modernización y también en qué medida la modifican?, es una interrogante cuya respuesta permite abrir más puertas al entendimiento de una época decisiva para la historia posterior.

Mas siendo evidente que la importancia del tema de las multitudes en su relación con las subsistencia y el empleo trasciende el interés estrictamente académico (hoy en que abundan los trabajadores sin trabajo y en que emerge un importante movimiento de consumidores), un objetivo final es extraer luces para el presente. En esta historia se podrán encontrar las raíces sociales de los elementos programáticos de los movimientos políticos del siglo XX, así como los antecedentes históricos de aspectos fundamentales de la actualidad como son el trabajo y la alimentación. Pero igualmente se busca que el lector pueda extraer lecciones acerca de las causas de la violencia y de cómo puede evitarse, y en general encontrar lecciones en los procesos de aplicación de cambios del pasado, económicos y estrictamente tecnológicos, para que la historia -la mala historia- no se siga repitiendo.

Fotografía de carátula:
Acuarela de José Coronado
©, 2001